

TERRY PRATCHETT  
& NEIL GAIMAN

*Incluye textos inéditos  
de Neil Gaiman y Terry Pratchett*



BUENOS  
PRESAGIOS

timunmas

Lectulandia

Según Las Buenas y Acertadas profecías de Agnes la Chalada Bruja (el único libro fiable de profecías, escrito en 1655, antes de que ella explotara), el fin del mundo tendrá lugar el sábado. El próximo sábado, para ser exactos. Justo antes de la hora de la cena. Los ejércitos del Bien y del Mal se están agrupando, la Atlántida está resurgiendo, llueven sapos y los ánimos están algo alterados así que... todo parece ajustarse al Plan Divino. De no ser por un ángel quisquilloso y un demonio buscavidas que han vivido a costa de los mortales desde el comienzo de los tiempos y que no están dispuestos a aceptar tan fácilmente eso del «Fin de la civilización tal y como la conocemos». Y... ¡vaya por Dios! ¡Parece que alguien ha hecho desaparecer al Anticristo!

Lectulandia

Terry Pratchett & Neil Gaiman

# Buenos Presagios

ePUB v2.0

GONZALEZ 07.09.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Good Omens*  
© 1990, Neil Gaiman / Terry Pratchett  
Traducción: María Ferrer

ePub base v2.0

## **ADVERTENCIA**

**¡Niños! Provocar el Apocalipsis puede ser peligroso.  
No lo intentéis en vuestras casas.**

## DEDICATORIA

Los autores quieren unirse al demonio Crowley  
en su dedicatoria de este libro a la memoria de

G.K. Chesterton

Un hombre que sabía de que iba la cosa

# Al principio

**H**acía un día estupendo.

Como todos los anteriores. Habían pasado bastantes más de siete hasta entonces y la lluvia no se había inventado aún. Pero las nubes que acechaban al este del Edén insinuaban que la primera tormenta estaba de camino, y que menuda iba a ser.

El ángel de la Puerta del Este se cubrió la cabeza con las alas para protegerse de las primeras gotas.

—Perdón —se disculpó amablemente—. ¿Qué decías?

—Decía que uno cayó con todo el equipo —contestó la serpiente.

—Ah, sí —dijo el ángel, que se llamaba Azirafel.

—A mí me parece un poco exagerado, la verdad —opinó la serpiente—. O sea, con eso de la primera ofensa y demás. Es que no veo qué tiene de malo saber qué diferencia hay entre el bien y el mal.

—Algo malo ha de tener —razonó Azirafel, con ese tono ligeramente preocupado de quien tampoco lo ve y sigue cavilando—, porque de lo contrario tú no habrías tomado parte en ello.

—A mí sólo me dijeron «Sube allá arriba y crea problemas» —protestó la serpiente, que se llamaba Crawly, aunque estaba pensando cambiarse el nombre. Y es que Crawly, ese nombre de reptil adulador, no era él; lo tenía decidido.

—Sí, pero eres un demonio. No creo que te sea posible hacer el bien —dijo Azirafel—. Por naturaleza, vamos. Instinto. No es nada personal, de verdad.

—Pero no negarás que algo de teatro sí que tiene —replicó Crawly—. O sea, señalar el Árbol y decir «No lo Toques» en mayúsculas. Muy sutil no es, ¿verdad? O sea, ¿por qué no lo pone en la cima de una montaña o un poco alejado? Para mí que Éste se trae algo entre manos.

—Más nos valdría no especular —dijo Azirafel—. Como siempre digo, no se puede anticipar lo inefable. Lo que está bien es Bueno y lo que está mal es Malo, y punto. Si uno hace algo Malo cuando se le ha mandado hacer algo Bueno, se merece un castigo. Ehm...

Se quedaron sentados en un incómodo silencio, mirando las gotas caer hiriendo las flores tempranas.

Por fin Crawly tomó la palabra.

—¿No tenías una espada flameante?

—Ehm... —una expresión de culpabilidad pasó por el rostro del ángel, y volvió para quedarse.

—Sí que tenías una, ¿verdad? —insistió Crawly—. Ardía que daba gusto.

—Ehm, bueno...

—Era impresionante, ¿eh?

—Bueno, sí, pero...

—No me digas que la has perdido.



—No, de ningún modo. Perderla, no la he perdido; más bien...

—¿Qué?

Azirafel parecía desdichado.

—Si tanto te importa... —dijo con un asomo de irritación—, la he regalado.

Crawly se le quedó mirando.

—No tenía más remedio —se explicó el ángel, frotándose las manos distraído—. Tenían tanto frío, los pobres... y ella ya está en estado, y con todos esos animales *depravados* de allá fuera y la tormenta que se avecina pensé que, en fin, que no tenía nada de malo, y les dije oíd, si volvéis por aquí os encontraréis con una discusión tremenda, pero puede que os haga falta esta espada, así que tomad, no os molestéis en darme las gracias, tan sólo haced el favor de marcharos antes de que se ponga el sol.

Sonrió a Crawly con un gesto preocupado.

—Era lo mejor que podía hacer, ¿no?

—No creo que te sea posible hacer el mal —se burló Crawly con sarcasmo. Azirafel no notó el tono.

—Espero que no —contestó—. Vaya si lo espero. Llevo toda la tarde pensando en ello.

Se quedaron mirando la lluvia un rato.

—Pero lo mejor es —dijo Crawly— que yo también me pregunto si lo de la manzana no será lo bueno. Los demonios se pueden meter en un buen lío si hacen cosas buenas —le dio un suave empujón al ángel—. ¿Te imaginas que hubiéramos metido la pata los dos? ¿Que yo hubiera hecho lo bueno y tú lo malo?

—La verdad es que no —contestó Azirafel.

Crawly miró la lluvia.

—Ya —dijo, algo más tranquilo—, ni yo.

Sobre el Edén se cerró un negro telón plomizo. Por encima de las colinas rugían los truenos. Los animales, recién bautizados, temblaban de miedo ante la tormenta.

A lo lejos, allá en el inundado bosque, se veía oscilar entre los árboles un brillo ardiente.

La noche se presentaba oscura y tormentosa.

# BUENOS PRESAGIOS

La Narración de Ciertos Acontecimientos ocurridos en los últimos once años, de acuerdo y en conformidad, como se demostrará más adelante, con:

*Las Buenas y Ajustadas Profecías de Agnes la Chalada*

Recopiladas y editadas, con anotaciones de Índole Educativa y Preceptos para los Sabios, por Neil Gaiman y Terry Pratchett.

# *DRAMATIS PERSONAE*

## SERES SOBRENATURALES

Dios (Dios)  
Metatrón (La Voz de Dios)  
Azirafel (Un ángel y vendedor de libros raros en su tiempo libre)  
Satán (Un Ángel Caído; el Adversario)  
Belcebú (Otro Ángel Caído y Príncipe del Infierno)  
Hastur (Un Ángel Caído y Duque del Infierno)  
Ligur (Otro Ángel Caído y Duque del Infierno)  
Crowley (Un Ángel que más que Caer, se Dio un Garbeo Calle Abajo)

## JINETES DEL APOCALIPSIS

MUERTE (La Muerte)  
GUERRA (La Guerra)  
HAMBRE (El Hambre)  
POLUCIÓN (La Polución)

## HUMANOS

No Cometerás Adulterio Pulsifer (Un Cazador de Brujas)  
Agnes la Chalada (Una Profetisa)  
Newton Pulsifer (Empleado Administrativo y Soldado Cazabrujas)  
Anatema Device (Ocultista Practicante y Descendiente Profesional)  
Shadwell (Sargento Cazabrujas)  
Madame Tracy (Jezabel pintada —sólo mañanas, Jueves a convenir— y Médium)  
Hermana Mary Locuaz (Una Monja Satánica de la Orden de las Parlanchinas de Santa Berilia)  
El Señor Young (un Padre)  
El Señor Tyler (Un Presidente de la Asociación de Vecinos)  
Un Mensajero

## ELLOS

ADÁN (Un Anticristo)  
Pepper (Una Niña)

Wensleydale (Un Niño)

Brian (Un niño)

Y además un Coro de Tibetanos, Alienígenas, Americanos, Atlantes y otras extraordinarias y singulares Criaturas de los últimos Días.

Y:

Perro (un satánico sabueso infernal y terror de los gatos)

Hace once años

**C**uentan las teorías actuales acerca de la Creación que, si el Universo fue creado y no sólo apareció allí, que es lo que ocurrió extraoficialmente, nació hace entre diez mil y veinte mil millones de años.

Estas fechas están equivocadas.

Los eruditos judíos de la Edad Media establecieron la fecha de la Creación en el año 3760 a. C. Los teólogos griegos estimaron que se remontaba al 5508 a. C.

Sugerencia que también está equivocada.

El Arzobispo James Usher (1580-1656) publicó *Annales Veteris et Novi Testamenti* en 1654; en dicho documento se sugiere que el Cielo y la Tierra fueron creados en el 4004 a. C. Uno de sus consejeros profundizó en los cálculos y logró anunciar triunfalmente que la Tierra fue creada el Domingo 21 de octubre del año 4004 a. C., a las 9 en punto de la mañana, porque a Dios le gustaba ponerse a trabajar bien pronto, aprovechando que estaba más despejado.

También se equivocó. Por algo menos de un cuarto de hora.

Todo el asunto de los esqueletos de dinosaurios fosilizados fue un chiste que los paleontólogos no acaban de coger.

Lo que demuestra dos cosas:

La primera, que Dios se rige por patrones extremadamente misteriosos, por no decir tortuosos. Dios no juega a los dados con el universo; juega a un juego inefable de invención Propia, que se podría comparar, desde la perspectiva de cualquiera de los jugadores<sup>[1]</sup>, a verse envuelto en una versión oscura y compleja del póquer en una sala a media luz, con cartas en blanco, apuestas infinitas y un Tío que reparte sin explicar las reglas y que *no para de sonreír*.

La segunda, que la Tierra es Libra.

La predicción astrológica de Libra en el horóscopo del diario de Tadfield hoy, día en que empieza esta historia, dice:

*LIBRA, 24 de septiembre-23 de octubre:*

*Es posible que se sienta agotado y harto de la rutina cotidiana. De gran importancia serán los asuntos domésticos y familiares, que dejó a un lado en su momento. Evite los riesgos innecesarios. Tiene un amigo al que se siente muy unido. Aparque las decisiones importantes hasta que el camino le quede despejado. Posible indisposición a raíz de la vulnerabilidad del estómago, evite las ensaladas. Podría presentarse una ayuda inesperada.*

Absolutamente correcto en todos los aspectos salvo el fragmento de las ensaladas.



No era una noche oscura ni tormentosa.

Debería haberlo sido, pero el tiempo está como una cabra. Por cada científico loco que da con una tormenta eléctrica la noche en que termina la Obra Maestra que yace en la mesa de autopsias, cientos pasan el rato, ociosos, bajo el pacífico cielo estrellado mientras Igor se va apuntando horas extra.

Pero que la niebla (y más tarde la lluvia, y la temperatura bajando a unos siete grados) no dé a nadie una falsa sensación de seguridad. Sólo porque la noche esté tranquila no hay que dar por sentado que las fuerzas del mal no andan sueltas. Siempre salen al exterior. Están en todas partes.

Siempre. Ahí está el meollo de la cuestión.

Dos de ellas acechaban en el cementerio en ruinas. Dos siluetas oscuras, una jorobada y achaparrada y la otra delgada y amenazadora, ambas acechadoras de alto rango. Si Bruce Springsteen hubiera grabado «Nacido para Acechar», en la portada saldrían aquellos dos. Llevaban una hora acechando entre la niebla, pero sabían cuál era su límite y podían seguir acechando toda la noche si hacía falta, lo bastante amenazadores y hoscos como para aguantar hasta un arranque final de acecho al amanecer.

Por fin, al cabo de otros veinte minutos, uno de ellos dijo:

—Ya estoy hasta las narices. Tendría que haber llegado hace *horas*.

El que acababa de hablar se llamaba Hastur. Era Duque del Infierno.



Existen diversos fenómenos —guerras, plagas, inspecciones sorpresa— que demuestran que la mano de Satán se esconde tras los asuntos del Hombre. Pero todo el mundo está de acuerdo en una cosa: el momento en que los estudiantes de demonología toman la circunvalación de la M25 hacia Londres es la prueba que se lleva la palma.

Naturalmente, es erróneo dar por sentado que la carretera es diabólica por la inaudita mortandad y la frustración que engendra a diario.

Y es que no hay muchos sobre la faz de la Tierra que sepan que la forma de la M25 corresponde a la del sello *odegra* en la lengua del Sacerdocio Negro del Antiguo Mu, que significa «Salve a la Bestia, Devoradora de Mundos». Los miles de motoristas que recorren esa serpenteante distancia cada día surten el mismo efecto que el agua en el báculo de un monje tibetano, en contacto constante con una niebla

de mal de menor grado que va contaminando la atmósfera metafísica en kilómetros y kilómetros a la redonda.

Aquel era uno de los mayores logros de Crowley. Le había costado años conseguirlo, tres pirateos informáticos, robos en dos casas, un soborno de menor cuantía y, una noche húmeda en que todo le había fallado, pasarse dos horas en un campo embarrado moviendo los hitos unos pocos metros insospechadamente significativos desde el punto de vista ocultista. Al contemplar la primera caravana de cincuenta kilómetros le invadió esa encantadora sensación tan agradable que le da a uno un juego sucio bien jugado.

Con ello se había ganado un ascenso.

Crowley iba a 170 por alguna parte del este de Slough. Su aspecto no tenía nada especialmente demoníaco, al menos desde el punto de vista clásico. No tenía cuernos ni alas. Ciertamente estaba escuchando una cinta de éxitos de Queen, pero no se debería sacar ninguna conclusión de ello, porque todas las cintas que se pasan dos semanas o más en un coche se transforman automáticamente en los éxitos de Queen. No le rondaban la cabeza pensamientos especialmente demoníacos. De hecho se estaba preguntando quiénes serían Moey y Chandon.

Crowley tenía el pelo oscuro y unos buenos pómulos, llevaba zapatos de piel de serpiente y sabía hacer cosas increíbles con la lengua. Y cuando se descuidaba, tenía tendencia a sisear.

Tampoco es que parpadeara mucho.

El coche que conducía era un Bentley negro de 1926 que sólo había pasado por unas manos: las de Crowley, que cuidó de él.

Llegaba tarde porque estaba disfrutando a lo grande del siglo XX. Era mucho mejor que el XVII, y *muchísimo* más que el XIV. Lo que le gustaba del tiempo, solía decir Crowley, era que le iba alejando más y más del siglo XIV, los cien santos años más aburridos y cargantes del mundo, excepto en Francia. El siglo XX era cualquier cosa menos aburrido. Es más, una luz azul intermitente en el retrovisor le decía, desde hacía medio minuto, que le venían siguiendo dos hombres que estarían encantados de hacerle el siglo aún más interesante.

Le echó un vistazo al reloj, que estaba diseñado para el típico submarinista al que le gusta saber qué hora es en veintiuna capitales del mundo cuando se encuentra allá abajo<sup>[2]</sup>.

El Bentley cogió la salida con gran estruendo, dobló la esquina sobre dos ruedas y se lanzó precipitadamente por una calle arbolada. Le seguía la luz azul.

Crowley suspiró, quitó una mano del volante y, girándose a medias, hizo un complicado gesto por encima del hombro.

La luz intermitente se desvaneció a lo lejos al detenerse el coche de la policía, para el asombro de los ocupantes, que no sería nada comparado con lo que sentirían



al abrir el capó y ver en qué se había convertido el motor.



En el cementerio, Hastur, el demonio alto, le pasó una colilla a Ligur, el más bajo de los dos, y también el más consumado acechador.

—Veo una luz —anunció—. Ya viene ese perro fanfarrón.

—¿Qué está conduciendo? —preguntó Ligur.

—Un coche. Pero no de caballos —explicó Hastur—. Supongo que la última vez que estuviste aquí no había. O no eran corrientes, vamos.

—Llevaban delante un hombre con una bandera roja —dijo Ligur.

—Me parece que han cambiado bastante desde entonces.

—¿Qué opinión te merece ese Crowley? —preguntó Ligur.

Hastur escupió.

—Ha pasado aquí demasiado tiempo —contestó—. Desde el Principio. Se ha convertido en uno de ellos, me da la impresión. Lleva un coche con teléfono.

Ligur reflexionó sobre aquello. Como la mayoría de los demonios, tenía conocimientos muy limitados de tecnología, así que se disponía a decir algo así como «Menudo cable tiene que llevar», cuando el Bentley se detuvo en las puertas del cementerio.

—Y lleva gafas de sol —añadió Hastur con sorna—, incluso cuando no le hacen falta —impostó la voz—. Salve a Satán —saludó.

—Salve —coreó Ligur.

—Buenas —dijo Crowley saludando brevemente con la mano—. Siento llegar tarde, pero no sabéis cómo está la A40 en Denham. He intentado atajar yendo por Chorley Wood y luego...

—Ahora que estamos todos aquí —dijo Hastur vehemente—, pasemos al recuento de las Acciones del Día.

—Ah, sí. Las Acciones —repitió Crowley con la expresión de culpabilidad de alguien que va a la iglesia por primera vez desde hace años y ha olvidado cuándo ponerse de pie.

Hastur carraspeó.

—He tentado a un sacerdote —confesó—. Iba caminando por la calle y vio unas lindas muchachas al sol, y entonces introduje la Duda en su mente. Podría haber sido un santo, pero en una década será nuestro.

—Muy buena —apuntó Crowley amablemente.

—Yo he corrompido a un político —dijo Ligur—. Le hice pensar que un soborno de nada no hacía daño a nadie. En un año será nuestro.

Ambos se quedaron mirando con expectación a Crowley, que les dedicó una amplia sonrisa.

—Os va a gustar —su sonrisa aún se ensanchó más y adquirió aún más aire de complicidad.

—He tenido desconectado todo el sistema de telefonía móvil de Londres durante cuarenta y cinco minutos a la hora de comer —explicó.

Reinaba el silencio, salvo por el lejano ruido de los coches al pasar.

—¿Y? —inquirió Hastur—. ¿Qué más?

—Oye, que no fue nada fácil —protestó Crowley.

—¿Eso es *todo*? —le preguntó Ligor.

—Mira, la gente...

—¿Y en qué ha contribuido eso a asegurarle almas a nuestro amo, exactamente? —continuó Hastur.

Crowley trató de guardar la compostura.

¿Qué podía decirles? ¿Que miles de personas se habían cabreado de lo lindo? ¿O que se oía cómo las carreteras de la ciudad entera se bloqueaban todas a la vez? ¿Y que cuando cada cual volvía y se desahogaba con la secretaria, con el guardia urbano o quien fuese, ellos a su vez se desahogaban con otras personas, eso también? ¿Y que lo hacían de todas las formas vengativas que, ojo al dato, *se inventaban ellos mismos*? Y así todo el resto del día. Los efectos que conllevaba aquello eran incalculables. Miles y miles de almas tomaban un tono mate y pátina sólo con mover un dedo.

Pero eso no se le podía decir a demonios como Hastur y Ligor. La mayoría de ellos tenía una mente del siglo XIV. Se pasaban años detrás de almas individuales. Estaba claro que era un trabajo *artesanal*. Pero hoy en día había que pensar de otra forma. Más que la cuantía, importaba el alcance. Con cinco mil millones de personas en el mundo ya no se podía ir uno por uno; había que extender el esfuerzo. Pero los demonios como Ligor y Hastur no lo entendían. Jamás se les hubiera ocurrido la televisión en galés, por ejemplo. O el IVA. O Manchester.

Precisamente con Manchester se quedó muy satisfecho.

—Los Poderes están complacidos, ¿no? —protestó—. Los tiempos están cambiando. Así que, ¿qué pasa?

Hastur cogió algo de detrás de una lápida.

—Esto es lo que pasa —contestó.

Crowley contempló el cesto.

—Ay —gimió—, no.

—Sí.

—¿*Ya*?

—Sí.

—Y yo tengo que decidir si...

—Sí —Hastur estaba disfrutando con aquello.

—¿Y por qué yo? —se quejó Crowley desesperado—. Ya me conoces, Hastur, éste no es mi... ya me entiendes, mi ambiente...

—Claro que sí —replicó Hastur—. Es tu ambiente y tu papel estrella. Cógelo. Los tiempos están cambiando.

—Eso —dijo Ligur con una sonrisa—. Están acabando, para empezar.

—¿Por qué yo?

—Porque es obvio que eres de los más favorecidos —le contestó Hastur maliciosamente—. Me imagino que Ligur daría el brazo derecho por una oportunidad como ésta.

—Cierto —asintió Ligur. El brazo derecho de alguien, en todo caso, pensó. Todo aquello estaba lleno de brazos derechos; no había por qué malgastar uno bueno.

Hastur sacó una carpeta de algún roñoso recoveco de su impermeable.

—Firma. Esto —dijo, separando las palabras con una espantosa pausa.

Crowley hurgó distraídamente en un bolsillo interior y sacó una pluma. Era elegante y negra mate. Parecía poder saltarse el límite de velocidad.

—Muy bonita —dijo Ligur.

—Escribe bajo el agua —farfulló Crowley.

—Ya no saben qué inventar —reflexionó Ligur.

—Sea lo que sea, se darán prisa en inventarlo —dijo Hastur—. No, A.J. Crowley no. Tu *verdadero* nombre.

Crowley asintió con la cabeza, descorazonado, y trazó un rúbrica compleja y sinuosa en la hoja de papel. Tomó un brillo rojo en la penumbra, un instante, y se apagó.

—¿Qué se supone que he de hacer con eso? —preguntó.

—Se te darán instrucciones —le espetó Hastur malhumorado—. ¿Por qué estás tan preocupado? ¡Llevamos siglos preparando este momento!

—Sí, ya —contestó Crowley. Ya no era la silueta ágil que tan ágilmente había saltado del Bentley unos minutos antes. Parecía atormentado.

—¡Nos aguarda el momento del eterno triunfo!

—Sí, ya, eterno —dijo Crowley.

—Y tú serás una herramienta para conseguir tan glorioso destino.

—Herramienta, ya —masculló Crowley. Cogió el cesto como si fuera a explotar. Lo que, en cierto modo, estaba a punto de ocurrir.

—Ehm... vale —continuó—. Pues nada, ehm... me voy. ¿Vale? Cuanto antes me lo quite de encima... No es que quiera quitármelo de encima —añadió apresuradamente, cayendo en lo que le podía pasar si Hastur redactara un informe desfavorable—. Pero ya me conocéis. Genial.

Sus superiores no dijeron una palabra.

—Bueno, pues me voy para allá —balbuceó Crowley—. Ya nos veremos... bueno, eso. Hasta otra. Ehm... vale. Muy bien. *Ciao*.

Mientras el Bentley se precipitaba en la oscuridad derrapando, Ligur susurró:

—¿Qué ha dicho?

—Algo en italiano —contestó Hastur—. «Comida», creo.

—Pues qué raro que diga eso —Ligur observó las luces traseras, que se veían cada vez más pequeñas—. ¿Confías en él?

—No.

—Bien —dijo Ligur. Cómo estaría el mundo, pensó, si los demonios fueran por ahí confiando los unos en los otros.



Crowley, en algún lugar al oeste de Amersham, cruzaba la noche a toda velocidad. Alcanzó una cinta al azar y forcejeó para sacarla de la funda sin salirse de la carretera. Con el resplandor de un faro descubrió que eran *Las cuatro estaciones de Vivaldi*. Música relajante, justo lo que necesitaba.

La embutió en el radiocassette.

—Mierda, mierda, mierda. *Joder*. ¿Por qué ahora? ¿Por qué a mí? —masculló al venírsele encima los primeros acordes conocidos de Queen.

Y de pronto Freddie Mercury empezó a hablarle.

**PORQUE TE LO MERECE, CROWLEY**

Crowley maldijo entre dientes. Lo de emplear la electrónica como medio de comunicación había sido idea suya y Allá Abajo, por una vez, la habían puesto en práctica y, como de costumbre, habían metido la pata. Lo que él quería era persuadirlos de que contrataran un servidor de Internet, pero en su lugar, se conectaban a lo que estuviera oyendo, fuera lo que fuera, y lo distorsionaban.

Crowley tragó saliva.

—Te lo agradezco, señor —dijo.

**CONFIAMOS EN TI PLENAMENTE, CROWLEY**

—Gracias, señor.

**ES MUY IMPORTANTE, CROWLEY.**

—Ya, ya lo sé.

**ES EL GRAN GOLPE, CROWLEY**

—Déjalo en mis manos, señor.

**ESO ES LO QUE ESTAMOS HACIENDO, CROWLEY Y SI SALE MAL, LOS RESPONSABLES SUFRIRÁN GRANDES TORMENTOS. INCLUSO TÚ, CROWLEY. SOBRE TODO TÚ.**

—Entendido, señor.

### SIGUE ESTAS INSTRUCCIONES, CROWLEY

Y de repente ya lo sabía todo. Cuánto odiaba aquello. Eso mismo se lo podían haber dicho perfectamente, en vez de meterle de golpe fríos conocimientos en el cerebro. Tenía que ir a un hospital.

—Estaré allí dentro de cinco minutos, señor, no hay problema.

*BIEN. I see a little silhouetto of a man scaramouche scaramouche will you do the fandango...*

Crowley golpeó el volante. Le había ido todo tan bien... de verdad, tenía aquellos últimos siglos bajo control. Y así funciona la cosa, se cree uno que es el amo del mundo y de pronto le cae encima el Apocalipsis. La Gran Guerra, la última Batalla. El Cielo contra el Infierno; tercer asalto, al suelo y sin rendición. Y ya está. Se acabó el mundo. Aquello era lo que significaba el fin del mundo. Cielo eterno y nada más, o dependiendo del que ganase, Infierno eterno. Crowley no sabía cuál era peor.

Bueno, el *Infierno* era peor, por definición, claro está. Pero Crowley se acordó de cómo era el Cielo, y tenía bastante en común con el Infierno. De entrada, no había manera de tomarse una copa decente en ninguno de los dos sitios. Y el aburrimiento que pasaba uno en el Cielo era tan malo como la agitación del Infierno.

Pero no había alternativa. No se podía ser un demonio y ejercer el libre albedrío.  
*... I will not let you go (let him go)...*

Bueno, al menos no sería este año. Tendría tiempo para hacer cosas. La primera, vender sus acciones a largo plazo.

Se preguntó qué pasaría si parase el coche allí mismo, en aquella carretera húmeda y vacía, cogiera el cesto, le diera un buen montón de vueltas y lo soltara...

Algo espantoso, seguro.

Había sido un ángel. Él no pretendía Caer. Lo que pasó fue que se juntó con la gente equivocada.

El Bentley se precipitó en la oscuridad, con el indicador de combustible a cero. Llevaba más de sesenta años con ese indicador a cero. No estaba tan mal ser un demonio. No había que poner gasolina, por ejemplo. Crowley sólo lo había hecho una vez, en 1967, para que le dieran gratis la pegatina de agujero de bala de James Bond para el parabrisas, que entonces le gustaba bastante.

Lo que había en el cesto, en el asiento de atrás, se puso a llorar; el llanto de alarma antiaérea de los recién nacidos. Agudo. Sin palabras. Y *antiguo*.



Era un hospital bastante agradable, pensó el Sr. Young. De no ser por las monjas,

habría sido tranquilo también.

Le gustaban las monjas. No es que fuera un meapilas ni nada de eso. No; si tenía que evitar ir a la iglesia, la que evitaba imperturbablemente era la de Santa Cecilia de Todos los Ángeles, tan seria y anglicana, y jamás se le habría ocurrido, ni en sueños, evitar alguna otra. Todas olían mal, a cera de suelos por lo Bajo, y a un incienso sospechoso por lo Alto. En el fondo de su alma apoltronada, el Sr. Young sabía que a Dios le avergonzaban aquellas cosas.

Pero le gustaba tener monjas cerca, del mismo modo que le gustaba tener cerca al Ejército de Salvación. Daba la impresión de que todo *iba bien*, de que en algún lugar se estaban ocupando de mantener el mundo en su eje.

No obstante, era la primera vez que trataba con la Orden de Parlanchinas de Santa Berilia<sup>[3]</sup>. Deirdre dio con ellas cuando estaba colaborando en uno de los movimientos en los que participaba, seguramente el de esos sudamericanos tan antipáticos en guerra con otros sudamericanos antipáticos a los que los curas incitaban, en vez de ocuparse de asuntos sacerdotales como organizar los turnos para limpiar la iglesia.

El caso era que las monjas deberían ser silenciosas. Para eso estaban, como esos objetos puntiagudos de las salas aquellas que servían, según tenía más o menos entendido el Sr. Young, para probar el equipo de música. Vamos, que no deberían estar parlotando todo el rato.

Se llenó la pipa de tabaco —bueno, allí lo llamaban tabaco, y no era lo que él entendía por tabaco, no era el que se solía comprar por ahí— y se puso a cavilar sobre qué pasaría si le preguntaba a una monja dónde estaba el servicio. Seguro que el Papa le enviaba una reprimenda o algo. Cambió de postura torpemente y miró el reloj.

Pero eso sí, al menos las monjas se habían negado rotundamente a que estuviera presente en el parto aunque Deirdre insistiera en ello. Había estado *leyendo* otra vez. Con un crío ya y va y empieza con que el parto es la experiencia más feliz que podían compartir dos seres humanos. Eso le pasaba por dejarle a ella encargarse de los periódicos que quería. El Sr. Young desconfiaba de los diarios en los que figuraban secciones tituladas «Estilo de vida» y «Opciones».

Bueno, no tenía nada en contra de compartir experiencias felices. Le parecía fenomenal compartir experiencias felices. Seguro que al mundo entero le hacía falta compartir más experiencias felices. Pero había dejado explícitamente claro que aquella era una experiencia feliz que Deirdre podía compartir consigo misma.

Y las monjas estuvieron de acuerdo. No veían razón alguna por la que el padre tuviese que mezclarse en el procedimiento. Aunque pensándolo bien, reflexionó el Sr. Young, no debían de ver razón alguna por la que el padre tuviera que mezclarse en *nada de nada*.

Cuando terminó de meter el tabaco en la pipa, reparó en el pequeño rótulo que

decía que, para su comodidad, no fumase por favor. Y decidió, para su comodidad, salir a la entrada. Y si había por allí algún arbusto discreto para su comodidad, tanto mejor.

Recorrió los pasillos vacíos y encontró una puerta que daba a un patio azotado por la lluvia y sembrado de honradas papeleras.

Se estremeció y protegió la pipa del viento con las manos para encenderla.

Les pasaba aquello cuando llegaban a cierta edad, a las esposas. Veinticinco años intachables y de pronto se ponían a hacer esos ejercicios robóticos con calcetines rosas sin sitio donde meter el pie, y empezaban a regañarle a uno por no haber tenido que trabajar nunca para ganarse la vida. Las hormonas, o algo de eso.

Un enorme coche negro derrapó y frenó junto a las papeleras. Salió un muchacho con gafas oscuras que llevaba una especie de moisés, y serpenteó hacia la entrada bajo la llovizna.

El Sr. Young se quitó la pipa de la boca.

—Se ha dejado las luces encendidas— le advirtió amablemente.

El hombre le lanzó la mirada perpleja de alguien a quien las luces del coche le importan un comino y alzó una mano desgana hacia el Bentley. Las luces se apagaron.

—Qué práctico —dijo el Señor Young—. Infrarrojos, ¿no?

Le sorprendió un poco que el hombre no estuviera mojado, por lo que parecía. Y que en la cuna hubiera algo, por lo que parecía.

—¿Han empezado ya? —preguntó el hombre.

El Sr. Young se sintió orgulloso de que se dieran cuenta tan rápido de que era un padre.

—Sí —dijo—. Me han hecho salir —añadió agradecido.

—¿Ya? ¿Cuánto tiempo nos queda?

El «nos» le llamó la atención al Sr. Young. Obviamente, era un médico dispuesto a compartir las responsabilidades de la educación infantil.

—Me terno que... acabamos de empezar —dijo el Sr. Young.

—¿En qué habitación está? —preguntó el hombre con muchas prisas.

—Estamos en la tres —contestó el Sr. Young. Se tocó los bolsillos y encontró el paquete maltrecho que, de acuerdo a la tradición, llevaba consigo.

—¿Compartimos la feliz experiencia de fumarnos un puro? —le invitó. Pero el hombre se había ido.

El Sr. Young se guardó cuidadosamente el paquete y miró pensativo la pipa. Siempre con prisas, estos médicos. Trabajando todo el santo día.



Hay un truco que se hace con un guisante y tres tazas, y que cuesta mucho seguir, y algo parecido, con apuestas más importantes que un puñado de monedas, está a punto de ocurrir.

El texto se pasará a cámara lenta para que se entienda el juego de manos.

La Sra. Deirdre Young está dando a luz en la Sala de Partos Número Tres. Su bebé es un varón de cabello dorado al que llamaremos Bebé A.

La mujer del Agregado Cultural Americano, la Señora Harriet Dowling, está dando a luz en la Sala de Partos Número Cuatro. Su bebé es un varón de cabello dorado al que llamaremos Bebé B.

La Hermana Mary Locuaz es una Satánica convencida desde que nació. Fue a la Escuela del Sabbat de pequeña y era la alumna más destacada en caligrafía y en adivinación a través de las vísceras. Cuando le dijeron que se uniera a la Orden de las Parlanchinas obedeció sin rechistar, pues tenía un gran talento para aquellos menesteres y, además, sabía que estaría entre amigas. Era muy inteligente, y lo demostraba cuando le surgía alguna situación que lo requiriese, porque había descubierto hacía mucho tiempo que ser una cabeza de chorlito, tal y como ella lo expresaba, facilitaba mucho las cosas. En estos momentos se le acaba de entregar un bebé varón de pelo dorado al que llamaremos el Adversario, Destructor de Reyes, Ángel del Pozo sin Fondo, Gran Bestia a la que llaman Dragón, Príncipe de Este Mundo, Padre de las Mentiras, Vástago de Satán y Señor de las Tinieblas.

Miren atentamente. Allá van, giran y giran...

—¿Es éste? —preguntó la hermana Mary, mirando al bebé—. No sé, me esperaba unos ojos raros. Rojos o verdes. O unas diminutas pezuñitas. O un rabito —lo iba girando mientras hablaba. Tampoco tenía cuernos. El hijo del Diablo tenía un aspecto alarmanentemente normal.

—Sí, éste es —dijo Crowley.

—Tengo en brazos al Anticristo, quién lo iba a decir —dijo la Hermana Mary—. Y quién hubiera dicho que yo lo bañaría, y que le contaría los deditos de los piececitos...

Ahora se estaba dirigiendo al bebé, sumida en algún mundo suyo. Crowley agitó la mano delante de su griñón.

—¡Eh! ¡Hermana! ¡Holaaa!

—Disculpe, señor. Es un encanto, sabe... ¿Se parecerá a su papá? Claro que sí. ¿Se parece a su papaíto-íto-íto...?

—No —contestó Crowley cortante—. Y yo de usted subiría a las salas de partos.

—¿Cree usted que se acordará de mí cuando sea mayor? —preguntó la Hermana Mary nostálgica, deslizándose sigilosamente por el pasillo.

—Rece por que no —dijo Crowley, y se marchó.

La Hermana Mary se encaminó al hospital nocturno con el Adversario, Destructor



de Reyes, Ángel del Pozo sin Fondo, Gran Bestia a la que llaman Dragón, Príncipe de Este Mundo, Padre de las Mentiras, Vástago de Satán y Señor de las Tinieblas sano y salvo en brazos. Encontró un moisés y acostó al niño.

El niño gorjeó. Ella le hizo cosquillas.

Una cabeza de matrona apareció por una puerta. Dijo:

—Hermana Mary, ¿no debería estar trabajando en la Sala Número Cuatro?

—El Amo Crowley ha dicho...

—Váyase ahora mismo, sea una buena monja. ¿Ha visto al marido por algún sitio? No está en la sala de espera.

—Sólo he visto al Amo Crowley, y me ha dicho que...

—Estupendo —interrumpió la Hermana Gracia Voluble firmemente—. Más me valdrá ir a buscar a ese condenado señor. Entre y vigílela un poco, ¿quiere? Está atontada pero el bebé está bien —la Hermana Gracia hizo una pausa—. ¿Por qué guiña el ojo? ¿Se le ha metido algo?

—¡Ya lo sabe! —exclamó la Hermana Mary maliciosamente—. Los bebés. El cambio...

—Claro, claro, cada cosa a su tiempo. Pero no es cuestión de que el marido ande por ahí suelto, ¿verdad? —dijo la Hermana Gracia—. Quién sabe lo que podría ver. De modo que espere ahí dentro y cuide del bebé, así me gusta.

Zarpó pasillo abajo, surcando el suelo pulido. La Hermana Mary, balanceando el moisés, entró en la sala de partos.

La Sra. Young estaba más que atontada. Estaba profundamente dormida, con la expresión de satisfacción de quien sabe que por una vez serán los demás los que tengan que ir de aquí para allá. El Bebé A estaba dormido junto a ella, pesado y etiquetado. La Hermana Mary, que estaba educada para ser servicial, le quitó la etiqueta, la copió, y ató el duplicado al bebé que traía ella.

Los bebés se parecían, ambos pequeños, con manchas, y tenían un aire los dos, aunque no del todo, a Winston Churchill.

Ahora, pensó la Hermana Mary, me tomaría una taza de té.

La mayoría de los miembros del convento eran Satánicos chapados a la antigua, como sus padres y abuelos antes que ellos. Los habían educado para ser así, y no eran, en términos estrictos, especialmente diabólicos. La mayoría de los seres humanos no lo eran. Se dejaban llevar por nuevas ideas, como calzar botas de caña alta y matar gente a tiros, o vestirse con sábanas blancas y linchar a la gente, o ponerse vaqueros teñidos descoloridos y tocarle la guitarra a la gente, y ya está. Ofréceles un nuevo credo con un traje y sus corazones y mentes lo seguirán. Pero el caso es que haber sido *educada* para ser Satánica le quitaba a la cosa su chispa. Era lo que se hacía el sábado por la noche. Y el resto del tiempo, a aguantar la vida lo mejor posible, como todo el mundo. Además, la Hermana Mary era una enfermera y las

enfermeras, independientemente de su credo, son ante todo enfermeras, lo que tenía mucho que ver con llevar el reloj vuelto, mantener la calma en las emergencias y morirse por una taza de té. Esperaba que alguien viniera pronto; había terminado la jugada más importante y ahora lo que quería era un té.

Para comprender el estado de la humanidad puede que baste con saber que la mayoría de los grandes triunfos y grandes catástrofes de la historia no se deben a que las personas son buenas en esencia o malas en esencia, sino a que las personas son en esencia personas.

Llamaron a la puerta. La monja abrió.

—¿Ya está? —preguntó el Sr. Young—. Soy el padre. El marido. Lo que sea, ambas.

La Hermana Mary esperaba que el Agregado Cultural se pareciera a Blake Carrington o a J.R. Ewing. El Sr. Young no se parecía a ningún americano que ella hubiera visto por la televisión, excepto tal vez al sheriff amistoso de las buenas películas de suspense<sup>[4]</sup>. Le había decepcionado bastante. Tampoco se fijó demasiado en su chaqueta.

Se tragó la decepción.

—Ah, sí sí sí —dijo—. Enhorabuena. Su mujer se ha dormido, pobre criatura.

El Sr. Young miró por encima del hombro de ella.

—¿Gemelos? —preguntó— Se puso a buscar la pipa. Dejó de buscar la pipa. Se puso a buscarla de nuevo— ¿*Gemelos*? No nos dijeron que iban a ser gemelos.

—¡No, no! —exclamó la Hermana Mary apresuradamente—. Éste es el suyo. El otro es... es de otro. Tengo que cuidar de él mientras la Hermana Gracia acaba con lo suyo. No —repitió, señalando al Adversario, Destructor de Reyes, Ángel del Pozo sin Fondo, Gran Bestia a la que llaman Dragón, Príncipe de Este Mundo, Padre de las Mentiras, Vástago de Satán y Señor de las Tinieblas—, el suyo es éste. De arriba a abajo, de la cabeza a las pezuñitas... que no tiene —añadió rápidamente.

El Sr. Young bajó la vista.

—Sí —afirmó inseguro—. Tiene un aire a su familia paterna. Y bien... está todo donde tiene que estar, ¿no?

—Por supuesto —contestó la Hermana Mary—. Es un niño muy normal —y añadió—: Muy, muy normal.

Se quedaron en silencio. Miraban al bebé dormido.

—No tiene usted casi acento —constató la Hermana Mary—. ¿Lleva aquí mucho tiempo?

—Unos diez años —contestó el Sr. Young, algo asombrado—. Mi trabajo se mudó, y tuve que acompañarlo.

—Siempre he pensado que tiene que ser un trabajo de lo más apasionante —dijo la Hermana Mary. El Sr. Young parecía complacido. No todo el mundo apreciaba los

aspectos más estimulantes de la contabilidad.

—Supongo que sería muy distinto antes de venir aquí —continuó la Hermana.

—Tal vez —dijo el Sr. Young, que nunca se había parado a pensarlo. Luton, por lo que él recordaba, era bastante parecido a Tadfield, con la misma clase de setos entre su casa y la estación de trenes. La misma clase de gente.

—Por lo menos habría edificios más altos —estimó la Hermana a la desesperada.

El Sr. Young se la quedó mirando. El único edificio alto que se le ocurría eran las oficinas de la Alliance and Leicester.

—Me imagino que irá usted a muchas fiestas benéficas —dijo la monja.

Ah. En aquello ya estaba más puesto. A Deirdre le encantaban esas cosas.

—A montones —contestó con mucho sentimiento—. Deirdre siempre lleva mermeladas y cosas así. Y yo suelo ayudarle con los puestos de baratijas, el elefante blanco, que se suele decir.

A la Hermana Mary nunca se le había ocurrido aquel aspecto de la sociedad del Palacio de Buckingham, pero el paquidermo le iba que ni pintado.

—Digo yo que eso será el tributo —opinó—. Quiero decir, que todos esos potentados extranjeros le traerán montones de cosas curiosas.

—¿Cómo dice?

—Soy una gran admiradora de la Familia Real, ¿sabe?

—Vaya, y yo también —asintió el Sr. Young, saltando agradecido a aquel nuevo iceberg en el arroyo apabullante de la conciencia. Sí, cuando se hablaba de la Familia Real, todo el mundo sabía de qué se hablaba. Los correctos, claro, los que descargaban su peso en el departamento de despedida y apertura de puentes. No los que se pasaban la noche entera en las discotecas y que tanto follón armaban por los paparazzi<sup>[5]</sup>.

—Qué bien —dijo la Hermana Mary—. Pensaba que a ustedes no les caían muy bien, por lo que hicieron de revolucionarse y tirar todas aquellas bolsitas de té al río.

Siguió parlotando, tal y como había aprendido del mandato de la Orden según el cual los miembros debían decir siempre lo que se les pasara por la cabeza. El Sr. Young no estaba en su terreno y se encontraba demasiado cansado para preocuparse por ello. La vida religiosa debía de volver un poco rara a la gente. Estaba deseando que la Sra. Young se despertara. Y entonces una esperanzadora palabra del parloteo de la Hermana Mary le tocó la fibra sensible.

—¿Habría alguna posibilidad de que me tomara una taza de té, si puede ser?— se aventuró a decir.

La Hermana Mary llevándose la mano a la boca ¿en qué estaría yo pensando?

El Sr. Young se abstuvo de hacer comentarios.

—Me ocuparé de eso inmediatamente —afirmó—. ¿Pero seguro que no quiere un café? Hay una de esas máquinas dispensadoras en el piso de arriba.

—Un té, por favor —contestó el Sr. Young.

—Fíjese, si se ha convertido en un auténtico nativo —comentó la Hermana Mary alegremente al salir a trajinar por algún sitio.

El Sr. Young, a solas con su mujer dormida y dos bebés dormidos, se dejó caer en una silla. Seguro; tenía que ser de tanto arrodillarse y de levantarse tan pronto y demás. Eran buenas personas, sin duda, pero no estaban en su sano juicio. Una vez vio una película de Ken Russell. Iba de monjas. Y no le parecía que estuviera en marcha nada de aquello, pero cuando el río suena...

Suspiró.

Fue entonces cuando el Bebé A se despertó y se puso a llorar de lo lindo.

Hacía muchos años que el Sr. Young no tenía que hacer callar a un bebé llorón. Además, nunca se le había dado bien. Siempre había respetado a Sir Winston Churchill, y darle palmaditas en el trasero a pequeñas versiones suyas siempre le pareció descortés.

—Bienvenido al mundo —saludó cansinamente—. Se acostumbra uno enseguida.

El bebé cerró la boca y le fulminó con la mirada como si fuera un general recalcitrante.

La Hermana Mary eligió aquel momento para entrar con el té. Satánica o no, había dado con una bandeja y había sacado unas pastas glaseadas. De esas que sólo se encuentran al fondo de algunos surtidos. La que cogió el Sr. Young era del mismo rosa que un aparato ortopédico, y tenía un muñeco de nieve de cobertura blanca.

—Éstas no las tomará usted normalmente, ¿verdad? —preguntó ella—. Son el tipo de galletas, como dirían ustedes, que nosotros llamamos *pas-tas*.

El Sr. Young abrió la boca para explicar que sí, él también, y todos los de Luton también, cuando irrumpió en la sala otra monja, jadeando.

Miró a la Hermana Mary, comprendió que el Sr. Young jamás había visto el interior de un pentáculo y se dedicó a señalar al Bebé A y a guiñar el ojo.

La Hermana Mary asintió con un gesto y le devolvió el guiño.

La monja se llevó al bebé.

Dentro de los métodos de comunicación humanos, el guiño es muy versátil. Se puede decir mucho guiñando un ojo. Por ejemplo, el guiño de la monja recién llegada decía:

*¿Dónde demonios estabas? El Bebé B ha nacido ya, ya estamos preparadas para el cambio y tú ahí en la sala que no es con el Adversario, Destructor de Reyes, Ángel del Pozo sin Fondo, Bestia a la que llaman Dragón, Príncipe de Este Mundo, Padre de las Mentiras, Vástago de Satán y Señor de las Tinieblas, tomando el té. ¿Te das cuenta de que casi me pegan un tiro?*

Y por lo que a ella respectaba, el guiño con que le respondió la Hermana Mary significaba: *Aquí está el Adversario, Destructor de Reyes, Ángel del Pozo sin Fondo,*

*Bestia a la que llaman Dragón, Príncipe de Este Mundo, Padre de las Mentiras, Vástago de Satán y Señor de las Tinieblas, y no puedo hablar porque está aquí este tipo.*

Pero sin embargo la Hermana Mary pensó que el guiño de la celadora iba más por estos derroteros:

*Bien hecho, Hermana Mary, ha cambiado los bebés solita. Dígame cuál es el bebé superfluo, lo quitaré de en medio y la dejaré continuar con el té y con su Excelencia Real la Cultura Americana.*

Y por consiguiente, el guiño con que le contestó significaba:

*Te toca a ti, querida; éste es el Bebé B, llévatelo y déjame conversar con su Excelencia. Siempre he deseado preguntarle por qué tienen unos edificios tan altos y tan llenos de espejos.*

Al Sr. Young se le escaparon todas aquellas sutilezas; le incomodaba terriblemente tanto afecto clandestino y estaba pensando: Ese Russell sí que sabía de qué iba el tema, ya lo creo que sí.

La monja habría reparado en la confusión de la Hermana Mary de no haber sido porque los hombres del Servicio Secreto de la habitación de la Señora Dowling la habían puesto nerviosa, porque no dejaban de mirarla con creciente desasosiego. Y todo fue porque estaban entrenados para reaccionar de un modo determinado ante las personas vestidas con largas túnicas amplias y largos tocados, y se encontraban en pleno conflicto de señales. Los humanos que padecen conflictos de señales no son los más indicados para llevar pistolas, y menos aún después de haber presenciado un parto natural, que en definitiva parecía una forma muy poco americana de traer niños al mundo. Además, habían oído que tenían misales en el edificio.

La Sra. Young se movió.

—¿Ya ha elegido un nombre? —preguntó la Hermana Mary sin ganas.

—¿Hmm? —contestó él—. Ah, no, no del todo. Si era niña, Lucinda por mi abuela, o Germaine. Eso es cosa de Deirdre.

—Amargura es bonito —sugirió la monja, acordándose de los clásicos—. O Damien. Damien está de moda.

**A**natema Device —su madre, que no era una gran erudita en cuestiones religiosas, leyó esa palabra una vez y pensó que para una niña era un nombre encantador— tenía ocho años y medio y estaba leyendo El Libro debajo de las sábanas, con una linterna.

Otros niños habían aprendido a leer lo básico con dibujos coloreados de manzanas, pelotas, cucarachas y demás. Pero no la familia Device. Anatema había aprendido a leer con El Libro.

No tenía ni manzanas ni pelotas. Más bien tenía un grabado de Agnes la Chalada quemándose en la hoguera y con aspecto de estar satisfecha de ello.

La primera palabra que aprendió a reconocer fue *bueno*. Muy pocos niños de ocho años y medio sabían que *bueno* también significaba «escrupulosamente exacto», pero Anatema era una de ellos.

La segunda palabra fue *ajustado*.

La primera frase que leyó en voz alta fue:

«Dígovos esto, e con aquestas palabras cargaredes. Quatro cavalgarán, e cavalgarán otros Quatro; e dessos Quatro, Tres cavalgarán entre los cielos, et entre las llamas Un, e nada podrá detenerlos; non los peçes nin la llubia nin los caminos, nin el Demonio nin los Ángeles. E vos, Anatema, allí seredes.»

A Anatema le encantaba leer sobre sí misma.

(Los padres bondadosos que leían los dominicales correctos podían encargarse de libros en los que le ponían al protagonista el nombre de sus hijos. De este modo el libro motivaba más al niño. En el caso de Anatema, no sólo salía *ella* en El Libro, que hasta ahora había acertado en todo, sino también sus padres, sus abuelos y todos desde el siglo XVII. Era demasiado pequeña y egocéntrica en aquel momento para atribuirle alguna importancia al hecho de que no se mencionara a sus hijos ni a ningún acontecimiento de su vida posterior a los once años. A los ocho años y medio, once años parecen toda una vida, y claro, si uno creía en El Libro, lo eran.)

Era una niña inteligente, de pálido rostro y de ojos y cabello negros. Por lo general, tenía cierta tendencia a incomodar a la gente, un rasgo familiar que había heredado, junto con el de ser más médium de lo que le convenía, de su tataratatarabuela.

Era precoz y serena. Sus profesores sólo tuvieron valor para reprenderla por su ortografía, que no es que fuera atroz, sino que estaba unos cuantos siglos desfasada.



Las monjas cogieron al Bebé A y lo cambiaron por el Bebé B delante de las narices de la mujer del agregado y de los del Servicio Secreto, con el ingenioso

recurso de llevarse a un recién nacido («para pesarlo, amor, hay que hacerlo, lo pide la ley») y traer a otro distinto un poco más tarde.

El Agregado Cultural, Thaddeus J. Dowling, había recibido una llamada y tuvo que regresar a Washington urgentemente unos días antes, pero siguió el parto junto a la Señora Dowling por teléfono, ayudándole con la respiración.

No fue de gran ayuda que tuviera en la otra línea al consejero de inversiones. Hubo un momento en que se vio obligado a tener a su esposa esperando veinte minutos.

Pero no importaba.

Tener un niño era la experiencia más feliz que podían compartir dos seres humanos, y él no pensaba perderse ni un solo segundo.

Encargó a uno de los del Servicio Secreto que se lo grabara todo.



El Mal, en general, no suele dormir, y por lo tanto no entiende por qué los demás sí. Pero a Crowley le gustaba dormir, era uno de los mayores placeres que había. Sobre todo después de una comida pesada. Durmió durante casi todo el siglo XIX, por ejemplo. No porque le hiciera falta, sencillamente porque le gustaba<sup>[6]</sup>.

Uno de los mayores placeres que había. Y claro, tenía que empezar a disfrutarlos cuando aún estuviera a tiempo.

El Bentley rugía sumergido en la noche, rumbo al este.

Naturalmente estaba a favor del Apocalipsis, en términos generales. Si alguien le preguntara por qué se había pasado siglos metiendo mano en los asuntos humanos, contestaría: «Pues para provocar el Apocalipsis y el triunfo del Infierno». Pero una cosa era trabajar para provocarlo, y otra muy distinta el que ocurriese de verdad.

Crowley siempre supo que estaría por allí cuando se terminara el mundo, porque era inmortal y no tendría otra alternativa. Pero esperaba que aquello quedara muy, muy lejos.

Porque la gente le caía bien. Lo cual era un defecto considerable para un demonio.

Él trataba de hacer desgraciadas sus breves vidas porque era su trabajo, pero no podía imaginar nada peor, ni de lejos, que lo que ellos mismos inventaban. Era como si tuvieran un don para ello. Era una parte de ellos, en cierto modo. Nacían en un mundo que estaba contra ellos de mil pequeñas maneras, y dedicaban la mayor parte de sus energías a empeorarlo. A través de los años, a Crowley se le había hecho cada vez más difícil dar con algo demoníaco que destacara del trasfondo natural de maldad generalizada. En alguna ocasión, en el milenio anterior, había estado a punto de

mandar un mensaje Allá Abajo para decir Mirad, más vale que lo dejemos estar, que nos olvidemos de tanto Desastre y de tanto Pandemónium y todo lo demás, y que nos larguemos de aquí, porque no les podemos hacer nada que ellos no se hayan hecho ya, porque además inventan cosas que a nosotros jamás se nos hubieran ocurrido siquiera, que normalmente tienen que ver con electrodos. Tienen lo que a nosotros nos falta. Tienen *imaginación*. Y electricidad, claro.

Si mal no recuerdo, uno de ellos lo plasmó en la frase «El Infierno está vacío, todos los demonios están aquí».

Crowley recibió un ascenso por crear la Santa Inquisición. Andaba por España en aquel tiempo, dedicándose principalmente a recorrer las tabernas de las regiones más agradables, y no se había enterado de nada hasta que le llegó la carta. Se fue a echar un vistazo, volvió y estuvo emborrachándose una semana entera.

Aquel Jerónimo Bosch. Menudo elemento.

Y cuando uno ya creía que eran más diabólicos que el mismo Infierno, de vez en cuando mostraban más gentileza de la que el Cielo jamás hubiera soñado. Siempre solía estar implicado el mismo individuo. Por aquello del libre albedrío, claro. Era una jodienda.

Azirafel intentó explicárselo una vez. La cuestión, decía él —aquello fue hacia el año 1020, cuando llegaron a su primer pequeño Acuerdo—, la cuestión era que cuando un humano era bueno o malo era porque quería. Mientras que la gente como Crowley y, naturalmente, como él, estaban encauzados desde el principio. No se podía ser verdaderamente santo si no se tenía la oportunidad de ser rotundamente malvado.

Crowley pensó en aquello durante algún tiempo y, hacia el año 1023, dijo Espera, eso sólo se puede aplicar, eh, si das cuerda a gente en igualdad de condiciones. No puedes emprenderla con alguien que está en una chabola asquerosa en una zona de guerra y esperar que reaccione igual que uno que haya nacido en un castillo.

Ah, dijo Azirafel, justamente ahí está lo bueno. Cuanto más bajo empieces, más oportunidades tienes.

Y lo que Crowley contestó fue: Eso es absurdo.

No, replicó Azirafel, es inefable.

Azirafel. El Enemigo, claro. Pero un enemigo de hacía ya seis mil años, lo cual le convertía en algo así como un amigo.

Crowley cogió el teléfono del coche.

Ser un demonio significaba, claro está, no disponer de libre albedrío. Pero no se podía pasar mucho tiempo con los humanos sin aprender alguna que otra cosa.





Al Sr. Young no le convencían demasiado Damien ni Amargura. Ni ninguna otra de las sugerencias de la Hermana Mary Locuaz, que había recorrido medio Infierno y toda la Época Dorada de Hollywood.

—Pues mire —concluyó por fin, algo dolida—, no creo que Errol tenga nada de malo. *Ni Cary*. Los dos son nombres americanos muy bonitos.

—Yo quería algo más... tradicional —se explicó el Sr. Young—. En la familia, siempre hemos sido partidarios de los nombres sencillos.

A la monja se le iluminó el rostro.

—Justo. Los nombres antiguos son los mejores, creo yo.

—Un decoroso nombre de los de antes, como los bíblicos. Matías, Marcos, Lucas o Juan —especuló el Sr. Young. La Hermana Mary hizo una mueca de dolor—. Aunque nunca me han parecido nombres bíblicos bonitos, la verdad —añadió él—. Suenan a vaqueros o futbolistas.

—A mí me gusta Saúl —la Hermana Mary trató de sacar el máximo partido posible de aquello.

—Tampoco quiero que sea *demasiado* anticuado —se quejó el Sr. Young.

—O Caín. Suena muy moderno, ¿no? Caín —probó la Hermana Mary.

—Hum —el Sr. Young parecía dudar.

—O bueno... siempre queda Adán —dijo ella. Aquel sería bastante seguro, pensó.

—¿Adán? —repitió el Sr. Young.



Sería bonito pensar que las Monjas Satánicas adoptaron disimuladamente al Bebé B, el bebé superfluo. Que creció y se convirtió en un niño normal, feliz y risueño, activo y exuberante; y que de mayor, fue un adulto normal y satisfecho.

Y tal vez fuera lo que pasó.

Deje que su mente se recree en el premio de ortografía de la escuela; en los años de carrera, agradables aunque poco interesantes; en su puesto fijo en la inmobiliaria Tadfield and Norton; en su encantadora esposa. Seguro que le gustaría imaginar niños y un hobby, como arreglar motos viejas o criar peces tropicales.

No quiere saber lo que *podría* haberle ocurrido al Bebé B.

El caso es que preferimos su versión.

Seguro que sus peces tropicales ganan concursos.



En una pequeña casa de Dorking, Surrey, se veía una luz de dormitorio encendida.

Newton Pulsifer tenía doce años, era delgado, llevaba gafas y hacía horas que debería haberse acostado.

Sin embargo, su madre estaba convencida de que el niño era un genio, y le dejaba quedarse por la noche para hacer «experimentos».

El experimento que entonces llevaba a cabo consistía en cambiarle la toma de corriente a una vieja radio que su madre le había dado para jugar. Estaba sentado a lo que llamaba orgulloso su «encimera», una mesa vieja Y maltrecha cubierta por alambre enrollado, pilas, pequeñas bombillas y una radio clásica casera que nunca llegó a funcionar. Tampoco había conseguido aún que la radio funcionara, pero bien mirado, no le daba la impresión de poder llegar tan lejos.

Tenía tres maquetas de aviones colgadas del techo de su cuarto con cordones de algodón, ligeramente torcidas. Incluso un turista accidental se hubiera dado cuenta de que las había montado alguien meticuloso y cuidadoso, a quien no se le daba bien montar maquetas de aviones. Estaba orgullósísimo de todos ellos, incluso del Spitfire, con cuyas alas se había hecho un buen lío.

Se ajustó las gafas al puente de la nariz, le echó un vistazo al enchufe y metió el destornillador.

Tenía grandes esperanzas esta vez; había seguido las instrucciones de cómo cambiar un enchufe de la página cinco del *Manual práctico de electrónica para niños, con 101 cosas seguras y educativas para hacer con la electricidad*. Había medido los alambres con su código de color en las aberturas correctas; había comprobado que el fusible tuviera el amperaje que tocaba; lo había atornillado todo. Y hasta entonces, sin problemas.

La enchufó a la red. Activó la corriente.

Todas las luces de la casa se apagaron.

Newton sonrió orgulloso. Cada vez lo hacía mejor. La última vez provocó un apagón en todo Dorking, y un señor de la compañía eléctrica había venido a hablar con su mamá.

Sentía una ardiente y no correspondida pasión por todo lo eléctrico. En el colegio había un ordenador, y unos cuantos alumnos se quedaban después de clase para hacer cosas con fichas perforadas. Cuando el profesor responsable del ordenador accedió por fin a los ruegos de Newton para que le aceptaran, al niño sólo se le encargó cargar una ficha en la máquina. Se le quedó dentro y el aparato murió ahogado.

Newton estaba seguro de que los ordenadores eran el futuro, y que cuando éste llegara, él estaría preparado, a la vanguardia de la tecnología moderna.

El futuro tenía su propia opinión acerca de ello. Estaba todo en El Libro.



Adán, pensaba el Sr. Young. Probó a decirlo, para ver cómo quedaba.

—«Adán». Hum...

Miró los rizos dorados del Adversario, Destructor de Reyes, Ángel del Pozo Sin Fondo, Gran Bestia a la que llaman Dragón, Príncipe de Este Mundo, Padre de las Mentiras, Vástago de Satán y Señor de las Tinieblas.

—¿Sabe qué? —concluyó al cabo de un instante—. Creo que tiene cara de llamarse Adán.



No había sido una noche oscura ni tormentosa.

Eso fue dos días después, unas cuatro horas después de que la Sra. Dowling, la Sra. Young y sus respectivos bebés dejaran el edificio. Fue una noche especialmente oscura y tormentosa, y justo pasada la medianoche, cuando la tormenta alcanzaba su apogeo, un estallido de rayos cayó en el Convento de la Orden de las Parlanchinas y prendió fuego al tejado de la sacristía.

Nadie salió gravemente herido del incendio, pero duró varias horas, y causó buena cantidad de daños en ese tiempo.

El instigador del incendio acechaba en lo alto de una colina cercana y observaba el fuego. Era alto y delgado, y Duque del Infierno. Era lo único que quedaba por hacer antes de regresar a los infleamos, y ya lo había hecho.

Podía dejar tranquilamente el resto en manos de Crowley.

Hastur volvió a casa.



Técnicamente Azirafel era un Principado, pero a la gente le había dado por bromear con eso aquellos días.

En general, ni él ni Crowley habrían elegido la compañía el uno del otro, pero eran hombres, o al menos criaturas antropomórficas, del mundo, y el Acuerdo les había estado beneficiando todo aquel tiempo. Además, uno se acababa acostumbrando a la cara que había estado por allí más o menos sistemáticamente durante seis milenios.

El Acuerdo era muy sencillo, tanto que ni siquiera se merecía la mayúscula, que

se había ganado por existir tanto tiempo. Era la clase de trato prudente que muchos agentes independientes, que trabajan en condiciones precarias lejos de sus superiores, cierran con sus rivales al darse cuenta de que tienen más en común con sus adversarios inmediatos que con sus aliados remotos. Les comprometía a una tácita no interferencia en las actividades el uno del otro. Aseguraba que aunque ninguno de los dos saliera ganando, tampoco perdería nada, y que ambos podrían probar ante sus amos que estaban haciendo progresos frente a tan astuto y bien informado adversario.

Con arreglo a dicho Acuerdo, Crowley pudo desarrollar Manchester mientras que Azirafel hizo cuanto quiso con todo Shropshire. Crowley se encargó de Glasgow, Azirafel de Edimburgo (ninguno de los dos reclamó la responsabilidad de Milton Keynes<sup>[7]</sup>, pero ambos informaron de que fue todo un éxito).

Y así, naturalmente, hasta parecía normal que quisieran echarse una mano el uno al otro, y que de hecho lo hicieran, cuando lo dictaba el sentido común. Al fin y al cabo ambos eran ángeles de origen. Si uno iba al Infierno por una tentación rápida, era justo dar algún pellizco aquí y allá en la ciudad y montar un breve instante estándar de éxtasis divino. Ocurriría de *todas formas*, y ser sensato al respecto ahorrraba tiempo a todo el mundo y reducía gastos.

Azirafel se sentía culpable de vez en cuando, pero tantos siglos de contacto con la humanidad le estaban produciendo el mismo efecto que a Crowley, sólo que en la dirección opuesta.

Además, al parecer, a las Autoridades les daba igual quién hiciera las cosas, mientras las hiciera alguien.

En aquel momento, Azirafel estaba de pie junto a Crowley en la orilla del estanque de los patos del Parque de St. James. Les estaban dando de comer a los patos.

Los patos de aquel parque estaban tan acostumbrados a que les echaran pan los agentes secretos que se reunían clandestinamente que habían desarrollado su propia reacción de Pavlov. Si se pone un pato del parque de St. James en una jaula de laboratorio y se le enseña una foto de dos hombres —uno siempre envuelto en un abrigo con el cuello forrado y el otro algo lúgubre y con bufanda—, mirará hacia arriba expectante. El pan negro del agregado cultural ruso era el más solicitado por el pato perspicaz, mientras que el sándwich pastoso del jefe del Departamento de Contraespionaje británico era manjar de los más sibaritas.

Azirafel le tiró un mendrugo a un macho un poco desgarbado, que lo atrapó y se sumergió enseguida.

El ángel se volvió hacia Crowley.

—Pero bueno, querido —murmuró.

—Lo siento —se disculpó Crowley—, no sé en qué estaba pensando —el pato salió irritado a la superficie.

—Sabíamos que algo se estaba cocinando, claro está —dijo Azirafel—. Pero uno se imagina esta clase de acontecimientos en América. Allí tienen cabida estas cosas.

—A lo mejor ocurre allí —opinó Crowley con pesimismo. Pensativo, echó un vistazo al Bentley, al otro lado del parque; el cepo estaba inmovilizando la rueda trasera con diligencia.

—Ah, sí. El diplomático americano —dijo el ángel—. Me parece más bien un fanfarrón. No sé, como si el Apocalipsis fuera una especie de espectáculo cinematográfico que hubiera que vender en cuantos más países fuera posible.

—En *todos* ellos —añadió Crowley—. La Tierra y todos sus reinos.

Azirafel echó el último trozo de pan a los patos, que se abalanzaron a molestar al agregado naval búlgaro y a un hombre de aspecto furtivo con corbata de Cambridge que se había deshecho cuidadosamente de la bolsa de papel tirándola a una papelería.

Se volvió y miró a Crowley.

—Ganaremos, de eso no cabe duda —dijo.

—Tú no lo deseas —contestó el demonio.

—¿Y por qué no, si se puede saber?

—Oye —dijo Crowley desesperado—, ¿cuántos músicos crees que tenéis en vuestro bando? De primera clase, quiero decir.

Azirafel parecía desconcertado.

—Bueno, si no me equivoco... —empezó a decir.

—Dos —continuó Crowley— Elgar y Liszt. Y eso es todo. Los demás los tenemos nosotros. Beethoven, Brahms, los Bach, Mozart, todos. ¿Tú te imaginas la eternidad con Elgar?

Azirafel cerró los ojos.

—Perfectamente —gimió.

—Pues ya está —dijo Crowley con un ademán de triunfo. Sabía muy bien cuál era el punto débil de Azirafel. —Despídete de los compact discs. Y de Albert Hall. Y de los conciertos. Y de Glyndbourne. Sonarán armonías celestiales todo el santo día.

—Es inefable —murmuró Azirafel.

—¿No te gustaban los huevos sin sal? Lo que me recuerda que nada de sal ni de huevos. Nada de salsas. Nada de restaurantes acogedores donde te conocen. Nada de crucigramas del periódico que te gusta. Ni de tiendecitas de antigüedades. Ni de librerías. Y de las ediciones antiguas interesantes ya te puedes ir olvidando. Y de... —Crowley rebuscó a la desesperada entre los intereses de Azirafel—. Y de las cajas de rapé de plata del siglo XIX...

—¡Pero cuando ganemos, la vida mejorará! —dijo el ángel con voz ronca.

—Pero no será tan interesante. Oye, *sabes* que tengo razón. Tú serías tan feliz con una lira como yo con un tridente.

—Sabes muy bien que no tocamos la lira.

—Ni nosotros usamos tridente. Era todo retórica.

Se quedaron mirándose el uno al otro.

Azirafel extendió las manos, elegantes y cuidadas.

—Mi gente está más que contenta de que vaya a ocurrir, ¿sabes? Es que de eso se trata, fíjate. La gran prueba final. Espadas llameantes, los Cuatro Jinetes, mares de sangre, y toda la pesca —se encogió de hombros.

—¿Y ya está, «Game Over, Insert Coin»? —dijo Crowley.

—A veces me cuesta un poco seguir tus métodos de expresión.

—Pues a mí me gustan los mares como están. No tiene por qué pasar. No hay que someterlo todo a la destrucción para ver si lo has hecho bien.

Azirafel volvió a encogerse de hombros.

—Me temo que ésa es tu inefable opinión.

El ángel se estremeció y se echó el abrigo a los hombros. Empezaban a acumularse nubes sobre la ciudad.

—Vamos a algún sitio donde no haga frío —propuso.

—¿Eso es una invitación? —dijo Crowley desanimado.

Caminaron un rato en sombrío silencio.

—No es que no esté de acuerdo contigo —se explicó el ángel mientras caminaban desgastados por la hierba—, pero no me está permitido desobedecer. Ya lo sabes.

—Ni a mí —protestó Crowley.

Azirafel le miró de soslayo.

—Venga ya, hombre —dijo—, tú eres un demonio, al fin y al cabo.

—Ya. Pero los míos defienden la desobediencia en términos generales, y no la desobediencia *específica*; ésa la tratan con mano dura.

—¿Desobedecerles a ellos, por ejemplo?

—Eso es. Te sorprenderías. O tal vez no. ¿Cuánto tiempo crees que nos queda?

Crowley alzó una mano hacia el Bentley, desactivando el cierre centralizado.

—Depende de la profecía —aseguró Azirafel, metiéndose en asiento del pasajero—. Hasta final de siglo seguro, aunque podemos esperar que se den ciertos fenómenos previamente. A la mayoría de los profetas del pasado milenio les preocupaba más la escansión que la precisión.

Crowley señaló la llave de contacto. Giró.

—¿Qué? —dijo.

—Claro —dijo el ángel amablemente—: «Y el Mundo llegará a su fin, en el año na na ná uno». O dos, o tres, o lo que sea. No hay muchas cosas que rimen con seis, así que será el mejor año.

—¿Qué clase de fenómenos?

—Cabras de dos cabezas, señales en el cielo, gansos volando hacia atrás, lluvia de peces. Cosas así. La presencia del Anticristo afecta al funcionamiento normal de la

causalidad.

—Ya veo.

Crowley puso el coche en marcha. Entonces se acordó de algo. Chasqueó los dedos.

El cepo de la rueda desapareció.

—Vamos a comer —propuso—. Te debo una comida de cuando... ¿cuándo fue?

—París, 1793 —contestó Azirafel.

—Ah, sí. El Reinado del Terror. ¿Ésa era nuestra o vuestra?

—Vuestra, ¿no?

—No me acuerdo. Pero era un restaurante estupendo.

Al pasar por delante de un guardia urbano anonadado, el cuaderno que llevaba se prendió por combustión espontánea, para el asombro de Crowley.

—Estoy seguro de que no pretendía hacer eso —dijo.

Azirafel se puso colorado.

—He sido yo —confesó—. Siempre he pensado que vosotros los inventasteis.

—¿No fuisteis vosotros? *Nosotros* creíamos que eran vuestros.

Crowley miró el humo por el retrovisor.

—Venga —dijo—. Vamos al Ritz.

Crowley no se había molestado en hacer ninguna reserva. En su mundo, reservar mesa lo hacían los demás.



Azirafel coleccionaba libros. Si hubiera sido sincero consigo mismo habría admitido que su librería era sencillamente un lugar donde guardarlos. No era nuevo en aquello. Para seguir con la tapadera de clásica tienda de libros de segunda mano empleaba todos los medios posibles, sin llegar a la violencia física —pero por poco—, para evitar que los clientes los comprasen. Desagradables olores a humedad, miradas fulminantes, horario imprevisible... era increíblemente bueno en aquello.

Llevaba mucho tiempo coleccionando libros y, como todos los coleccionistas, se había especializado.

Tenía más de sesenta libros de predicciones relativas al progreso de los últimos siglos del segundo milenio. Tenía debilidad por las primeras ediciones de Wilde. Y tenía un juego completo de Biblias Infames, cada una con un nombre acorde a los errores de imprenta correspondientes.

Entre aquellas Biblias se hallaba la Biblia de los Injustos, así denominada a causa de una errata mediante la cual proclamaba, en la Primera Carta a los Corintios, «¿Es que no sabéis que los injustos heredarán el reino de Dios y la Biblia Perversa,

impresa por Barker y Lucas en 1632, en la que la palabra «no» se omitió del séptimo mandamiento, transformándolo en «Cometerás Adulterio»» También estaba la Biblia del Indulto, la Biblia de la Melaza, la de los Peces en Pie, la de Charing Cross y todas las demás. Azirafel las tenía todas. Incluso la más difícil de encontrar, una Biblia publicada en 1651 por la editorial londinense Bilton & Scaggs.

Fue el primero de sus tres grandes desastres editoriales.

El libro se conocía como la Biblia del Carajo. El extenso error, por llamarlo de alguna manera, del cajista, se halla en el libro de Ezequiel, capítulo 48, versículo cinco.

*2. Limitando con Dan, desde la frontera oriental hasta la occidental: Aser una parte.*

*3. Limitando con Aser, desde la frontera oriental hasta la occidental: Neftalí, una parte.*

*4. Limitando con Neftalí, desde la frontera oriental hasta la occidental: Manasés, una parte.*

*5. Al carajo, ya. Estoy hasta las mismísimas narices de componer Mírese por donde se mire, el señor Bilton no es un caballero, y el señor Scaggs no es más que un zoquete usurero y agarrado. A fe mía, con el buen tiempo que hace hoy, cualquier hombre de Dios que tenga un poco de sentido común debería estar gozando del sol y no encerrado todo el santo día en este viejo taller enmohecido. @☆¡Æ @ ; !☆*

*6. Y limitando con Efraim, desde la frontera oriental hasta la occidental: Rubén, una parte<sup>[8]</sup>.*

El segundo desastre editorial de Bilton & Scaggs ocurrió en 1653. Un golpe de escasa buena suerte hizo que consiguieran uno de los célebres libros en cuartos mayores, los «Cuartos Perdidos», las tres obras de teatro de Shakespeare que no se reeditaron en folio, y quedaron reservadas para siempre a los eruditos y al público teatral. Sólo sus títulos han llegado hasta nosotros. La siguiente es la primera obra de teatro del autor, *La Comedia de Robin Hood o El Bosque de Sherwood*<sup>[9]</sup>.

El Señor Bilton había pagado casi seis guineas por el libro, y pensó que podría sacar casi el doble con sólo la edición en folio y cartoné.

Y lo perdió.

El tercer gran desastre editorial de Bilton & Scaggs jamás llegaron a comprenderlo ninguno de los dos. Allá donde mirasen, se vendían los libros de



profecías como churros. La edición inglesa del *Siglos* de Nostradamus iba ya por la tercera edición, y cinco Nostradamus, los cinco asegurando ser el auténtico, se encontraban en plena gira triunfal. Y la *Colección de Profecías* de la Madre Shipton se estaba agotando.

Cada una de las grandes editoriales de Londres —había ocho— contaba con un Libro de Profecías como mínimo en el catálogo. Todos eran desenfrenadamente erróneos, pero ese aire de omnipotencia imprecisa y generalizada los había hecho tremendamente famosos. Se vendían a millares, a decenas de millares.

—¡Es una mina de oro! —le dijo el Señor Bilton al Señor Scaggs<sup>[10]</sup>—. ¡El público está pidiendo a gritos semejante bazofia! Hemos de imprimir un libro de profecías de alguna bruja.

El manuscrito llegó a su puerta a la mañana siguiente; el sentido del tiempo del autor, como siempre, era exacto.

Aunque ni el Señor Bilton ni el Señor Scaggs se dieron cuenta, el manuscrito que acababan de recibir era la única obra profética de la historia completamente constituida por predicciones correctas acerca de los siguientes trescientos cuarenta años; era una descripción precisa y exacta de los acontecimientos que culminarían en el Apocalipsis. Se podía poner la mano en el fuego por todos y cada uno de los detalles.

Bilton & Scaggs lo publicó en septiembre de 1655, un buen momento para las ventas navideñas<sup>[11]</sup>, y fue el primer libro impreso en Inglaterra cuyos restos de edición hubo que liquidar.

No se vendió.

Ni siquiera el ejemplar de aquella minúscula tienda de Lancashire con el cartón que decía «Autor local» junto al libro.

A la autora del libro, una tal Agnes la Chalada, no le sorprendió aquello, pero también era muy difícil sorprender a aquella mujer.

De todas maneras, no lo había escrito por las ventas o por los royalties, ni siquiera por la fama. Sólo lo hizo por el ejemplar gratis que le correspondía al autor por ley.

Nadie sabe qué ocurrió con las legiones de copias que no se vendieron. No queda ninguna en colecciones de museo ni privadas. Ni siquiera Azirafel posee algún ejemplar, pero sólo de pensar en poner sus cuidadas manos en uno le temblarían las piernas de emoción.

Y es que sólo quedaba un ejemplar de las profecías de Agnes la Chalada en todo el mundo.

Se encontraba en una estantería a unos sesenta kilómetros de donde Crowley y Azirafel disfrutaban de una comida bastante exquisita y, metafóricamente, acababa de poner en marcha la cuenta atrás.



Eran las tres en punto. El Anticristo llevaba quince horas en la Tierra, y un ángel y un demonio habían estado bebiendo sin parar a la salud de los tres.

Estaban sentados uno enfrente del otro en la trastienda de la vieja y lúgubre librería de Azirafel, en el Soho.

Casi todas las librerías de ese barrio tienen trastienda, y casi todas las trastiendas están abarrotadas de libros muy difíciles de encontrar o al menos muy caros. Pero los de Azirafel no estaban ilustrados. Tenían tapas marrones y sus páginas crujían. Alguna vez, si no tenía más remedio, vendía alguno.

Y alguna vez, unos hombres serios con trajes negros venían a proponerle, con mucha educación, que vendiera el establecimiento para que lo pudieran convertir en el tipo de tienda al por menor más acorde a la zona. Y otras veces, mientras hablaban, otros hombres con gafas oscuras se paseaban por la librería meneando la cabeza y comentando lo inflamable que era el papel y lo peligroso que era aquel cuchitril en caso de incendio.

Y Azirafel asentía con la cabeza y sonreía, diciendo que lo pensaría. Entonces se iban. *Y no volvían nunca.*

Que uno fuera un ángel no quería decir que fuera tonto.

La mesa que los separaba estaba cubierta de botellas.

—El caso es que... —dijo Crowley—. El caso es que; el caso es que —trató de fijar la mirada en Azirafel.

—El caso es... —repitió, y trató de pensar en algún caso.

—A donde quiero llegar —dijo animándose—, es a los delfines. El caso son los delfines.

—Pues unos peces —dijo Azirafel.

—Nononono —contestó Crowley agitando el dedo—. Mamíferos. Mamíferos corrientes. La diferencia es que... —Crowley se adentró en el pantano de su mente y trató de acordarse de la diferencia—. La diferencia es que...

—¿Se aparean fuera del agua? —dijo Azirafel sin que se le preguntara.

Crowley arrugó la frente.

—Lo dudo. Seguro que no. Era algo de sus crías. Bueno, lo que sea —trató de mantener la compostura—. El caso es que... el caso es que tienen cerebro.

Alcanzó una botella.

—¿Y qué que tengan cerebro? —preguntó el ángel.

—Pues que lo tienen grande. Ahí quería yo llegar. Al tamaño. Eso es. Un cerebro de tamaño gigantesco. Y luego las ballenas. Un pedazo de cerebro como una casa. Te lo digo yo. Todo el mar lleno de cerebros.

—El kraken —dijo Azirafel, mirando su vaso malhumorado.

Crowley le echó la mirada detenida de alguien a quien le acaba de caer una viga en el hilo de las ideas.

—¿Eh?

—Es una bestia descomunal —dijo Azirafel—. Duerme bajo los truenos de la profundidad superior. Bajo montañas de innumerables algas marinas enormes, como popi... poli, pólipos, ¿sabes? Se supone que saldrá a la superficie justo al final, cuando el mar hierva.

—¿Sí?

—Seguro.

—Pues ya está —dijo Crowley reclinándose—. Todo el mar hirviendo a borbotones, los pobrecitos delfines convertidos en menudillos para sopa de marisco y a nadie le importa un carajo. Y los gorilas qué. Toma ya, dirán, todo el cielo rojo, las estrellas cayéndose... ¿qué les echarán a los plátanos hoy en día? Y luego...

—Perdona, pero los gorilas hacen nidos —protestó el ángel, poniéndose otra copa y acertando en el vaso a la tercera.

—Qué va.

—Verdad de Dios. Lo vi en una peli. Hacen nidos.

—Eso son los pájaros —replicó Crowley.

—Que son nidos —insistió Azirafel.

Crowley decidió no discutir aquel aspecto.

—Bueno, pues eso —dijo—. Todas las criaturas grandes y no. No tan grandes, quiero decir. Grandes y pequeñas. Que todas tienen cerebro. Y van y se cuecen.

—Pero *tú* eres parte de eso —dijo Azirafel—. Tientas a la gente. Y se te da bien.

Crowley dejó el vaso en la mesa de golpe.

—Eso es distinto. No tienen que decir que sí. Es la parte inefable, ¿no? Tu bando lo inventó. Tenéis que poner a prueba a la gente. Pero no destruirla.

—Vale, vale. No me hace más gracia que a ti, pero ya te he dicho que no puedo desbo... desde... no hacer lo que me manden. Soy un ángel.

—En el Cielo no hay cines —dijo Crowley—. Y muy pocas películas.

—No te atrevas a tentarme a *mí* —exclamó Azirafel desconsoladamente—. Que te conozco, serpiente.

—Tú piénsalo —insistió Crowley incansable—. ¿Pero sabes qué es la eternidad? ¿Lo sabes, eh, lo que es la eternidad? O sea, ¿sabes lo que es la eternidad? Tienes la gran montaña, vale, de un kilómetro de alta, en el fin del universo, y una vez cada mil años el pájaro...

—¿Qué pájaro? —preguntó Azirafel desconfiado.

—El pájaro este que te estoy diciendo, que cada mil años...

—¿El mismo cada mil años?

Crowley vaciló.

—Mm... sí —dijo.

—Pues vaya pájaro más carcamal.

—Vale. Y cada mil años el pájaro vuela...

—Será que cojea...

—... *vuela* hasta la montaña y se afila el pico...

—Oye, para. No puede ser. De aquí al fin del universo hay mucha... —el ángel agitó la mano, expresivo aunque vacilante—. Muchaaaa... mucha como sellame, amigo mío.

—Bueno, pero llega igual.

—¿Cómo?

—Eso da igual.

—Podría ir en nave espacial —sugirió el ángel.

Crowley aflojó un poco.

—Sí —dijo—, vale. El caso es que ese pájaro...

—Pero es que estamos hablando del *fin* del universo —puntualizó Azirafel—. Tendría que ser de esas naves en que los que llegan al destino son tus descendientes. Y les tienes que decir, dices: Cuando lleguéis a la Montaña, tenéis que... —dudó—. ¿Qué tenían que hacer?

—Afilarse el pico en la montaña —dijo Crowley—, y luego volver...

—En la nave espacial...

—Y al cabo de mil años vuelta a empezar —se apresuró a terminar Crowley.

Hubo un momento de embriagado silencio.

—Demasiado esfuerzo sólo para afilarse el pico —reflexionó Azirafel.

—Escucha —dijo Crowley apresuradamente—, el caso es que el pájaro al final ha desgastado la montaña, ¿no?, y entonces...

Azirafel abrió la boca. Crowley sabía que iba a apuntar algo acerca de la dureza relativa de los picos de las aves y de las montañas de granito, y siguió rápidamente.

—... y tú *aún no habrás acabado de ver* Sonrisas y lágrimas.

Azirafel se quedó de piedra.

—Y te encantará —dijo Crowley sin piedad—. Te lo digo en serio.

—Querido amigo...

—Estás condenado.

—Escucha...

—El Cielo tiene el gusto en el culo.

—Oye...

—Y restaurantes de sushi, ni uno ni medio.

Una mirada de dolor surcó el rostro del ángel, de pronto muy serio.

—No puedo hacer frente a todo eso estando borracho —dijo—. Voy a serenarme.

—Yo también.

Los dos se estremecieron al retirarse el alcohol de sus venas, y se sentaron en mejor postura. Azirafel se ajustó la corbata.

—No puedo interferir en los planes divinos —afirmó con voz ronca. Crowley, especulador, miró su vaso y lo volvió a llenar.

—¿Y en los diabólicos? —preguntó.

—¿Cómo dices?

—Bueno, no puede ser más que un plan diabólico, ¿no? Lo estamos llevando a cabo *nosotros*. Mi bando.

—Ah, pero es parte del plan *divino* general —dijo Azirafel—. Tu bando no puede hacer nada que no sea parte de un inefable plan divino —añadió, con un atisbo de petulancia.

—Qué más quisieras tú.

—No, es el... —Azirafel chasqueó irritado los dedos—, bueno, eso. ¿Cómo decías tú en tu colorida jerga? El final de la balanza.

—El balance final.

—Eso.

—Bueno... si estás seguro... —dijo Crowley.

—Sin duda alguna.

Crowley levantó la vista con una mirada de picardía.

—Entonces no puedes saber seguro, corrígeme si me equivoco, si frustrarlo es o no parte del plan divino. O sea, se supone que tienes que frustrar cada una de las tretas del Maligno, ¿no?

Azirafel vaciló.

—También es verdad.

—Descubres una treta, y la frustras, ¿no es así?

—Grosso modo, pero sí. Lo que hago yo es ayudar a los humanos a que frustren ellos las tretas. Por la inefabilidad, ya sabes.

—Bien, bien. Así que lo único que tienes que hacer es frustrarlo todo. Porque si de algo estoy seguro —dijo Crowley atropelladamente— es de que el nacimiento es sólo un principio. Lo que importa es cómo se cría. Las Influencias. De lo contrario el niño jamás aprendería a usar sus poderes —vaciló un instante—. Al menos, no como se supone.

—Seguro que a mi bando no le importaría que yo frustrara tus esfuerzos —constató Azirafel pensativo—. En absoluto les importaría.

—Claro que no. Podrías ganarte la aureola de oro —Crowley le dedicó al ángel una sonrisa alentadora.

—¿Y qué le pasará al niño si no recibe una educación satánica? —preguntó Azirafel.

—Probablemente nada. No se enterará nunca.

—Pero la genética...

—Déjate de genética. ¿Qué tendrá que ver? —le espetó Crowley, Mira a Satán. Fue creado como un ángel y cuando crece va y se convierte en el Gran Adversario. Si te vas a meter en genética, también podrías decir que el niño se convertirá en ángel. Al fin y al cabo su padre era un pez gordo en el Cielo en aquellos tiempos. Decir que se convertirá en demonio es como decir que un ratón sin rabo tendrá crías sin rabo. La educación lo es todo. Te lo digo yo.

—Y sin influencias satánicas no contestadas...

—Lo peor que podría pasar es que el Infierno tuviera que empezar otra vez de cero. Y que la Tierra dure al menos once años más. Vale la pena, ¿no?

Ahora Azirafel volvía a estar meditabundo.

—¿Estás diciendo que el niño no es maligno en esencia? —le preguntó despacio.

—Es *potencialmente* maligno. Y bueno también, supongo. Es malo en potencia, y esa *potencialidad* está esperando que le den forma —se explicó Crowley. Se encogió de hombros. —Pero claro, ¿estarnos hablando de bueno como tú o como yo? Son nombres para nuestros bandos. Eso ya los sabemos.

—Supongo que vale la pena intentarlo —dijo el ángel. Crowley asintió con entusiasmo.

—¿Trato hecho? —dijo el demonio tendiéndole la mano.

El ángel se la estrechó, cautelosamente.

—Seguro que es más interesante que los santos —opinó.

—Además es por el bien del niño, a largo plazo —añadió Crowley—. Seremos una especie de padrinos. Se podría decir que vamos a ser los responsables de su educación religiosa.

A Azirafel se le iluminó el rostro.

—Eso nunca se me había ocurrido —dijo—. *Padrinos*. ¡Vaya, fíjate!

—No está mal —aseguró Crowley—, una vez te acostumbras.



La conocían como Scarlett. Por aquellos tiempos vendía armas, pero ya empezaba a perder interés. No solía aguantar mucho en un mismo trabajo. Trescientos o cuatrocientos años en el exterior no eran para engancharse a la rutina.

Tenía el pelo caoba natural, ni pelirrojo ni castaño, sino de un fuerte color cobre bruñido, que le caía hasta la cintura en trenzas por las que un hombre mataría, lo que de hecho ocurría a menudo. Tenía los ojos de un extraordinario tono naranja. Parecía tener veinticinco años, y siempre los tenía.

Conducía un polvoriento camión color terracota lleno de armamento variado, con una habilidad inaudita para pasarlo por cualquier frontera del mundo. Estaba de camino a un pequeño país sudafricano, donde se estaba librando una guerra civil de poca importancia, a entregar una mercancía que, con un poco de suerte, la convertiría en una guerra civil de gran importancia. Desgraciadamente el camión se averió de tal manera que ni siquiera ella podía repararlo.

Y eso que se le daba muy bien la maquinaria últimamente.

Se encontraba en medio de una ciudad<sup>[12]</sup>. Era la capital de Tierra Kumbola, una nación africana que había vivido en paz durante los últimos tres mil años. Se llamó Tierra Sir Humphrey Clarkson durante treinta años pero como el país no tenía ninguna reserva mineral y gozaba de la importancia estratégica de un plátano, se acercaba al autogobierno a pasos agigantados. Tierra Kumbola era pobre, tal vez, y aburrida sin duda alguna, pero pacífica. Sus diversas tribus, que se llevaban bastante bien entre ellas, habían empezado a cambiar sus espadas por arados tiempo atrás; estallo una lucha en la plaza de la ciudad en 1952, entre un arriero de bueyes borracho y un ladrón de bueyes también borracho. Aún se hablaba e ello.

Scarlett bostezó acalorada. Se abanicó la cabeza con su sombrero de ala ancha, dejó el camión inservible en la calle polvorienta y se metió en un bar.

Compró una lata de cerveza, la vació y sonrió al camarero.

—Tengo un camión que reparar —dijo—. ¿Hay alguien aquí con quien pueda hablar?

El camarero esbozó una amplia sonrisa blanca y expansiva. Estaba impresionado por la forma en que se había bebido la cerveza.

—Sólo Nathan, señorita. Pero ha vuelto a Kaounda a ver la granja de su suegro.

Scarlett compró otra cerveza.

—Nathan. Bien. ¿No se sabe cuándo volverá?

—Puede que la semana que viene. O la otra, querida señorita. Este Nathan... vaya picarón, ¿eh?

Se inclinó hacia delante.

—¿Viaja sola, señorita?

—Sí.

—Podría ser peligroso. Hay gente un poco rara en las carreteras desde hace algún tiempo. Malos tipos. No son chicos de *por aquí* —añadió muy de prisa.

Scarlett levantó una ceja perfecta.

A pesar del calor, él se estremeció.

—Gracias por avisarme —dijo Scarlett con un arrullo. Su voz sonaba como algo que acecha entre las hierbas, que sólo se distingue por el movimiento de sus orejas, hasta que algo más joven y tierno se le acerca.

Se despidió de él levantándose el sombrero y se encaminó afuera.

El ardiente sol africano le cayó encima; su camión aguardaba en calle con un cargamento de rifles, de munición y de minas de tierra. No iba a ningún lado.

Scarlett observó el camión.

En la baca había un buitre Había viajado con Scarlett casi quinientos kilómetros. Estaba eructando discretamente.

Ella miró la calle: dos mujeres charlaban en una esquina; un tendero aburrido estaba sentado frente a un montón de vasijas de calabaza seca, espantando las moscas; unos cuantos niños jugaban perezosos en el polvo.

—Qué diablos —dijo en voz baja—. No me vendrían mal unas vacaciones.

Era un miércoles.

Para el viernes, la ciudad ya era zona prohibida.

Para el martes siguiente, la economía de Tierra Kumbola estaba arruinada, veinte mil personas habían muerto (incluido el camarero, al que los rebeldes dispararon cuando arrasaron las barricadas del mercado), casi cien mil personas resultaron heridas, todas las armas variadas de Scarlett habían cumplido la función a la que estaban destinadas, y el buitre había muerto de Degeneración Adiposa.

Scarlett ya había subido al último tren que dejaba el país. Sintió que ya era hora de largarse. Llevaba demasiado tiempo con las armas. Quería cambiar. Quería algo con posibilidades. Le gustaba la idea de ser periodista. Era una opción. Se abanicó con el sombrero, y cruzó las largas piernas.

Tren abajo, más lejos, estalló una pelea. Scarlett sonrió. La gente siempre se estaba peleando por ella y a su alrededor; muy tierno, sí señor.



Sable tenía el pelo negro, una cuidada barba negra y acababa de decidir que iba a montar un negocio.

Había salido a tomar algo con su contable.

—¿Cómo vamos, Frannie? —le preguntó a la chica.

—Hemos vendido doce millones de ejemplares hasta ahora. ¿A que es increíble?

Estaban de copas en un restaurante llamado Cima de los Seises, en la cima del 666 de la Quinta Avenida, Nueva York. Aquello siempre le había parecido sutilmente divertido a Sable. Desde las ventanas del restaurante se veía todo Nueva York; por la noche, todo Nueva York veía los enormes 666 que adornaban los cuatro lados del edificio. Naturalmente, no era más que otro número de portal. Si uno empezaba a contar, acabaría llegando. Pero tenían que hacer la gracia.

Sable y su contable acababan de salir de un pequeño y caro restaurante, especialmente exclusivo, de Greenwich Village, donde la cocina era completamente



*nouvelle*: un haba, un guisante y una tajada de pechuga de pollo estéticamente dispuestos en un plato de porcelana cuadrado.

Sable se lo inventó la última vez que estuvo en París.

Su contable se había ventilado la carne y las dos verduras en menos de cincuenta segundos, y el resto del tiempo se había dedicado a mirar el plato, la cubertería, y de vez en cuando a los demás comensales, de un modo que sugería que debía de preguntarse cómo estarían sus platos, como era el caso.

Con aquello, Sable pasó un rato divertidísimo.

Jugaba con su botella de agua mineral.

—¿Doce millones, dices? No está nada mal.

—Está *fenomenal*.

—De modo que vamos a montar el negocio del siglo. Es hora de hacerlo a lo grande, ¿no crees? Estoy pensando en California. Quiero fábricas, restaurantes, y todo el tinglado. Seguiremos con la rama editorial, pero tenemos que ir diversificándonos. ¿Qué te parece?

Frannie asintió.

—Parece una buena idea, Sable. Tendremos que...

La interrumpió un esqueleto. Un esqueleto con traje de Dior, con la piel morena tan estirada que estaba a punto de rasgarse para mostrar el cráneo. El esqueleto tenía el pelo rubio y largo, y los labios impecablemente pintados: tenía el aspecto de una persona a la que las madres del mundo señalarían, murmurando: «Así te quedarás tú si no te comes la verdura» parecía un cartel de asistencia a las víctimas del hambre con estilo.

Era la top model más famosa de Nueva York, y llevaba un libro. Dijo:

—Disculpe, señor Sable, espero no molestar; es que su libro me ha cambiado la vida, y quería... que me firmara un autógrafo —le miró implorante con unos ojos hundidos en las cuencas gloriosamente sombreadas.

Sable asintió cortésmente y le cogió el libro.

No era de extrañar que le hubiera reconocido, porque sus penetrantes ojos gris oscuro no pasaban desapercibidos en la foto de la cubierta de color metálico. *Hacer dieta sin comer: Ponte guapa adelgazando*, se llamaba el libro; *El libro del régimen del siglo*.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Sherryl. Con dos erres, «y» griega y ele.

—Me recuerdas a una antigua amiga —le dijo, mientras escribía rápida y cuidadosamente en la página del título—. Ahí tienes. Me alegro de que te gustara. Me gusta conocer fans.

Lo que había escrito era lo siguiente:

Sherryl,

*Un celemín de trigo por el salario de un día; tres celemines de cebada por el salario de un día; pero el aceite y el vino no tocarlos.*

*Ap, 6-6.*

*Dr. Cuervo Sable.*

—Es de la Biblia —le dijo.

La chica cerró el libro con reverencia y se alejó de la mesa dándole las gracias a Sable; no sabía lo que aquello significaba para ella, le había cambiado la vida, en serio...

En realidad no tenía el título médico que decía poseer, porque en sus tiempos no había universidades, pero Sable se daba cuenta de que estaba muriéndose de hambre. Calculó que le quedaban un par de meses al exterior. *Sin comer*. Acaba con tu problema de peso, definitivamente.

Frannie tecleaba en su ordenador portátil ansiosamente, planeando la próxima fase de la transformación de las costumbres alimentarias del mundo occidental a manos de Sable. Éste le había comprado el aparato como un regalo personal. Era muy, muy caro y ultra plano, casi raquítrico. Le gustaban las cosas raquítricas.

—Hay un negocio europeo, el Holdings (Holdings) Incorporated, que podemos comprar como punto de apoyo inicial. Nos cubrirá la tasa base de Liechtenstein. Y si desviamos fondos por las Caimán a Luxemburgo, y de ahí a Suiza, podemos pagar las fábricas de...

Pero Sable ya no escuchaba. Estaba pensando en el pequeño restaurante exclusivo. Le había venido a la mente la idea de que no había visto jamás a gente tan rica pasando tanta hambre.

Sable sonrió con esa sonrisa sincera y honrada que va a la par con la satisfacción laboral, perfecta y pura. Sólo estaba matando el tiempo hasta el gran acontecimiento, pero lo estaba matando con increíble exquisitez. Matando el tiempo, y a veces a la gente.



A veces le llamaban Blanco, o White, o Albus, o Yeso o Weiss, o Nevada, o cualquier otro de cientos de nombres. Tenía la tez pálida, el pelo rubio apagado y los ojos gris claro. Si se le echaba una ojeada rápida, tenía unos veinte años, y ojeadas rápidas era lo que todo el mundo le echaba.

Era inmemorable casi por completo.

A diferencia de sus dos colegas, nunca se dedicaba al mismo trabajo mucho

tiempo.

Tenía todo tipo de trabajos interesantes en diversos lugares.

(Había trabajado en la central nuclear de Chernobyl, en Windscale y en Three Mile Island en puestos de menor importancia.)

Había sido miembro, no destacado pero apreciado, de numerosos establecimientos de investigación científica.

(Gracias a él se diseñaron el motor de gasolina, los plásticos y latas con anilla.)

Podía dedicarse a lo que fuera.

Nadie se fijaba mucho en él. Era discreto, su presencia era acumulativa. Si uno se paraba a pensar, se acordaba de que algo estaba haciendo, de que estaba en alguna parte. De que tal vez tuviera alguna conversación con él. Pero uno se olvidaba fácilmente del Señor Blanco.

En aquel momento estaba de marinero en un petrolero rumbo a Tokio.

El capitán estaba borracho en su camarote. El primer oficial estaba en la proa, el segundo, en la galera. Y era toda la tripulación que había: barco estaba automatizado casi en su totalidad. No había mucho que una persona pudiera hacer.

Sin embargo, si por casualidad alguien pulsaba el botón de DESCARGA DE EMERGENCIA del puente, los sistemas automáticos se encargaban de soltar cantidades industriales de lodo en el mar, millones de toneladas de petróleo crudo, con un efecto devastador en las aves, peces, vegetación, en la fauna y en los humanos de la región. Naturalmente había, montones de engranajes y de medidas de seguridad infalibles pero, qué diablos, siempre los había.

Cuando todo hubo terminado, surgieron grandes discusiones acerca de quién era exactamente el culpable. No se acabó resolviendo la cuestión, y la culpa recayó sobre varios a partes iguales. Ni el capitán, ni el primer el segundo oficial volvieron a trabajar jamás.

Por alguna razón, nadie reparó demasiado en el marinero Blanco, que estaba ya a medio camino hacia Indonesia en un vapor cargado hasta los topes de toneles metálicos medio oxidados cargados con un herbicida particularmente tóxico.



Y había Otro. Estaba en la plaza de Tierra Kumbola. Y estaba en los restaurantes. Y en los peces, y en el aire, y en los toneles de herbicida Estaba en las carreteras, en las casas, en los palacios y en las chabolas.

En ninguna parte era un desconocido, y no había forma de alejarse de él. Estaba haciendo lo que mejor sabía hacer, y estaba haciendo lo que en esencia él era.

No estaba esperando. Estaba trabajando.



Harriet Dowling regresó a casa con su bebé, que, siguiendo el consejo de la Hermana Fe Prolija, que era más persuasiva que la Hermana Mary, y con el consentimiento telefónico de su marido, había bautizado como Warlock.

El Agregado Cultural volvió a casa una semana más tarde y declaró que el bebé era claramente el calco de la rama paterna de la familia. También mandó a su secretaria que pusiera un anuncio en la revista de ricachonas más conocida para buscar una niñera.

Crowley había visto *Mary Poppins* en la televisión unas Navidades (de hecho, entre bastidores, Crowley había metido mano en casi toda la programación; aunque de lo que más orgulloso estaba era de los concursos). Jugeteaba con la idea de un huracán como una forma efectiva y muy elegante de despachar la cola de niñeras, o más bien la estructura geométrica de señoras apiladas que seguramente se formaría a la puerta de la residencia del Agregado Cultural en Regent's Park.

Se conformó con una salvaje huelga de metro y llegado el día, sólo apareció una candidata.

Llevaba un traje de tweed a medida y unos discretos pendientes de perlas. Algo en ella podía haber dicho *niñera*, pero con un tono de voz tan bajo como el que emplean los mayordomos británicos en cierto tipo de películas americanas. También tosía discretamente y farfullaba que podía ser la clase de niñera que anuncia servicios no especificados pero curiosamente explícitos en ciertas revistas.

Sus zapatos planos trituraban el paseo de gravilla; un perro gris caminaba a su lado en silencio, con la blanca saliva goteando por la mandíbula. Le brillaban los ojos rojos, y miraba hambriento de un lado a otro.

Llegó a la pesada puerta de madera, se sonrió a sí misma, un breve gesto de satisfacción, y llamó. El timbre sonaba *lúgubre*.

Un mayordomo de los de la vieja escuela<sup>[13]</sup>, como se suele decir, les abrió la puerta.

—Soy la niñera, la Sra. Ashtoreth —le dijo—, y éste —continuó, mientras el perro miraba al mayordomo detenidamente, pensando tal vez dónde enterrar los huesos— es Rover.

Dejó al perro en el jardín, superó la entrevista airosa y la Sra. Dowling la condujo a conocer a su nuevo protegido.

Esbozó una desagradable sonrisa.

—Qué encanto de niño —dijo—. No tardará en pedir un triciclo.

Por una de esas coincidencias, otro miembro se unió al servicio aquella tarde. Era jardinero, y resultó ser sorprendentemente bueno en su trabajo. Nadie se explicaba

por qué, dado que parecía que nunca cogiera una pala ni se esforzara por espantar del jardín a todas aquellas bandadas de pájaros repentinas que le rodeaban a la mínima ocasión. Siempre estaba sentado a la sombra mientras los jardines de la residencia florecían, florecían y florecían.

Warlock solía bajar a verle, cuando ya era bastante mayor para dar los primeros pasos y la niñera se dedicaba a lo que se dedicase en sus tardes libres.

—Ésta de aquí es la Amiguita Babosa —le decía el jardinero— es diminuta criatura es el Amiguito Gorgojo de la Patata. Warlock, cuando recorras las veredas y las sendas del rico y efusivo camino de la vida, te olvides de amar y respetar a todas las cosas vivas.

—La tata dice que laz cozaz vivaz no zon máz que zuelo pada que yo lo pize, Zeñod Fdanciz —baluceaba el pequeño Warlock, acariciando la Amiguita Babosa y limpiándose después la mano concienzudamente el chándal de la Rana Gustavo.

—No le hagas caso a esa mujer —le advertía Francis—. Tú hazme caso a mí. Por la noche, la niñera le cantaba nanas a Warlock.

*El Gran Duque de York,  
Marchó con mil soldados,  
Los hizo desfilar por toda la colina,  
Y arrasó todas las naciones del mundo y les impuso  
El reinado de Satán nuestro señor.*

y también:

*Cinco lobitos tiene la loba,  
cinco lobitos detrás de la escoba,  
Éste se fue al Hades.  
Éste se quedó en casa.  
Éste comió carne humana cruda y sudorosa.  
Éste violó a vírgenes.  
Y este chiquitín trepó por un montón de cadáveres para subir a la cima.*

—El jaddinedo Fdanciz, que ez amigo mío, dice que tengo que zed vidtuozo dezintededazadamente y amad y dezpetad a todaz laz cozaz vivaz —decía Warlock.

—No le hagas caso a ese hombre, cariño —susurraba la niñera, arropándolo en su camita—. Hazme caso a mí.

Y así sucesivamente.

El Acuerdo iba sobre ruedas. Empate a cero. La niñera le compró un triciclo al niño, pero no logró que lo montara dentro de la casa. Y le daba miedo Rover.

En segundo plano, Crowley y Azirafel se veían en el piso de arriba de los autobuses, en las galerías de arte, en los conciertos; comparaban sus apuntes y sonreían.

Cuando Warlock cumplió seis años, la niñera se marchó, llevándose a Rover con ella; el jardinero presentó su dimisión el mismo día. Ninguno de los dos se fue con el paso tan ligero como cuando llegaron.

La educación de Warlock pasó a estar a cargo de dos tutores.

El señor Harrison le enseñaba cosas acerca de Atila el Rey de los Hunos, de Vlad Drakul y de la Oscuridad Intrínseca en el Alma Humana<sup>[14]</sup>. Trataba de enseñarle a Warlock a pronunciar discursos agitadores que marcaran los corazones y las mentes de las masas.

El señor Cortese le hablaba de Florence Nightingale<sup>[15]</sup>, de Abraham Lincoln, y de apreciar el arte. Intentaba enseñarle a ejercer el libre albedrío, a abnegarse y a Tratar a los Demás como Quisiera que Ellos le Tratasen a Él.

Ambos le leían al niño muchos fragmentos del libro del Apocalipsis.

A pesar de los grandes esfuerzos de los dos, Warlock mostraba una tendencia lamentable a ser bueno en matemáticas. Ninguno de sus tutores estaba plenamente satisfecho con sus progresos.

A los diez años, a Warlock le gustaba el béisbol; le gustaban los juguetes de plástico que se transformaban en otros juguetes de plástico totalmente diferentes a los primeros excepto para un ojo experto; le gustaba el chicle con sabor a plátano; le gustaban los cómics, los dibujos y su BMX.

Crowley estaba inquieto.

Se encontraban en la cafetería del Museo Británico, un refugio más para los cansados soldados de a pie de la Guerra Fría. En la mesa de su derecha tenían a dos americanos trajeados tiesos como palos de escoba que entregaban subrepticamente un maletín lleno de dólares deshonestos a una mujer menuda con gafas de sol; en la mesa de la derecha tenían al subdirector del departamento británico de inteligencia suprema y al dirigente de la división local de la KGB discutiendo acerca de quién debía quedarse con la cuenta del té con pastas.

Crowley dijo por fin lo que no se había atrevido ni siquiera a pensar en la última década.

—Para mí —declaró a su homólogo— es tan *normal* que da asco.

Azirafel se embutió en la boca otro huevo duro con salsa diábola y regó con café para que pasara. Se secó los labios dándose toquecitos con una servilleta de papel.

—Es la buena influencia de un servidor —sonrió—. O mejor dicho, hay que reconocerlo, de todo mi equipo.

Crowley negó con la cabeza.

—Eso ya lo tengo en cuenta. Mira, a estas alturas ya debería estar intentando

adaptar el mundo que le rodea sus propios deseos, haciéndolo a su imagen y semejanza y esas cosas. Y bueno, no sólo *intentándolo*. Lo haría sin darse cuenta. ¿Has visto algo que indicara que eso es así?

—Pues no, pero...

—A estas alturas debería ser una fuente inagotable de fuerza pura. ¿Lo es?

—Por lo que yo he visto no, pero...

—Es demasiado normal —Crowley tamborileó con los dedos en mesa—. No me gusta, algo me huele mal. Pero no sabría decir qué.

Azirafel le cogió a Crowley un poco de cabello de ángel de su tarta.

—Está creciendo. Y además, ten en cuenta la influencia celestial que hay en su vida.

Crowley suspiró.

—Sólo espero que sepa cómo arreglárselas con el perro del infierno.

Azirafel levantó una ceja.

—¿Qué perro del infierno?

—En su undécimo cumpleaños. Recibí un mensaje del Infierno anoche —el mensaje llegó durante *Las chicas de oro*, una de las series preferidas de Crowley. Rose había tardado diez minutos en relatar lo que podía haber sido un comunicado bastante breve, y para cuando se reanudó el servicio no infernal, Crowley había perdido el hilo de la trama—. Le van mandar un perro para que le acompañe a todas partes y le proteja de toda agresión. El más grande que tengan.

—¿Pero no se darán cuenta de que ha aparecido de repente un perro negro enorme? Sus padres, para empezar.

Crowley se levantó de golpe y le dio un pisotón a un agregado cultural búlgaro, que conversaba animado con el Guardián de las Antigüedades de Su Majestad.

—Nadie encontrará *nada* fuera de lo normal. Es la realidad, ángel. Y el joven Warlock puede hacer lo que le plazca al *respecto*, lo sepa o no.

—¿Y cuándo aparecerá? El perro, quiero decir. ¿Tiene nombre?

—Te lo he dicho. Cuando cumpla once años. A las tres de la tarde. Supongo que se abalanzará sobre él. Él le dará un nombre, en teoría. Eso es muy importante. Definirá el propósito de la fiera. Seguro que le pone Asesino, o Terror, o Espía Nocturno.

—¿Vas a ir? —preguntó el ángel con toda tranquilidad.

—No me lo perdería por nada del mundo —le contestó Crowley—. Y de verdad espero que no pase nada malo con ese niño. De todas formas ya veremos cómo reacciona al perro. Eso nos tendría que dar alguna pista. Espero que lo devuelva, o que le asuste. Si le pone nombre, estamos perdidos. El perro adquiere todos sus poderes y el Apocalipsis está a la vuelta de la esquina.

—Creo —dijo Azirafel, dando un sorbo a su vaso de vino (que acababa de pasar

de ser un Beaujolais algo avinagrado a ser un aceptable aunque bastante sorprendido (Chateau Lafitte de 1875)— que nos veremos allí.



# Miércoles

**E**ra un día de agosto caluroso y plagado de polución en el centro de Londres.

El undécimo cumpleaños de Warlock estaba muy bien preparado.

Había veinte niños y diecisiete niñas. Había muchos hombres rubios con idéntico corte de pelo de marinero e idénticos trajes azul oscuro con hombreras. Había un equipo de catering, que llegó con flanes, pasteles y tazones de patatas fritas. La procesión de furgonetas iba encabezada por un viejo Bentley.

Los Sorprendentes Harvey y Wanda, Especialidad Fiestas Infantiles, habían fallado a causa de un dolor de estómago inesperado, pero por un casual golpe de suerte apareció un suplente, como caído del cielo. Un mago.

Todo el mundo tiene su hobby. A pesar de la advertencia de Crowley, Azirafel estaba decidido a darle un uso práctico al suyo.

Azirafel estaba muy orgulloso de sus habilidades mágicas. Había hecho un curso dirigido por John Maskelyne allá por 1870 y se había pasado casi un año practicando juegos de manos, haciendo desaparecer monedas y sacando conejos de los sombreros. Y pensaba en aquel momento que había llegado a ser muy bueno. El problema era que aunque Azirafel sabía hacer cosas que asombrarían al Círculo de Magos entero, nunca aplicaba lo que se podía denominar sus poderes *intrínsecos* a la práctica de la magia. Lo que representaba una gran desventaja. Empezaba a desear haber seguido practicando.

Sin embargo, pensó, era como montar en velocípedo. Nunca se olvidaba. Su traje de mago estaba algo polvoriento, pero le daba una agradable sensación una vez puesto. Incluso se iba acordando de la jerga que solía emplear.

Los niños le miraban con una incomprensión muda y desdeñosa. Detrás del buffet, Crowley, con su uniforme de camarero, se encogía de vergüenza ajena.

—Y ahora, jóvenes damas y caballeros, ¿ven este viejo sombrero maltrecho que llevo puesto? Vaya una birria de sombrero, como dirían ustedes. Y vean, no hay nada dentro. Pero válgame, ¿quién es este desconocido personaje? Pero si es nuestro peludo amigo, Harry el conejo.

—Lo tenías en el bolsillo —señaló Warlock. Los otros niños asintieron. ¿Qué se creía que eran? ¿Críos?

Azirafel recordó lo que Maskelyne dijo de tratar con gente que interrumpe para molestar. «Reíros de ello, zopencos. Y me refiero a usted, Señor Fel (el nombre que había adoptado Azirafel en aquella época), háganles reír y se lo perdonarán todo».

—Vaya, me habéis descubierto —rió. Los niños lo observaban, impasibles.

—Eres una porquería —le espetó Warlock—. Y además yo quería dibujos.

—Es verdad, ¿sabes? —se quejó una niña pequeña con coleta—. Sí que eres una porquería, y seguro que eres marica.

Azirafel miró a Crowley desesperado. Por lo que a él respectaba el joven Warlock tenía obviamente algo infernal y cuanto antes apareciera el Perro Negro y pudieran

largarse de allí, mejor.

—Y ahora, damas y caballeros, ¿tiene alguno de ustedes una moneda de tres peniques por aquí? ¿No? ¿Entonces, qué será lo que veo detrás de su oreja...?

—A mí me pusieron dibujos en *mi* cumpleaños —anunció la niña. Y me regalaron un transformer y un pequeño pony y un constructidecepticon y un supertrailer y...

Crowley dejó escapar un quejido. Estaba claro que las fiestas infantiles eran sitios que un ángel con un mínimo de sentido común temería pisar. Se levantó un abucheo generalizado de cínica agitación cuando Azirafel dejó caer tres anillas metálicas enganchadas.

Crowley miró hacia otro lado y su mirada reparó en una mesa cargada hasta el techo de regalos. Desde una elevada estructura de plástico, dos ojos redondos y brillantes le observaban.

Crowley los miró fijamente esperando un destello rojo. Nunca se sabía con los burócratas del Infierno. Podrían haber enviado un ratón en vez de un perro.

No, era un ratón completamente normal. Parecía vivir en una emocionante estructura de cilindros, esferas y ruedas, como la que hubiera diseñado la Santa Inquisición si hubiera tenido acceso a una prensa moldeadora de plásticos.

Miró el reloj. Nunca se le había ocurrido cambiarle la pila, que se había podrido hacía tres años, pero seguía marcando la hora exacta. Eran las tres menos dos minutos.

Azirafel se estaba poniendo cada vez más nervioso.

—¿Alguno de los presentes lleva encima algo semejante a un pañuelo? ¿No? — En la época victoriana era inconcebible que la gente no llevara pañuelo, y el truco, que requería sacar por arte de magia una paloma que estaba propinándole picotazos irritados en la muñeca a Azirafel, no podía seguir adelante sin uno. El ángel trató de llamar la atención de Crowley, falló, y señaló desesperado a uno de los guardias de seguridad, que se movió incomodado.

—Usted, el de la cara de palo. Venga aquí. Ahora, si busca en el bolsillo del pecho de su chaqueta, *creo* que encontrará un bonito pañuelo de seda.

—No señor, creo que no —contestó el guardia, mirando fijamente hacia delante.

Azirafel le guiñó un ojo desesperadamente.

—Vamos, muchacho, eche un vistazo, *por favor*.

El guardia se metió la mano en el bolsillo interior, pareció sorprenderse y sacó un pañuelo de seda azul con bordes de encaje. Azirafel se dio cuenta enseguida de que el encaje había sido un error, porque se enganchó en la pistola envainada del guardia y la mandó por los aires a un cuenco de gelatina donde aterrizó pesadamente.

Los niños aplaudieron espasmódicamente.

—¡No está mal! —exclamó la niña de la coleta.

Warlock ya había atravesado la habitación y cogido la pistola.

—¡Arriba las manos, mocos de pavo! —gritó lleno de alegría.

Los guardias de seguridad no sabían qué hacer.

Algunos buscaban sus armas; otros empezaron a acercarse, o alejarse, del niño. Los otros niños empezaron a quejarse porque ellos también querían pistolas, y los más despabilados intentaron quitárselas a los guardias que habían sido lo bastante descuidados como para sacarlas.

Y entonces alguien le tiró gelatina a Warlock.

El niño chilló y apretó el gatillo. Era una Magnum 0.32, de la CIA, gris, tamizada, pesada y capaz de volar a un hombre a treinta pasos sin dejar más que una neblina roja, un lío espantoso y un cierto volumen de papeleo.

Azirafel parpadeó.

Un fino chorro de agua surgió del cañón y le dio a Crowley, que había estado mirando por la ventana para ver si divisaba algún enorme perro negro en el jardín.

Azirafel parecía sentirse incómodo.

Entonces una tarta de nata le cayó en la cara. Eran casi las tres y cinco.

Con un gesto, Azirafel convirtió las otras pistolas en pistolas de agua y salió de allí.

Crowley se encontró afuera en el patio con él, mientras trata sacarse del abrigo una paloma más bien despachurrada.

—Ya es tarde —dijo Azirafel.

—Eso ya lo veo —contestó Crowley—. Eso por pegártela a la manga —estiró el brazo, le sacó el pájaro exangüe del abrigo y le devolvió la vida. La paloma arrulló agradecida y echó a volar, con un atisbo de recelo.

—La paloma no —protestó el ángel—, el perro. Ya es demasiado tarde.

Crowley meneó la cabeza pensativo.

—Ahora veremos.

Abrió la puerta del coche y puso la radio. «*I should be so lucky lucky lucky lucky lucky, I should be so lucky in HOLA CROWLEY*»

—Hola. ¿Con quién hablo?

*CON DAGÓN, SEÑOR DE LOS ARCHIVOS, AMO DE LA LOCURA Y SUBDUQUE DEL SÉPTIMO TORMENTO, ¿EN QUÉ PUEDO AYUDARTE?*

—El perro del infierno. Sólo... quería saber si lo habéis mandado sin problemas.

*LO SOLTAMOS HACE DIEZ MINUTOS. ¿POR QUÉ? ¿NO HA LLEGADO AÚN? ¿ALGO VA MAL?*

—Qué va, ningún problema. Todo va bien. Anda, ya lo veo. Vaya perro. Bonito perro. Todo fantástico. Estáis haciéndolo muy bien allá abajo, chicos. Bueno, un placer hablar contigo, Dagón, Ya hablaremos, ¿eh?

Apagó la radio.

Se miraron el uno al otro. Se oyó un estallido dentro de la casa y una ventana se

rompió.

—Cielos —farfulló Azirafel sin pronunciar el nombre de Dios en vano con la adquirida facilidad de alguien que se ha pasado seis mil años sin pronunciarlo, y que no pensaba empezar ahora—. Se me habrá pasado una.

—No hay perro que valga —dijo Crowley.

—No hay perro que valga —dijo Azirafel.

El demonio suspiró.

—Sube al coche —le ordenó—. Tenemos que hablar. Y oye, Azirafel...

—Dime.

—Quítate la tarta de nata antes de entrar.



Era un día caluroso y tranquilo lejos del centro de Londres. Junto a la cuneta de la carretera de Tadfield, los matorrales cedían bajo el polvo. Las abejas zumbaban en los setos. El ambiente estaba recargado y parecía sobrarle algo.

Hubo un ruido como de miles de voces metálicas gritando «¡Salve!», que se cortó de golpe.

Y apareció un perro negro en la carretera.

No podía ser otra cosa. Tenía forma de perro.

Hay perros que nos recuerdan, al conocerlos, que a pesar de mil años de evolución humana, estos mamíferos sólo están a dos comidas de ser lobos. Esos perros avanzan deliberada e intencionadamente, son el salvajismo en carne y hueso, con los dientes amarillos, el aliento apestoso, mientras que, a lo lejos, los dueños parlotean: «En el fondo es un romántico, dale un cachete si te molesta», y en el verde de sus ojos, el rojo de las hogueras del Pleistoceno centellea y titila...

Aquel perro hubiera hecho a otro como él deslizarse con toda tranquilidad detrás del sofá y fingir que está extremadamente absorto en su hueso de goma.

Gruñía, y su gruñido era un ruido sordo de amenaza que subía en espiral, de los que empiezan al fondo de una garganta y terminan al fondo de otra.

De la mandíbula le caía una saliva que parecía echar chispas al tocar el alquitrán.

Dio unos pasos hacia delante y olisqueó el aire pesado.

Se le pusieron las orejas de punta.

Se oían voces muy a lo lejos. *Una voz*. Una voz de niño, pero a la que tenía que obedecer porque así lo habían creado, una voz a la que no podía *evitar* obedecer. Si aquella voz decía «Ven», el perro iría; si decía «Mata», el perro mataría. Era la voz de su amo.

Saltó el seto y recorrió pesadamente el campo que se extendía ante él. Un buey

que pastaba le miró unos instantes, sopesó sus oportunidades y se encaminó presuroso al seto opuesto.

Las voces venían de un bosquecillo de árboles destartalados. El perro negro se acercó sigilosamente, con la baba colgando.

Otra de las voces dijo:

—Mentira. Siempre dices lo mismo y nunca pasa eso. Yo no veo a tu padre regalándote una mascota. Una que sea chula no, por lo menos. Seguro que te regalaba insectos palo. Tu padre se cree que eso mola.

El perro hizo el equivalente canino de encogerse de hombros, pero perdió interés enseguida porque su Amo, el Centro de su Universo, acababa de tomar la palabra.

—Me regalarán un perro —aseguró.

—Ja. ¿Y tú qué sabes? Nadie te lo ha dicho. Cómo vas a saberlo si no te lo han dicho, ¿eh? Tu padre se quejará porque estará siempre comiendo un montón.

—Ligustro —la tercera voz era más remilgada que las dos primeras. Alguien con esa voz podría ser la clase de persona que, antes de montar una maqueta, no sólo separaría y contaría las piezas, como indicaban las instrucciones, sino que además pintaría las partes que hubiera que pintar y las dejaría secar bien antes de pasar a la construcción. Lo que separaba aquella voz de la contabilidad colegiada era una cuestión de tiempo.

—No comen ligustro, Wensley. ¿Alguna vez has visto un perro comiendo de eso?

—Digo los insectos palo. Y son muy chulos, ¿eh? En serio, se comen los unos a los otros cuando se aparean.

Se hizo una pausa pensativa. El perro se acercó aún más, y se dio cuenta de que las voces salían de un agujero en la tierra.

Los árboles, de hecho, escondían una cantera de tiza, ahora medio cubierta de espinos y de viñas. Antigua, pero evidentemente no inutilizada. Había raíles que la cruzaban; las áreas de pendiente suave delataban la asistencia frecuente de usuarios de monopatines y bicicletas al Muro de la Muerte, o Muro de la Rodilla Gravemente Desollada por lo menos. De la vegetación más accesible colgaban pequeños cabos de cuerda peligrosamente desgastada. Aquí y allá se veían láminas de chapa de zinc y tablas de madera calzadas entre las ramas. Se veía un escudo heráldico destrozado y oxidado, medio sumergido en una mata de ortigas.

En un rincón, un montón de ruedas enmarañadas con alambre corroído marcaban la ubicación del famoso Cementerio Perdido donde los carritos de supermercado iban a morir.

Si uno era un niño, aquello era el paraíso. Los adultos de por allí lo llamaban El Pozo.

El perro husmeó a través de una zarza de ortigas y divisó cuatro siluetas sentadas en el centro de la cantera con el atrezzo indispensable de cualquier guarida secreta

que se precie: el típico cajón de botellas de leche.

—¡Qué mentira!

—Es verdad.

—¿Qué te apuestas? —insistió el primer hablante. Tenía un cierto timbre que la identificaba como joven y femenina, y estaba teñida de una fascinación horrorizada.

—Que sí que se comen, en serio. Yo tenía seis cuando me fui de vacaciones, y se me olvidó cambiarles la comida y cuando volví había uno muy gordo.

—Qué va. Eso no son los insectos palo, sino las mantis religiosas. Lo vi en la tele, que salía una hembra enorme que se comía al otro como si nada.

Hubo otro silencio cargado.

—¿Y para qué rezan? —preguntó la voz de su Amo.

—No sé. Para no tener que casarse, supongo.

El perro se las ingenió para mirar con un ojo gigantesco a través de un agujero de la verja rota de la cantera y dirigió la mirada dificultosamente hacia abajo.

—Da igual, es como con las bicis —continuó el primer hablante, autoritario—. Yo creía que me iban a regalar una bici de siete marchas con el sillín superguay, toda violeta, o sea, una pasada, y va y me regalan esa azul clarito. Con una cesta. Una bici de chica.

—Porque es que eres una chica —señaló uno de los otros.

—Pues eso es sexismo, ¿vale? ¡Regalar a la gente cosas de chicas sólo porque sean chicas!

—A mí me van a regalar un perro —enunció firmemente la voz de su Amo. Estaba de espaldas al perro, que no se podía hacer una idea de sus rasgos.

—Sí, mira, un Rotbailen, de esos —le espetó la niña con sarcasmo.

—Pues no, es un perro de esos divertidos —repuso la voz de su Amo—. No uno de esos grandes...

El ojo de la verja se escurrió hacia abajo abruptamente.

—... uno de esos que son súper listos y que se meten en las madrigueras y tienen una oreja que siempre se le pone del revés. Y además será un cruce. Un cruce de *pedigrí*.

Los allí presentes no se dieron cuenta, pero se oyó un trueno en la cima de la cantera que podría haber sido causado por la detonación de un repentina ráfaga de aire desembocando en el vacío al convertirse un perro grande en, por ejemplo, un perro pequeño.

Y a continuación se oyó un ruidito cuya fuente podría haber sido una oreja poniéndose del revés.

—Y se va a llamar... —anunció la voz de su Amo.

—¿Cómo? —preguntó la niña—. ¿Qué nombre le vas a poner?

El perro esperaba. Era el momento. El Nombramiento. Aquello le daría una

intención, una función, una identidad. Los ojos le brillaron con fulgor rojo apagado, aunque ahora estaban mucho más cerca del suelo, y babeó todas las ortigas.

—Le voy a poner Perro —dijo su Amo, concluyente—. Un nombre así no da ningún problema.

El perro del infierno se paró en seco. En el fondo de su canino cerebro sabía que algo no iba bien, pero él era ante todo obediente y el nuevo y ferviente amor hacia su Amo no sucumbió a las dudas. ¿Además, quién era él para decir qué tamaño tenía que tener?

Se encaminó pendiente abajo en busca de su destino.

Aunque era curioso. Antes siempre sentía ganas de abalanzarse sobre la gente, pero ahora, en contra de las expectativas, sentía ganas de menear el rabo también.



—¡Dijiste que era él! —gimió Azirafel, quitándose abstraído el último pegote de tarta de nata de la solapa. Se lamió los dedos para quitar los restos.

—Y era él —contestó Crowley—. Hombre, si lo sabré yo.

—Entonces alguien está interfiriendo.

—¡No hay nadie más! Sólo tú y yo. El Bien y el Mal. Un bando o el otro.

Golpeó el volante.

—No sabes lo que te pueden hacer allá abajo —se lamentó.

—Supongo que lo mismo que te pueden hacer allá arriba —repuso Azirafel.

—Venga ya. Vosotros recibís la inefable clemencia —protestó Crowley agriamente.

—¿Ah, sí? ¿Has ido alguna vez a Gomorra?

—Pues claro —contestó el demonio—. Donde la taberna de los cócteles aquellos tan geniales de hojas de dátil fermentadas, con nueces y limoncillos...

—Después de eso, quería decir.

—Ah.

Azirafel dijo:

—Algo debió de ocurrir en el hospital.

—Eso no puede ser. ¡Había de los nuestros por todas partes!

—¿De los de quién? —preguntó Azirafel fríamente.

—De los míos —corrigió Crowley—. Bueno, míos no. Ehm, ya sabes, satánicos.

Intentó decirlo con desdén. Excepto en las ganas de disfrutar durante todo el tiempo que pudieran del mundo, que para los dos era un lugar asombroso, no estaban de acuerdo en muchas cosas, pero coincidía su opinión acerca de aquellos que, por una u otra razón, veneraban al Príncipe de las Tinieblas. A Crowley siempre le



incomodaban. No se podía ser grosero con ellos, pero tampoco se podía evitar pensar de ellos lo que pensaría un veterano de Vietnam de un tipo que se presenta con uniforme de combate a las reuniones de vigilancia del vecindario.

Además, siempre estaban tan entusiasmados que deprimían. Con todo eso de las cruces invertidas y los pentáculos y los gallitos. Mitificaba a la mayoría de los demonios, y no era necesario en absoluto. Lo único que hacía falta para ser satánico era mucha voluntad. Se podía ser satánico toda la vida sin saber qué era un pentáculo y sin ver ningún gallito muerto aparte del pollo a la italiana.

Además, algunos de los satánicos chapados a la antigua eran gente muy agradable. Recitaban las palabras, hacían las señales, exactamente igual que las personas que creían sus enemigos, y luego se iban a casa y vivían una tranquila vida de mediocridad sin pretensiones durante el resto de la semana, sin que se les pasara un solo pensamiento diabólico por la cabeza.

Y los demás...

A los que Crowley no podía soportar era a éstos que se llamaban a sí mismos satánicos. No sólo por lo que hacían, sino por la manía que tenían de achacárselo todo al Infierno. Se les ocurría alguna idea vomitiva que no se le pasaría a un demonio por la cabeza ni en un millón de años, alguna atrocidad oscura y descerebrada que sólo una mente humana hecha y derecha podría concebir, y luego gritaban: «¡El Diablo me empujó a hacerlo!», y se quedaban con los jueces cuando lo cierto es que el Diablo nunca empujaba a nadie a nada. No le hacía falta. Y eso a los humanos les costaba entenderlo. El Infierno no era ningún gran depósito de mal, no más de lo que, según Crowley, el Cielo era una fuente de bien; eran sólo bandos en una gran partida cósmica de ajedrez. Y era en la mente humana donde se hallaba la verdadera fuente de la bondad verdadera y de la verdadera maldad de infarto.

—Vaya —dijo Azirafel—. Satánicos.

—No sé cómo lo han podido liar —comentó Crowley—. O sea, dos bebés. No es la declaración de la renta, ¿no...? —se calló. A través de la neblina de su memoria divisó una monja menuda, que le había dado la impresión de ser bastante despistada incluso para ser satánica. Y a alguien más. Crowley recordó vagamente una pipa, y una chaqueta con un dibujo en zigzag que pasó de moda en 1938. Un hombre que tenía escrito en la frente «futuro padre».

Tenía que haber un tercer bebé.

Se lo dijo a Azirafel.

—No es una gran ayuda, que digamos.

—Sabemos que el niño está vivo —dijo Crowley—, así que...

—¿Cómo lo sabemos?

—Si hubiera vuelto allá abajo, ¿crees que yo estaría aquí sentado?

—Buena respuesta.

—Basta con que lo encontremos —afirmó Crowley—. Tenemos que repasar los archivos del hospital —el Bentley volvió a la vida tras un ataque de tos y se lanzó hacia delante, proyectando a Azirafel contra el respaldo.

—¿Y luego qué?

—Y luego buscamos al bebé.

—¿Y *luego*? —el ángel cerró los ojos al doblar el coche, enfurruñado, una esquina.

—No sé.

—Buena la hemos hecho.

—Supongo —*sal de la carretera, payaso*— que los tuyos no estarían dispuestos —¿*pero tú has visto la moto que llevas?*— a darme asilo, ¿no?

—Lo mismo iba a decirte. ¡*Cuidado con el peatón!*

—Está en la calzada, ya sabe a lo que se expone —protestó Crowley, acelerando y colando el coche entre uno aparcado y un taxi, sin dejar más espacio libre que una ranura donde apenas hubiera cabido la mejor tarjeta de crédito.

—¡Cuidado con la carretera! ¡Cuidado! ¿Dónde está el hospital?

—¡Por el sur de Oxford!

Azirafel se cogió al salpicadero.

—¡No puedes ir a ciento cuarenta por el centro de Londres!

Crowley miró de soslayo el cuentakilómetros.

—¿Por qué no? —preguntó.

—¡Nos vamos a matar! —Azirafel vaciló—. Descomponer de modo impropio —corrigió poco convencido, algo aliviado—. Bueno, puedes matar a alguien.

Crowley se encogió de hombros. El ángel no acababa de asimilar el siglo XX, y no se daba cuenta de que era perfectamente posible ir a ciento cuarenta por Oxford Street. Bastaba con arreglarlo todo para que no se te pusiera nadie delante. Y como todo el mundo sabía que era imposible ir a ciento cuarenta por Oxford Street, nadie se daba cuenta.

Por lo menos los coches eran mejores que los caballos. El motor de combustión interno fue una bendi... un mila... un descubrimiento para Crowley. Los únicos caballos que podía montar para trabajar, en los viejos tiempos, eran unas fieras negras monstruosas con los ojos como el fuego y cascos que echaban chispas. Era *de rigueur* para un demonio. Y Crowley siempre se caía. No se le daban muy bien los animales.

Cerca de Chiswick, Azirafel escarbaba en el pedregal de cintas de la guantera.

—¿Qué nombre es Velvet Underground?

—No te gustaría —advirtió Crowley.

—Ah, ya —dijo el ángel desdeñoso—. Be-bop.

—Azirafel, ¿te das cuenta de que si pidieras a un millón de personas que

describieran la música moderna, no emplearían el término be-bop?

—Mira, esto ya es otra cosa. Tchaikovsky —leyó Azirafel, abriendo una caja y metiendo la cinta en el radiocassette.

—No es lo que esperas —suspiró Crowley—. Lleva en el coche más de dos semanas.

Un potente ritmo de bajo empezó a sonar por todo el Bentley mientras pasaban por delante del aeropuerto de Heathrow.

Azirafel frunció el ceño.

—Esto no lo reconozco —musitó—. ¿Qué es?

—Es el «Another One Bites the Dust» de Tchaikovsky —explicó Crowley, cerrando los ojos mientras dejaban atrás Slough.

Para hacer el viaje más ameno mientras cruzaban la dormida zona de Chilterns, escucharon también el «We are the Champions» de William Byrd y el «I Want to Break Free» de Beethoven. Ninguno era tan bueno como el «Fat-Bottomed Girls» de Vaughan Williams.



Dicen que el Infierno tiene las mejores melodías.

Muy cierto. Pero el Cielo tiene los mejores coreógrafos.



La llanura de Oxfordshire se extendía hacia el oeste, con luces desperdigadas que marcaban los pueblos durmientes donde honrados propietarios rurales se acostaban a descansar tras un largo día de dirección editorial, de consultas financieras o de ingeniería de software.

Unas cuantas luciérnagas iluminaban la colina.

El teodolito del topógrafo es uno de los símbolos más nefastos del siglo XXI. Plantado en cualquier lugar en medio del campo, indica: próximo ensanchamiento de calzada, sin duda, y construcción de dos mil viviendas, de acuerdo con el carácter esencial del pueblo. Se verán urbanizaciones de ejecutivos.

Pero ni el más meticuloso de los topógrafos topografía por la noche, y sin embargo allí estaba el objeto, con sus patas de trípode bien hundidas en el césped. No hay muchos teodolitos que tengan el palo de madera de avellano hasta arriba o péndulos de cristal colgando y runas célticas talladas en las patas.

La suave brisa movía el abrigo de la delgada silueta que ajustaba las piezas del

objeto. Era un abrigo pesado, impermeable con toda seguridad, con un acolchado muy abrigado.

Casi todos los libros de brujería dicen que las brujas trabajan desnudas. Eso es porque los libros de brujería los escriben los hombres.

La muchacha se llamaba Anatema Device. No era asombrosamente hermosa. Todos sus rasgos, uno por uno, eran extremadamente bellos, pero el conjunto de su rostro daba la impresión de haber sido montado a toda prisa, sin orden ni concierto, ni de acuerdo a ningún esquema. Probablemente la palabra más adecuada sea «atractiva», aunque los que sabían qué significaba y lo escribían sin faltas de ortografía habrían añadido «vivaracha», aunque este término rezuma años cincuenta, así que tal vez no lo habrían hecho.

Las jovencitas no deberían ir solas en las noches oscuras, ni siquiera en Oxfordshire. Pero a cualquier maníaco merodeador se le aguaría la fiesta, como mínimo, si abordara a Anatema Device. Era una bruja, al fin y al cabo. Y precisamente por eso, y porque tenía sentido común, no tenía mucha fe en los amuletos ni en los hechizos; prefería confiar más en el cuchillo del pan de treinta centímetros que llevaba en el cinturón.

Miró por el objetivo e hizo otro ajuste.

Masculló entre dientes.

Los topógrafos suelen hablar entre dientes. Musitan cosas como «Aquí tendremos una carretera en menos que canta un gallo» o «Tres coma cinco metros justos, más exacto que un reloj».

Lo que ella mascullaba eran otro tipo de comentarios.

—Noche oscura/y Luna Fulgurosa —musitaba Anatema—, Este con Sur/Con Oeste con Suroeste... oeste-suroeste... ya lo tengo...

Cogió un mapa doblado del servicio oficial de cartografía y lo miró a la luz de la linterna. Sacó una regla transparente y un lápiz y trazó cuidadosamente una línea a lo largo del mapa. Hacía intersección con otra línea a lápiz.

Sonrió, no porque le hiciera gracia nada, sino porque una pequeña jugada le había salido bien.

Entonces plegó el peculiar teodolito, lo enganchó en la parte de detrás de una bicicleta negra de agárrate y no te menees que tenía apoyada en un seto, se cercioró de que el libro estaba en la cesta y pedaleando, se lo llevó todo por la calzada neblinosa.

Era una bicicleta muy antigua, con un armazón que parecía estar hecho de cañerías. Se construyó mucho antes de que se inventara la cadena de tres marchas, y posiblemente, justo después de que se inventara la rueda.

Pero ya estaba casi en el pueblo. Con el pelo al viento y el abrigo inflado a su espalda como un ancla de la esperanza, dejó que el armatoste de dos ruedas acelerase

pesadamente a través del aire cálido. Por lo menos no había tráfico a aquellas horas de la noche.



El motor del Bentley hacía ruiditos al enfriarse. Y el humor de Crowley, por otro lado, empezaba a calentarse.

—Has dicho que lo habías visto indicado —dijo.

—Es que hemos pasado tan rápido... de todas formas, ¿tú no habías estado aquí ya?

—¡Hace once años!

Crowley arrojó el mapa al asiento de atrás y puso el motor en marcha.

—Podríamos preguntar —sugirió Azirafel.

—Sí, claro —repuso Crowley—. Paramos y le preguntamos al primer listo que pase por este... *camino* en plena noche.

Metió la marcha y el coche salió rugiendo a la calzada adornada de hayas.

—Hay algo extraño en esta zona... —dijo Azirafel—. ¿No lo notas?

—¿El qué?

—Para un momento.

El Bentley aminoró de nuevo.

—Qué raro... —murmuró el ángel—, estoy notando sin parar como ráfagas de... de...

Se llevó las manos a las sienes.

—¿De qué? ¿De qué? —le instó Crowley.

Azirafel se le quedó mirando.

—De amor —contestó—. Aquí hay alguien que *ama* de verdad este lugar.

—¿Cómo dices?

—Parece que existe aquí un gran sentido del amor. No puedo explicarlo mejor. Y menos a ti.

—Quieres decir como... —empezó Crowley.

Se oyó un traqueteo, un grito y un golpe metálico. El coche se detuvo. Azirafel parpadeó, bajó las manos y abrió la puerta con cautela.

—Le has dado a alguien —regañó al demonio.

—No —contestó él—, alguien me ha dado a mí.

Salieron. Detrás del Bentley yacía una bicicleta, caída en el suelo, con la rueda delantera doblada en forma de escultura cubista y la rueda trasera girando lentamente, acercándose cada vez más a la inmovilidad.

—Hágase la luz —dijo Azirafel. Un brillo azul pálido inundó la calle.

Desde la cuneta que tenían al lado alguien dijo:

—¿Cómo demonios has hecho eso?

La luz se desvaneció.

—¿El qué? —dijo Azirafel con aire de culpabilidad.

—Ay... —ahora la voz sonaba embotada—. Creo que me he golpeado la cabeza...

Crowley se quedó mirando un arañazo metálico en la lustrosa pintura del Bentley y una abolladura en el parachoques. La parte abollada saltó y recuperó su forma original. La pintura se arregló.

—Arriba, señorita —dijo el ángel, sacando a Anatema de los helechos.

—Ningún hueso roto —era una afirmación, no una esperanza. Tenía una fractura leve pero Azirafel no podía resistir una ocasión de hacer el bien.

—No llevaban luces —protestó.

—Ni tú —dijo Crowley sintiéndose culpable—. Seamos justos.

—Estudiando astronomía, ¿eh? —dijo Azirafel poniendo la bici de pie. Varias cosas cayeron desperdigadas de la cesta delantera. Señaló el teodolito maltrecho.

—No —contestó Anatema—. O sea, sí. Y miren lo que le han hecho al pobre Faetón.

—¿Cómo? —dijo Azirafel.

—Mi bicicleta. Está más torcida que...

—Es asombroso lo que dan de sí estas viejas máquinas —dijo el ángel alegremente, devolviéndosela. La rueda delantera relucía a la luz de la luna, tan perfectamente redonda como un Círculo del Infierno.

Ella la contempló.

—Bueno, ahora que todo está claro —continuó Crowley—, lo mejor será que cada uno se... se... Oye, ¿no sabrás cómo se va al Bajo Tadfield?

Anatema seguía mirando la bicicleta. Estaba casi segura de que al salir no tenía una bolsa con un kit de reparación de pinchazos.

—Está pasando la colina —dijo—. O sea que ésta es mi bici.

—Sí, claro —aseguró Azirafel, preguntándose si no se habría pasado un poco.

—Pues estoy segura de que Faetón no llevaba bomba.

El ángel tomó de nuevo ese aire de culpabilidad.

—Pero sí enganche para llevarla —dijo a la desesperada—. Dos pequeños ganchos.

—¿Pasando la colina, dices? —repitió Crowley dándole un codazo al ángel.

—Creo que me he dado un golpe en la cabeza —constató la chica.

—Te llevaríamos —dijo Crowley enseguida—, pero la bici no nos cabe.

—Excepto en la rejilla portaequipajes —apuntó Azirafel.

—El Bentley no lleva... Ah. Hum.

El ángel pasó el contenido de la cesta de la bici al asiento de atrás y ayudó a la anonadada chica a subir.

—No iba a dejarla ahí tirada —le explicó a Crowley.

—Tú no, pero yo sí. Tenemos *otras cosas* que hacer, no sé si te has enterado —se fijó en la baca del coche. Las correas eran de tela escocesa.

La bicicleta se alzó sola y se enganchó firmemente, Entonces Crowley entró en el coche.

—¿Dónde vives, guapa? —le preguntó Azirafel de repente.

—Mi bici tampoco tenía faros. Bueno, antes sí, pero eran de ésos que van a doble pila, y se pusieron mohosos y los tuve que quitar —señaló Anatema. Miró a Crowley. —Oiga, que llevo un cuchillo del pan —advirtió—. Por algún sitio...

Aquella implicación pareció escandalizar a Azirafel.

—Señorita, le aseguro...

Crowley encendió las luces. No las necesitaba para ver, pero así al menos los humanos que iban por la carretera estaban más tranquilos.

Puso el coche en marcha y condujo con mucha calma hacia la colina.

La carretera salió de debajo de los árboles, y al cabo de unos doscientos metros o así, llegaron a la afueras de un pueblo de tamaño medio.

Le resultaba familiar. Habían pasado once años, pero aquel lugar despertaba algún recuerdo, allá al fondo de su memoria.

—¿Hay algún hospital por aquí? —preguntó—. ¿Uno de monjas?

Anatema se encogió de hombros.

—Lo dudo —dijo—. El único sitio grande es la Casa de Campo. No sé ni a qué se dedican allí.

—A planificación divina —dijo Crowley por lo bajo.

—Ni marchas —añadió Anatema—. Mi bici no tenía marchas. De eso sí que estoy segura.

Crowley se inclinó hacia el ángel.

—Levántate y anda, bicicleta —susurró sarcástico.

—Lo siento, me dejé llevar —se excusó Azirafel entre dientes.

—¿Correas de tela escocesa?

—La tela escocesa es elegante.

Crowley gruñó. Las pocas veces que el ángel conseguía trasladar su mente al siglo XX, solía gravitar por los años cincuenta.

—Me pueden dejar aquí —dijo Anatema desde el asiento de atrás.

—Con mucho gusto —sonrió el ángel. En cuanto el coche se detuvo, abrió la puerta trasera y se puso a hacer reverencias como un criado dándole la bienvenida al joven patrón a la plantación.

Anatema recogió sus cosas y salió del coche tan altanera como pudo.

Estaba segurísima de que ninguno de los dos hombres había ido a la parte de atrás del coche, pero la bici estaba abajo y apoyada en el portal.

Estaba claro que algo raro pasaba con aquellos dos, lo había decidido.

Azirafel se inclinó otra vez.

—Ha sido un placer ayudarle —dijo.

—Gracias —contestó Anatema con frialdad.

—¿Seguimos o no? —dijo Crowley—. Buenas noches, señorita. Sube, angelito.

Claro. Aquello lo explicaba todo. Había estado completamente a salvo, después de todo.

Miró el coche alejarse hacia el centro del pueblo, y arrastró la bici por el sendero que conducía a la casa. No había cerrado con llave. Estaba convencida de que no le iban a entrar ladrones; de lo contrario, Agnes lo habría mencionado. Se le daban muy bien las cuestiones personales.

Vivía en un chalet amueblado de alquiler, lo que quería decir que los muebles eran de los que se suele uno encontrar en esas circunstancias, probablemente desechados por la tienda benéfica local, que los había bajado al contenedor. Pero le daba igual. No pensaba quedarse allí mucho tiempo.

Si Agnes estaba en lo cierto, no estaría mucho tiempo en ninguna parte. Ni ella ni nadie.

Dejó los mapas y lo demás en la mesa ancestral de debajo de la bombilla solitaria de la cocina.

¿Qué había sacado en claro? No mucho, pensó. ÉL probablemente estaría al norte del pueblo, pero eso ya lo sospechaba desde antes. Si uno se acercaba demasiado, la señal se lo tragaba; si estaba demasiado lejos, no había manera de localizarlo bien.

Era exasperante. La respuesta debía de estar en El Libro. El problema era que para entender las predicciones había que ser capaz de pensar como una bruja del siglo XVII medio loca, muy inteligente y con una mente que parecía un diccionario de definiciones de crucigrama. Otros miembros de la familia decían que Agnes hacía las cosas incomprensibles para ocultarlas a los forasteros; Anatema, que sospechaba que a veces podía pensar como Agnes, había decidido en privado que se debía a que Agnes era una vieja zorra cabezota y con un sentido del humor mezquino.

Ni siquiera...

*No tenía el libro.*

Anatema miró horrorizada lo que tenía en la mesa. Los mapas. El teodolito adivinatorio casero. Los termos con Bovril. La linterna.

El rectángulo de aire vacío donde deberían estar las Profecías.

Lo había perdido.

¡Pero eso era absurdo! Agnes siempre era muy precisa, entre otras cosas, en lo que le iba a ocurrir al libro.



Agarró la linterna y salió corriendo de la casa.



—Una sensación como, mira, como lo contrario a cuando dices algo así como «esto me da escalofríos» —explicó Azirafel—. Eso quería decir.

—Nunca digo algo así como «esto me da escalofríos» —contestó Crowley—. Soy un incondicional de los escalofríos.

—Una sensación de cariño —añadió Azirafel desesperado.

—Tampoco. Yo no siento nada —dijo Crowley con un buen talante bastante forzado—. Lo que pasa es que tú eres hiperreceptivo.

—Es mi trabajo —dijo Azirafel—. Los ángeles no pueden ser *hiperreceptivos*.

—Supongo que a la gente de por aquí le gusta vivir aquí y tú lo estás notando.

—Nunca he notado nada parecido en Londres —constató Azirafel.

—Mejor me lo pones. Eso demuestra que tengo razón —afirmó Crowley—. Y es aquí. Recuerdo los leones de piedra del portal.

Las luces del Bentley iluminaron los rododendros que bordeaban la entrada. Las ruedas hacían crujir la gravilla.

—Es demasiado tarde para molestar a las monjas —estimó Azirafel dubitativo.

—Tonterías. Las monjas están despiertas y levantadas a todas horas —dijo Crowley—. Por las Completas. A no ser que no duerman para adelgazar.

—Vaya una broma de mal gusto —dijo el ángel—. No es necesaria semejante cosa.

—No te pongas a la defensiva. Te he dicho que son de los nuestros. Monjas satánicas. Necesitábamos tener un hospital cerca de la base aérea.

—Me he perdido algo.

—No creerás que las esposas de los diplomáticos americanos suelen dar a luz en pequeños hospitales religiosos en medio de la nada. Tenía que parecer normal. Hay una base aérea en el Bajo Tadfield, ella fue a la inauguración, se desencadenó todo, el hospital de la base no estaba preparado y nuestro contacto de allí dijo: «Hay un sitio carretera abajo que tal», y allí estábamos. Una organización impecable.

—Excepto por algún que otro detalle —apuntó Azirafel con petulancia.

—Pero casi dio resultado —contestó Crowley bruscamente sintiéndose en el deber de salir en defensa de la vieja empresa.

—Fíjate, el mal siempre contiene las semillas de su propia destrucción —dijo el ángel—. Es negativo en última instancia y por ello provoca su perdición incluso en los momentos de triunfo aparente. No importa lo grandioso, estratégico o infalible que sea un plan diabólico; el castigo del pecado inherente recaerá por definición

sobre sus instigadores. No importa lo aparentemente exitoso que parezca por el momento, porque al final se destruirá a sí mismo. Zozobrará en las rocas de la iniquidad y se irá a pique de cabeza para desvanecerse sin dejar rastro en los mares del olvido.

Crowley consideró aquello.

—Qué va —dijo por fin—. Fue incompetencia corriente y moliente. Te lo digo yo.

Silbó por lo bajo.

El patio de gravilla de delante de la casa estaba repleto de coches, y no eran coches de monjas. Si algo podía decirse del Bentley, era que se quedaba corto. Muchos de los coches llevaban detrás el nombre GT o Turbo, y antenas telefónicas en el techo. Y todos tenían menos de un año.

Crowley sintió un picor en las manos. Azirafel arreglaba bicicletas y huesos rotos; él tenía ganas de robar unas cuantas radios, pinchar alguna rueda y cosas así. Se aguantó.

—Vaya vaya. En mis tiempos, las monjas se metían de cuatro en cuatro en un mini.

—Algo falla —dijo Azirafel.

—¿Lo habrán privatizado? —se preguntó Crowley.

—O te has confundido de lugar.

—Que es aquí, en serio. Vamos.

Salieron del coche. Treinta segundos después alguien les pegó un tiro a los dos. Con una precisión increíble.



Si algo había que se le diera bien a Mary Hodges, anteriormente Locuaz, era tratar de acatar órdenes. Le gustaban las órdenes. Hacían del mundo un lugar menos complicado.

Lo que no se le daba tan bien eran los cambios. Le encantaba la Orden de las Parlanchinas. Allí encontró amigos por primera vez. Tuvo una habitación individual por primera vez. Naturalmente sabía que estaba metida en cosas que podían considerarse, desde cierto punto de vista, malas. Pero Mary Hodges había vivido bastante en treinta años y no se hacía ilusiones acerca de lo que casi toda la raza humana tenía que hacer para pasar de una semana a otra. Además, la comida estaba buena y se podía conocer gente interesante.

La Orden, o lo que quedó de ella, se había trasladado después del incendio. Al fin y al cabo, habían cumplido el único objetivo de su existencia. Cada cual se fue por su

camino.

Ella no se marchó. Le gustaba la Casa de Campo, y como ella decía, alguien tenía que quedarse allí para que las obras se desarrollaran correctamente, porque no se podía confiar en los obreros hoy en día, había que estar encima de ellos continuamente, hablando claro. Aquello significaba romper su juramento, pero la Madre Superiora dijo que no pasaba nada, que no se preocupara, que romper votos en una hermandad satánica era muy normal y que todo daría lo mismo dentro un par de años, o más bien dentro de once. De modo que si era lo que quería, ahí tenía la escritura y una dirección donde enviar el correo, siempre que no se tratara de sobres marrones y alargados con ventanitas.

Entonces le ocurrió algo muy raro. Una vez sola en el laberíntico edificio, trabajando en una de las pocas habitaciones que habían salido ilesas, discutiendo con hombres que llevaban cigarrillos en la oreja y polvo de escayola en los pantalones, y esas calculadoras que te dan resultados distintos según si la suma en cuestión va en billetes usados o no, descubrió algo cuya existencia jamás había sospechado.

Descubrió, bajo capas de tontería y de ganas de complacer, a Mary Hodges.

Le resultaba bastante fácil interpretar los cálculos aproximados de los albañiles y sacar el IVA. Sacó algunos libros de la biblioteca y descubrió que las finanzas eran interesantes y sencillas. Dejó de leer el tipo de revistas para mujeres que habla de romances y labores, y empezó a leer el tipo de revistas para mujeres que habla de orgasmos, pero aparte de tomar nota mental para tener uno cuando se presentara la ocasión, descartó el género por ser lo mismo que los romances y las labores bajo una nueva forma. Así que empezó a leer revistas de fusiones.

Después de mucho cavilar, compró un pequeño ordenador doméstico a un joven comerciante de Norton jocosos y condescendiente. Después de un agitado fin de semana, lo devolvió. No lo traía, como pensó el comerciante, para que le pusiera un enchufe, sino porque no tenía un coprocesador 387. Aquello lo entendió —para algo era un vendedor, y entendía palabras bastante largas—, pero después de aquello, la conversación fue, en su opinión, de mal en peor. Mary Hodges le sacó aún más revistas. Casi todas tenían el término «PC» en alguna parte del título, y muchas incluían artículos y reseñas alrededor de los cuales había trazado un círculo en rojo.

Leía acerca de la Mujer Moderna. Nunca se había dado cuenta de que fue una Mujer Antigua, pero después de rumiarlo un poco, concluyó que esa clase de etiquetas eran lo mismo que el amor, las labores y los orgasmos, y que lo más importante era ser una misma con todas sus fuerzas. Siempre tuvo tendencia a vestirse de blanco y negro. Lo único que tenía que hacer era subir el borde del vestido, ponerse más tacones y quitarse el griñón.

Un día, hojeando una revista, se enteró de que en el país había una demanda insaciable de edificios espaciosos en terrenos amplios, dirigidos por gente que

comprendiera las necesidades de la comunidad empresarial. Al día siguiente se fue a la papelería y encargó ciertos artículos con el membrete Centro de Conferencias y A.D.E. de Tadfield, calculando que para cuando todo estuviera impreso, ya sabría cuanto necesitara para dirigir un sitio así.

Los anuncios salieron la semana siguiente.

Resultó un éxito tremendo, porque Mary Hodges pronto se dio cuenta, en su nueva carrera de Ella Misma, de que enseñar administración de empresas no era sentar a la gente delante de un proyector poco fiable. Las empresas esperaban mucho más hoy en día.

Y ella podía ofrecerlo.



Crowley cayó de espaldas contra una estatua. Azirafel ya había tropezado con un rododendro y perdido el equilibrio, con una mancha oscura en el abrigo.

Crowley notaba que algo mojado le empapaba la camisa.

Era absurdo. Lo último que necesitaba en aquel momento era que le mataran. Tendría que dar todo tipo de explicaciones. No le proporcionaban a uno un cuerpo nuevo así como así. Siempre querían saber qué le había pasado al anterior. Era como intentar cambiar una pluma en alguna sección de papelería particularmente empecinada.

Se miró la mano incrédulo.

Los demonios veían en la oscuridad porque les hacía falta. Y él estaba viendo que tenía la mano amarilla. Le salía sangre amarilla.

Se lamió un dedo cautelosamente.

Se arrastró hasta Azirafel y le miró la camisa. Si la mancha que tenía era sangre, la biología había metido la pata en algún sitio.

—Ay, cómo escuece —gimió el ángel caído—. Me ha dado justo debajo de las costillas.

—Sí, pero ¿a ti te sale sangre azul normalmente? —le preguntó Crowley.

Azirafel abrió los ojos. Se tocó el pecho con la mano derecha. Se incorporó. Llevó a cabo el mismo autochequeo forense que Crowley.

—¿Es pintura?

Crowley asintió.

—¿A qué están jugando? —preguntó Azirafel.

—No lo sé —dijo Crowley—, pero yo lo llamaría hacer el gilipollas —el tono empleado sugería que él también sabía jugar. Y mejor.

Era un juego. Era la mar de divertido. Nigel Tompkins, el ayudante de dirección

(Adquisiciones), se escurría por entre la maleza, con el ánimo encendido por alguna escena memorable de alguna de las mejores películas de Clint Eastwood. Y pensar que había creído que la administración de empresas iba a ser aburrida...

Les dieron una conferencia, pero fue acerca de las pistolas de balines de pintura y de todo aquello que no se debería hacer nunca con ellas; Tompkins miró las caras avispidas de sus rivales que, todos a una, acababan de decidir hacerlo todo en cuanto tuvieran la más mínima oportunidad de salirse con la suya. Si a uno le decían que los negocios eran una jungla y le ponían una pistola en la mano, era evidente para Tompkins que no esperaban que apuntara tan sólo a la camisa; todo consistía en que el director de la empresa acabara con la cabeza colgando de la chimenea.

Fuera como fuese, se rumoreaba que alguien de la United Consolidated había ampliado sus posibilidades de ascenso mediante la aplicación anónima de un balazo de pintura por vía auditiva a un superior inmediato, que desde entonces empezó a quejarse en las reuniones importantes de pequeños timbrazos en el oído, y acabó siendo destituido por razones médicas.

Y allí estaban sus compañeros estudiantes —espermas compañeros, por intercambiar metáforas—, todos avanzando dificultosamente, sabiendo que sólo uno podría llegar a Presidente de la Industrial Holdings (Holdings), S.A., y que seguramente lo conseguiría el capullo más grande.

Era cierto que una chica de Personal con una carpeta les había dicho que el objetivo de aquellos cursos era sólo establecer un potencial directivo, de cooperación, de iniciativa y demás. Los empleados se esquivaban los unos a los otros.

Hasta entonces todo había ido bien. El piragüismo en aguas rápidas se había encargado de Johnstone (punción de tímpano) y el montañismo en Gales, de Whittaker (esguince en la ingle).

Tompkins embutió otra carga de balines en la pistola y masculló algunos mantras empresariales para sí. Házselo a los demás antes de que te lo hagan a ti. Mata o muere. Que te jodan. Supervivencia de los mejores. Alégrame el día.

Se acercó un poco más a las siluetas de al lado de la estatua. No parecían haberle visto.

Cuando se acabó el terreno a cubierto, respiró hondo y se puso en pie de un salto.

—Vale, pareja de pánfilos, ahora vais a... noooooaaah...

Donde antes estaba una de las siluetas había algo *horrible*. Se desmayó.

Crowley volvió a tomar su forma preferida.

—No me gusta hacer eso —murmuró—. Me da miedo olvidarme de cómo tomar la forma original. Y te juegas un buen traje.

—Creo que los gusanos sobran —dijo Azirafel, aunque sin demasiado rencor. Los ángeles tenían ciertos principios morales que mantener y, a diferencia de Crowley, prefería comprarse la ropa en vez de hacerla aparecer del firmamento puro.

Y la camisa le había costado muy cara.

—Mira, fíjate —dijo—. Esta mancha no se irá nunca.

—Haz un milagro —sugirió Crowley, surcando la maleza con la mirada en busca de más estudiantes de administración de empresas.

—Sí, pero siempre sabré que la mancha estaba ahí. Entiendes, ¿no? En el fondo —siguió el ángel. Cogió la pistola y la miró por todos los lados—. Nunca había visto una pistola de éstas.

Se oyó un ruido metálico y la estatua que tenían al lado perdió una oreja.

—Mejor será que nos vayamos —dijo Crowley—. No estaba solo.

—Qué pistola tan singular. Es muy extraña.

—Pensaba que tu bando no aprobaba las pistolas —dijo Crowley. Le quitó la pistola de las rechonchas manos al ángel y estudió el pequeño y grueso cañón.

—El pensamiento contemporáneo sí que las aprueba —explicó Azirafel—. Le dan peso a la lucha moral. Cuando están en buenas manos, claro.

—¿Ah, sí? —Crowley pasó una mano reptante por el metal—. Entonces vale. Venga, vámonos.

Dejó caer la pistola en la yacente forma de Tompkins y se alejó a través del césped húmedo.

La puerta principal de la Casa de Campo estaba cerrada. Los dos hicieron caso omiso y la atravesaron. Algunos hombres achaparrados con trajes militares salpicados de pintura bebían chocolate en tazas que pertenecieron al refectorio de las hermanas, y un par de ellos saludaron alegremente.

Un mostrador de recepción o algo así ocupaba ahora un lado del vestíbulo. Tenía un aspecto tranquilamente competente. Azirafel le echó un vistazo al panel en un caballete de aluminio que había junto al mostrador.

En pequeñas letras de plástico clavadas en la tela negra del panel se leía: *20-21 de agosto: United Holdings (Holdings), S.A. Curso de Iniciación al Combate.*

Mientras tanto, Crowley había cogido un folleto del mostrador. Mostraba fotografías encantadoras de la Casa de Campo, con mención especial de los jacuzzis y de la piscina cubierta climatizada, y detrás tenía un mapa de ésos que suelen dar en los centros de conferencias, que emplean una escala errónea que sugiere que se puede acceder a ellos desde cualquier salida de autopista de la nación dejando a un lado el laberinto de calles que los rodea en kilómetros y kilómetros a la redonda.

—¿Nos hemos equivocado de sitio? —inquirió Azirafel.

—No.

—Entonces nos hemos equivocado de momento.

—Sí —Crowley hojeó el folleto esperando encontrar alguna pista. Tal vez era demasiado esperar que la Orden de las Parlanchinas siguiera allí. Al fin y al cabo, habían cumplido. Siseó discretamente. Seguro que se habían ido a la América oscura

a convertir a los cristianos, pero siguió leyendo de todas formas. A veces aquel tipo de folletos incorporaba un fragmento de historia, porque a las empresas que alquilaban locales semejantes para fines de semana de Análisis Interactivo de Personal o Dinámica Estratégica de Marketing les gustaba pensar que estaban interactuando estratégicamente en el edificio mismo —más, o menos, dos reconstrucciones, una guerra civil y dos incendios graves— que algún financiero isabelino dotara de fondos para convertirlo en hospital para pestes.

Tampoco es que esperase leer algo como «hasta hace once años la Casa de Campo sirvió de convento para una orden de monjas satánicas que no eran demasiado buenas en su campo, la verdad», pero nunca se sabía.

Un hombre achaparrado con traje de camuflaje del desierto, que llevaba una taza de poliestireno con café, se les acercó.

—¿Quién va ganando? —preguntó con aire de camaradería—. A mí Evanson, de Planificación, me ha alcanzado en el hombro.

—Vamos a perder todos —repuso Crowley distraído.

Se oyó un estallido de disparos en los jardines. No el chasquido y el silbido de los balines, sino el traqueteo profundo de piezas de plomo aerodinámicas viajando a toda velocidad.

Se oyó un tableteo a continuación.

Los demás soldados se miraron los unos a los otros. Otro estallido alcanzó una vidriera victoriana bastante fea que había junto a la puerta y trazó una hilera de agujeros en la escayola justo al lado de la cabeza de Crowley. Azirafel le cogió del brazo.

—¿Qué diablos es eso?

Crowley sonrió como una víbora.



Nigel Tompkins volvió en sí con un ligero dolor de cabeza y un espacio vagamente vacío en la memoria reciente. No debía saber que el cerebro humano, cuando se enfrenta a una visión demasiado terrorífica para contemplar, suele cubrirlo muy hábilmente con un montón de olvido forzado, así que se lo achacó a un balazo en la cabeza.

Era más o menos consciente de que su pistola pesaba un poco más, pero en su estado de leve desconcierto no supo por qué hasta que pasó algún tiempo después de que apuntara a Norman Wethered, el de prácticas de gerencia en Auditoría Interna, y disparase el gatillo.



—No veo por qué estás tan escandalizado —dijo Crowley—. Él quería una pistola de verdad. Lo que más quería en este mundo era una pistola de verdad.

—¡Pero lo has soltado en medio de toda esa gente desarmada! —protestó Azirafel.

—No, qué va —se defendió Crowley—. No exactamente. Seamos justos.



El contingente de Gestión Financiera yacía en el suelo boca abajo tras lo que había sido una guasa, aunque no se les veía muy divertidos.

—Ya dije yo que no se podía confiar en esa gente de Adquisiciones —dijo el Subdirector de Finanzas—. Qué cabrones.

Una bala se desprendió de la pared justo encima de él.

Se acercó a toda prisa al pequeño grupo que se había apiñado alrededor de Wethered, que yacía en el suelo.

—¿Cómo está?

El Ayudante de Dirección de Pagos volvió hacia él el rostro ojeroso.

—Bastante mal —dijo—. La bala las ha atravesado casi todas. La Access, la del Barclays, la Diners Club... todo el montón.

—La American Express Oro la ha frenado —constató Wethered.

Miraron horrorizados y en silencio el espectáculo del tarjetero con un agujero de bala a través.

—¿Por qué han hecho eso? —preguntó un agente de pagos.

El gerente de Auditoría Interna abrió la boca para decir algo razonable, y no lo hizo. Todo el mundo tiene un límite, y para él aquello era la gota que lo desbordaba. Veinte años en aquel trabajo. Él quería haber sido diseñador gráfico, pero el orientador laboral le hizo caso omiso. Veinte años revisando el formulario de saldo anterior BF 18. Veinte años dándole a la manivela a la maldita calculadora manual, cuando hasta los de Planificación usaban ordenador. Y ahora, por razones desconocidas, pero posiblemente relacionadas con la reorganización y el deseo de librarse de los gastos de jubilación anticipada, le estaban pegando tiros.

Los ejércitos de la paranoia desfilaban ante sus ojos.

Miró su pistola. Desde detrás de la niebla de rabia y confusión vio que era más grande y más negra de lo que era cuando se la dieron. Y pesaba más.

La apuntó a un arbusto cercano y contempló un hilo de balas mandar la planta al



olvido.

Vaya. Conque a eso estaban jugando. Bueno, pues alguien tenía que ganar.

Miró a sus hombres.

—¡Vamos, chicos! —exclamó—. ¡A por esos cabrones!



—Desde mi punto de vista —se explicó Crowley—, nadie tiene que apretar el gatillo.

Le dedicó a Azirafel una sonrisa vivaracha y crispada.

—Vamos —dijo—. Echemos un vistazo ahora que todos están ocupados.



Las balas surcaban la noche.

Jonathan Parker, de Adquisiciones, serpenteaba entre las matas cuando alguien lo agarró por el cuello.

Nigel Tompkins escupió unas hojas de rododendro.

—Allá abajo mandan las normas de la empresa —silbó entre sus rasgos embarrados—, pero aquí arriba mando yo...



—Eso es caer muy bajo —dijo Azirafel, mientras recorrían los pasillos vacíos.

—¿Qué he hecho yo? ¿Qué he hecho yo? —dijo Crowley, abriendo puertas al azar.

—Ahí fuera se están pegando tiros.

—Bueno, pues eso, allá ellos, es cosa suya. Es lo que desean hacer de verdad. Yo sólo les he ayudado. Tienes que verlo como un microcosmos del universo. Libre albedrío para todos. Inefable, ¿no?

Azirafel le fulminó con la mirada.

—Bueno, bueno —gimió Crowley desconsoladamente—. Nadie saldrá muerto. Todos se librarán milagrosamente, Si no, tampoco tendría gracia.

Azirafel se tranquilizó.

—¿Sabes qué, Crowley? —dijo con una radiante sonrisa—. Siempre he pensado que en el fondo, eres todo un...

—Vale, vale —le espetó Crowley—. ¿Por qué no pones un anuncio?



Al cabo de un rato, empezaron a surgir las alianzas flexibles. La mayoría de los departamentos de finanzas descubrieron que tenían intereses comunes, zanjaron sus diferencias y se abalanzaron sobre Planificación.

Llegó el primer coche de la policía, y antes de que llegara a medio camino hacia la entrada, le habían alcanzado dieciséis balas desde direcciones distintas en el radiador. Dos más le despojaron de la antena de radio, pero habían llegado demasiado tarde, demasiado tarde.



Mary Hodges acababa de colgar cuando Crowley abrió la puerta de su despacho.

—Deben de ser terroristas —dijo inmediatamente—. O cazadores furtivos —Miró a ambos detenidamente—. Son de la policía, ¿no? —dijo.

Crowley vio que se le abrían los ojos desmesuradamente.

Como todos los demonios, tenía buena memoria para las caras, incluso después de diez años, de dejar atrás el griñón y de haber añadido algo de maquillaje, bastante austero por cierto. Chasqueó los dedos. Ella se recostó en la silla, convirtiéndose su rostro en una máscara impasible y afable.

—No había razón para hacer eso —le regañó Azirafel.

—Buenos... —Crowley miró el reloj— días, señora —terminó con una voz cantarina—. Sólo somos un par de entidades sobrenaturales que se preguntaban si querría ayudarnos con el paradero del renombrado Hijo de Satán —sonrió al ángel—. La despierto, ¿no? Y te dejo a ti decirlo.

—Bueno, ya que me lo pones así... —repuso el ángel lentamente.

—A veces, las viejas técnicas son las mejores —aseguró Crowley. Se volvió hacia la mujer imperturbable.

—¿Era usted una monja hace once años, aquí? —le preguntó.

—Sí —contestó Mary.

—¡Lo sabía! —le dijo Crowley a Azirafel—. ¿Lo ves? Sabía que no estaba equivocado.

—Has tenido una suerte de mil demonios —masculló el ángel.

—Y usaba el nombre de Hermana Verborrea o algo así.

—Locuaz —dijo Mary Hodges con una voz apagada.

—¿Y recuerda usted un incidente relacionado con el intercambio de unos bebés?  
Mary Hodges vaciló. Cuando se decidió a hablar, pareció que era la primera vez en años que hurgaban en sus recuerdos.

—Sí —contestó.

—¿Es posible que el cambio saliera mal por alguna razón?

—No lo sé.

Crowley pensó un instante.

—Debía de haber algún registro —afirmó—. Siempre los hay. Todo el mundo tiene registros hoy en día —miró orgulloso a Azirafel—. Fue una de mis mejores ideas.

—Claro que sí —dijo Mary Hodges.

—¿Y dónde están? —preguntó dulcemente Azirafel.

—Hubo un incendio justo después del parto.

Crowley gimió y alzó las manos.

—Seguro que fue Hastur —dijo—. Es su estilo. ¿Será posible? Y encima se creería que estaba haciendo lo más inteligente.

—¿Recuerda algún detalle acerca del otro niño? —preguntó Azirafel.

—Sí.

—Cuéntemelo, por favor.

—Tenía unos piecitos monísimos.

—Vaya.

—Y era muy dulce —añadió con añoranza.

Se oyó una sirena afuera, interrumpida abruptamente al darle una bala. Azirafel le dio un codazo a Crowley.

—Vámonos —dijo—. En cualquier momento estaremos con la policía al cuello y naturalmente yo estaré moralmente obligado a ayudarles con sus investigaciones. — Se quedó pensando un momento—. Tal vez recuerde si había más parturientas aquella noche, y...

Se oyeron pasos escaleras abajo.

—Deténlos —dijo Crowley—. Necesitamos más tiempo.

—Un milagro más y empezaremos a llamar la atención Allá Arriba —respondió Azirafel—. Si de verdad quieres que Gabriel o alguien empiece a preguntarse por qué cuarenta policías se han dormido...

—Bueno —dijo Crowley—. Vale, vale. Era por si colaba.

—Dentro de treinta segundos despertará —dijo Azirafel a la ex monja en trance—. Y habrá tenido un sueño encantador sobre lo que usted prefiera, y...

—Vale, genial —suspiró Crowley—. ¿Nos vamos o no?



Nadie les vio marcharse. La policía estaba demasiado atareada controlando a cuarenta estudiantes de administración de empresas con la adrenalina subida y luchando desbocados. Tres furgonetas de la policía habían dejado marcas en el césped, y Azirafel hizo que Crowley diera marcha atrás hasta la primera ambulancia, pero entonces el Bentley se precipitó en la noche. Detrás de ellos, el cenador y la glorieta parecían ya estar en llamas.

—Hemos dejado a esa pobre mujer en una situación atroz —se lamentó el ángel.

—¿Tú crees? —dijo Crowley, tratando de chafar un erizo y fallando—. Ahora le reservarán el doble de plazas, mira lo que te digo. Si se lo monta bien, si mete en cintura las renunciadas y embrolla el rollo legal... ¿Cursillos con pistolas de verdad? Van a hacer cola.

—¿Por qué eres siempre tan cínico?

—Ya te lo he dicho. Es mi trabajo.

Siguieron adelante callados. Al cabo de un instante, Azirafel dijo:

—Pensabas que aparecería, ¿no? Que podríamos detectarle de algún modo.

—No aparecerá. No delante de nosotros. Camuflaje protector. Él no lo sabe, pero sus poderes lo esconderán a las fuerzas ocultas.

—¿Fuerzas ocultas?

—Tú y yo —aclaró Crowley.

—Yo no soy oculto —dijo Azirafel—. Los ángeles no somos ocultos. Somos etéreos.

—Pues eso —le espetó Crowley, demasiado preocupado para discutir.

—¿Hay alguna otra forma de localizarlo?

Crowley se encogió de hombros.

—¿Pero tú me ves a mí —dijo— cara de experto en la materia? El Apocalipsis sólo pasa una vez, ¿eh? No te sueltan otra vez hasta que lo tienes todo controlado.

El ángel miró las hileras de setos que iban quedando atrás a toda velocidad.

—Todo parece tan pacífico —dijo—. ¿Cómo crees que ocurrirá?

—Bueno, la extinción termonuclear siempre ha sido lo más socorrido. Aunque los peces gordos se están portando muy bien el uno con el otro en estos momentos.

—¿Chocando con un asteroide? —se preguntó Azirafel—. Está bastante de moda, me parece. Caería en el Océano Índico, saldría una gran nube de polvo y vapor y adiós a todas las formas de vida superiores.

—Uauh —dijo Crowley, procurando exceder el límite de velocidad. Cualquier pequeño detalle era una ayuda.

—No puedo ni pensarlo —dijo Azirafel tristemente.

—Todas las formas de vida superiores segadas, así como así.

—Es atroz.

—Sólo polvo y fundamentalistas.

—Eso es muy cruel.

—Lo siento. No he podido evitarlo.

Se quedaron mirando la carretera.

—¿Algún grupo terroris... ? —empezó a decir Azirafel.

—Nuestro no —dijo Crowley.

—Ni nuestro —aseguró Azirafel—. Aunque los nuestros son guerrilleros.

—Tengo una idea —dijo Crowley con los neumáticos echando humo en la autovía de Tadfield—. Ya va siendo hora de poner las cartas sobre la mesa. Yo te digo los que están con nosotros y tú me dices los que están con vosotros.

—Vale. Tú primero.

—De eso nada, tú primero.

—Pero tú eres un demonio.

—Sí, pero un demonio de palabra; más me vale.

Azirafel nombró a cinco líderes políticos. Crowley nombró a seis. Tres nombres aparecían en las dos listas.

—¿Lo ves? —dijo Crowley—. Lo que digo siempre. Estos humanos, qué hijos de puta más listos. No se puede confiar en ellos ni por asomo.

—Pero ninguno de los nuestros tiene ningún plan —aseguró Azirafel—. Sólo actos terr... de protesta política —corrigió— de menor cuantía.

—Estupendo —repuso Crowley amargamente—, nada de asesinato barato en masa, ¿no? Sólo servicios personales, cada bala disparada individualmente por trabajadores capacitados, qué bien.

Azirafel no reaccionó.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Intentar dormir un poco.

—No te hace falta dormir. Ni a mí. El Mal no duerme nunca, y la Virtud está siempre vigilante.

—El Mal en general, tal vez. Pero esta parte específica de él se ha acostumbrado a chafar la oreja de vez en cuando —tenía la mirada fija en la luz de los faros. No tardaría en llegar el día en que dormir estuviese completamente fuera de lugar. Cuando Allá Abajo se enterasen de que él, en persona, había perdido al Anticristo, probablemente sacarían todos los informes que redactó sobre la Santa Inquisición y los llevarían a cabo con él, uno detrás de otro y luego todos a la vez.

Rebuscó en la guantera, cogió una cinta al azar y la insertó en el radiocassette. Un poco de música le vendría...

... *Bee-elzebub has a devil put aside for me, for me...*<sup>[16]</sup>

—Para mí —murmuró Crowley. La expresión de su rostro quedó vacía un instante. Luego profirió un grito ahogado y arrancó el botón de encendido.

—Claro que también podríamos poner a algún humano a buscarle —sugirió Azirafel, meditabundo.

—¿Qué? —le preguntó Crowley distraído.

—A los humanos se les da bien encontrar a otros humanos. Llevan miles de años haciéndolo. Y el niño es humano. Además de... bueno, ya sabes. De nosotros puede esconderse, pero tal vez otros humanos... lo presienten o algo así. O podrían pensar en cosas que no se nos ocurrirían a nosotros.

—No daría resultado. ¡Es el Anticristo! Tiene esa... especie de defensa automática suya, ¿sabes? Aunque él no lo sepa. No dejará que sospechen de él. Aún no. No hasta que esté preparado. Las sospechas resbalarán en él como de... como de... de donde resbale el agua —concluyó de manera poco convincente.

—¿Se te ocurre algo mejor? ¿Aunque sea una idea mejor? —le preguntó Azirafel.

—No.

—Pues entonces. Yo creo que podría salir bien. No me digas que no tienes organizaciones de que disponer. Yo las tengo. Podríamos intentar que le siguieran la pista.

—¿Qué pueden hacer que no podamos hacer nosotros?

—Mira, para empezar, no pondrían a la gente a darse tiros, y no hipnotizarían a mujeres respetables, ni...

—De acuerdo, de acuerdo. Pero eso tiene tantas posibilidades como un copo de nieve en el Infierno. Créeme: lo sé. Pero no se me ocurre nada mejor —Crowley entró en la autopista y puso rumbo a Londres.

—Tengo... una red de contactos, por ahí —dijo Azirafel al cabo de un rato—. Los tengo distribuidos por todo el país. Fuerzas disciplinadas. Podría ponerlos a buscar.

—Yo tengo... ehm, algo parecido —admitió Crowley—. Ya sabes cómo funciona esto, nunca se sabe cuándo pueden venirte bien...

—Sería mejor avisarlos. ¿Crees que deberían trabajar juntos?

Crowley negó con la cabeza.

—No es buena idea —dijo—. No son muy sofisticados, políticamente hablando.

—Entonces cada uno se pone en contacto con los suyos y a ver qué se puede hacer.

—Supongo que vale la pena intentarlo —dijo Crowley—. Y no es que no tenga nada que hacer, Dios lo sabe.

Se le dibujó una arruga en la frente unos instantes y luego dio una palmada triunfal al volante.

—¡De los patos! —gritó.

—¿Qué?

—¡El agua resbala de los patos!

Azirafel respiró hondo.

—Limítate a conducir, por favor —le respondió cansinamente.

Siguieron adelante durante el amanecer, con la Misa en Si Menor de J. S. Bach, cantada por Freddy Mercury, en el radiocassette.

A Crowley le gustaba la ciudad por la mañana, temprano. Entonces su población consistía casi por completo en personas que tenían trabajos dignos y verdaderas razones para estar allí, contrariamente a los millones innecesarios que llegaban a partir de las ocho de la mañana, y las calles estaban más o menos tranquilas. En la estrecha calle de la librería de Azirafel había líneas amarillas y no se podía aparcar, pero se enrollaron sobre sí mismas obedientemente al acercarse el Bentley a la acera.

—Bueno —dijo mientras Azirafel cogía su abrigo del asiento de atrás—. Ya nos llamaremos, ¿de acuerdo?

—¿Qué es esto? —preguntó Azirafel, alzando un rectángulo marrón.

Crowley lo miró atentamente.

—¿Un libro? —dijo—. No es mío.

Azirafel pasó unas páginas amarillentas. Oía campanas bibliófilas en el fondo de su cabeza.

—Será de la jovencita —concluyó despacio—. Tendríamos que haberle pedido su dirección.

—Oye, bastantes problemas tengo ya, no tengo ganas de tener que ir devolviendo objetos perdidos a sus propietarios —advirtió Crowley.

Azirafel llegó a la página del título. Y menos mal que Crowley no vio la expresión de su rostro.

—Podrías enviarlo a la oficina de correos de allí —le aconsejó Crowley—, si crees que es necesario. Ponlo a nombre de la loca de la bicicleta. Nunca confíes en mujeres que ponen nombres raros a los medios de transporte.

—Sí, sí, claro —repuso el ángel. Se sacó las llaves del bolsillo, se le cayeron al suelo, las recogió, se le cayeron otra vez y se apresuró hacia la puerta de la tienda.

—Entonces, ya hablaremos, ¿no? —gritó Crowley.

Azirafel interrumpió la acción de girar la llave.

—¿Qué? —dijo—. Ah, sí, sí, bien. De acuerdo. Estupendo —y cerró la puerta de golpe.

—Vale —farfulló Crowley, sintiéndose muy solo de repente.



Parpadeaba por las calles la luz de una linterna.

El problema de encontrar un libro de tapas marrones entre hojas marrones y agua marrón en el fondo de una cuneta de tierra marrón, a la luz marrón o más bien grisácea del amanecer, era que no se podía.

No estaba allí.

Anatema probó todos los métodos de búsqueda que se le ocurrieron. Uno, el de la división metódica del suelo. Otro, el de dar un vistazo chapucero por entre los helechos del arcén. Otro, el de acercarse sigilosamente y mirar por el rabillo del ojo. Probó incluso el que los nervios románticos de su cuerpo insistían en emplear porque funcionaría, que consistía en fingir que abandonaba, sentarse, y pasear la mirada de forma natural por un trozo de tierra en que, de haber formado parte de una narración decente, habría estado el libro.

Pero no era así.

Lo que significaba, como se temía desde hacía rato, que se había quedado en el asiento de atrás del coche de una pareja de hecho de mecánicos de bicicletas.

Sentía las generaciones de descendientes de Agnes la Chalada reírse de ella.

Incluso aunque aquellos dos fueran lo bastante honrados para devolvérselo, no lograrían dar con una casa de campo que apenas habían visto en plena noche.

Sólo esperaba que no supieran lo que había caído en sus manos.



**A**zirafel, como muchos otros comerciantes del Soho especializados en libros raros para entendidos exigentes, tenía una trastienda, pero lo que en ella había era mucho más esotérico que lo que se suele encontrar en una bolsa de plástico para el Cliente que Sabe lo que Quiere.

Estaba especialmente orgulloso de sus libros de profecías.

Todo primeras ediciones.

Y todas firmadas.

Tenía el Robert Nixon<sup>[17]</sup>, el Marta la Gitana, el Ignatius Sybilla y el Viejo Ottwell Binns. La dedicatoria de Nostradamus decía: «Para mi estimado camarada Azirafel, con afecto»; la Madre Shipton había tirado una copa por encima de su ejemplar; y en una esquina, en una vitrina de temperatura regulada, estaba expuesto el pergamino original, con la escritura temblorosa de San Juan el Divino de Patmos, cuyo «Apocalipsis» fue el más vendido de todos los tiempos. Azirafel lo consideraba un tipo muy agradable, aunque demasiado aficionado a las setas raras.

Con lo que no contaba su colección era con un ejemplar de *Las Buenas y Ajustadas Profecías de Agnes la Chalada*, y Azirafel entró en la habitación llevando el libro como un aplicado filatelista llevaría un Mauritius Blue que le acabara de llegar en una postal de su tía.

Nunca había visto ni siquiera una copia, pero había oído hablar de él. Todos los que estaban en el negocio, que, teniendo en cuenta que era altamente especializado, entre todos eran unos diez, lo conocían aunque sólo fuera de oídas. Su existencia era como una especie de vacío alrededor del cual habían orbitado todo tipo de historias insólitas durante años y años. Azirafel se dio cuenta de que no sabía si se podía estar en órbita alrededor del vacío y le dio igual; al lado de *Las Buenas y Ajustadas Profecías de Agnes la Chalada*, los Diarios de Hitler parecían poco más que un montón de calumnias.

Las manos apenas le temblaban al depositarlo en una mesa, sacar un par de guantes de goma de cirujano y abrirlo con reverencia. Azirafel era un ángel, pero también veneraba los libros.

La página del título decía:

Las Buenas e Ayustadas Profecías  
De Agnes la Xalada

Y en caracteres algo más pequeños:

La historia veraç e meticulosa  
Des del Día d’Hoy hasta el Fin del Mundo.

Y en caracteres algo más grandes:

Incluye Diuersas Maravillas  
e preçeptos para los Sabios

Y en caracteres diferentes:

Non s'an publicado más completas hasta ahora

Y en caracteres más pequeños pero en mayúsculas:

AÇERCA DE LOS INSÓLITOS TIEMPOS QUE S' AVECINAN

Y en una itálica ligeramente desesperada:

*E los acontecimientos de Natural Milagrosa*

Y de nuevo en caracteres más grandes:

«Recuerda a lo mejor de Nostradamus»  
—Ursula Shipton

Las profecías estaban numeradas, y había más de cuatro mil.

—Calma, calma —se dijo Azirafel. Se metió en la cocina, se preparó un chocolate y respiró hondo un par de veces.

Luego volvió y leyó una profecía al azar.

Cuarenta minutos después, el chocolate estaba intacto.



La mujer pelirroja que estaba en la esquina de la barra de bar del hotel era la corresponsal de guerra de más éxito del mundo. Tenía un pasaporte a nombre de Carmine Zuigiber; iba allá donde había guerras.

Bueno, más o menos.

Lo cierto es que iba adonde no había guerras. Ya había estado donde las había.

No era famosa, excepto donde tenía que serlo. Si se juntaba un grupo de corresponsales de guerra en el bar de un aeropuerto, la conversación iba, como una

brújula marca el norte, de Murchison del *New York Times*, a Van Horne de *Newsweek*, a Anforth de las Noticias de la I.T.N. Los Corresponsales de Guerra de los corresponsales de guerra.

Pero cuando Murchison, Van Horne y Anforth se topaban los unos con los otros en el incendio de alguna chabola en Beirut, en Afganistán o en Sudán, después de admirarse mutuamente las cicatrices y echar un trago, intercambiarían anécdotas de «Carmín» Zuigiber, del *National World Weekly*.

—En esa birria de periódico —decía Murchison—, no saben lo que tienen, los jodidos.

En realidad, el *National World Weekly* sabía exactamente lo que tenía: tenía un corresponsal de guerra. No sabía por qué, ni qué hacer con uno ahora que ya lo tenía.

El típico *National World Weekly* contaría al mundo que se le apareció el rostro de Jesucristo en un Big Mac a un tipo de Des Moines, con las impresiones del artista sobre el panecillo; que vieron a Elvis Presley hace poco trabajando en un Burger Lord en Des Moines; que escuchar los discos de Elvis curó a un ama de casa de Des Moines enferma de cáncer; que los hombres lobo que estaban asolando como una plaga la región central de los Estados Unidos eran los vástagos de las colonizadoras nobles violadas, por los Bigfoot; y que Elvis había sido raptado por los Extraterrestres del Espacio en 1976 porque era demasiado bueno para este mundo<sup>[18]</sup>.

Así era el *National World Weekly*. Vendían cuatro millones de ejemplares por semana y un Corresponsal de Guerra les hacía tanta falta como una entrevista exclusiva con el Secretario General de las Naciones Unidas<sup>[19]</sup>.

Así que pagaban a Carmín Zuigiber un montón de dinero por ir a buscar guerras, e ignoraban los abultados sobres mal mecanografiados que les enviaba de vez en cuando desde algún rincón del mundo para justificar la reclamación de reembolso de gastos, normalmente bastante razonables.

Y estaban convencidos de tener motivos justificados para ello porque, a su modo de ver, no era una corresponsal de guerra muy buena, pero sí la más atractiva, indiscutiblemente, y eso era lo que contaba para el *National World Weekly*. Sus informes de guerra siempre trataban de un grupo de muchachos disparándose los unos a los otros, y no se adentraba en las implicaciones políticas ni, lo más importante, en el Interés Humano.

A veces le pasaban sus informes a un corrector para que lo arreglara. (Se le apareció Jesucristo a Manuel González, de nueve años, durante una batalla campal en Río Concorsa, y le dijo que volviera a casa porque su madre estaba preocupada por él. «Sabía que era él —declaró el valiente muchacho— porque tenía pinta de serlo cuando se me apareció en la fiambarrera».)

El *National World Weekly* solía dejarla a su aire, y tiraba disimuladamente sus informes a la basura.

A Murchison, a Van Horne y a Anforth les daba igual todo aquello. Lo único que sabían era que allá donde estallara una guerra, la Srta. Zuigiber llegaba primero. Casi antes de que estallara.

—¿Cómo lo hace? —se preguntaban incrédulos—. ¿Cómo diablos lo hace? —y se encontraban sus miradas, y decían sin palabras: si fuera un coche sería un Ferrari, es la típica mujer que te imaginas de consorte del generalísimo corrupto de un país tercermundista a punto de hundirse, y se junta con tipos como nosotros. Vaya suerte, ¿no?

La Srta. Zuigiber se limitaba a sonreír e invitaba a otra ronda a todo el mundo, a cuenta del *National World Weekly*. Y contemplaba estallar las peleas a su alrededor. Y sonreía.

Había acertado. El periodismo le gustaba.

Aun así, todo el mundo necesitaba unas vacaciones, y Carmín Zuigiber estaba de vacaciones por primera vez desde hacía once años.

Se encontraba en una pequeña isla mediterránea que vivía del turismo, y resultaba raro. Carmín parecía la clase de mujer que, de ir de vacaciones a una isla más pequeña que Australia, sería porque era amiga del dueño. Y si alguien le hubiera dicho un mes antes a algún isleño que se acercaba una guerra, se habría reído y habría tratado de venderle objetos de rafia o una pechina con el dibujo de la bahía; eso era entonces.

Y esto era ahora.

Ahora, profundas diferencias políticas y religiosas acerca de a cuál de cuatro pequeñas penínsulas no pertenecía, había dividido el país en tres facciones, destruido la estatua de la Virgen María en la plaza del pueblo y acabado con el turismo.

Carmín Zuigiber estaba sentada en el bar del Hotel de Palomar del Sol, bebiendo algo que pasaba por un cóctel. En un rincón, un pianista cansado tocaba, y un camarero con tupé cantaba suavemente al micrófono:

*«Deeey said someday yul faaaind  
All who lof ar blaaaind  
Oooh, when yur heart's on faair  
You mas realais, smoke gets in your aaais.»*

Un hombre entró de un salto por la ventana, con un cuchillo entre los dientes, un rifle automático Kalashnikov en una mano y una granada en la otra.

—Gecago eshte hoteg pgopiegag ge... —paró de hablar. Se quitó el cuchillo de la boca y volvió a empezar—. ¡Declaro este hotel propiedad de la Facción de Liberación Pro-Turca!

Los únicos dos veraneantes que quedaban en la isla<sup>[20]</sup> se metieron debajo de la

mesa. Sin inmutarse, Carmín sacó la cereza al marrasquino de su copa, se la llevó a los labios escarlata y la separó del rabo de tal modo que muchos de los hombres que estaban allí empezaron a sentir un sudor frío.

El pianista se levantó, metió la mano en el piano y sacó una metralleta de viejo.

—¡Este hotel ya es propiedad de la Brigada Territorial Pro-Griega! —gritó—. ¡Un paso en falso y te vuelo en pedazos!

Algo se movió en la puerta. Un individuo de barba negra, sonrisa dorada y un auténtico revólver Gatling antiguo entró, con una cohorte de hombres armados igualmente enormes aunque menos impresionantes a su espalda.

—¡Este importante enclave estratégico, durante años símbolo del turismo fomentado por el régimen fascista e imperialista Greco-Turco, es ahora propiedad de los Guerrilleros Italomalteses! —bramó afable—. ¡Os vamos a matar a todos!

—¡Sandeces! —dijo el pianista—. No es un importante enclave estratégico. ¡Sólo tiene una bodega bien surtida!

—Tiene razón, Pedro —dijo el hombre del Kalashnikov—, por eso mi bando lo quiere. El General Ernesto de Montoya me dijo, dice, Fernando, la guerra habrá terminado el sábado, y los chicos querrán montar una fiesta. Acércate al Hotel de Palomar del Sol y lo tomas como botín.

El hombre de la barba se puso rojo.

—¡Es un puto enclave estratégico muy importante, Fernando Chianti! Dibujé un mapa de la isla y está justo en el medio, o sea que es un enclave estratégico jodidamente importante, oye lo que te digo.

—¡Ja! —contestó Fernando—. Y la casa Little Diego, con sus vistas a la playa nudista privada capitalista y decadente, también es un enclave estratégico importantísimo.

El pianista se puso rojo oscuro.

—Nuestro bando ha tomado este sitio esta mañana.

Se hizo el silencio.

En medio del silencio, un roce de seda. Carmín ya no tenía las piernas cruzadas.

La nuez de adán del pianista subió y bajó.

—Bueno, sí que lo es —consiguió decir, tratando de ignorar a la mujer del taburete—. O sea, si alguien pusiera allí un submarino, querrías estar donde se viera todo.

Silencio.

—Bueno, estratégicamente más importante que este hotel, seguro —concluyó.

Pedro tosió alarmanamente.

—El próximo que diga algo. Lo que sea. Está muerto —sonrió. Levantó el arma a duras penas—. Bien. Ahora, todos contra la pared.

Nadie se movió. Ya no le escuchaban. Escuchaban un murmullo indistinto

procedente de la entrada de detrás de ellos, bajo y monótono.

La cohorte de la puerta se movió un poco. Parecían estar esforzándose al máximo para mantenerse firmes, pero los apartaba de su propósito la voz que empezaba a pronunciar expresiones audibles.

—No se molesten, caballeros, ¡vaya nochecita! He dado tres vueltas a la isla, no lo encontraba... alguien de por aquí no cree en las indicaciones, ¿eh? Al final localicé el sitio, tuve que preguntar cuatro veces, fui a correos, que ahí siempre lo saben todo, y me han dibujado un mapa, por aquí lo debo de tener.

Un hombre menudo con gafas y uniforme azul se deslizó serenamente como un lucio por un banco de truchas; llevaba un paquete largo y delgado envuelto en papel de embalaje, atado con cuerda. Su única concesión al clima eran las sandalias de plástico marrón, aunque los calcetines verdes de lana que llevaba debajo mostraban su profunda desconfianza del tiempo extranjero.

Llevaba una gorra de visera que rezaba International Express en grandes letras blancas.

Estaba desarmado, pero nadie le tocó. Nadie le apuntó siquiera. Sólo miraban.

El hombrecillo miró la estancia, miró las caras, y miró su carpeta; entonces se dirigió a Carmín, que seguía sentada en el taburete de la barra.

—Un paquete para usted, señorita —anunció.

Carmín lo cogió y empezó a desatar el cordel.

El hombre de International Express tosió discretamente y le presentó a la periodista un libro de recibos bastante gordo y un bolígrafo de plástico amarillo atado a la carpeta con un trozo de cordel.

—Firme usted aquí, por favor. Aquí su nombre completo y aquí la firma.

—Claro —Carmín firmó el recibo con una rúbrica ilegible y luego escribió su nombre. No escribió Carmine Zuigiber. Era un nombre mucho más corto.

El hombre le dio las gracias amablemente y se abrió paso hacia fuera, comentando entre dientes el sitio tan bonito que tenían montado, qué ideal para las vacaciones, perdonen las molestias, perdone señor... Y salió de sus vidas tan serenamente como había entrado.

Carmín terminó de abrir el paquete. La gente había empezado a rodearla para ver mejor. El paquete contenía una espada enorme.

La examinó. Era una espada muy sencilla, larga y afilada; parecía al mismo tiempo antigua y nueva; y no tenía ningún adorno ni nada impresionante. No era una espada mágica ni un arma mística de grandes poderes. Era evidentemente una espada creada para cortar, rebanar, preferiblemente matar, y a falta de ello, lisar irremediabilmente, a un elevado número de personas. Tenía un aura indescriptible de odio y amenaza.

Carmín cogió la empuñadura con la mano derecha, de impecable manicura, y la

alzó a la altura de los ojos. La hoja emitió un destello.

—¡Bueeeeno! —exclamó bajándose del taburete—. Ya era hora.

Apuró la copa, bajó la espada a la altura del hombro y miró a las facciones anonadadas, que la rodeaban completamente.

—Siento dejaros colgados, chicos —dijo—. Me encantaría quedarme y conoceros mejor.

Los allí presentes se dieron cuenta de que no querían conocerla mejor. Era hermosa, pero del mismo modo en que lo era un incendio forestal: una belleza para admirar de lejos, no de cerca.

Y empuñaba la espada, y sonreía como un cuchillo.

Había bastantes armas en aquel lugar, y despacio, temblorosas, le apuntaron al pecho, a la espalda y a la cabeza.

La tenían rodeada.

—¡No te muevas! —gruñó Pedro.

Los demás asintieron con un gesto.

Carmín se encogió de hombros. Siguió caminando.

Todos los dedos tensaron los gatillos, casi por voluntad propia. El ambiente estaba cargado como el plomo y olía a cordita. La copa de Carmín le estalló en la mano. Los espejos que quedaban en el bar explotaron y se hicieron letales añicos. Parte del techo se derrumbó.

Y ahí acabó todo.

Carmín Zuigiber se volvió y contempló los cuerpos que la rodeaban como si no tuviera la más mínima idea de cómo llegaron hasta allí.

Se lamió una gota de sangre —ajena— de la mano con la lengua encarnada y felina. Y sonrió.

Después salió del bar, haciendo con los tacones en las baldosas un ruido de martillos lejanos.

Los veraneantes salieron de debajo de la mesa y contemplaron la carnicería.

—Esto no habría pasado si hubiéramos ido a Torremolinos como siempre —se quejó uno de ellos.

—Extranjeros —suspiró el otro—. No son como nosotros y punto, Patricia.

—Pues entonces está decidido. El año que viene nos vamos a Brighton —dijo la Sra. Threllfall, sin entender en absoluto el significado de lo que acababa de ocurrir.

Significaba que no iba a haber año que viene.

Y más bien reducía las posibilidades de que hubiera una semana que viene.

# Jueves



**A**cababa de instalarse en el pueblo una recién llegada.

La gente nueva siempre era una fuente de interés y de especulación para los Ellos<sup>[21]</sup>, pero esta vez Pepper tenía noticias impresionantes.

—Se ha mudado a Villa Jazmín y es una bruja —aseguró—. Lo sé porque la Sra. Henderson va a limpiar y le contó a mi madre que se compra una revista de brujas. Tiene otros periódicos normales, pero también ése tan raro de las brujas.

—Mi padre dice que las brujas no existen —replicó Wensleydale, que tenía el pelo claro y ondulado, y miraba muy serio a la vida a través de sus gafas de montura negra. Todo el mundo sospechaba que le bautizaron Jeremy, pero nadie empleaba ese nombre, ni siquiera sus padres, que le llamaban Jovencito, Lo hacían con la esperanza subconsciente de que cogiera la indirecta; Wensleydale daba la impresión de haber nacido con una edad mental de cuarenta y siete años.

—No veo por qué no —opinó Brian, que tenía un rostro ancho y alegre, bajo una capa de mugre en apariencia permanente—. No veo por qué las brujas no iban a tener un periódico suyo. Con noticias de los últimos hechizos y cosas así. Mi padre se compra la revista de pescadores, y te apuesto que hay más brujas que pescadores.

—Se llama *Noticias Psíquicas* —dijo Pepper de repente.

—Eso no es de brujas —afirmó Wensleydale—. Mi tía lo tiene, y es de gente que dobla cucharas y que dice la buena ventura y que se creen que fueron la Reina Isabel I en otra vida. En verdad ya no hay brujas. La gente inventó las medicinas y todo eso y les dijeron que ya no hacían falta y entonces las quemaron a todas.

—Seguro que trae fotos de ranas y cosas así —apuntó Brian, reacio a dejar escapar una buena idea—. Y también, y también pruebas de carretera para escobas voladoras. Y una columna para gatos.

—Además, a lo mejor tu tía es una bruja —sugirió Pepper—. En secreto. A lo mejor, por la mañana es tu tía y por la noche se pone a brujear.

—No lo es —contestó Wensleydale muy serio.

—Y recetas —continuó Brian—. Recetas para los restos de sapo.

—Ay, calla —le espetó Pepper.

Brian resopló. Si aquello lo hubiera dicho Wensley, habría estallado una escaramuza desganada, de amiguetes. Pero los demás habían aprendido que Pepper no se consideraba sujeta a las convenciones informales de las escaramuzas amistosas. Daba patadas y mordía con sorprendente puntería para una niña de once años. Por otra parte, a los chicos de la banda empezaba a fastidiarles, con once años, la vaga noción de que ponerle la mano encima a Pepper ascendía las cosas a una categoría sangrienta en la que aún no estaban muy duchos, aparte de propinarles un revés tan rápido que habría tumbado a Karate Kid.

Pero estaba bien que fuera de la banda. Recordaban con orgullo aquella vez en que Culogordo Johnson y su banda se habían metido con ellos por jugar con una

chica. Pepper montó en cólera de tal manera que la madre de Culogordo se acercó aquella tarde a quejarse<sup>[22]</sup>.

Pepper lo consideraba, como gigantesco varón que era, un enemigo natural.

Ella llevaba el pelo corto, era pelirroja, y tenía una tez tan sembrada de pecas que más bien era una enorme peca con zonas de piel dispersas.

Pepper se llamaba de nombre de pila Pippin Galadriel Hija de la Luna. Le habían puesto ese nombre en una ceremonia de bautizo en un valle cenagoso que contenía tres ovejas enfermas y bastantes tiendas de plástico agujereadas. Su madre eligió el valle galés de Pant-y-Gyrdl como entorno ideal para regresar a la naturaleza. (Seis meses después, harta de la lluvia, de los mosquitos, de los hombres, de las ovejas que pisoteaban las tiendas, que primero se comieron toda la plantación de marihuana de la comuna y luego la ancestral furgoneta, y empezando a comprender por qué la historia de la humanidad había sido desde sus más tempranos auspicios un intento de alejarse de la naturaleza lo máximo posible, la madre de Pepper volvió a casa de sus sorprendidos padres en Tadfield, se compró un sostén y se alistó en un curso de sociología, suspirando aliviada.)

Sólo hay dos formas de que una niña salga adelante con un nombre como Pippin Galadriel Hija de la Luna, y Pepper eligió la otra: los tres Ellos varones lo entendieron perfectamente el primer día de colegio, en el patio, a los cuatro años.

Le preguntaron cómo se llamaba, y ella, tan inocente, se lo dijo.

Posteriormente, hizo falta un cubo de agua para separar a Pippin Galadriel Hija de la Luna del zapato de Adán. Las primeras gafas de Wensleydale se habían roto, y tuvieron que darle cinco puntos al suéter de Brian.

Los Ellos fueron inseparables desde entonces, y Pepper pasó a ser Pepper para siempre, excepto para su madre, y (cuando se sentían especialmente valientes y los Ellos estaban fuera del radio de frecuencia acústica) para Culogordo Johnson y los Johnsonitas, la única otra banda del pueblo.

Adán golpeteaba con los talones el cajón de botellas que hacía las veces de asiento, escuchando esta discusión como un rey escucha el parloteo ocioso de sus cortesanos.

Mascaba una hierba perezosamente. Era jueves por la mañana. Tenían todas las vacaciones por delante, eternas e impolutas. Había que llenarlas.

Dejó que la conversación flotase a su alrededor como el zumbido de los saltamontes o, mejor dicho, como un explorador que vigila la grava batida a la espera de una valiosa pepita de oro.

—En el periódico de los domingos de mi casa ponía que había miles de brujas en el país —dijo Brian—. Y que adoraban a la naturaleza y comían alimentos naturales y todo eso. O sea que sí que puede haber una bruja por aquí. Ponía que estaban inundando el país con una ola de mal sin sentido.

—¿Cómo, adorando a la naturaleza y comiendo alimentos naturales? —preguntó Wensleydale.

—Ponía eso.

Los Ellos estudiaron la información debidamente. Una vez, empujados por Adán, habían probado a seguir una dieta naturista durante toda una tarde. Su veredicto fue que era muy fácil sobrellevar una dieta naturista, siempre y cuando antes se hubiera uno comido un buen plato caliente.

Brian se inclinó hacia delante, conspirador.

—Y ponía que se ponen a bailar desnudas —añadió—. Se van a las colinas de Stonehenge y por ahí, y bailan desnudas.

Aquello lo estudiaron con más ahínco. Los Ellos habían alcanzado un punto en que la gran montaña rusa que es la vida casi había completado la recta final hasta el gran peraltado de la pubertad, de modo que ya podían mirar hacia abajo, a la caída en picado que les esperaba, llena de misterio, terror y excitantes curvas.

—Jo —dijo Pepper.

—Mi tía no —declaró Wensleydale, rompiendo el hechizo—. Seguro que no. Ella sólo intenta hablar con mi tío.

—Tu tío está muerto —constató Pepper.

—Pues mi tía dice que mueve un vaso —repuso Wensleydale, a la defensiva—. Y mi padre dice que para empezar, se murió por andar moviendo vasos todo el rato. No sé para qué quiere hablar con él, si tampoco es que hablaran mucho cuando estaba vivo.

—Eso es nigromancia. Es eso —dijo Brian—. En la Biblia lo pone. Sería mejor que lo dejara. Dios está en contra de la nigromancia a muerte. Y de las brujas también. Si no irá al Infierno.

Hubo un lento cambio de postura en el cajón de botellas. Adán se disponía a hablar.

Los Ellos callaron. Siempre valía la pena escuchar a Adán. En el fondo de sus corazones, los Ellos sabían que no eran una banda de cuatro. Eran una banda de tres, que pertenecía a Adán. Pero lo que buscaban era acción, hacer cosas interesantes y pasarlo en grande, y para eso cualquiera de los Ellos prefería un puesto bajo en la banda de Adán antes que ser líderes de cualquier otra pandilla.

—No sé por qué odian todos a las brujas —protestó Adán.

Los Ellos se miraron los unos a los otros. Aquello prometía.

—Porque arruinan las cosechas —explicó Pepper—, y porque hundan los barcos. Y te dicen si vas a ser rey y cosas así. Y hacen cosas con especias.

—Mi madre usa especias —dijo Adán—. Y la tuya.

—Sí, pero ésas son normales —repuso Brian, decidido a no perder su posición de experto en ocultismo—. Supongo que Dios dijo que se podía echar menta y salvia en

la comida. Salta a la vista que no tienen nada malo.

—Y pueden hacer que te pongas enfermo sólo con mirarte —continuó Pepper—. Eso se llama mal de ojo. Te miran y va y te pones enfermo, y nadie sabe por qué. Y hacen muñecos de la gente y les clavan un montón de alfileres, y se les pone mal la parte donde les han clavado los alfileres —añadió alegremente.

—Pero eso ya no pasa nunca —reiteró Wensleydale, el racional—. Porque inventamos la Ciencia y los párrocos quemaron a las brujas por su propio bien. Eso fue la Santa Inquisición en España.

—Entonces podríamos ir a ver si ésa de Villa Jazmín es una bruja o no, y si lo es, se lo decimos al señor Pickersgill —propuso Brian. El señor Pickersgill era el párroco. Actualmente se hallaba enzarzado en una contienda con los Ellos por temas que abarcaban desde trepar al tejo del cementerio hasta tocar el timbre de las casas y echar a correr.

—No creo que esté permitido ir por ahí quemando a la gente —dijo Adán—, porque si no, todo el mundo lo haría.

—Los religiosos sí que pueden —aseguró Brian, tranquilizador—. Y además, sirve para que las brujas no vayan al Infierno, o sea que si lo entendieran, le darían las gracias y todo.

—Yo no veo a Pickito pegándole fuego a nadie —dijo Pepper.

—Bueno, no sé... —repuso Brian de manera significativa.

—Pegándoles fuego de verdad, no —opinó Pepper con desdén—. En todo caso iría a los padres, y les dejaría a ellos decidir si hay que quemarlo o no.

Los Ellos movieron la cabeza en señal de descontento hacia los pobres criterios de responsabilidad eclesiástica. Entonces los otros tres miraron a Adán expectantes.

Siempre le miraban expectantes. Era el que daba ideas.

—A lo mejor deberíamos hacerlo nosotros —sugirió—. Alguien debería hacer algo si es que hay tantas brujas por ahí sueltas. Es... es como el esquema de vigilancia de vecinos del barrio.

—De vecinos no, de brujas —corrigió Pepper.

—Que no —contestó Adán fríamente.

—Pero no podemos hacer la Santa Inquisición —dijo Wensleydale—. No somos españoles.

—Seguro que no hace falta ser español para hacer la Santa Inquisición, ¿qué te apuestas? —repuso Adán—. Es lo mismo que la pasta italiana o la tortura china. Lo que cuenta es que parezca español. Tenemos que conseguir que parezca español. Entonces todos verán que es una Santa Inquisición.

Se hizo el silencio.

Lo rompió el crujido de uno de los paquetes de patatas vacíos que se acumulaban allá donde se sentara Brian. Le miraron.

—Yo tengo un póster de una corrida de toros con mi nombre —dijo Brian, despacio.



Llegó y pasó la hora de comer. La nueva Santa Inquisición se reunió de nuevo. El Gran Inquisidor, muy crítico, estaba inspeccionando algo.

—¿Y eso qué son? —preguntó.

—Son para hacer ruido juntándolas al bailar —explicó Wensleydale, con un asomo defensivo en la entonación, Las trajo mi tía de España hace un montón. Creo que se llaman maracas. Y tienen un dibujo de un bailarín español, mira.

—¿Y qué hace bailando con un toro? —le preguntó Adán.

—Eso es para que se vea que son españolas —respondió Wensleydale. Adán les dio el visto bueno.

El póster de la corrida era lo único que había prometido Brian.

Pepper tenía algo que parecía una salsera de rafia.

—Es para poner el vino —explicó desafiante—. Lo trajo mi madre de España.

—No tiene toros ni nada —constató Adán con severidad.

—No hace ninguna falta —replicó ella adoptando muy lentamente una postura de ataque.

Adán vaciló. Su hermana Sarah y su novio también habían estado en España. Sarah volvió con un burro de juguete muy grande que, a pesar de ser claramente español, no se ajustaba a lo que Adán intuía debía ser el tono de la Santa Inquisición. El novio, por otra parte, trajo una espada muy decorada, que a pesar de la tendencia a doblarse cuando la empuñaban y a desafilarse cuando se le pedía que cortase papel, decía estar hecha de acero de Toledo. Adán se pasó una instructiva media hora con la enciclopedia y sintió que aquello era todo lo que la Inquisición necesitaba. Pero sus sutiles tentativas no dieron resultado.

Al final, Adán cogió una malla de cebollas de la cocina. Podrían ser españolas perfectamente. Pero incluso Adán tuvo que admitir que, como escenografía para las premisas inquisitoriales, les faltaba algo. No estaba en posición de discutir demasiado acerca de los odres de rafia.

—Muy bien —dijo.

—¿Tú estás seguro de que son cebollas españolas? —le preguntó Pepper, ya más tranquila.

—Hombre, claro —dijo Adán—. Cebollas españolas. Lo sabe todo el mundo.

—A lo mejor son francesas —insistió Pepper un tanto testaruda—. Francia es famosa por las cebollas.

—¿Y qué importa? —dijo Adán, que empezaba a cansarse de las cebollas—. Francia es casi España, y no creo que las brujas sepan la diferencia porque se pasan la noche por ahí volando. Para las brujas todo es el Continán Europeén. Y además, si no te gusta, te vas y te montas tú solita una Inquisición, ¿vale?

Por una vez, Pepper no fomentó la discusión. Iba a ser la Maestra Torturadora. Nadie dudaba de quién sería el Gran Inquisidor. Wensleydale y Brian estaban menos entusiasmados con sus papeles de Guardias Inquisitoriales.

—Bueno, no sabéis español —continuó Adán, que durante la comida había pasado diez minutos con un libro de expresiones españolas que Sarah había comprado en un arrebato de romanticismo en *Alicantey*.

—Eso da igual, porque en verdad hay que hablar en latín —apuntó Wensleydale, que también había estado investigando, más a conciencia, durante la comida.

—Y en español —añadió Adán firmemente—. Por eso es la Santa Inquisición Española.

—Pues no sé por qué no hacemos la Santa Inquisición Británica —se quejó Brian—. No sé por qué tuvimos que enfrentarnos a la Armada y todo sólo para tener la Inquisición esa de la porra.

Aquello también hería levemente la sensibilidad patriótica de Adán.

—Yo creo —explicó— que lo que tenemos que hacer es empezarla en español, y luego hacerla británica, cuando ya le hayamos cogido el truco. Y ahora —añadió—, la Guardia Inquisitorial irá a cazar la primera bruja, *por feivor*.

Habían decidido que la nueva ocupante de Villa Jazmín tendría que esperar. Tenían que empezar por abajo, e ir subiendo poco a poco.



—¿Eres una bruja, *oley*? —preguntó el Gran Inquisidor.

—Sí —contestó la hermana pequeña de Pepper, que tenía seis años y la forma de un pequeño balón de fútbol rubio.

—No digas que sí, tienes que decir que no —le sopló la Maestra Torturadora, dándole un codazo a la sospechosa.

—¿Para qué? —interrogó la sospechosa.

—Porque así te torturamos para que digas que sí —repuso la Maestra Torturadora—. Ya te lo he dicho. La tortura es la mar de divertida. No duele. *Hasta la visa* —añadió enseguida.

La pequeña sospechosa echó un vistazo desdeñoso al cuartel de la Inquisición. Decididamente, olía a cebolla.

—Jo —dijo—. Yo quiero ser una bruja, con verrugas en la nariz y la piel verde y

un gatito negro y un montón de pociones y...

La Maestra Torturadora le hizo un gesto de asentimiento al Gran Inquisidor.

—Oye —dijo Pepper desesperada—, nadie ha dicho que no puedes ser una bruja; tú di que no lo eres y ya está. Es que si no, no vale la pena que hagamos esto —añadió con severidad—, si tú vas y sueltas que sí en cuanto te lo preguntamos.

La sospechosa reflexionó sobre el tema.

—Pero yo quiero ser una bruja, jolin —gimió. Los varones Ellos intercambiaron miradas exhaustas. Aquello era demasiado difícil para ellos.

—Si dices que no —propuso Pepper—, te doy el Establo de Sindy. Está nuevo —añadió, después de mirar a los chicos y temiéndose algún comentario.

—Mentira, no está nuevo —le espetó su hermana—, que yo lo he visto cuando jugabas con él y está viejísimo y la parte donde se pone el heno está rota y...

Adán profirió un carraspeo autoritario.

—¿Sois una bruja, *viva Espana*? —repitió.

La hermana echó un vistazo al rostro de Pepper y decidió no provocarla.

—No —concluyó.



Estaban todos de acuerdo en que como tortura no había estado mal. El problema era sacar a la supuesta bruja de allí.

Era una tarde calurosa y los Guardias Inquisitoriales se sentían utilizados.

—No sé por qué tenemos que hacerlo todo yo y el Hermano Brian —dijo el Hermano Wensleydale, secándose el sudor de la frente—. Creo que ya va siendo hora de que salga de ahí y nos toque a nosotros. *Benedictine ina decanter*.

—¿Por qué paramos? —preguntó la sospechosa, con los zapatos chorreando.

Se le había ocurrido al Gran Inquisidor mientras investigaba, que la Santa Inquisición Británica no estaba lista aún para reintroducir la Doncella de Hierro y el Garrote Vil. Pero vio la ilustración de un trampolín medieval que le pareció venir al caso como un guante. Sólo necesitaban un estanque, unas tablas y una cuerda. Era la clase de combinación que más atraía a los Ellos, que no solían tener mucha dificultad para dar con las tres cosas.

La sospechosa estaba verde hasta la cintura.

—¡Es como un columpio! —exclamó— ¡Viva!

—O subo yo también, o me voy a casa —masculló Brian—. No sé por qué las brujas malvadas tienen que hacer todo lo divertido.

—Está prohibido torturar a los Inquisidores —declaró el Gran Inquisidor duramente, pero poco convencido. Era una tarde calurosa, las túnicas inquisitoriales

de saco viejo picaban y olían a cebada rancia, y el estanque tenía un aspecto sorprendentemente tentador.

—Vale, vale —dijo, y se volvió a la sospechosa—. Eres una bruja, vale, que no se vuelva a repetir y ahora lárgate, que le toca a otro. *Oley* —añadió.

—¿Y ahora qué hago yo? —preguntó la hermana de Pepper.

Adán vaciló. Quemarla no acabaría con los problemas, pensó. Además, estaba demasiado empapada para arder.

Y se iba dando cuenta, vagamente, de que llegaría un punto en el futuro en el que le harían preguntas acerca de zapatos embarrados y vestidos rosas llenos de lentejas de agua. Pero sería en el futuro, y aquello quedaba en la otra punta de una larga tarde cálida que incluía tablas, cuerdas y estanques. El futuro podía esperar.



El futuro llegó y pasó de la forma algo desalentadora en que pasan los futuros, aunque el Sr. Young tenía más cosas en la cabeza además de los vestidos embarrados y sólo le prohibió a Adán que viera la tele, lo que significaba que tendría que verla en blanco y negro con el aparato de su cuarto.

—No entiendo por qué nos han cortado el agua —oyó Adán decir a su padre en una conversación con su madre—. Yo pago los impuestos como todo el mundo. El jardín parece el desierto del Sabara. Me extraña que quedara agua en el estanque. Para mí que es culpa de la falta de pruebas nucleares. Cuando yo era niño, los veranos sí que eran veranos. No paraba de llover.

Adán merodeaba alicaído por el polvoriento camino. Iba bien alicaído. Adán tenía una forma de merodear alicaído que ofendía a toda persona consciente. No sólo dejaba el cuerpo colgando. Merodeaba alicaído con inflexiones, y ahora, la postura de sus hombros reflejaba el dolor y la confusión de los que injustamente han visto frustrados sus desinteresados esfuerzos por ayudar al prójimo.

Los arbustos se vencían bajo el peso del polvo.

—Ya verán cuando las brujas invadan todo el país y nos hagan a todos comer comida natural de esa y no ir a la iglesia y bailar por ahí desnudos —se lamentó, dando una patada a una piedra. Tenía que admitir que, salvo por lo de la comida natural, el panorama no era tan preocupante.

—Seguro que si nos dejaran intentarlo, encontraríamos cientos de brujas —se dijo, dando una patada a una piedra—. Seguro que el Tortumada ese no tuvo que dejarlo todo cuando acababa de empezar sólo porque alguna bruja tonta se manchara el vestido.

Perro merodeaba alicaído, muy servicial, detrás de su Amo. Aquello no era, en la



medida en que dictaban las expectativas del sabueso del infierno, la clase de vida que esperaba para los últimos días antes del Apocalipsis, pero no podía evitar estar empezando a disfrutarla.

Oyó a su Amo decir: «Seguro que ni los *victorianos* obligaban a la gente a ver la televisión en blanco y negro».

La forma moldea la naturaleza. Hay ciertas actitudes apropiadas para los perros pequeños y desgarrados que van unidas a los genes. No puede uno tener forma de perrito y esperar ser el mismo; una especie de perritunez empieza a invadirle a uno el Ser.

Ya había cazado una rata. Y había sido la experiencia más satisfactoria de su vida.

—Pues por mí como si nos dominan las Fuerzas del Mal —gruñó su Amo.

Y los gatos, pensó Perro. Sorprendió al enorme gato color paja del vecino y trató de hacerlo temblar como un flan mediante la tradicional mirada fulgurante y el rugido gutural, que siempre daba resultado con los condenados. Y ahora le daban unos arañazos en la nariz que se le saltaban las lágrimas. Los gatos, pensaba Perro, eran mucho más duros que las almas perdidas. Esperaba impaciente un nuevo experimento con gatos que tenía planeado y que iba a consistir en saltar de aquí para allá y ladrarle con entusiasmo. Era muy ambicioso, pero podría salir bien.

—Y que no me vengan llorando cuando Pickito se convierta en rana —masculló Adán.

En aquel momento, cayó en dos cosas: una, que sus desconsolados pasos le habían conducido a Villa Jazmín, y la otra, que alguien estaba llorando.

A Adán se le daban bien las lágrimas. Dudó un instante, y luego miró con cautela por encima del seto.

A Anatema, que estaba sentada en una mecedora y llevaba ya medio paquete de kleenex gastado, le pareció que salía un pequeño sol alborotado.

Adán dudaba que fuera una bruja. Tenía una imagen mental muy definida de las brujas. Los Young tenían la elección restringida entre los dominicales de más clase, de modo que cientos de años de ocultismo le habían pasado desapercibidos a Adán. No tenía la nariz aguileña, ni verrugas, y era joven... bueno, bastante joven. Y con eso le bastaba a Adán.

—Hola —dijo, poniéndose derecho.

Ella se sonó la nariz y lo miró fijamente.

Lo que miraba desde el otro lado del seto se debería describir llegados a este punto. Lo que Anatema vio, como dijo después, fue algo parecido a un dios griego preadolescente. O una ilustración bíblica, una en la que aparecían ángeles musculosos aplicando un castigo justo. Era un rostro que no pertenecía al siglo XX. Estaba enmarcado por rizos dorados que brillaban. Miguel Ángel podría haberlo esculpido.

Aunque seguramente habría prescindido de las zapatillas de deporte desgastadas,

de los vaqueros deshilachados y de la camiseta mugrienta.

—¿Quién eres? —preguntó ella.

—Soy Adán Young —contestó Adán—. Vivo al final del camino.

—Ah, sí, ya sé quién eres —dijo Anatema, secándose los ojos. Adán se puso orgulloso.

—La Señora Henderson me dijo que tuviera cuidado contigo —continuó.

—Aquí me conocen todos —se pavoneó Adán.

—Dice que has nacido para que te ahorquen —dijo Anatema.

Adán esbozó una sonrisa. Ser famoso por algo malo no estaba tan bien como serlo por algo bueno, pero estaba mejor que permanecer en la oscuridad.

—Dice que eres el peor de todos Ellos —le explicó Anatema, con un aspecto algo más alegre. Adán asintió.

—Me dice: «Tenga cuidado con Ellos, señorita, no son más que un hatajo de caciques. Ese pequeñajo de Adán lleva dentro al Otro Adán».

—¿Por qué estabas llorando? —le preguntó Adán sin una pizca de tacto.

—¿Yo? Ah, porque he perdido una cosa —le contestó—. Un libro.

—Si quieres, te ayudo a buscarlo —se ofreció Adán galantemente—. Yo sé mucho de libros, en serio. Una vez escribí uno. Era una pasada. Tenía casi ocho páginas. Era del pirata ese que es un detective famoso. Y *también* hice los dibujos. —Y en un arrebatado de generosidad, añadió—: Si quieres te dejo que lo leas. Seguro que es más chulo que el libro que se te ha perdido. Sobre todo cuando el dinosaurio sale de la nave espacial y lucha con los vaqueros. Seguro que te ríes un mazo. Brian no paraba de reírse. Dice que nunca se había reído tanto.

—Gracias, seguro que es un libro buenísimo —dijo ella, granjeándose el cariño de Adán para siempre—. Pero no hace falta que me ayudes porque creo que ya es demasiado tarde.

Miró a Adán, pensativa.

—Tú conocerás esta zona muy bien, ¿no? —le preguntó.

—En kilómetros y *kilómetros* a la redonda —contestó Adán.

—¿No habrás visto a dos hombres en un coche negro grande? —dijo Anatema.

—¿Te lo han robado ellos? —preguntó Adán, muy interesado de repente. Desmantelar una red internacional de ladrones de libros le daría un final gratificante al día.

—No del todo. Más o menos. O sea, ellos no querían robarlo. Estaban buscando la Casa de Campo, pero he estado allí hoy y nadie sabe nada de ellos. Creo que ha habido un accidente o algo así.

Se quedó mirando a Adán. Había en él algo extraño, pero no acababa de ver qué era. Sólo tenía la urgente sensación de que era importante y de que no debía dejarle marchar. Algo en él...

—¿Qué libro es? —le preguntó.

—Se llama *Las Buenas y Ajustadas Profecías de Agnes la Chalada* —respondió Anatema.

—¿Era una loca?

—No, era una bruja, como en Macbeth —explicó Anatema.

—Ésa la he visto —saltó Adán—. Era una pasada cómo vivían los reyes. Jo. ¿Y qué tienen de buenas?

—Antes, bueno quería decir acertado. Bueno, exacto —decididamente tenía algo raro. Una especie de intensidad despreocupada. Daba la sensación de que, si él estaba allí, todo lo demás, incluso el paisaje, pasaba a un segundo plano.

Llevaba allí un mes. Excepto con la Sra. Henderson, que en teoría estaba a cargo de la casa y seguramente rebuscaba por sus cosas a la mínima ocasión, no había cruzado más de un par de palabras con nadie. Les dejaba pensar que era una artista. Aquel tipo de zona rural les gustaba a los artistas.

La verdad es que era la hostia de bonito. El pueblo mismo era espléndido. Ni Turner y Landseer, si hubieran conocido a Samuel Palmer en un bar y lo hubieran planeado todo, y luego Stubbs les hubiera hecho los caballos, lo habrían hecho mejor.

Y era muy deprimente, porque era allí donde iba a ocurrir. Según Agnes, al menos. En un libro que ella, Anatema, había perdido. Tenía las fichas, claro, pero no era lo mismo.

Si en aquel momento Anatema hubiera estado en plena posesión de sus facultades —y nadie lo estaba cuando Adán andaba cerca de ellos—, se habría dado cuenta de que cada vez que intentaba pensar en el chico más allá del modo superficial, sus pensamientos se desviaban de él como si un campo de fuerza lo envolviese.

—¡Qué genial! —exclamó Adán, que había estado sopesando en su mente las implicaciones de un libro de profecías buenas y ajustadas.

—¿Y dice quién va a ganar la liga?

—No —repuso Anatema.

—¿Y sale alguna nave espacial?

—No muchas —dijo Anatema.

—¿Y robots? —preguntó Adán esperanzado.

—Me temo que no.

—Entonces a mí no me parecen muy buenas —dijo Adán—. Si el futuro no tiene robots ni naves, no sé lo que tendrá.

Unos tres días, pensó Anatema desanimada. Eso es lo que tiene el futuro.

—¿Quieres un refresco? —le ofreció al chico.

Adán vaciló. Y entonces decidió coger el toro por los cuernos.

—Oye, es una pregunta un poco personal, pero, ¿eres una bruja? —le preguntó.

Anatema entrecerró los ojos. Vaya una fisgona estaba hecha la Sra. Henderson.

—Algunos dicen que sí —contestó—. En verdad soy ocultista.

—Ah. Entonces vale —dijo Adán más animado.

—¿Sabes lo que quiere decir ocultista?

—Pues claro —repuso Adán confiado.

—Bueno, si así estás más contento... —dijo Anatema—. Anda, pasa. Yo también tomaré algo. Y... Adán Young.

—¿Qué?

—Estabas pensando «Tengo los ojos bien, no tengo que ir al oculista», ¿verdad?

—¿Quién, yo? —dijo Adán con aire de culpabilidad.



El problema era Perro. No quería entrar en la casa. Se había agazapado en la puerta, y gruñía.

—Venga, no seas tonto —le dijo Adán—. Es Villa Jazmín, la misma de siempre.

—Miró a Anatema, nervioso—. Siempre hace todo lo que le digo a la primera.

—Puedes dejarlo en el jardín —propuso Anatema.

—No —contestó él—. Tiene que hacer lo que se le mande. Lo ponía en un libro que me leí. Es muy importante amaestrarlo bien. Mi padre dice que se pueden amaestrarse todos los perros. Y que me lo puedo quedar mientras esté bien amaestrado. Entra, Perro.

Perro gimió y le miró implorante. El rabo regordete golpeó el suelo una o dos veces.

La voz de su Amo.

Con una renuencia extremada, como avanzando con un vendaval en contra, cruzó el umbral.

La herradura de la puerta de Villa Jazmín siempre había estado allí, desde que lo ocupó el primer inquilino siglos atrás; la Peste Negra hacía furor en aquella época, y pensó que sería mejor emplear toda la protección posible.

Estaba corroída y medio cubierta de capas seculares de pintura. De modo que ni Adán ni Anatema repararon en ello, ni se dieron cuenta de que ya se iba enfriando tras haberse puesto al rojo vivo.



El chocolate de Azirafel estaba helado.

En la estancia sólo se oía, a intervalos, ruido de pasar páginas.

De vez en cuando llamaban a la puerta los clientes de Intimate Books que se confundían con la puerta de al lado. Los ignoraba.

Algunas veces casi llegaba a maldecirlos.



Anatema aún no se había instalado en la casa. Tenía la mayoría de sus utensilios amontonados encima de la mesa. Parecía interesante. La verdad es que parecía que un monje vudú acabara de asumir el mando de una tienda de equipos científicos.

—¡Qué genial! —dijo Adán, palpando un objeto— ¿Qué es esto de las tres patas?

—Es un teodolito —contestó Anatema desde la cocina—. Sirve para localizar líneas de poder.

—¿Y eso qué es? —preguntó Adán.

Ella se lo explicó.

—¡Ostras! —exclamó—. ¿En serio?

—Sí.

—No las he visto nunca. ¿Cómo puede haber tantas líneas de fuerza y que yo no las vea?

Adán no solía escuchar muy a menudo, pero estaba pasando los veinte minutos más apasionantes de su vida, o su vida de aquel día por lo menos. En casa de los Young, nadie tocaba madera ni se echaba sal por encima del hombro. El único acercamiento a la dinámica sobrenatural fue, cuando Adán era pequeño, fingir desgadamente que Papá Noel bajaba por la chimenea<sup>[23]</sup>.

Llevaba mucho tiempo esperando algo más esotérico que el festival de la cosecha. Su mente absorbía las palabras de ella como si de papel secante se tratara.

Perro se había tumbado debajo de la mesa y gruñía. Empezaba a dudar seriamente de sí mismo.

Anatema no sólo creía en las líneas de poder sino también en las focas, en las ballenas, en las bicicletas, en las selvas tropicales, en el pan integral, en el papel reciclado, en los sudafricanos blancos de Sudáfrica, y en los Americanos de todas partes, hasta Long Island inclusive. No compartimentaba sus creencias. Estaban todas unidas en una enorme creencia de una pieza, comparada con la cual la de Juana de Arco quedaba relegada al rango de mera noción frívola. En una escala de mover montañas, movía por lo menos 0,5 alpes<sup>[24]</sup>.

Adán ni siquiera había oído a nadie decir la palabra «medio ambiente». Las selvas tropicales latinoamericanas eran para él un libro cerrado, y ni siquiera estaba escrito en papel reciclado.

Sólo la interrumpió una vez, y fue para decir que estaba de acuerdo con su

opinión acerca de la energía nuclear:

—Yo he estado en una central *nucliar* Y fue un rollo. No había humo verde ni tubos con líquidos que hicieran burbujas. Tendría que estar prohibido no tener líquidos con burbujas y todo eso cuando la gente va adrede a verlo; y tener a todos esos señores sin trajes espaciales, también.

—Lo de las burbujas lo hacen cuando los visitantes se van de allí —constató Anatema muy seria.

—Puede —repuso Adán.

—Habría que acabar con ellos ahora mismo.

—Eso. Eso por no enseñar las burbujas —dijo Adán.

Anatema asintió con la cabeza. Seguía tratando de averiguar qué tenía Adán de extraño, y de pronto lo comprendió.

No tenía aura.

Era bastante experta en auras. Podía verlas si miraba bastante fijamente. Eran un pequeño halo de luz que tenía la gente alrededor de la cabeza, y según un libro que había leído, el color daba pistas acerca de la salud y el bienestar general de cada cual. Todo el mundo tenía aura. Los mezquinos y los egocéntricos la tenían débil, un contorno tembloroso, mientras que las personas extrovertidas y creativas podían tener auras de varias pulgadas de cuerpo afuera.

No sabía de nadie que no tuviera aura, pero la de Adán no la veía por ninguna parte. Y sin embargo parecía alegre, dinámico, y tan equilibrado como un giroscopio.

Será el cansancio, pensó.

De todas formas, estaba encantada de haber encontrado un estudiante tan agradecido, e incluso le dejó algunos ejemplares de una revista de biología marina que editaba una amiga suya.

A Adán le había cambiado la vida. O por lo menos, la vida de aquel día.

Ante el asombro de sus padres, se fue a la cama pronto, y se quedó hasta más de medianoche bajo las sábanas, con una linterna, con las revistas y una bolsa de caramelos de limón. De vez en cuando, se oía un «¡Genial!» de sus fauces que masticaban ferozmente.

Cuando se le acabaron las pilas a la linterna, salió a la oscuridad de la habitación y se tumbó con las manos debajo de la cabeza, mirando aparentemente el escuadrón de cazas Ala-X™ que colgaba del techo. La brisa nocturna los balanceaba suavemente.

Pero Adán no lo estaba mirando. Observaba en realidad el iluminado panorama de su imaginación, que daba vueltas y vueltas como una feria de atracciones.

Esto no era la tía de Wensleydale con un vaso. Esta clase de ocultación era mucho más interesante.

Además, le gustaba Anatema. Estaba claro que era muy mayor, pero cuando a

Adán le caía bien una persona, quería hacerla feliz.

Se preguntaba cómo podría hacer feliz a Anatema.

Antes se pensaba que los acontecimientos que cambiaban el mundo eran cosas como las bombas, los políticos maníacos, los terremotos enormes, o los movimientos de población a gran escala, pero se ha demostrado que esto es un punto de vista muy anticuado que sólo defienden los que están completamente aislados del pensamiento contemporáneo. Lo que de verdad cambia el mundo, según la teoría del Caos, son los pequeños detalles. Una mariposa aletea en la jungla amazónica y posteriormente una tormenta arrasa media Europa.

En algún rincón de la cabeza dormida de Adán apareció una mariposa.

Si Anatema hubiera dado con la razón por la cual no veía el aura de Adán, habría visto las cosas claras. O no.

Era la misma razón por la que la gente que está en Trafalgar Square no ve Inglaterra.



Se dispararon las alarmas.

Naturalmente, no hay nada raro en que las alarmas de la sala de control de una central nuclear se disparen. Ocurre muy a menudo. Precisamente hay tantos cuadrantes y contadores y cosas así que algo importante puede pasar desapercibido si no emite un pitido por lo menos.

Y el puesto de ingeniero de cambio de turno requiere un tipo de hombre estable, capaz e imperturbable, el tipo de hombre que sabes que no se irá derecho al aparcamiento en una emergencia. El tipo de hombre, a fin de cuentas, que da la impresión de estar fumando una pipa cuando no lo está.

Eran las 3:00 a.m. en la sala de control de la central nuclear de Clímax, normalmente una agradable hora tranquila en la que no hay mucho que hacer aparte de llenar la caldera y oír el rugido distante de las turbinas.

Hasta ahora.

Horace Gander miró las luces intermitentes rojas. Luego miró unos cuadrantes. Luego miró las caras de sus compañeros. Luego levantó la vista al gran cuadrante que había al otro lado de la sala. Cuatrocientos treinta megavatios prácticamente fiables y casi baratos estaban abandonando la central. Según las otras esferas, nada los estaba produciendo.

No dijo «Qué raro». No habría dicho qué raro aunque un rebaño de ovejas en bici hubiera pasado por delante de unos violines tocando solos. No era una expresión propia de un ingeniero responsable.

Lo que dijo fue:

—Alf, más vale que llames al director de la central.

Pasaron tres horas muy agitadas. En ellas hubo bastantes llamadas telefónicas, télexes y faxes. Veintisiete personas se levantaron una detrás de otra y fueron levantando a otras cincuenta y tres más, porque si hay algo que un hombre necesite saber cuando le despierta alguien presa del pánico a las 4:00 a.m. es que no es el único.

De todos modos, hacen falta todo tipo de autorizaciones para que permitan desenroscar la tapa de un reactor nuclear y mirar al interior.

Las consiguieron. Lo destaparon. Echaron un vistazo adentro.

Horace Gander dijo: «Tiene que haber una razón lógica para esto. Quinientas toneladas de uranio no se levantan y se van ellas solas».

El contador que llevaba en la mano debería haber gritado, pero en su lugar, profería una señal desganaada a intervalos.

Donde debía hallarse el reactor, había un espacio vacío. Era ideal para un partido de squash.

Justo al fondo, aislado en el centro del suelo frío y brillante, había un caramelo de limón.

Afuera, en la sala grande y tenebrosa de turbinas, las máquinas seguían rugiendo.

Y, a ciento cincuenta kilómetros de allí, Adán Young se dio la vuelta en la cama, dormido.



# Viernes

**C**uervo Sable, delgado, con barba y vestido de negro riguroso, estaba sentado en su delgada limusina negra, hablando por su delgado teléfono negro con su base de la costa oeste.

—¿Cómo va todo? —preguntó.

—Parece que bien —le contestó su director de marketing—. Mañana tengo un almuerzo con los compradores de todas las cadenas líderes de supermercados. Ningún problema. Tendremos MENÚS™ en todos los establecimientos el mes que viene.

—Bien hecho, Nick.

—Nada, hombre. Es porque sé que cuento con tu apoyo. Eres un buen líder, chaval. Conmigo siempre da resultado.

—Gracias —dijo Sable, y cortó la conexión.

La empresa de Neotrición había nacido hacía once años, y empezó siendo muy pequeña. Un pequeño equipo de investigadores alimentarios, un gran equipo de marketing, abundante personal de relaciones públicas, y un logo elegante.

Los dos años de inversión en Neotrición e investigación dieron a luz a CHOW™. CHOW™ contenía moléculas proteicas hiladas, trenzadas y entrelazadas, encriptadas y codificadas, cuidadosamente diseñadas para que las ignorase hasta el enzima digestivo más voraz; edulcorantes artificiales, aceites minerales en vez de vegetales, materiales fibrosos, colorantes y aromatizantes. El resultado fue un producto alimenticio indistinguible de cualquier otro excepto por dos detalles. El precio, que era ligeramente más elevado, y el aporte nutritivo, que era aproximadamente el mismo que el de un walkman de Sony. Comiese uno la cantidad que comiese, perdía peso<sup>[25]</sup>.

Los gordos lo compraron. Los delgados que no querían engordar lo compraron. CHOW™ era el último grito en productos dietéticos; cuidadosamente hilado, entrelazado, texturizado y trabajado para imitar cualquier cosa, desde patatas hasta venado, aunque lo que mejor se vendía era el pollo.

Sable se recostaba en su sillón y contemplaba el dinero llenar sus arcas. Observaba mientras CHOW™ iba invadiendo progresivamente el nicho que antes ocupaban los alimentos tradicionales, sin marca registrada.

Después de CHOW™ sacó SNACKS™, comida basura hecha de basura de verdad.

MENÚS™ era el último bombazo de Sable.

MENÚS™ era CHOW™ con azúcar y grasas añadidas. En teoría, si se comía suficiente cantidad de MENÚS™, podías a) engordar mucho y b) morir de desnutrición.

La paradoja deleitaba a Sable.

Actualmente MENÚS™ se estaba sometiendo a prueba en toda América.

MENÚS Pizza, MENÚS Pescado, MENÚS Chopsuey, MENÚS de arroz macrobiótico. Hasta MENÚS Hamburguesa.

La limusina de Sable estaba aparcada en el parking de un Burger Lord de Des Moines, Iowa, una franquicia de comida rápida perteneciente a su organización. Era allí donde los MENÚS™ Hamburguesa llevaban seis meses a prueba. Quería ver qué clase de resultados estaban obteniendo.

Se inclinó hacia delante, llamó al cristal de la cabina del conductor. Éste apretó un botón y el cristal se deslizó hacia abajo.

—¿Señor?

—Voy a echar un vistazo a la operación, Marlon. Tardaré diez minutos, y luego volvemos a Los Ángeles.

—Muy bien.

Sable se encaminó pausadamente al Burger Lord. Era exactamente igual que todos los demás Burger Lords de América<sup>[26]</sup>. El Payaso McLordy bailaba en el Rincón de los Niños. Todo el personal tenía esa misma sonrisa radiante que nunca alcanzaba los ojos. Y detrás del mostrador, un hombre de edad mediana, regordete, silbaba discretamente, contento con su trabajo.

Sable se acercó al mostrador.

—HolasoyMarie —le dijo la cajera—. Dígame.

—Un Maxi Mega Blaster con Queso y patatas extra grandes, sin mostaza.

—¿Para beber?

—Un batido especial chocoplátano súper cremoso.

Pulsó los pequeños pictogramas de la caja. (Ya no era necesario saber leer para trabajar en uno de esos restaurantes. Saber sonreír, sí.) Se volvió hacia el hombre regordete de detrás del mostrador.

—Megaqueso, patatas extra, sin mostaza —repitió—, batido choco.

—Mmhmm —tarareó el cocinero. Repartió la comida en pequeñas cajitas de cartón, parando sólo un instante para apartarse un mechón grisáceo de los ojos.

—Listo —dijo.

Ella lo cogió sin mirarle, y él se volvió alegremente a su parrilla, cantando suavemente «*Loooove me tender looove me long, neever let me go...*»

Sable reparó en que el canturreo del hombrecillo contrastaba con la música ambiental del Burger Lord, una cinta metálica de la sintonía comercial de Burger Lord, y tomó nota mental para que lo despidieran.

HolasoyMarie le dio a Sable su MENÚ™ y le dijo que tuviera un buen día.

Se fue a una pequeña mesa de plástico, se sentó en la silla de plástico y estudió la comida.

Pan artificial. Hamburguesa artificial. Patatas fritas que jamás habían estado bajo tierra. Salsas hechas sin alimentos. Incluso (lo que más le gustaba a Sable) una rodaja

artificial de pepinillo. No se molestó en examinar el batido. No tenía ningún contenido alimenticio, pero bien pensado, los que vendían sus rivales tampoco.

En torno a él, la gente estaba comiendo sus incomedibles, si no con verdadera satisfacción, al menos tampoco con el asco que solía verse en las cadenas de hamburgueserías de todo el mundo.

Se levantó, llevó su bandeja al receptáculo de TIRE LOS RESTOS CON CUIDADO, POR FAVOR, y lo tiró todo. Si le hubiesen dicho que los niños se morían de hambre en África, se habría sentido halagado de que alguien se hubiese dado cuenta.

Alguien le tiró de la manga.

—¿Es usted Sable? —preguntó un hombre menudo con gafas y gorra de International Express, que llevaba un paquete envuelto en papel de embalaje.

Sable asintió.

—Eso pensaba. He echado un vistazo, pensando: un caballero alto con barba, un traje elegante... no habrá muchos así por aquí. Un paquete para usted, señor.

Sable firmó, con su verdadero nombre; una palabra de seis letras, Rima con enjambre.

—Pues muchas gracias, señor —dijo el mensajero. Se detuvo—. Aquí tiene —dijo—. ¿No le recuerda a alguien el tipo de detrás del mostrador?

—No —repuso Sable. Le dio al hombre una propina de cinco dólares, y abrió el paquete.

Dentro había una pequeña balanza de bronce.

Sable sonrió. Una delgada sonrisa que desapareció casi al instante.

—Ya era hora —dijo. Se metió la balanza en el bolsillo, haciendo caso omiso del daño causado al estilizado contorno de su traje negro, y volvió a la limusina.

—¿Volvemos a la oficina? —preguntó el conductor.

—Al aeropuerto —contestó Sable—. Por cierto, llama; quiero un billete para Inglaterra.

—Enseguida, señor. Ida y vuelta para Inglaterra.

Sable tenía la mano en el bolsillo y jugueteaba con la balanza.

—Mejor sólo de ida —añadió—. Ya me las arreglaré para volver. Ah, y llama a la oficina de mi parte, que cancelen todas mis citas.

—¿Cuánto tiempo estará fuera, señor?

—Durante todo el futuro inmediato.

Y en el Burger Lord, detrás del mostrador, el hombrecillo achaparrado del mechón metió otra media docena de hamburguesas en la parrilla. Era el hombre más feliz del mundo y estaba cantando, en voz muy baja.

«...nunca has cazado un conejo —tarareaba para sí—, no eres amigo mío...»



Los Ellos escuchaban atentamente. Caía una suave llovizna, que apenas se mantenía a raya gracias a las hojas de hierro y a los retales de linóleo que cubrían su guarida de la cantera, y siempre contaban con que Adán inventara cosas que hacer cuando llovía. No les había decepcionado. A Adán le refulgían los ojos con la alegría del saber.

No se había dormido hasta las 3:00 a.m., debajo de un montón de *Nuevos Acuario*.

—Y había un hombre que se llamaba Charles Fort —contaba—, y que hacía que llovieran peces y ranas y cosas así.

—Ya —gruñó Pepper—, seguro. ¿Ranas vivas?

—Pues claro —repuso Adán, entusiasmado con el tema—, vivas y coleando y croando y todo. Al final le dieron dinero para que se fuera y, y... —se esforzó para dar con algo que le gustara a su audiencia; había leído demasiado de una sentada—. Y se montó en el *Mary Celeste* y navegó hasta el Triángulo de las Bermudas. Está en las Bermudas —añadió para situarlos.

—Eso es imposible —protestó Wensleydale muy severo—, porque yo he leído una cosa del *Mary Celeste* y nadie se montó en él. Es famoso porque estaba vacío. Lo encontraron flotando a la deriva solo sin nadie.

—Yo no he dicho que él estuviera dentro cuando lo encontraron, ¿eh? —replicó Adán, mordaz—. ¿Cómo quieres que estuviera dentro? Vino un OVNI y se lo llevó. Pero si eso lo sabe todo el mundo.

Los Ellos se tranquilizaron un poco. Los OVNI's eran su campo. Aunque tampoco sabían mucho de los OVNI's de la nueva era; escucharon cortésmente lo que Adán tenía que decir al respecto, pero en cierto modo a los OVNI's modernos les faltaba fuerza.

—Si yo fuera un extraterrestre —dijo Pepper, materializando la opinión de todos los demás—, no iría por ahí diciendo eso de la armonía cósmica mística. Diría —su voz se hizo tosca y nasal, como si surgiera de detrás de una diabólica máscara negra—, «Estohh de aquíhh eshh un rayo láserhh, o seah queh más valeh que hagas lo que te ordenehh, canallah rebeldehh».

Todos asintieron. Uno de sus juegos preferidos en la cantera estaba basado en una famosa serie de películas de láser, de robots y de una princesa que llevaba el pelo como unos auriculares estéreo™ (quedó claro sin una palabra que si alguien tenía que hacer el estúpido papel de princesa, no sería Pepper). Pero el juego solía acabar en pelea por quién iba a ponerse el cubo para carbón™ y volar los planetas. Adán era el mejor, cuando era el malo parecía que de verdad *podiera* hacer que explotase el

mundo entero. De todas maneras, los Ellos estaban por naturaleza del lado de los destructores de planetas, siempre y cuando se les dejara rescatar princesas al mismo tiempo.

—Supongo que antes sería así —repuso Adán—, pero ahora ya no. Tienen todos una luz brillante alrededor y van por ahí de buenos. Son como policías galácticos, que le dicen a todo el mundo que vivan en la armonía universal y todo eso.

Hubo un momento de silencio durante el cual ponderaron aquel desperdicio de OVNIs en perfecto estado.

—Yo lo que quiero saber —dijo Brian— es por qué les llaman OVNIs, si saben perfectamente que son platillos volantes. O sea, que son *Objetos Voladores Identificados*.

—Es porque el gobierno se lo calla todo —explicó Adán—. Siempre están aterrizando un montón de platillos volantes, pero el gobierno se lo calla.

—¿Por qué? —preguntó Wensleydale.

Adán dudó. Sus lecturas no le habían dado una explicación rápida para aquello; el *Nuevos Acuario* consideraba que el hecho de que el gobierno lo escondiera todo no era más que el fundamento de una creencia, tanto suya como de sus lectores.

—Pues porque es el gobierno —repuso Adán sin más—. Y los gobiernos siempre hacen igual. Hay un edificio súper grande en Londres que es donde guardan todo lo que no dicen. Y cuando el Primer Ministro se pone a trabajar por las mañanas, lo primero que hace es repasar la lista de todo lo que ha pasado esa noche y ponerle a todo el sello rojo ese.

—Seguro que primero se toma una taza de té, y lee el periódico —constató Wensleydale, que en una memorable ocasión, durante las vacaciones, había entrado por sorpresa en el despacho de su padre y se había hecho ciertas ideas—. Y hablan de lo que hicieron en la tele esa noche.

—Bueeeno, pues eeeso, pero después saca el libro ese y el sello.

—En el que pone «A callar» —dijo Pepper.

—Pone Alto Secreto —corrigió Adán, molesto por aquel intento de creatividad bipartita—. Es lo mismo que las centrales *nucliares*. Siempre están explotando y no se sabe por qué. Y es porque el gobierno se lo calla.

—No están siempre explotando —replicó severamente Wensleydale—. Mi padre dice que son súper seguras y que sirven para que no vivamos en un invernadero. Y además, hay un dibujo en mis cómics<sup>[27]</sup> y no pone nada de que exploten.

—Sí —repuso Brian—, pero tú me lo dejaste después y ya sé qué dibujo era.

Wensleydale vació y luego dijo con una voz cargada de paciencia mal fingida:

—Oye Brian, que sólo porque ponga Esquema Teórico...

La pelea, que nunca era demasiado seria en el seno de la hermandad de los Ellos, se calmó.

—Vale —continuó Adán. Se rascó la cabeza—. ¿Lo veis? Ya habéis hecho que se me olvide dónde estaba —se quejó.

—En lo de los platillos volantes —apuntó Brian.

—Ah, sí. Eso, que si alguien ve un OVNI, llegan unos hombres del gobierno y se las carga —dijo Adán, cogiendo el ritmo de nuevo—. Con coches negros grandes. En América están siempre igual.

Ellos asintieron sabiamente. Por lo menos de aquello o cabía duda. Para ellos, América era donde iban los que eran buenos cuando se morían. Estaban preparados para creer que cualquier cosa podía pasar en América.

—Seguro que provocan atascos —señaló Brian, estirándose una costra de la rodilla mugrienta. Se animó—. ¿Sabéis qué? —continuó—, mi prima dice que en América hay heladerías donde tienen treinta y nueve sabores de helados.

Aquello calló incluso a Adán, un instante.

—No existen treinta y nueve sabores de helado —replicó Pepper—. Pero es que ni en el mundo entero.

—Pues sí que existen si los mezclas... —repuso Wensleydale, parpadeando como un búho—. Mira, puede ser fresa y chocolate. Chocolate y vainilla —pensó en más sabores ingleses—. Fresa y vainilla y chocolate —añadió de un modo poco convincente.

—Y lo de Atlantis —dijo Adán en voz muy alta.

Había captado su interés. Les encantaba Atlantis. Las ciudades hundidas en el fondo del mar eran su tema preferido. Escucharon atentamente un embrollo de información acerca de las pirámides, de sacerdocios extraños y de secretos antiguos.

—¿Y fue de repente, o despacio?

—De repente y despacio —contestó Adán—, porque muchos se fueron en barcas a otros países y les enseñaron a todos matemáticas, inglés, historia y todo eso.

—Pues no sé qué tiene de chulo —opinó Pepper.

—Seguro que fue divertido cuando se hundió —dijo Brian con añoranza, acordándose de una vez en que el Bajo Tadfield se inundó. Debían de llevarles el periódico y la leche en barca, y seguro que nadie tenía que ir a clase.

—Si yo fuera un atlantisano, me habría quedado —afirmó Wensleydale. Aquello levantó risas desdeñosas, pero él insistió—. Sólo habría que ponerse un casco de submarinista, y ya está. Y cerrar todas las ventanas y llenar las casas de aire. Estaría guay.

Adán respondió aquello con la mirada gélida que guardaba para cualquiera de Ellos que diese con una idea en la que preferiría haber pensado él antes.

—Puede que lo hicieran —reconoció, con cierta debilidad— después de meter a los profesores en las barcas. A lo mejor pasó eso después de que se hundiera.

—No haría falta lavarse —dijo Brian, a quien sus padres obligaban a lavarse

mucho más de lo que él consideraba pudiera ser saludable. Y no es que fuera bueno. Había algo fundamentalmente pantanoso en Brian—. Porque todo estaría limpio. Y en el jardín se podrían plantar algas, y se podría disparar a los tiburones. Y tener pulpos de mascota, y cosas así. Y no habría colegios ni nada porque se habrían quedado sin profesores.

—A lo mejor todavía están allí —sugirió Pepper.

Pensaron en los atlantes, vestidos con túnicas místicas flotantes, con peceras y peces de colores, pasándoselo en grande en el fondo de las picadas aguas del océano.

—Jo —dijo Pepper, sumándose a la opinión general.

—¿Qué podemos hacer? —dijo Brian—. Ha salido el sol un poco.

Al final jugaron a Charles Fort Descubre Cosas. Consistía en que uno de Ellos caminara por allí con los restos ancestrales de un paraguas, mientras los demás le echaban una lluvia de ranas, o más bien, de rana. Sólo encontraron una en el estanque, y toleró su interés como el precio por un estanque sin pollas de agua ni lucios. Lo aguantó todo afablemente durante un rato, y luego se fue saltando a un escondrijo secreto, hasta entonces inexplorado, en una tubería.

Se fueron a casa a comer.

Adán estaba encantado con el trabajo de la mañana. Siempre supo que el mundo era un sitio interesante, y su imaginación lo había poblado de piratas, bandidos, espías, astronautas y demás. Pero también albergaba la fastidiosa sospecha de que, si uno pensaba en ello a fondo y en serio, sólo eran cuentos y no existían ya como tales.

Mientras que todo aquello de la Era de Acuario era verdad de verdad. Los mayores escribían sobre ello (el *Nuevos Acuario* estaba lleno de anuncios para ellos), sobre Bigfoots, hombres mariposa, yetis, monstruos marinos y pumas de Surrey que existían de verdad. Si Cortés, en la serranía del Darién, hubiera tenido los pies algo húmedos tras haber estado cazando ranas, se habría sentido exactamente como Adán en aquel momento.

El mundo era maravilloso y extraño, y él estaba en medio de él.

Engulló la comida y se retiró a su habitación. Aún le quedaban unos cuantos *Nuevos Acuario* por leer.



El chocolate era un espeso mejunje marrón que llenaba media taza.

Algunas personas se habían pasado siglos tratando de encontrar un significado a las profecías de Agnes la Chalada. Habían sido muy inteligentes, por lo general. Anatema Device, que estaba tan cerca de ser Agnes como permitía la genética, era la mejor de todas. Pero entre ellas no había ningún ángel.



Mucha gente, al conocer a Azirafel, se llevaba tres impresiones: que era inglés, que era inteligente, y que perdía más aceite que un coche de tercera mano. Dos eran falsas impresiones: el Cielo no está en Inglaterra, pensaran lo que pensaran ciertos poetas, y los ángeles no tienen sexo a menos que quieran hacer un esfuerzo tremendo. Pero era inteligente. Y poseía una inteligencia angelical que, sin ser especialmente más elevada que cualquier inteligencia humana, era mucho más amplia y tenía la ventaja de tener miles de años de experiencia.

Azirafel fue el primer ángel que tuvo un ordenador. Era uno barato, lento y plasticoso, promocionado como el ordenador ideal para pequeños empresarios. Azirafel lo usaba religiosamente para llevar la contabilidad, que era tan escrupulosamente exacta que las autoridades tributarias le habían investigado cinco veces con la profunda convicción de que en algún lugar escondía un asesinato.

Pero estos otros cálculos eran del tipo que ningún ordenador podía hacer. A veces garabateaba algo en una hoja de papel que tenía al lado. Estaba llena de símbolos que sólo otras ocho personas en el mundo podrían haber comprendido; dos de ellos habían ganado el premio Nobel, y uno de los seis restantes babeaba mucho y le tenían prohibido coger cualquier cosa afilada por miedo a lo que pudiera hacer con ella.



Anatema estaba comiendo sopa miso y estudiando minuciosamente sus mapas. No cabía duda de que el área que rodeaba Tadfield era rica en líneas de poder; incluso el famoso reverendo Watkins había identificado algunas. Pero a menos que estuviese completamente equivocada, estaban empezando a cambiar de posición.

Se había pasado la semana haciendo sondeos con el teodolito y el péndulo, y el mapa de medición de Tadfield estaba cubierto con pequeños guiones y flechas.

Se quedó unos momentos mirándolos detenidamente. Luego cogió un rotulador y, consultando su cuaderno a intervalos, empezó a unirlos.

Tenía puesta la radio. No estaba escuchando. De modo que muchas de las noticias principales le pasaban desapercibidas, y hasta que no oyó un par de palabras clave, no prestó atención.

Alguien llamado Interlocutor A estaba casi histérico.

—... peligro para los empleados y para el público —decía.

—¿Y exactamente cuánto material nuclear se ha perdido? —preguntó el entrevistador.

Se hizo el silencio.

—Nosotros no diríamos perdido —repuso el locutor—. Perdido no. Momentáneamente extraviado.

—¿Quiere decir que aún se halla en las instalaciones?

—No pensamos que se lo puedan haber llevado —contestó el portavoz.

—¿Creen que puede deberse a alguna actividad terrorista?

Hubo otra pausa. Entonces el portavoz, con tono de haber tenido bastante y de estar pensando en dimitir y en dedicarse a criar pollos, dijo:

—Sí, supongo que es lo más lógico. Ahora basta con encontrar unos terroristas capaces de retirar un reactor nuclear íntegro de su cuba mientras está en funcionamiento y sin que nadie se dé cuenta. Pesa mil toneladas y mide doce metros de alto. De modo que deben ser terroristas bastante fuertes, ¿no cree? Tal vez le gustaría llamarles y hacerles preguntas arrogantes y acusatorias de ésas que hace usted.

—Pero acaba de decir que la central sigue produciendo electricidad —jadeó el periodista.

—Y así es.

—¿Cómo es eso posible sin reactores?

Incluso por la radio se adivinaba la mueca furiosa del portavoz. Se adivinaba el bolígrafo, apoyado en la columna «Granjas en Venta» del diario avícola.

—No lo sabemos —repuso—; esperábamos que algún capullo listo de la BBC lo entendiera.

Anatema miró el mapa.

Lo que había trazado parecía una galaxia, o el tipo de grabado que se puede ver en la mejor clase de monolito céltico.

Las líneas de poder estaban cambiando. Estaban formando una espiral.

Estaba centrada —grosso modo, con algún margen de error, pero centrada— en el Bajo Tadfield.



Varios miles de kilómetros más lejos, casi al mismo tiempo que Anatema observaba las espirales, el crucero de placer *Morbilli* se encontraba encallado trescientas brazas mar adentro.

Para el Capitán Vincent, aquello no representaba más que otro problema. Por ejemplo, sabía que tendría que ponerse en contacto con los dueños, pero nunca sabía quiénes eran, de un día para otro o de una hora para otra, en este mundo computerizado.

Ése era el problema, los malditos ordenadores. Los papeles del barco estaban informatizados y podía cambiar la bandera de la forma más ventajosa en microsegundos. La navegación también estaba informatizada, y actualizaba su

posición constantemente mediante satélites. El Capitán Vincent les había explicado pacientemente a los dueños, fueran quienes fueran, que varios metros cuadrados de chapado de acero y un barril de remaches sería mejor inversión, y le informaron de que su recomendación no se ajustaba a los pronósticos del movimiento de costes y beneficios.

El Capitán Vincent albergaba la profunda sospecha de que, a pesar de toda la electrónica, el barco estaba más hundido que a flote, y que probablemente pasaría a la historia como el naufragio más rigurosamente preciso de la historia de la náutica.

Por deducción, significaba que él estaba también más muerto que vivo.

Se sentó en su escritorio hojeando tranquilamente el *Códigos marítimos internacionales*, cuyas seiscientas páginas contenían breves aunque jugosos mensajes destinados a transmitir noticias de todos los incidentes náuticos concebibles al mundo entero, con la menor confusión posible y, sobre todo, el menor coste.

Lo que quería decir era esto: Estaba yo navegando rumbo SSO en las coordenadas 33° N 47° 72' O. El primer oficial, que como recordaréis fue nombrado en Nueva Guinea contra mis deseos y es seguramente un cazador de cabezas, me indicó con señas que algo iba mal. Al parecer, una gran extensión de lecho marino se ha elevado durante la noche. Contiene un gran número de edificios, muchos de los cuales parecen tener una estructura piramidal. Estamos encallados en el patio de uno de ellos. Hay algunas estatuas bastante desagradables. Unos amables ancianos con largas túnicas y cascos de buzo se han subido al barco y están charlando alegremente con los pasajeros, que creen que es cosa de la organización. Pedirnos orientación.

Su dedo explorador se deslizó página abajo, y se detuvo. No había nada como el *Códigos internacionales*. Lo habían inventado hacía ochenta años, pero los hombres de aquella época tenían muy claro el tipo de peligros que posiblemente acecharían en alta mar.

Cogió el bolígrafo y escribió: «XXXV QV VX».

Que traducido, significaba: «Encontrado Perdido Continente de la Atlántida. Sumo Sacerdote ganado concurso juego de tejos».



—¡Es mentira!

—¡Es verdad!

—¡Sabes muy bien que no!

—¡Jo que no!

—Pues no, y si no, ¿qué pasa con los volcanes? —Wensleydale se recostó, con una expresión de triunfo en el rostro.

—¿Qué volcanes? —repuso Adán.

—La lava sale del centro de la Tierra, que está caliente —explicó Wensleydale—. Y lo vi en la tele, que salía Richard Attenborough, o sea que es verdad.

Los demás Ellos miraron a Adán. Era como ver un partido de tenis.

La teoría de la Tierra Hueca no tenía buena acogida en la cantera. Una idea seductora con la que habían coqueteado los más notables pensadores, como Cyrus Read Teed, Bulwer-Lytton y Adolf Hitler, se torcía peligrosamente con el viento de la lógica aplastante y miope de Wensley.

—No digo que esté hueca del todo —protestó Adán—. Nadie ha dicho eso. Lo que pasa es que habrá un hueco de un montón de kilómetros hacia abajo, para dejar sitio a la lava, al petróleo, al carbón y a los túneles tibetanos y todo eso. Pero luego está vacía. Eso es lo que cree la gente. Y en el Polo Norte hay un agujero para que entre el aire.

—Pues en los atlas no lo pone —lloriqueó Wensleydale.

—¿Qué te crees, que el gobierno va a dejar que lo pinten en los mapas para que todo el mundo vaya a verlo? —le espetó Adán—. Y además, la gente que vive allí no quiere que los demás se acerquen ahí a mirar.

—¿Qué son los túneles tibetanos? —preguntó Pepper—. Es lo que has dicho.

—Ah. ¿Y no os he dicho ya lo que son?

Tres cabezas negaron con un gesto.

—Pues es una pasada. ¿Sabéis lo que es el Tíbet?

Asintieron dubitativos. Una sucesión de imágenes les vino a la cabeza: yaks, el Everest, gente llamada Saltamontes, hombrecillos sentados en las montañas, más gente aprendiendo kung-fu en templos antiguos y nieve.

—Bueno, pues los profesores que se fueron de Atlantis cuando se hundió...

Asintieron de nuevo.

—Pues algunos se fueron al Tibet, y ahora gobiernan el mundo. Se llaman los Maestros Secretos. Supongo que porque eran profesores. Y tienen una ciudad subterránea que se llama Shambala, y túneles que van por todo el mundo, y así se enteran de todo lo que pasa y lo controlan todo. Algunas personas admiten que viven debajo del desierto de *Globi* —añadió orgulloso—, pero casi todas las autoridades competentes dicen que es el Tíbet y ya está. O sea que mejor para los túneles.

Instintivamente, los Ellos miraron el mugriento suelo de tiza que tenían debajo de los pies.

—¿Y cómo lo saben todo? —preguntó Pepper.

—Porque sólo tienen que escuchar —se arriesgó a decir Adán—. Se sientan en los túneles y escuchan y punto. Ya sabéis el oído que tienen los profesores, que oyen hasta un susurro en la otra punta de la clase.

—Mi abuela ponía un vaso en la pared —dijo Brian—. Decía que era un asco oír

todo el rato lo que decían los vecinos.

—¿Y esos túneles van a todas partes? —preguntó Pepper, sin quitar la vista del suelo.

—A todas las partes del mundo —repuso Adán muy convencido.

—Pues sí que tardarían en hacerlos —constató Pepper, dubitativa—. ¿Os acordáis de cuando cavamos el túnel en el campo, que nos pasamos toda la tarde, y si no nos agachábamos no cabíamos todos?

—Claro, pero ellos llevan miles de años con eso, y con tanto tiempo por delante se pueden hacer túneles súper chulos.

—Yo creía que a los tibetanos los conquistaron los chinos, y que el Dalai *Llama* tuvo que irse a la India —dijo Wensleydale, aunque no muy convencido. Wensleydale leía el periódico de su padre todas las tardes, pero la prosaica rutina parecía derretirse merced a la energía que despedían las explicaciones de Adán.

—Seguro que ahora están ahí abajo —afirmó Adán, ignorando aquello.

—Estarán todos ahí, sentados bajo tierra y escuchando.

Se miraron los unos a los otros.

—Si cavamos rápido... —propuso Brian. Pepper, que lo había visto venir, refunfuñó.

—¿Pero para qué lo dices? —le incriminó Adán—. Nosotros aquí intentando cogerles por sorpresa y tú vas y lo sueltas. ¡Yo pensando en cavar, y tú vas y les avisas!

—Pues mira, no creo que cavaran los túneles esos —insistió Wensleydale—. No tiene sentido. No es lógico. El Tíbet está a miles de kilómetros de aquí.

—Claro, claro, y a lo mejor tú sabes más de eso que Madame Blatvatatatsky, ¿no? —le espetó Adán, desdeñoso.

—Yo, si fuera un tibetano —continuó Wensleydale, con un tono de voz sensato—, cavaría hasta el hueco del centro y cruzaría lo de dentro y seguiría hasta donde quisiera, y punto.

Estudiaron aquello con el debido interés.

—Hombre, más lógico que los túneles sí que es —afirmó Pepper.

—Bueno, sí, puede que lo hagan —asintió Adán—. Lo normal es que se les ocurriera algo así de fácil.

Brian miraba distraído el cielo, mientras un dedo comprobaba el contenido de una oreja.

—Qué rollo, ¿no? —comentó—. Nos pasamos la vida yendo al cole y estudiando cosas, y nunca nos dicen nada del Triángulo de las Bermudas, ni de los OVNIs, ni de los Maestros esos antiguos que hay dentro de la Tierra. ¿Por qué nos hacen aprender cosas aburridas en vez de todas esas cosas tan geniales? Eso quiero saber yo.

Hubo un coro de asentimiento.

Entonces salieron y jugaron a Charles Fort y los Atlantisanos contra los Antiguos Maestros del Tíbet, pero los tibeteros declararon que usar antiguos rayos láser místicos era trampa.



Hubo un tiempo en que se respetaba a los cazadores de brujas, aunque no duró demasiado.

Matthew Hopkins, por ejemplo, el General Cazabrujas, cazó brujas por todo el este de Inglaterra en pleno siglo XVII cobrando en todas las ciudades y aldeas nueve peniques por bruja descubierta.

Ahí estaba el problema. A los cazadores de brujas no se les pagaba por horas. Cualquiera de ellos que se pasara una semana espionando a las viejas locales y le dijera después al alcalde «Muy bien, ni un solo sombrero puntiagudo entre ellas», recibiría efusivos agradecimientos, un tazón de sopa y un sentido adiós.

Así que, para que le compensara, Hopkins tenía que dar con un número considerable de brujas. De este modo se ganó la antipatía de los ayuntamientos, y acabó colgado por bruja a manos de un residente de East Anglia que se dio cuenta de que ahorraría en gastos generales si eliminaba al intermediario.

Muchos piensan que Hopkins fue el último General Cazabrujas.

Estrictamente hablando, estarían en lo correcto. No del modo en que imaginan, pero en fin. El ejército Cazabrujas siguió adelante, algo más tranquilo.

Ya no existe un verdadero General Cazabrujas.

Ni tampoco un Coronel Cazabrujas, ni un Comandante Cazabrujas, ni un Capitán Cazabrujas, ni siquiera un Lugarteniente Cazabrujas (el último se mató al caer de un árbol muy alto en Caterham, en 1933, cuando trataba de conseguir mejor vista de lo que creía era una orgía satánica de la más degenerada índole, pero que en realidad era la cena y baile anual de la Asociación de Comerciantes de Whyteleafe).

Pero no obstante, sí que hay un Sargento Cazabrujas.

Y hoy en día también hay un Soldado Raso Cazabrujas. Se llama Newton Pulsifer.

Le llamó la atención un anuncio del periódico situado entre el de una nevera en venta y una camada no exactamente de dálmatas.

ÚNASE AL EJÉRCITO PROFESIONAL. SE NECESITA AYUDANTE PARA COMBATIR LAS FUERZAS OSCURAS. SE OFRECE UNIFORME Y ENTRENAMIENTO BÁSICO. GRANDES POSIBILIDADES DE ASCENSO. ¡SEA UN HOMBRE!

En el descanso de la comida llamó al número que figuraba al pie del anuncio. Una mujer contestó.

—Hola —saludó vacilante—. He leído su anuncio.

—¿Cuál, encanto?

—Ehm... el del periódico.

—Vale, encanto. Madame Tracy Corre el Velo todas las tardes excepto los jueves. Organizamos fiestas. ¿Cuándo querrías Explorar los Misterios, corazón?

Newton dudó.

—El anuncio dice «únase al ejército profesional» —puntualizó—, no ponía nada de Madame Tracy.

—Entonces estás buscando al Señor Shadwell. Un segundito, voy a ver si está, ¿eh?

Después, cuando conoció a Madame Tracy, Newton se enteró de que si hubiera mencionado el otro anuncio, el de la revista, Madame Tracy habría estado disponible para dar disciplina estricta y masajes íntimos todas las noches excepto los jueves. Y aún había otro anuncio en alguna cabina telefónica. Cuando, mucho más tarde, Newton le preguntó de qué era éste, ella contestó: «Del jueves». Al final se oyeron pasos en los pasillos desnudos y una tos profunda; una voz del color de un viejo impermeable retumbó:

—Mande usted, caballero.

—He leído su anuncio. El de «únase al ejército profesional». Quería más información acerca de ello.

—Claro. Muchos quisieran saber más acerca de ello, y muchos... —la voz se fue desvaneciendo de un modo impresionante, y de pronto regresó a todo volumen— ... y muchos NO.

—Vaya —gimió Newton.

—¿Cómo te llaman, mozalbeta?

—Newton. Newton Pulsifer.

—¿LUCIFER? ¿Mande? ¿Acaso no serás vástago de las Tinieblas, persuasiva criatura de las profundidades, de lascivos miembros surgidos de la lujuria del Hades, esclavo torturado y salaz de tus amos estigios e infernales?

—No, Pulsifer —repuso Newton—. Con R No sé nada de lo otro, pero soy de Surrey.

La voz del teléfono parecía algo decepcionada.

—Ah. Bien. Entendido, Pulsifer. *Pulsifer*. ¿Puede ser que haya oído antes ese apellido?

—No lo sé —contestó Newton—. Mi tío tiene una tienda de juguetes en Hounslow —añadió, por si aquello servía de algo.

—¿En seriooo? —dijo Shadwell.

El Señor Shadwell tenía un acento ilocalizable. Recorría Gran Bretaña entera como si de un vuelo rutinario se tratase. A veces era un general galés loco muy estricto, otras era un anciano malhablado de High Kirk que acababa de ver a alguien haciendo algo en domingo, y otras veces, ni lo uno ni lo otro, sino un pastor de Daleland o un tacaño antipático de Somerset. Se inclinase adonde se inclinase el acento, no mejoraba con el cambio.

—¿Tienes el dentado completo?

—Sí. Excepto por los empastes.

—¿Estás sano?

—Supongo que sí —farfulló Newton—. Quiero decir, por eso quería unirme a los territoriales. Brian Potter, de Contabilidad, puede levantar casi cincuenta kilos desde que se alistó. Y desfiló delante de la Reina Madre.

—¿Y los pezones qué?

—¿Cómo?

—Los pezones, muchachuelo, los pezones —repitió la voz enojadamente—. ¿Cuántos pezones tienes?

—Ehm... dos, ¿no?

—Bien. ¿Tienes tijeras?

—¿Qué?

—¡Tijeras! ¡Tijeras! ¿Estás sordo o qué?

—No. Sí. O sea, tengo tijeras. No estoy sordo.



El chocolate estaba a punto de solidificarse. Dentro de la taza estaba creciendo un musgo verde.

Azirafel también tenía una fina capa de polvo encima.

Junto a él, las notas iban formando una pila. *Las Buenas y Ajustadas Profecías* eran una masa de puntos de libro improvisados, recortados del *Daily Telegraph*.

Azirafel se movió y se pellizcó la nariz.

Casi lo tenía.

Tenía la base.

No había conocido a Agnes. Estaba claro que era demasiado lista. Generalmente, el Cielo o el Infierno localizaban a los que podían llegar a profetas e insertaban en el mismo canal mental la confusión necesaria para evitar certezas indebidas. En realidad casi nunca era necesario; ellos mismos tenían formas de generar su propia estática en la autodefensa contra las imágenes que retumbaban en sus cabezas. El buen San Juan lo hacía con las setas, por ejemplo. La Madre Shipton con la cerveza. Nostradamus



con su colección de curiosas preparaciones orientales. San Malaquíás con su silencio.

El buen Malaquíás. Qué tipo tan afable era, allí sentado, soñando con papas futuros. Un borrachín, naturalmente. Podría haber sido un pensador de verdad, si no hubiera sido por el whisky.

Un final triste. A veces tenía uno que confiar de verdad en que el plan inefable se hubiera ideado correctamente.

Ideado. Tenía que hacer algo. Ah, sí. Telefonar a su contacto, aclarar las cosas.

Se levantó, se estiró y llamó por teléfono.

Y después pensó: ¿Por qué no? Por intentarlo que no quede.

Volvió sobre sus pasos y hojeó su fajo de notas. Agnes había sido muy exacta. Y muy lista. A nadie le interesaban las profecías ajustadas.

Con un papel en la mano, llamó a información telefónica.

—Hola, buenas tardes. Gracias. Sí. Es un número de Tadfield, creo. O del Bajo Tadfield... o quizás de Norton, no estoy seguro del código exacto. Sí. Young. Young de apellido. No sé el nombre, lo siento. Ah. ¿Y podría dármelos todos? Gracias.

Atrás, en la mesa, el lápiz se puso en pie y garabateó desafortunado.

Al tercer nombre se le rompió la punta.

—Ah —dijo Azirafel, hablando por piloto automático mientras le estallaba la cabeza—. Creo que es éste. Gracias. Muy amable. A usted.

Colgó casi con reverencia, respiró hondo un par de veces, y marcó otro número. Las últimas cifras le costaron más porque le temblaba la mano.

Escuchó el tono de llamada. Contestó una voz. Era una voz de mediana edad, no arisca pero seguramente habría estado echándose una siesta y no se sentía precisamente en la gloria.

Dijo:

—Tadfield seiscientos sesenta y seis.

La mano le empezó a temblar a Azirafel.

—¿Diga? —continuó el auricular—. ¿Diga?

Azirafel trató de calmarse.

—Perdón —se disculpó—, no me he equivocado.

Colgó el auricular.



Newton no estaba sordo. Y tenía tijeras.

Y también una enorme pila de periódicos.

Si hubiera sabido que la vida en el ejército consistía principalmente en aplicar las unas a los otros, solía musitar, jamás se habría enrolado.

El Sargento Cazabrujas Shadwell le había escrito una lista, que estaba pegada en la pared de su diminuto y rebosante piso de arriba del Quiosco de Prensa Videoclub Rajit. La lista decía:

1) Brujas

2) Fenómenos inexplicables. Fenómenos. Fenomenatrices. Fenomeneras.

Ya me entiendes, la clase de cosas que yo te quiero decir.

Newton tenía que buscar ambas. Suspiró y cogió otro periódico, miró la primera página por encima ignoró la segunda (ahí nunca salía nada) y se puso colorado al llevar a cabo el recuento de pezones de rigor. Shadwell le había insistido mucho en ello.

—No se puede confiar en ellas, anda si no son cabronas, las muy astutas —le advirtió—. Hasta podrían mostrarse ahí en público, como desafiándonos.

Dos tipos con suéteres negros de cuello alto miraban ceñudos a la cámara en la página nueve. Decían dirigir el aquelarre más grande de todo Saffron Walden, y poder devolver la potencia sexual mediante el uso de pequeñas muñecas muy fálicas. El periódico regalaba diez muñecas a los lectores que estuviesen preparados para escribir relatos sobre «El momento de impotencia más embarazoso de mi vida». Newton recortó el relato y lo metió en un álbum de recortes.

Se oyó un ruido amortiguado en la puerta.

Newton la abrió; era un paquete de periódicos.

—Quítate de en medio, soldado Pulsifer —ladró, y entró en la habitación arrastrando los pies. Los periódicos cayeron al suelo, descubriendo al Sargento Cazabrujas Shadwell, que tosió penosamente, y volvió a encender su cigarrillo, que se había apagado.

—Más te vale vigilarlo. Es uno de ellos —dijo.

—¿Quién, señor?

—Pues quién va a ser, muchacho. Pues ése. El tiparraco moreno, ese tal Rajit. Ya me dirás tú si no es sospechoso. Con su diosecillo ese amarillo del ojo de rubí. Y esas mujeres con demasiados brazos. Brujas todas, seguro.

—Pero nos da los periódicos gratis, Sargento —replicó Newton—. Y no están muy atrasados.

—Y vudú. Qué te juegas que hace vudú. Sacrifica pollos al Barón Sábado. Sí, el tipejo alto y siniestro con la chistera. Que trae gente de entre los muertos, sí, y les hace trabajar en el día del Sabbat. Vudú, sí señor —especuló Shadwell con desdén.

Newton trató de imaginarse al casero de Shadwell como un exponente del vudú. Era verdad que el Señor Rajit trabajaba en el Sabbat. A decir verdad, él y su tranquila mujer rechoncha, junto con los alegres niños rechonchos, trabajaban las veinticuatro

horas del día sin importar la fecha, supliendo diligentemente las necesidades de la zona en cuanto a refrescos, pan blanco, tabaco, caramelos, periódicos, revistas y el tipo de pornografía de estantería de arriba que hacía que a Newton se le saltaran las lágrimas sólo de pensarlo. Lo peor que se podía esperar que hiciera el Señor Rajit con un pollo era venderlo después de la fecha de caducidad.

—Pero el señor Rajit es de Bangladesh, o de la India, o algo así —repuso—. Yo pensaba que el vudú venía de las Antillas.

—Ajá —dijo el Sargento Cazabrujas Shadwell, y dio otra calada al cigarrillo. O eso pareció. En realidad Newton no había llegado a verle ningún cigarrillo a su jefe; tenía algo que ver con la forma en que ponía las manos. Incluso hacía desaparecer las colillas al terminar—. Ajá.

—¿Estoy en lo cierto?

—Sabiduría oculta, tolondrón. Secretos militares internos del Ejército Cazabrujas. Cuando te inicies de verdad, comprenderás la verdad secreta. Algunos vudús serán de las Antillas. Eso seguro, cierto. Vaya que sí. Pero los peores... los más malignos vienen de, ehm...

—¿Bangladesh?

—¡Errrrkh! Sí, hijo, eso es. Me has quitado la palabra de la boca. Bangladesh. Eso es.

Shadwell hizo desaparecer otra colilla y se las ingenió para liar furtivamente otro cigarrillo, sin dejar que se vieran ni los papeles ni el tabaco.

—Así que, ¿qué me traes, Soldado Cazabrujas?

—Bueno, he encontrado esto —Newton le tendió el recorte.

Shadwell lo miró de soslayo.

—Ah, éstos —dijo—. Son una mierda pinchada en un palo. Y se llaman a sí mismos brujos... Ya los investigué el año pasado. Fui con mi arsenal de la justicia y un paquete de pastillas de encendido, abrí la puerta con una palanca, y estaban más limpios que una patena. Están intentando crear un negocio de pedidos por correo de miel de abejas. Menuda bazofia. No reconocerían a un espíritu ni aunque les mordiera el trasero. Merluzos. Las cosas no son como antes, amigo.

Se sentó y se sirvió una taza de té dulce de un termo inmundo.

—¿Te he contado alguna vez cómo me reclutaron? —le preguntó.

Newton se lo tomó como una invitación para sentarse. Meneó la cabeza. Shadwell encendió el cigarrillo con un ajado encendedor Ronson, y tosió con aprobación.

—Mi compañero de celda, el Capitán Cazabrujas Folkes. Le cayeron diez años por incendiario. Quemó un aquelarre en Wimbledon. Los habría cogido a todos, si no se hubiera equivocado de día. Era un buen tipo. Me contó lo de la batalla, la gran batalla entre el Cielo y el Infierno... Fue él el que me contó los Secretos Internos del Ejército Cazabrujas. Lo de los espíritus. Lo de los pezones. Todo aquello... Y es que

sabía que se iba a morir, te das cuenta. Y tenía que encargar a alguien que siguiera con la tradición. Igual como tú ahora... —meneó la cabeza.

—Ya ves cómo hemos acabado, hijo —se lamentó—. Hace unos cuantos siglos éramos poderosos. Estábamos entre el mundo y las tinieblas. Éramos la delgada línea roja. La delgada línea roja de fuego, ¿te das cuenta?

—Yo pensaba que las iglesias... —empezó a decir Newton.

—¡Paparruchas! —exclamó Shadwell. Newton había visto aquella palabra escrita, pero era la primera vez que se la oía decir a alguien—. ¿Las iglesias? ¿Qué hicieron de bueno? Fue peor el remedio que la enfermedad. Era casi el mismo negocio pero al revés. A ver quién iba a creerse que acabarían con el Maligno; porque si hubieran acabado con él, negocio zanjado. Si uno va a abordar a un tigre, no le hacen ni puta gracia otros viajeros cuya idea de cazar sea echarles carne. No, hijo. Está en nuestras manos. Contra el lado oscuro.

Todo se quedó en silencio un instante.

Newton siempre trataba de ver lo mejor de cada uno, pero se le había ocurrido, poco después de entrar en el EC, que su superior y único compañero combatiente estaba tan equilibrado como una pirámide boca abajo. «Poco después» se entiende aquí como cinco segundos. El cuartel del EC era una fétida habitación con las paredes color nicotina, de lo que seguramente estaban recubiertas, y el suelo del color de la ceniza, que seguramente es lo que era. Había un pequeño rectángulo de moqueta. Newton intentaba evitarlo, porque se le pegaba a los zapatos.

En una de las paredes había un mapa amarillento de las Islas Británicas, con banderas caseras pegadas aquí y allá; la mayoría se hallaban a una distancia comprendida en la tarifa barata de ida y vuelta de Londres.

Pero Newton lo había aguantado las semanas anteriores porque, bueno, la fascinación horrorizada se había convertido en pena horrorizada y luego en una especie de afecto horrorizado. Shadwell resultó medir poco más de metro y medio y la ropa que llevaba, fuera lo que fuera en realidad, siempre quedaba grabada en la memoria a corto plazo como un viejo impermeable. Quizás tuvo alguna vez todos los dientes, pero únicamente porque nadie podría haberlos querido; sólo uno de ellos debajo de la almohada y el Ratoncito Pérez habría presentado la dimisión.

Shadwell parecía vivir sólo de té dulce, de leche condensada, cigarrillos de liar, y de una especie de energía interna resentida. Tenía una Causa, que perseguía con todas sus fuerzas y su carnet de pensionista. Creía en ella. Lo impulsaba como una turbina.

Newton Pulsifer no había creído en ninguna causa en toda su vida. De hecho, nunca había creído en nada, que él supiera. Y le resultaba incómodo, porque siempre había querido creer en algo, porque sabía que la fe era el cinturón de seguridad que protegía a la mayoría de la gente en las turbulentas aguas de la Vida. Le hubiera gustado creer en una divinidad suprema, aunque habría estado bien charlar con ella

unos minutos antes de comprometerse, para esclarecer un par de cuestiones. Había frecuentado todo tipo de iglesias, esperando ese haz de luz azul, pero jamás llegó. Y después intentó convertirse en ateo oficial y tampoco tenía una firmeza de fe lo bastante íntegra y satisfecha. Todos los partidos políticos le habían parecido igual de fraudulentos. Y abandonó la ecología cuando su revista de ecología presentó a los lectores un proyecto de jardín autosuficiente, en el que habían dibujado la cabra atada a menos de un metro de la colmena ecológica. Newton se había pasado muchos años en la granja de su abuela, y creía haber aprendido algo acerca de las costumbres de cabras y abejas, de modo que concluyó que la revista la dirigían un hatajo de maníacos. Además, empleaba demasiado la palabra «comunidad»; Newton siempre había sospechado que la gente que solía emplear esta palabra, lo hacía en un sentido muy específico que le excluía a él y a todos los que conocía.

Entonces trató de creer en el Universo, que parecía muy sólido, hasta que empezó a leer inocentemente nuevos libros con títulos que llevaban palabras como Caos, Tiempo y Quantum. Descubrió que hasta las personas que trabajaban, por así decirlo, en el Universo, en el fondo no creían en él y de hecho estaban muy orgullosas de no saber lo que era ni que teóricamente pudiera existir.

Para la honrada mente de Newton, aquello era intolerable.

Nunca creyó en los Juniors, ni tampoco, cuando se hizo más mayor, en los Scouts.

Estaba preparado para creer, no obstante, que el puesto de secretario en la United Holdings (Holdings) S.A. era posiblemente lo más aburrido del mundo.

Newton Pulsifer podía describirse así: un hombre que, si se metía en una cabina de teléfonos y se cambiaba, tal vez podría arreglárselas para salir con pinta de Clark Kent.

Pero descubrió que Shadwell le caía bastante bien. Como a todo el mundo, cosa que fastidiaba bastante al viejo. A los Rajit les caía bien porque pagaba el alquiler y no daba problemas, y era racista de un modo tan acérrimo y descentrado que resultaba bastante inofensivo; lo que ocurría era sencillamente que Shadwell odiaba a todo el mundo, sin importarle casta, color ni credo, y no pensaba hacer excepciones.

Madame Tracy le apreciaba. Newton se sorprendió al descubrir que la vecina era un alma maternal de mediana edad, a quien acudían los caballeros tanto para tomar una taza de té y charlar un rato como para recibir esa disciplina que ella exigía. A veces Shadwell, cuando se tomaba media pinta de cerveza el sábado por la noche, salía al pasillo que separaba sus pisos y gritaba cosas como «¡Fulana de Babilonia!», pero ella le dijo a Newton en privado que aquello le producía una gran satisfacción, aunque lo más cerca que había estado de Babilonia era Torremolinos. Era como publicidad gratuita, decía.

También decía que no le importaba que golpearla la pared y la insultara durante las sesiones de la tarde. Siempre había empleado las rodillas para engañar a sus

clientes, y ya no estaba para esos trotes, de modo que cuando no podía dar el golpeteo en la mesa, le venían muy bien aquellos golpes ahogados.

Los domingos le dejaba en la puerta algo de comer, tapado con otro plato para que no se enfriase.

Era imposible no sentir cariño por Shadwell, decía. Aunque, para lo que servía, igual podía estar tirando migas de pan a un agujero negro.

Newton se acordó de los otros recortes. Los empujó hacia el otro lado de la mesa manchada.

—¿Y esto qué es? —le preguntó Shadwell desconfiado.

—Fenómenos —repuso Newton—. Usted me mandó que buscara fenómenos. Hoy en día hay más fenómenos que brujas, me parece a mí.

—¿Alguien cazando liebres con perdigones de plata y al día siguiente una vieja bruja va coja? —sugirió Shadwell esperanzado.

—Me temo que no.

—¿Alguna vaca ha caído muerta después de que la mirase una mujer?

—No.

—¿Entonces qué? —inquirió Shadwell. Se fue lentamente al pegajoso armario marrón y sacó una lata de leche condensada.

—Cosas extrañas que ocurren —contestó Newton.

Se había pasado semanas en ello. A Shadwell se le habían amontonado los periódicos a base de bien. Algunos se remontaban a años atrás. Newton tenía bastante buena memoria porque en sus veintiséis años había pasado poca cosa para llenarla, y se había convertido en experto en varios temas esotéricos.

—Todos los días ocurre algo —explicó Newton, hojeando los rectángulos de papel de prensa—. Algo raro está pasando con las centrales nucleares, y nadie sabe qué. Y algunos dicen que el Continente Perdido de Atlantis ha resurgido —parecía orgulloso de sus esfuerzos.

El cortaplumas de Shadwell perforó la lata de leche condensada. Se oyó el lejano ruido de un teléfono. Los dos hombres lo ignoraron instintivamente. De todas formas, todas las llamadas eran para Madame Tracy y algunas no estaban pensadas para que las escuchara un hombre; Newton cogió el teléfono concienzudamente el primer día de trabajo, escuchó atentamente la pregunta, contestó «Pues mire, unos slips de Marks and Spencer 100% algodón», y le dejaron a solas con el auricular.

Shadwell succionó con fuerza.

—No son fenómenos de tomo y lomo —dijo—, no veo brujas por ningún lado. Eso son todo hundimientos y demás, ya me entiendes lo que te digo.

Newton abrió y cerró la boca unas cuantas veces.

—Hay que ponerse duros en la lucha contra las brujas, y no despistarse con tanta pamplina —continuó Shadwell—. ¿No has encontrado nada de brujas?

—Pero el ejército americano se ha desplazado hasta allí para protegerlo de ciertas cosas —protestó Newton—. Un continente perdido...

—¿Pero hay brujas ahí o no? —insistió Shadwell, mostrando por fin una chispa de interés.

—No lo pone —contestó Newton.

—Ah, entonces es política y geografía —repuso Shadwell con desdén.

Madame Tracy asomó la cabeza por la puerta.

—Yuuuju, Señor Shadwell —dijo, saludando con un breve gesto amistoso a Newton—. Un caballero llama preguntando por usted. Hola, señor Newton.

—¡Al infierno contigo, ramera! —gritó Shadwell automáticamente.

—Siempre tan refinado, este hombre —dijo Madame Tracy, haciendo caso omiso—. Este domingo traeré algo de hígado para cenar.

—Antes cenaría con el Diablo, mujer.

—Así que si me devuelven los platos de la semana pasada, me harían un favor. Ahí está mi chico —continuó Madame Tracy, y volvió a su piso tambaleándose sobre unos tacones de siete centímetros y medio para seguir con lo que estaba haciendo, fuera lo que fuese.

Newton miró desanimado sus recortes mientras Shadwell se dirigía al teléfono gruñendo. Había un artículo sobre las piedras de Stonehenge, que habían cambiado de posición como si fueran limaduras de hierro en un campo magnético.

Estaba algo pendiente de una parte de la conversación telefónica.

—¿Quién? Ah, sí. Sí. ¿Mande? ¿Qué hay que hacer? Sí. Lo que usted diga, jefe. ¿Me dice dónde es?

Pero las piedras que se movían misteriosamente no parecían ser santo de su devoción.

—Muy bien, muy bien —tranquilizó al caballero—. Nos pondremos en marcha inmediatamente. Enviaré a mi mejor patrulla y le informaré del éxito en cualquier momento, no se preocupe. Hasta pronto, señor. Y Dios le bendiga —se oyó el sonido del auricular al colgar, y luego la voz de Shadwell, que ya no estaba, metafóricamente, agazapada en la deferencia, diciendo:

—«¿Querido amigo?» ¡Del sur y encima bujarrón!<sup>[28]</sup>

Regresó al piso arrastrando los pies, y se quedó mirando a Newton como si hubiera olvidado por qué estaba allí.

—¿Qué me andabas diciendo? —preguntó.

—Que están pasando cosas muy raras y... —empezó a decir Newton.

—Ah, sí —Shadwell siguió observándolo mientras se daba con la lata vacía en los dientes, pensativo.

—También hay un pequeño pueblo donde el tiempo es muy raro desde hace años —continuó Newton en vano.

—¿Cómo raro? ¿Que llueven ranas, o algo así? —dijo Shadwell animándose un poco.

—No. Hace un tiempo normal para cada estación del año.

—¿Y a eso lo llamas tú un fenómeno? —le preguntó Shadwell—. Yo he presenciado fenómenos que te pondrían los pelos de punta, muchachuelo. —Empezó a darse golpecitos de nuevo.

—¿Cuándo ha visto usted un tiempo normal para cada estación? —repuso Newton, algo molesto—. No es normal que haga un tiempo normal en cada estación, Sargento. Les nieva en Navidad. ¿Cuándo fue la última vez que vio usted nevar en Navidad? ¿Y un agosto largo y caluroso? Pues ellos lo viven todos los años. Es el típico tiempo con el que sueñan los niños. Que no llueva el cinco de noviembre y que nieve en Navidad.

Los ojos de Shadwell parecían desenfocados. Se quedó quieto con la lata de leche condensada a medio camino hacia los labios.

—Yo no soñaba de chico —dijo con mucha calma.

Newton sabía que pisaba los alrededores de un pozo ciego profundo y desagradable. Se alejó mentalmente.

—Es que es muy extraño —continuó— Hay un hombre del tiempo que dice no sé qué de medias, normas y microclimas.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Shadwell.

—Significa que no sabe a qué se debe —contestó Newton, que no se había pasado años en el litoral de los negocios sin aprender alguna que otra cosa. Miró de soslayo al Sargento Cazabrujas.

—Se sabe que las brujas afectan al tiempo —apuntó—. Lo busqué en el *Descubrimientos*.

Dios mío, pensó, o cualquier otra entidad semejante, no dejes que me pase otra noche recortando periódicos en ese cenicero de habitación, haz que salga a respirar aire fresco. Haz que me dejen hacer el equivalente del EC de ir a Alemania a hacer esquí acuático, sea lo que sea.

—Sólo está a unos sesenta kilómetros —añadió tímidamente—. Pensaba acercarme mañana a echar un vistazo. Me pagaré yo la gasolina.

Shadwell se frotó el labio superior, meditabundo.

—Ese lugar —dijo—, no se llamará Tadfield, ¿verdad?

—Sí, Señor Shadwell —repuso Newton—, ¿cómo lo sabe?

—A qué estará jugando ese bujarrón... —farfulló Shadwell entre dientes—. Bueeeno —continuó en voz alta—. No veo por qué no.

—¿Quién más se me unirá, Sargento? —preguntó Newton.

Shadwell le ignoró.

—Sí. Supongo que no hay nada malo en ello. ¿Dices que te pagas la gasolina?



Newton asintió.

—Entonces vente mañana a las nueve de la mañana —le ordenó—. Antes de irte.

—¿Para qué? —preguntó Newton.

—Para recoger la armadura de la justicia.



Justo después de que Newton se marchara, volvió a sonar el teléfono. Esta vez era Crowley, que dio aproximadamente las mismas instrucciones que Azirafel. Shadwell las apuntó de nuevo por respetar el protocolo, mientras Madame Tracy acechaba encantada detrás suyo.

—Dos llamadas en un día, Señor Shadwell —dijo—. ¡Su pequeño ejército debe de estar yendo sobre ruedas!

—Pardiez, fuera de aquí, condenada furcia —masculló Shadwell, y le cerró la puerta en las narices. Tadfield, pensó. De acuerdo. Siempre que paguen a tiempo...

Ni Azirafel ni Crowley dirigían el Ejército Cazabrujas, pero ambos lo aprobaban, o al menos sabían que sus superiores lo aprobarían. De manera que figuraba en la lista de contactos de Azirafel porque era, bueno, un Ejército Cazabrujas, y había que apoyar a cualquiera que se llamara a sí mismo Cazabrujas, del mismo modo en que los Estados Unidos tenían que dar todo su apoyo a los que se decían anticomunistas. Y figuraba en la lista de Crowley por una razón algo más sofisticada: las personas como Shadwell no hacían ningún daño a la causa del Infierno. Más bien todo lo contrario, según se pensaba.

En el sentido estricto, Shadwell tampoco dirigía el EC. Según sus libros de contabilidad, el director era el General Cazabrujas Smith. Después de él figuraban los Coroneles Cazabrujas Green y Jones, y los Comandantes Cazabrujas Jackson, Robinson y Smith (no era pariente).

Luego estaban los Comandantes Sartén, Lata, Leche y Armario, porque la limitada imaginación de Shadwell empezaba a flaquear llegada a aquel punto. Y los Capitanes Cazabrujas Smith, Smith, Smith, Smythe e Ídem. Además había quinientos Soldados, Cabos y Sargentos Cazabrujas. Muchos de ellos se llamaban Smith, pero no importaba porque ni Crowley ni Azirafel se habían molestado en leerlo todo. Se limitaron a pasar el pago.

Después de todo, los dos salarios juntos sólo sumaban unas 60 libras al año.

Shadwell no consideraba aquello delictivo de ningún modo. El ejército era sagrado, y tenía que hacer algo. No le entraban los cuartos como antiguamente.

# Sábado

**E**ra sábado por la mañana, muy temprano; era el último día del mundo y el cielo estaba más rojo que la sangre.

El mensajero de International Express dobló una esquina a unos prudentes cincuenta kilómetros por hora, cambió a segunda y paró junto al arcén de hierba.

Salió de la furgoneta e inmediatamente se lanzó a la cuneta para evitar un camión que se le venía encima disparado a una velocidad que excedía con mucho el límite de ciento veinte kilómetros por hora.

Se levantó, recogió sus gafas, se las puso, recuperó el paquete y la carpeta, se sacudió la hierba y el polvo del uniforme y, como si se le acabara de ocurrir, sacudió el puño en dirección al camión que se alejaba a toda velocidad.

—¡Deberían estar prohibidos los malditos camiones! ¡No tienen ningún respeto por los usuarios de la carretera! Y es lo que siempre digo, siempre digo lo mismo, pensad que sin un coche, hijos, no sois más que peatones...

Trepó por la cuneta cubierta de hierba, se encaramó a una valla baja y vio que se hallaba junto al río Uck.

El mensajero de International Express caminó por la orilla del río, con el paquete bajo el brazo.

Ribera abajo se veía un hombre sentado, vestido de blanco. Tenía el cabello blanco, la tez blanca como la cera y, sentado, miraba el río a un lado y al otro, como admirando el paisaje. Tenía el mismo aspecto que los poetas románticos victorianos antes de que el consumo y abuso de drogas empezara a deteriorarlos.

El hombre de International Express no podía entenderlo. Es decir, en los viejos tiempos, y bien mirado tampoco hacía tanto, solían verse pescadores cada diez metros por toda la ribera; los niños jugaban allí, las parejas de enamorados iban a escuchar el murmullo y el borboteo del río, a cogerse las manos y a ponerse tiernos y acaramelados con el atardecer de Sussex. Él mismo lo hacía con Maud, su señora, antes de casarse. Iban allí a darse el lote y, en una memorable ocasión, un revolcón.

Cómo cambiaban los tiempos, pensó el mensajero.

Ahora unas esculturas blancas y marrones de espuma y sedimentos bajaban empujadas por la corriente, lamparones que cubrían cada uno varios metros de la superficie del río. Y las zonas visibles de agua estaban cubiertas de pequeñas partículas de manto petroquímico.

Se oyó el aleteo de dos gansos que, agradecidos de estar de vuelta en Inglaterra tras el largo y agotador viaje a través del Atlántico Norte, aterrizaron en el agua irisada, y se hundieron sin dejar rastro.

Cómo está el mundo, pensó el mensajero. El Uck, que siempre ha sido el río más bonito de esta parte del mundo, ahora no es más que una cloaca industrial con pretensiones. Los cisnes se hunden y los peces flotan en la superficie.

Pero en fin, así avanza la ciencia. No se puede parar el avance de la ciencia.

Había alcanzado al hombre de blanco.

—Disculpe, señor. ¿Se llama usted Yeso de apellido?

El hombre de blanco asintió, sin decir nada. Se puso de nuevo a mirar el río, siguiendo una impresionante escultura de espuma y residuos con la mirada.

—Cuánta belleza —susurró—. Es todo tan hermoso.

El mensajero se vio temporalmente desprovisto de palabras. Entonces sus sistemas automáticos tomaron el mando.

—Cómo está el mundo, fíjese, o sea, te pateas el mundo entero entregando paquetes y va y te mandan a tu propia casa prácticamente, quiero decir, señor, que yo me he criado aquí, y he estado en el Mediterráneo, y en Des O' Moines, que está en América, y ahora aquí estoy, y aquí está su paquete.

Yeso de apellido cogió el paquete, cogió la carpeta y firmó. El bolígrafo soltó una mancha y la firma se emborronó al instante. Era una palabra larga, que empezaba por P, luego tenía un manchurrón y acababa con algo que podía ser *encia* o *ución*.

—Pues muchas gracias —dijo el mensajero.

Regresó bordeando el río a la ajetreteada carretera donde había dejado la furgoneta, intentando no mirar el río al pasar.

Detrás suyo, el hombre de blanco abrió el paquete. Contenía una corona; un aro de metal blanco con diamantes incrustados. La miró detenidamente unos instantes, satisfecho, y se la puso. Relucía a la luz del sol naciente. Entonces el orín, que había empezado a bañar la superficie plateada al contacto de sus dedos, se extendió y la cubrió por completo; y la corona se puso negra.

Blanco se levantó. Lo que sí se puede decir a favor de la polución ambiental es que nos proporciona unos amaneceres asombrosos de verdad. Parecía que le hubiesen prendido fuego al cielo.

Y una cerilla descuidada habría incendiado el río, pero, qué se le iba a hacer, no había tiempo para aquello. Sabía inconscientemente dónde y cuándo se reunirían Los Cuatro, y tendría que darse mucha prisa para estar allí aquella misma tarde.

Tal vez sí que le prendamos fuego al cielo, pensó. Y dejó aquel lugar, casi imperceptiblemente.

Era casi la hora.

El mensajero había dejado la furgoneta en el arcén de hierba de la autovía. Rodeó el vehículo hasta la puerta del conductor (con cuidado porque otros coches y camiones seguían tomando la curva embalados), metió el brazo por la ventana y cogió la lista de entregas del salpicadero.

Sólo le quedaba por realizar una entrega.

Leyó las indicaciones del aviso de entrega atentamente.

Las volvió a leer, prestando especial atención a la dirección y al mensaje. La dirección eran dos palabras: Todas partes.

Entonces, con su bolígrafo soltando tinta, le escribió una nota a Maud, su mujer. Decía sencillamente Te quiero.

Volvió a dejar la lista en el salpicadero, miró a la izquierda, miró a la derecha, y empezó a atravesar muy resuelto la carretera. Cuando se encontraba a medio camino, un enorme camión alemán se acercó por la curva, el conductor enloquecido de cafeína, de pastillitas blancas y de normas de transporte de la CEE.

Se quedó observando aquella masa que se alejaba.

Caramba, pensó, un poco más y me aplasta.

Y entonces miró hacia abajo.

Vaya, pensó.

Sí, asintió una voz desde detrás de su hombro izquierdo, o al menos desde detrás del recuerdo de su hombro izquierdo.

El mensajero se volvió, echó un vistazo y lo vio. Al principio no daba con las palabras, no daba con nada, pero enseguida le venció la costumbre de una vida entera trabajando y dijo:

—Tengo un mensaje para usted, señor.

¿PARA MÍ?

—Sí, señor —deseó seguir teniendo garganta. Podría haber tragado saliva, sí la hubiera tenido aún—. Me temo que no es un paquete, Señor... ehm, señor. Es un mensaje.

ENTONCES DÍGAMELO.

—Es éste, señor. Ejem. Ven y verás.

POR FIN. Su rostro esbozaba una sonrisa, pero claro, con aquella cara, no podía esbozar otra cosa.

GRACIAS —continuó—. DEBO ELOGIAR SU DEVOCIÓN AL DEBER.

—¿Señor? —el difunto mensajero estaba cayendo a través de una neblina gris, y lo único que veía eran dos manchas azules, que tal vez fueran ojos, o tal vez estrellas lejanas.

NO PIENSE EN ELLO COMO MORIR, dijo Muerte, SINO TAN SÓLO COMO IRSE TEMPRANO PARA EVITAR EL ATASCO.

El mensajero tuvo un breve instante para preguntarse si aquel nuevo amigo estaba bromeando, y para decidir que no; y entonces todo desapareció.



Cielo rojo por la mañana. Iba a llover.

Sí.



El Sargento Cazabrujas Shadwell se retiró unos pasos y ladeó la cabeza.

—Bueno, pues ya está —dijo—. Listo. ¿Lo tienes todo?

—Sí, señor.

—¿El péndulo de los descubrimientos?

—El péndulo de los descubrimientos, sí.

—¿Empulgueras?

Newton tragó, y se palpó un bolsillo.

—Empulgueras —repuso.

—¿Pastillas de encendido?

—De verdad, Sargento, creo que...

—¿Pastillas de encendido?

—Pastillas de encendido<sup>[29]</sup> —contestó Newton tristemente—. Y cerillas.

—¿Campana, libro y vela?

Newton tocó otro bolsillo. Dentro llevaba una bolsa de papel con una campanita, de ésas que enloquecen a los periquitos, una vela rosa de tarta de cumpleaños y un librito diminuto titulado *Oraciones para pequeñas manos*. Shadwell le había insistido mucho en que, aunque el objetivo principal fueran las brujas, un buen Cazabrujas nunca dejaba pasar la oportunidad de hacer algún exorcismo rápido, y por eso debía llevar encima el equipo adecuado en todo momento.

—Campana, libro y vela —dijo Newton.

—¿Alfiler?

—Alfiler.

—Buen chico. No se te olvide nunca el alfiler. Es la bayoneta de tu artillería de fuego.

Shadwell se retiró unos pasos más. Newton se dio cuenta asombrado de que se le habían empañado los ojos al viejo.

—Ojalá pudiera ir contigo —dijo—. Lo más seguro es que no sea nada, pero me gustaría salir allá afuera y ponerme en marcha de nuevo. Hay que tener mucha paciencia, muchacho, para pasarse las horas tumbado entre las matas espiando sus diabólicos movimientos. Te cala hasta los huesos.

Se puso derecho y saludó.

—En marcha, Soldado Pulsifer. Que los ejércitos de la glorificación te acompañen.

Después de marcharse Newton, Shadwell pensó en algo, algo que hasta ahora no había podido hacer. Todo cuanto necesitaba era una chincheta. No tenía nada que ver con el uso militar de objetos punzantes en la caza de brujas; sencillamente una

chincheta de las que se ponen en los mapas.

El mapa estaba en la pared. Era viejo. No incluía Milton Keynes, ni Harlow. Apenas mostraba Manchester y Birmingham. Era el mapa del cuartel del ejército desde hacía trescientos años. Y aún tenía algunas chinchetas, principalmente en Yorkshire, en Lancashire y alguna que otra en Essex, pero estaban bastante oxidadas. Por el resto del mapa, unas meras marcas marrones indicaban el lejano objetivo de un cazador de brujas de hacía mucho tiempo.

Shadwell consiguió encontrar una chincheta entre los desperdicios del cenicero. Le sopló, le sacó brillo, estudió el mapa hasta que dio con Tadfield, y clavó la chincheta triunfalmente.

Relucía.

Shadwell dio un paso atrás, y saludó de nuevo. Tenía lágrimas en los ojos.

Entonces se dio la vuelta elegantemente y saludó a la vitrina. Estaba vieja y estropeada, y tenía el cristal roto, pero de alguna manera *era* el EC. Guardaba en su interior la plata del Regimiento (el Trofeo de Golf Interbatallones, que no se jugaba, desgraciadamente, desde hacía setenta años); el rifle de carga con escobilla del Coronel Cazabrujas No Comerás Cosas Vivas con Sangre ni Pronunciarás Hechizos ni Observarás el Tiempo Dalrymple; un juego de lo que aparentemente eran nueces, pero que en realidad eran una colección de cabezas encogidas obra de un cazador de cabezas, donación del Cazabrujas Sargento Primero Horacio «Cógelas antes de que te Cojan» Narker, que había viajado por los lugares más recónditos; y otros recuerdos.

Shadwell se sonó ruidosamente la nariz en la manga.

Después abrió una lata de leche condensada para desayunar.



Si los ejércitos de glorificación hubieran tratado de marchar junto a Newton, se habrían ido cayendo a trozos. Y la razón es que, salvo por Newton y Shadwell, habían muerto hacía mucho tiempo.

Era un error pensar que Shadwell (Newton no logró averiguar si tenía algún nombre) era un loco solitario.

Lo que pasaba era que todos los demás estaban muertos, y la mayoría hacía varios siglos. Hubo un tiempo en que el Ejército era tan numeroso como decía el creativo cuaderno de contabilidad de Shadwell. Newton se quedó asombrado al comprobar que el Ejército Cazabrujas tenía tantos y tan sangrientos antecedentes como su contrapartida algo más mundana.

Oliver Cromwell fue el último en ajustar las tarifas de los cazadores de brujas, y desde entonces no se habían revisado. Los oficiales cobraban una corona, y el

General un soberano. Eran sólo gajes de honor, naturalmente, porque se cobraba a nueve peniques la bruja, con preferencia para quedarse sus posesiones.

Esos nueve peniques eran de verdad indispensables. De modo que corrían tiempos difíciles desde que Shadwell se pasó a la plantilla del Cielo y del Infierno.

Newton cobraba un salario anual de un viejo chelín<sup>[30]</sup>.

A cambio de lo cual tenía que llevar encima en todo momento cirio, mecha, teas, una caja de yesca o fósforos, aunque Shadwell le indicó que un encendedor también serviría. Shadwell aceptaba la invención del encendedor de cigarrillos del mismo modo en que los soldados convencionales acogían el rifle de repetición.

Newton lo veía como pertenecer a una de esas organizaciones como el Nudo Sellado o ser una de esas personas que se empeñaban en seguir librando la guerra civil americana. Era una excusa para salir los fines de semana, y además contribuía a mantener vivas las entrañables tradiciones que hicieron de la civilización occidental lo que es hoy.



Una hora después de abandonar el cuartel, Newton se detuvo en un área de reposo y se puso a hurgar en el asiento del pasajero.

Abrió la ventanilla con unos alicates, puesto que la manivela se había caído hacía tiempo.

El paquete de pastillas de encendido salió volando por encima del seto. Poco después le siguieron las empulgueras.

Analizó todo lo que quedaba, y lo metió de nuevo en la bolsa. El alfiler era un recurso militar Cazabrujas, con su cabeza de ébano como un alfiler de pelo de señora.

Sabía para qué servía. Con todo lo que había leído... Shadwell le había presentado una pila de folletos el día en que se conocieron, pero el Ejército tenía acumulados varios libros y documentos que valdrían una fortuna, sospechaba Newton, si llegasen a venderse.

El alfiler era para pinchar a los sospechosos. Si en alguna parte del cuerpo no sentían nada, eran brujas. Fácil. Algunos Cazabrujas fraudulentos utilizaban alfileres retráctiles especiales, pero aquel era de un acero sólido y honrado. No podría volver a mirar al viejo Shadwell a la cara después de tirarlo. Además, seguro que traía mala suerte.

Puso el motor en marcha y siguió con su viaje.

El coche de Newton era un Wasabi. Él lo llamaba Dick Turpin con la esperanza de que algún día alguien le preguntase por qué.

Hubo un historiador muy preciso que supo señalar el día exacto en que los



japoneses pasaron de ser autómatas endiablados que se lo copiaban todo a Occidente, a ser ingenieros capacitados e ingeniosos que dejaban atrás a Occidente. Pero el Wasabi fue diseñado en un día de confusión, y combinaba los contras tradicionales de la mayoría de los coches occidentales con multitud de desastres innovadores, evitando los cuales empresas como Honda y Toyota se convirtieron en lo que son hoy en día.

Newton nunca había visto otro igual por la calle, a pesar de lo mucho que se esforzó. Durante años, y sin demasiada convicción, se mostró entusiasmado ante sus amigos con lo económico que era y con su gran rendimiento, esperando angustiado que alguien se comprase uno, porque mal de muchos, consuelo de todos.

Destacó en vano el motor de 823 cc., la caja de cambios de tres marchas, los increíbles artefactos de seguridad como esos globos que se hinchaban en situaciones peligrosas, por ejemplo al circular a 40 por una calle recta y seca y estar a punto de chocar porque un globo blanco de seguridad acaba de anular tu visibilidad. También se deshizo en elogios hablando de la radio hecha en Corea, que cogía Radio Pyongyang estupendamente, y de la voz electrónica que llamaba la atención por no llevar el cinturón de seguridad incluso cuando sí que lo llevaba uno puesto; lo había programado alguien que no entendía inglés, ni japonés tampoco. Decía que era el último grito en el sector.

El sector en este caso debía de ser la alfarería.

Sus amigos asentían y se mostraban de acuerdo, y en privado decidieron que si alguna vez tenían que elegir entre comprar un Wasabi y caminar, invertirían en un par de zapatos; venía a ser lo mismo de todas formas, porque una de las razones por que el Wasabi consumía tan poco era que se pasaba mucho tiempo esperando en los talleres mientras los cigüeñales y demás les eran remitidos por el único representante de Wasabi que quedaba vivo, en Nigirizushi, Japón.

En ese trance distraído, tipo zen, en el que conduce la mayoría de la gente, Newton se estaba preguntando cómo se usaba el alfiler exactamente. ¿Tendría que decir «Tengo un alfiler y no me da miedo usarlo»? *Por un puñado de alfileres... El Alfilerero... El hombre del alfiler de oro... Los alfileres de Navarone...*

Tal vez le habría interesado a Newton saber que, de las treinta y nueve mil mujeres sometidas a la prueba del alfiler durante los siglos de caza de brujas, veintinueve mil dijeron «ay», nueve mil novecientos noventa y nueve no sintieron nada debido a que los alfileres eran los retráctiles anteriormente mencionados, y una bruja declaró que le había curado milagrosamente la artritis de la pierna.

Se llamaba Agnes la Chalada.

Fue el gran fracaso del Ejército Cazabrujas.



Uno de los primeros fragmentos de *Las Buenas y Ajustadas Profecías de Agnes la Chalada* trataba de la muerte de ésta.

Los ingleses, por ser una raza burda e indolente, no estaban tan entusiasmados con quemar a las mujeres como otros pueblos de Europa. En Alemania se erigían y quemaban hogueras regularmente con una rigurosidad teutónica. Incluso los piadosos escoceses, enzarzados a lo largo de la historia en una prolongada batalla con sus archienemigos los escoceses, se las ingenieron para montar algún incendio y entretenerse en las largas tardes de invierno. Pero los ingleses no acababan de animarse.

Una razón pudo ser la forma en que murió Agnes la Chalada, que más o menos marcó el fin de la demencial persecución de brujas en Inglaterra. Una muchedumbre desenfadada, reducida a la ira absoluta por la costumbre que tenía Agnes de andar curando a los demás y de ser inteligente, llegó a su casa una tarde de abril y la encontró sentada con el abrigo puesto, esperando.

—Llegades tarde —les dijo—. En la foguera debiera ser ha dieç minutos.

Entonces se levantó y, cojeando lentamente, salió de la casa por entre la muchedumbre de pronto silenciosa, y se dirigió a la hoguera que habían amontonado apresuradamente en el parque de la aldea. La leyenda dice que trepó dificultosamente a la pira y rodeó con los brazos el palo que tenía a su espalda.

—Atadme bien —ordenó al asombrado cazador de brujas. Y entonces, mientras los aldeanos se acercaban furtivamente a la pira, alzó su apuesta cabeza a la luz de la lumbre y dijo—: Açercaos todos bien, buenas gentes. Açercaos fasta que el fuego vos abraze los rostros, ça vos ordeno que veáredes cómmo muere la última bruxa de Ynglaterra. Ca bruxa so, y por bruxa van me juçgar, mas non conoçco el mi verdadero crimen. Et assí, dexad que la mi muerte sea mençaje por doquier. Açercaos todos bien, digo, e non olvidedes el destino d'aquellos que se meçclan en las cosas que non entienden.

Se dice que después sonrió y miró al cielo por encima de la aldea y añadió:

—Et aquesto vos atanye también, viejo bobo neçio.

Y tras aquella extraña blasfemia, no dijo nada más. Les dejó amordazarla y se mantuvo en pie imperiosamente mientras aplicaban las antorchas a la madera seca.

La muchedumbre se acercó, y algunos se mostraban indecisos acerca de si hacían bien o mal, ahora que lo pensaban.

Treinta segundos después, una explosión voló el parque de la aldea, arrasó todo ser vivo del valle y se vio incluso desde Halifax.

Posteriormente hubo una gran polémica acerca de si el responsable de aquello fue

Dios o Satán, pero una nota que hallaron en casa de Agnes la Chalada indicaba que cualquier intervención divina o diabólica había recibido el apoyo material de las sayas de Agnes, donde había escondido, previsora, ochenta libras de pólvora y cuarenta de clavos de techar.

Agnes también dejó, en la mesa de la cocina, junto a una nota para cancelar el lechero, una caja y un libro. Había instrucciones específicas acerca de qué hacer con aquella caja e instrucciones igualmente específicas acerca de qué hacer con el libro; debía ser enviado al hijo de Agnes, John Device.

Los que lo encontraron —aldeanos del pueblo vecino a quienes la explosión despertó— pensaron en ignorar aquellas indicaciones y quemar la casa sencillamente, pero vieron las llamas y los escombros y decidieron que no. Además, la nota de Agnes incluía predicciones dolorosamente precisas acerca de qué ocurriría a aquellos que no acataran sus órdenes.

El hombre que condenó a la hoguera a Agnes la Chalada era un Comandante Cazabrujas. Encontraron su sombrero en un árbol a tres kilómetros de allí.

Su nombre, bordado en un trozo de cinta bastante grande, era No Cometerás Adulterio Pulsifer; era uno de los buscadores de brujas más asiduos de Inglaterra, y tal vez le hubiera dado cierta satisfacción saber que el último de sus descendientes acababa de salir, aunque sin saberlo, al encuentro de la última descendiente de Agnes la Chalada. Quizás hubiera presentido que la sed de alguna antigua venganza se iba a aplacar por fin.

De haber sabido lo que iba a ocurrir de verdad el día en que los descendientes se conocieran, se habría retorcido en la tumba; claro que jamás la tuvo.

**E**n primer lugar, no obstante, Newton tenía que hacer algo con el platillo volante.

Aterrizó en la carretera delante de él justo cuando buscaba la salida para el Bajo Tadfield y tenía el mapa abierto encima del volante. Tuvo que frenar en seco.

Tenía el mismo aspecto que todos los platillos volantes de dibujos animados que Newton había visto.

Mientras miraba por encima del mapa, se abrió una compuerta deslizándose con un satisfactorio zumbido, dejando paso a una pasarela que se extendió automáticamente hasta la calzada. De dentro salía una luz azul brillante, que contorneaba las siluetas de los tres extraterrestres. Bajaron por la rampa. Bueno, dos de ellos bajaron. El que parecía un pimiento patinó hasta abajo y al llegar se cayó.

Los otros dos ignoraron sus pitidos frenéticos y se acercaron al coche despacio, con la actitud internacionalmente aprobada de unos policías que van rellenando mentalmente una multa. El más alto, un sapo amarillo vestido con papel de aluminio, dio unos golpes en la ventanilla de Newton. Éste la bajó. La cosa llevaba el tipo de gafas de sol con cristales de espejo que a Newton siempre le recordaban a la leyenda del indomable.

—Buenas, señor, señora o neutro —dijo—. Éste su planeta, ¿verdad?

El otro extraterrestre, achaparrado y verde, se había alejado hacia el bosque que había junto a la carretera. Por el rabillo del ojo, Newton le vio dar un puntapié a un árbol, y pasar luego una hoja por un complicado artilugio de su cinturón. No parecía muy contento.

—Sí, supongo —repuso.

El sapo miró al horizonte, meditabundo.

—Son muchos años ya, ¿eh? —dijo.

—Ehm, personalmente no. O sea, como especie, alrededor de medio millón de años. Creo.

El extraterrestre intercambió un par de miradas con su colega.

—Dejando que se acumule la lluvia ácida, por lo que veo —continuó—. ¿No nos hemos pasado un poco con los hidrocarburos?

—¿Perdón?

—¿Me dice el albedo de su planeta, señor? —dijo el sapo, sin dejar de observar el horizonte como si ocurriera allí algo interesante.

—Mmh, no lo sé.

—Pues lo siento, señor, pero tengo que decirle que el tamaño de sus círculos polares está por debajo de la norma para un planeta de esta categoría, señor.

—Cielos —contestó Newton. Se preguntó a quién se lo podría contar, y comprendió que nadie en absoluto le creería.

El sapo se inclinó más hacia él. Parecía estar preocupado por algo, dentro de lo que Newton podía deducir de las expresiones de una raza extraterrestre con la que

jamás se había topado.

—Esta vez lo pasaremos por alto, señor.

Newton habló nervioso.

—Ehm, vale, me ocuparé de ello, bueno, yo no, quiero decir que la Antártida o lo que sea pertenece a todos los países o algo así, y...

—La verdad es, señor, que nos han pedido que le transmitamos un mensaje.

—¿Sí?

—El mensaje dice: «Le transmitimos un mensaje de paz universal, armonía cósmica y demás». Fin del mensaje —informó el sapo.

—Vaya —Newton le dio vueltas a aquello en la cabeza—. Qué amable.

—¿Tiene usted idea de por qué nos han pedido que le traigamos este mensaje? —le preguntó el sapo.

A Newton se le iluminó el rostro.

—Bueno, supongo que —se agitó—, con el... aprovechamiento ehm... humano del átomo y...

—Nosotros tampoco, señor —el sapo se puso en pie—. Supongo que será uno de esos fenómenos. Bueno, será mejor que nos vayamos—. Meneó la cabeza ligeramente, se volvió y echó a andar como un pato hacia el platillo sin decir una palabra más.

Newton sacó la cabeza por la ventana.

—¡Gracias!

El extraterrestre pequeño pasó junto al coche.

—CO<sub>2</sub> a 0,5 por ciento —bramó, lanzándole una mirada significativa. —Supongo que ya sabe que podrían verse condenados a ser una especie dominante bajo la influencia de un consumismo compulsivo, ¿verdad?

Los dos enderezaron al otro extraterrestre, lo arrastraron rampa arriba y cerraron la compuerta.

Newton esperó un poco, por si acaso pudiera ver un despegue espectacular, pero la nave se quedó allí. Al final, se puso en marcha por el arcén y la rodeó. Cuando miró por el retrovisor, ya no estaba.

Creo que se me escapa algo, pensó sintiéndose culpable. ¿Pero el qué?

Y ni siquiera se lo puedo contar a Shadwell, porque seguro que me echaría la bronca por no contarles los pezones.



—De todas formas —dijo Adán—, no habéis entendido nada de las brujas.

Los Ellos estaban sentados en una verja, mirando a Perro revolcarse en las

boñigas. El pequeño chucho parecía estar pasándoselo en grande.

—Yo he leído cosas sobre ellas —continuó alzando un poco la voz—. De hecho, siempre han sido buenas y está mal perseguirlas con Inquisiciones Británicas y cosas de esas.

—Mi madre dice que sólo eran mujeres inteligentes que protestaban de la única forma que podían por las injusticias de una jerarquía social dominada por los hombres —alegó Pepper.

La madre de Pepper daba clases en el Politécnico de Norton<sup>[31]</sup>.

—Sí, pero tu madre siempre está diciendo cosas así —repuso Adán, al cabo de un rato.

Pepper asintió afablemente.

—Y dice que como mucho eran librepensadoras que adoraban el principio progenerativo.

—¿Qué es el principio proge... progenativo? —preguntó Wensleydale.

—Yo qué sé. Algo de mayo, creo —contestó Pepper vagamente.

—Pues yo creía que adoraban al Demonio —dijo Brian, pero sin condena automática. Los Ellos se mostraban abiertos respecto al tema de adorar al Diablo. Se mostraban abiertos respecto a todo. —Además, el Demonio molaría más que una birra de mayo.

—Eso es lo que está mal —dijo Adán—. No es el Demonio. Es otro dios o algo de eso. Tiene cuernos.

—Pues eso, el Demonio —replicó Brian.

—Que no —dijo Adán pacientemente—. Lo que pasa es que la gente los confunde. Sólo se parecen en los cuernos. Se llama Pan. Es mitad cabra.

—¿Qué mitad? —inquirió Wensleydale.

Adán se lo pensó.

—La de abajo —contestó al cabo de un rato—. Mira que no saber eso. Si todo el mundo lo sabe.

—Las cabras no tienen parte de abajo —repuso Wensleydale—. Tienen parte delantera y parte trasera. Como las vacas.

Se quedaron mirando a Perro otra vez, golpeando la verja con los talones. Hacía demasiado calor para pensar.

Entonces Pepper dijo:

—Si tiene patas de cabra, no puede tener cuernos. Son de delante.

—Oye, que no lo he inventado yo, ¿vale? —saltó Adán, ofendido, Yo sólo os lo estaba contando. Ahora me entero de que me lo he inventado yo. No hace falta que la toméis conmigo, jo.

—Pero de todas formas —continuó Pepper—, el *Pon* ese que no se queje de que la gente crea que él es el Demonio. Porque con los cuernos... es que la gente no

puede pensar otra cosa más que mira, ése es el Demonio.

Perro empezó a hurgar en una madriguera.

Adán, que parecía tener algún peso encima, respiró hondo.

—No hay que tomárselo todo tan al pie de la letra —explicó—. Es el problema últimamente. Un materialismo *fragante*. La gente como vosotros es la que tala las selvas tropicales y hace agujeros en la capa de ozono. Hay un pedazo de agujero en la capa de ozono por culpa de la gente del materialismo fragante como vosotros.

—Yo no puedo hacer nada, ¿vale? —saltó Brian automáticamente—. A mí no me lo digas, que no tengo la culpa.

—Lo pone en la revista —dijo Adán—. Hacen falta miles de acres de selva tropical para hacer una hamburguesa. Y todo el ozono se está derritiendo porque... —vaciló—, porque no paramos de fumigar el medio ambiente.

—¿Y las ballenas qué? —apuntó Wensleydale—. Tenemos que salvarlas.

Adán estaba perplejo. En su amasijo de *Nuevos Acuario* atrasados no venía nada sobre las ballenas. Los editores daban por sentado que sus lectores estaban a favor de las ballenas del mismo modo en que daban por sentado que respiraban y que caminaban derechos.

—Lo vi en un programa sobre eso —explicó Wensleydale.

—¿Y por qué tenemos que salvarlas? —preguntó Adán. Adán no acababa de ver claro cómo se salvaba a una ballena si no estaba en una situación de peligro tangible.

Wensleydale se quedó en silencio y escarbó en su memoria.

—Porque cantan. Y porque son muy inteligentes, y es que casi no quedan. Además, no hace falta matarlas porque sólo hacen comida para animales y todo eso.

—Y si son tan inteligentes —razonó Brian, despacio—, ¿qué hacen en el mar?

—Pues... yo qué sé —repuso Adán, pensativo—, bucear por ahí todo el rato, abrir la boca y comer... a mí me parece bastante inteligente...

Un chirrido de frenos y un crujido prolongado le interrumpieron. Se bajaron de la verja y remontaron el camino hasta el cruce, donde vieron un pequeño coche del revés al final de las largas marcas de las ruedas.

Un poco más allá en la calzada había un agujero. Parecía que el coche hubiera intentado esquivarlo. Al acercarse a mirar, una pequeña cabeza de aspecto oriental se esfumó.

Los Ellos abrieron la portezuela del coche y sacaron a Newton inconsciente. La cabeza de Adán se llenó de visiones de medallas por el heroico rescate. Por la de Wensleydale desfilaban consideraciones prácticas de primeros auxilios.

—No hay que moverlo —señaló— Por si se ha roto algún hueso. Es mejor que llamemos a alguien.

Adán miró en derredor. Se divisaba un tejado entre los árboles, al final de la calle. Era Villa Jazmín.

Y en Villa Jazmín, Anatema Device estaba sentada ante una mesa con tiritas, aspirinas y complementos variados de primeros auxilios que llevaban allí expuestos una hora entera.



Anatema había estado contemplando el reloj, pensando que llegaría en cualquier momento.

Y después, cuando llegó, no era lo que ella esperaba. Mejor dicho, no era lo que ella hubiera deseado que fuese.

Ella esperaba, bastante conscientemente, a un tipo alto, moreno y guapo.

Newton era alto, pero con una silueta larguirucha. Y aunque tenía el pelo indudablemente oscuro, no era ningún tipo de accesorio de moda; no era más que un montón de mechones finos y negros que le crecían en la cabeza. Pero Newton no tenía la culpa; en sus tiempos mozos, iba a la peluquería cada dos meses con una foto cuidadosamente arrancada de alguna revista, en la que se veía a un tipo con un corte de pelo de mucho estilo sonriendo a la cámara. Le enseñaba la foto al peluquero, y le pedía que le diera aquel aspecto, por favor. Y el peluquero, que sabía lo que hacía, le echaba un vistazo y luego le cortaba el pelo a Newton corto por detrás y por los lados, que era un corte multiuso. Después de un año así, Newton comprendió que obviamente su cara no se llevaba bien con los cortes de pelo. Lo máximo que Newton Pulsifer podía esperar de un corte de pelo era tener el pelo más corto.

Y lo mismo pasaba con los trajes. Aún no se había inventado la indumentaria que le diera un aspecto fino y sofisticado, y cómodo. Hacía algún tiempo que había aprendido a conformarse con cualquier cosa que le protegiera de la lluvia y que tuviera sitio para guardar la calderilla.

Y no era guapo. Ni siquiera cuando se quitaba las gafas<sup>[32]</sup>. Y Anatema descubrió, cuando le quitó los zapatos para tumbarlo en la cama, que llevaba calcetines muy curiosos: uno azul, con un agujero en el talón, y otro gris, con agujeros alrededor de los dedos.

Supongo que debería invadirme una ola de cariño y ternura y sentir *lo que sea* femenino, pensó. Sólo quisiera que se los lavara.

De modo que... alto, moreno, pero guapo no. Se encogió de hombros. Bueno. Dos de tres, no está mal.

La silueta de la cama empezó a moverse. Y Anatema, que en la naturaleza misma de las cosas siempre miraba al futuro, suprimió su decepción y dijo:

—¿Cómo te encuentras?

Newton abrió los ojos.



Estaba acostado en una habitación, y no era la suya. Se dio cuenta enseguida por el techo. En su cuarto aún colgaban del techo las maquetas de aviones. Nunca se animaba a quitarlas.

En el techo sólo había escayola resquebrajada. Newton nunca había estado en la habitación de una mujer, pero dedujo fácilmente que lo era por la combinación de olores suaves. Percibía un toque de talco y lirio de los valles, y no la fétida traza de viejas camisetas que habían olvidado cómo era el interior de una secadora.

Intentó alzar la cabeza, gimió, y la dejó caer de nuevo en la almohada. Y el color rosa no pasaba desapercibido.

—Te has dado con la cabeza en el volante —dijo la voz que le había despertado—. Pero no te has roto nada. ¿Qué ha pasado?

Newton volvió a abrir los ojos.

—¿El coche? —preguntó.

—Creo que está bien. Sale una voz que no para de repetir «Pol favol luega ablochen sintulón segulidad.»

—¿Lo ves? —dijo Newton a una audiencia invisible—. Así se construye un coche, ellos sí que saben. El acabado en plástico prácticamente no se abolla.

Miró hacia Anatema.

—Di un volantazo para esquivar a un tibetano —explicó—. O al menos eso creo. Puede que me haya vuelto loco.

La silueta se acercó a su campo de visión. Tenía el cabello oscuro, los labios rojos y los ojos verdes, y era mujer casi con toda seguridad. Newton intentó no mirarla fijamente. Ella dijo:

—Si es así, nadie se va a dar cuenta —y sonrió—. ¿Sabes que es la primera vez que veo a un cazador de brujas?

—Ehm... —farfulló Newton.

Le estaba mostrando su cartera abierta.

—La he tenido que abrir —explicó.

Newton se sintió incomodísimo, lo cual no era tan inusual. Shadwell le había dado una tarjeta de cazador de brujas oficial, que entre otras cosas, obligaba a los bedeles, jueces, obispos y alguaciles a dejarle pasar y a darle todas las pastillas de encendido que pidiera. Era impresionante, una increíble obra maestra en caligrafía, y probablemente muy antigua. Se había olvidado de ella.

—Es un hobby —dijo desconsoladamente—. En realidad soy... un... —no iba a decir que era un empleado administrativo, no allí, no en aquel momento, no a una chica como aquella— ingeniero informático —mintió. Quiero serlo. Quiero serlo; en el fondo yo soy un ingeniero informático, sólo que el cerebro me está fallando—. Perdona, ¿te importa decirme... ?

—Anatema Device —contestó ella—. Soy ocultista, pero es sólo un hobby. En

realidad soy una bruja. Bien hecho. Llegas media hora tarde —añadió, tendiéndole una pequeña cartulina—, o sea que más vale que leas esto. Así ahorraremos tiempo.



De hecho, Newton tenía un pequeño ordenador, a pesar de los escarmientos de su infancia. A decir verdad, tenía varios. Era fácil saber cuáles tenía. Eran los equivalentes de sobremesa del Wasabi. Los que, por ejemplo, se ponían a mitad de precio en cuanto él los compraba. O que salían a la venta en una avalancha de publicidad y se sumían en las tinieblas al cabo de un año. O que sólo funcionaban metidos en la nevera. O los que, si por algún casual eran fundamentalmente buenas máquinas, Newton siempre adquiría con la versión nueva y plagada de errores del sistema operativo. Pero él lo seguía intentando, porque *creía*.

Adán también tenía un ordenador. Lo usaba para jugar, pero nunca mucho rato. Cargaba los juegos, los miraba muy interesado unos minutos y procedía entonces a jugar hasta que los ceros del contador de High Score desaparecían.

Cuando los otros Ellos comentaban aquella extraña habilidad, Adán manifestaba su leve asombro respecto a cómo podía ser que no jugara todo el mundo a juegos de aquellos.

—Sólo hay que aprender a jugar, y lo demás es muy fácil —decía.



Gran parte del salón frontal de Villa Jazmín estaba ocupado, como comprobó Newton con una sensación de ahogo, por periódicos apilados. Había recortes pegados en las paredes. Algunos estaban señalados en rojo. Se sintió algo satisfecho de reconocer varios artículos de los que le había recortado a Shadwell.

Anatema andaba más bien corta de muebles. Sólo se había molestado en traer su reloj, una reliquia de la familia. No era un reloj de pie con caja, sino un reloj de pared con un péndulo que oscilaba libremente bajo el cual E. A. Poe habría amarrado alegremente a alguien.

Newton no podía quitarle el ojo de encima.

—Lo construyó un antepasado mío —explicó Anatema, dejando las tazas de café en la mesa—. Sir Joshua Device. ¿Te suena? Inventó eso que se balancea y sirve para que los relojes vayan bien y sean baratos. Se llama así por eso.

—¿El Joshua? —preguntó Newton con cautela.

—No, el mecanismo, «device» en inglés.

En la última media hora, Newton había oído cosas muy increíbles y estaba a punto de creérselas, pero en algún momento había que decir basta.

—¿El mecanismo se llama mecanismo porque alguien se llamaba así?

—En inglés, claro. Device es un nombre tradicional de Lancashire. Viene del francés, me parece. No me irás a decir que tampoco te suena Sir Humphrey Chisme...

—Venga ya.

—... que diseñó un chisme que servía para bombear el agua de las minas inundadas. ¿Y Pietr Cachivache, que inventó el cachivache? O Cyrus T. Comosellame, el más destacado inventor negro de América. Thomas Edison dijo que los únicos científicos contemporáneos que admiraba eran Cyrus T. Comosellame y Ella Reader Cacharro. Y...

Miró la expresión desconcertada de Newton.

—Hice la tesis sobre ellos —añadió—. Las personas que inventaron cosas tan sencillas y universalmente útiles que nadie se acuerda de que las inventó alguien. ¿Azúcar?

—Ehm...

—Siempre te pones dos —dijo Anatema dulcemente.

Newton volvió a mirar la ficha que le había dado.

Parecía pensar que lo explicaría todo.

Pero no.

Estaba dividida en dos por una línea vertical. A la izquierda había un párrafo que parecía romance, en negro. A la derecha, en rojo, comentarios y anotaciones. El efecto era el siguiente:

3819: Quando el carro del Oryente invertido esté, las sus quatro rodas en l'ayre, un hombre com magulladuras yacerá en el vuestro lexo con fuerte dolor de cabeça en pidiendo melecina, hombre que com alfileres provará, pero de límpido corazón; mas lleva encima las semillas de la mi propia destrucción, ass que más pronto quitalde los medios de facer fuego ca es menester asegurar que yuntos seredes falta el Fin que a de venir ¿Coche japonés? Del revés. Choque... ¿¿¿daños superficiales??

... aceptar...

... melecina = medicina... aspirina.

(cf.3757) Alfiler = cazador de brujas (cf.102) ¿¿Buen cazador de brujas?? Alude a Pulsifer (cf.002) Buscar cerillas, etc. ¡En los noventa!

... hmmm...

... menos de un día (cf. 712, 3803, 4004)

La mano de Newton se metió automáticamente en su bolsillo. El mechero había desaparecido.

—¿Pero qué es esto? —dijo con voz ronca.

—¿Has oído hablar de Agnes la Chalada? —le preguntó Anatema.

—No —repuso Newton, defendiéndose a la desesperada con el sarcasmo—. Ahora no me digas que inventó a los locos.

—Es el apodo que le dieron en Lancashire —repuso Anatema fríamente—. Si no te lo crees, lee sobre los juicios de las brujas a principios del siglo XVII. Era una antepasada mía. De hecho, uno de tus antepasados la quemó viva. O lo intentó.

Newton escuchó con horrorizada fascinación la historia de Agnes Chalada.

—¿No Cometerás Adulterio Pulsifer? —dijo él cuando Anatema hubo terminado.

—En aquellos tiempos eran normales esos nombres —explicó Anatema—. Creo que eran diez hermanos y su familia era muy religiosa. Estaba Codicia Pulsifer, Falso Testigo Pulsifer...

—Ya veo —dijo Newton—. Vaya. Me parece que a Shadwell le sonaba el nombre. Estará en los archivos del Ejército. Si me llamara Adulterio Pulsifer, iría por ahí queriendo matar a todo el mundo.

—Creo que no le gustaban mucho las mujeres, sencillamente.

—Gracias por tomártelo tan bien —le dijo Newton—. Quiero decir que él debía de ser antepasado mío. No hay muchos Pulsifer. Quizás... por eso me topé con el Ejército Cazabrujas, ¿no? A lo mejor es el destino —añadió esperanzado.

Ella meneó la cabeza.

—No —repuso—, nada de eso.

—De todas maneras, buscar brujas no es lo que era en aquel tiempo. No creo que Shadwell haya pasado de darle una patada al cubo de basura de la vecina.

—Entre tú y yo, Agnes era un poco difícil —dijo Anatema, imprecisa—. No tenía término medio.

Newton sacudió la ficha.

—¿Y qué tiene que ver con esto? —preguntó.

—Ella lo escribió. Bueno, el original. Es el versículo 3819 de *Las Buenas y Ajustadas Profecías de Agnes la Chalada*, primera edición en 1655.

Newton se quedó mirando la profecía otra vez. Abrió y cerró la boca.

—¿Sabía que iba a chocar con el coche?! —preguntó.

—Sí. Bueno no, seguramente no. Mira, es que Agnes es la peor profeta que jamás existió. Porque siempre acertaba. Y por eso el libro no se vendió.

**M**uchos poderes psíquicos, la mayoría, se originan en una falta de orientación temporal, y la mente de Agnes la Chalada iba tan a la deriva en el Tiempo que se la consideraba bastante loca incluso desde el punto de vista del Lancashire del siglo XVII, donde las profetisas locas eran una industria en auge.

Pero oírla daba gusto, en eso todos estaban de acuerdo.

Insistía en curar enfermedades usando una especie de moho y en la importancia de lavarse las manos para que el agua se llevara esos pequeños animalitos diminutos que causaban las enfermedades, cuando todo el mundo sabía que la mejor defensa contra los demonios de la mala salud era apestar a base de bien. Recomendaba correr dando unos saltitos al trote para vivir más, lo cual era extremadamente sospechoso, y consiguió que los Cazabrujas se le echaran encima, y hacía hincapié en la importancia de incluir fibra en la dieta, aunque con aquello iba claramente por delante de su tiempo, puesto que a la mayoría de la gente le molestaba menos la fibra en su dieta que la gravilla. Y no curaba las verrugas.

—En la tu mente hállase todo —decía—. Oblidadeste dello, e desaparexerá.

Era obvio que Agnes tenía pistas del futuro, pero solían ser inusitadamente reducidas y concretas. En otras palabras, completamente inútiles.



—¿Qué quieres decir? —le preguntó Newton.

—Solía dar con el tipo de predicciones que sólo se pueden entender una vez han ocurrido —explicó Anatema—. Como «Non Compredes Betamaqs». Esa predicción era para el 72.

—¿Me estás diciendo que predijo los vídeos?

—¡No! Sólo sacó un fragmento de información —repuso Anatema—. Ahí está la cuestión. Casi siempre descubre cosas con una referencia tan oblicua que sólo puedes comprenderlas cuando ya han ocurrido, y entonces todo concuerda. Y tampoco sabía lo que sería importante y lo que no, de modo que lo escribió todo un poco al tuntún. Dijo que el 22 de noviembre de 1963 se derrumbaría una casa en King's Lynn.

—¿Ah, sí? —Newton estaba amablemente perplejo.

—Es la fecha en que asesinaron a Kennedy —apuntó ella—. Pero Dallas no existía entonces. En cambio, fíjate, King's Lynn era muy importante.

—Ah, sí.

—Acertaba bastante cuando se trataba de sus descendientes.

—¿Ah, sí?

—Y no sabía nada del motor de combustión interna. Para ella sólo eran carros

extraños. Incluso mi madre pensó que se refería al vuelco de un carro imperial. ¿Ves? No basta saber el futuro. Hay que saber qué significa. Era como si Agnes estuviera observando un cuadro gigantesco por un agujerito diminuto. Escribió lo que pensaba que serían buenos consejos respecto a lo que pudo interpretar con esas miradas tan parciales.

—A veces hay suerte —continuó Anatema—. Mi bisabuelo vio la caída de la bolsa de 1929, por ejemplo, dos días antes de que ocurriera. Hizo una fortuna. Se podría decir que somos descendientes profesionales.

Miró a Newton con dureza.

—Y fíjate, lo que no comprendió nadie hasta hace dos siglos es que *Las Buenas y Ajustadas Profecías* eran la idea que tenía Agnes de una herencia familiar. Muchas de las profecías se refieren a sus descendientes y a su bienestar. De ahí la predicción de King's Lynn. Mi padre estaba allí de visita por aquella fecha, de modo que, desde el punto de vista de Agnes, tenía muchas posibilidades de que le cayera un ladrillo encima mientras que era imposible que le alcanzara una bala de Dallas.

—Qué amable —dijo Newton—. Casi se le puede perdonar haber volado una aldea entera.

Anatema lo ignoró.

—El caso es que así estamos —continuó—. Desde entonces nuestro trabajo ha consistido en interpretar las profecías. Al fin y al cabo, la media es de una por mes, y ahora más, cuanto más nos acercamos al fin del mundo.

—¿Y cuándo será? —preguntó Newton.

Anatema miró el reloj elocuentemente.

Él profirió una pequeña carcajada espantosa que le habría gustado sonara elegante y sofisticada. Después de los acontecimientos vividos, no se sentía muy cuerdo. Además, olía el perfume de Anatema, y ello le incomodaba.

—Considérate afortunado de que no necesite un cronómetro —dijo Anatema—. Tenemos, bueno, unas cinco o seis horas.

Newton lo pensó detenidamente. Hasta entonces no había sentido la necesidad imperiosa de tomar alcohol, pero algo le decía que para todo hay una primera vez.

—¿Las brujas tienen bebida en casa? —se aventuró a preguntar.

—Claro —sonrió del mismo modo en que Agnes la Chalada debía de sonreír al sacar el contenido de su cajón de lencería—. Un mejunje verde con burbujas y Cosas retorciéndose en la superficie que se va solidificando. Eso deberías saberlo.

—Genial. ¿Tienes hielo?

Resultó ser ginebra. Y tenía hielo. Anatema, que se había metido a bruja sobre la marcha, estaba en contra de las bebidas alcohólicas en general, pero a favor en su caso concreto.

—¿Te he contado lo del tibetano que salió de un agujero de la calzada? —dijo

Newton, tranquilizándose un poco.

—Ah, ya me he enterado —repuso, revolviendo los papeles de encima de la mesa—. Eran dos, y salieron ayer del césped de la entrada. Los pobrecitos estaban tan perdidos que les ofrecí una taza de té y luego cogieron prestada una pala y se volvieron abajo. No creo que sepan qué se supone que están haciendo.

Newton se sentía ligeramente ofendido.

—¿Y tú cómo sabes que eran tibetanos? —le preguntó.

—¿Y tú? ¿Se puso a decir «Ommm» cuando le diste?

—Bueno, ehm... parecía tibetano —repuso Newton—. Túnicas de color azafrán, cabeza rapada... ya sabes... tibetano.

—Uno de los que yo digo hablaba bien inglés. Por lo visto repara radios en Lhasa; estaba trabajando y de repente se encontró en un túnel. No sabe cómo va a volver a casa.

—Haberlo mandado al final de la calle; le habrían acercado en platillo volante —dijo Newton con pesimismo.

—¿Tres extraterrestres? ¿Uno era un robot metálico?

—No me digas que aterrizaron en el césped de la entrada...

—Pues mira, es el único sitio donde no aterrizaron, según la radio. Van bajando por todo el mundo transmitiendo un mensaje muy trillado de paz cósmica, y cuando la gente les dice «¿Y qué?», les miran perplejos y se van. Señales y presagios, justo lo que dijo Agnes.

—No me digas que también predijo todo esto.

Anatema empezó a hojear un archivo de fichas desgastadas que tenía delante.

—Quería pasarlo todo a ordenador —dijo—, con búsqueda de palabras, y todo eso. Ya sabes, ¿no? Sería todo mucho más fácil. Las profecías están clasificadas por orden, a la antigua, pero hay pistas, apuntes a mano y tal.

—¿Lo escribió en fichas? —preguntó Newton.

—No. Era un libro. Pero es que... lo he extraviado. Siempre hemos tenido copias, claro.

—O sea que lo has perdido —afirmó Newton, tratando de inyectar algo de humor a los procedimientos—. ¿A que eso no lo predijo?

Anatema le dirigió una mirada fulminante. Si las miradas matasen, Newton estaría en la mesa de autopsias.

Entonces prosiguió:

—No obstante, hemos sacado bastantes concordancias a lo largo de los años, y a mi abuelo se le ocurrió un sistema de remisión... ah, aquí está.

Le puso delante a Newton una hoja de papel.

3988. Quando los hombres de açafrám de primavera de la Tierra surjan y de

los Cielos los hombres verdes, non sé la raçon, mas quando las barras de Plutón abandonen los castillos fulguerosos, e los países sumergidos resurjan, e Leviatán sea libertado, e Brasil faga verdor, entonçes Tres se ayuntarán e Quatro despertarán, e cavalgarán sobre cavallos de ferro; e lo Fin çerca será.

... açafráam = azafrán, amarillo

(cf. 2003)

... ¿¿extraterrestres??

... ¿paracaidistas?

... centrales nucleares (ver recortes 798-806)

... Atlantis, ver recortes 812-819

... leviatán = ¿ballena (cf. 1981)?

... ¿Latinoamérica está verde?

? 3 = ¿4? ¿Vías de tren?

(«camino de ferro», cf. 2675)

—Ésta no la pillé con antelación —admitió Anatema—. Puse las anotaciones cuando lo oí en las noticias.

—A tu familia se le darán fenomenal los crucigramas —dijo Newton.

—No sé, aquí creo que Agnes se pierde un poco. Lo del Leviatán, de Latinoamérica y del tres y el cuatro podría ser cualquier cosa. —Suspiró—. El problema es el periódico. No se puede saber si Agnes se refiere a algún incidente sin importancia que se te pueda haber pasado. ¿Sabes lo que cuesta repasar todos los diarios de cabo a rabo todas las mañanas?

—Tres horas y diez minutos —contestó Newton automáticamente.



—Seguro que nos dan una medalla, o algo —dijo Adán optimista—. Por rescatar a un hombre de un automóvil en llamas.

—No estaba en llamas —corrigió Pepper—. Si no estaba ni roto cuando lo pusimos del derecho.

—Pero podía —señaló Adán—. No veo por qué no van a darnos una medalla sólo porque un coche viejo no sabe cuándo pegarse fuego.

Se quedaron mirando el agujero. Anatema había llamado a la policía, que lo había declarado hundimiento y lo había rodeado de conos; estaba oscuro, y se veía muy, muy profundo.

—A que molaría ir al Tíbet? —dijo Brian—. Podríamos aprender *taicuondo* y



todo eso. Vi una película de un valle del Tibet donde la gente vivía cien años. Se llamaba Shangri-La.

—El chalet de mi tía se llama Shangri-La —señaló Wensleydale.

Adán resopló.

—Pues no estaba muy espabilado el que le puso a un valle el nombre de una casa —dijo—. Le podrían haber puesto Vallesol, o, o Los Laureles.

—Pues igual que el Chavala ese —replicó Wensleydale suavemente.

—Se dice Shambala —corrigió Adán.

—Supongo que es lo mismo, pero lo que pasa es que tiene dos nombres —afirmó Pepper con una diplomacia poco corriente—. Como nuestra casa. Le cambiamos el nombre de La Casa del Guarda a Campos de Norton cuando nos mudamos, pero nos siguen mandando cartas para un tal Theo C. Cupier, de la Casa del Guarda. A lo mejor le han puesto Shambala pero la gente sigue llamándolo Los Laureles.

Adán lanzó un guijarro al agujero. Empezaba a aburrirse de los tibetanos.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Pepper—. Están desinfectando a las ovejas abajo en la Granja. ¿Por qué no vamos a ayudar?

Adán lanzó una piedra más grande y esperó el ruido. No se oyó.

—No sé —dijo, distraído—. Creo que tendríamos que hacer algo con las ballenas y las selvas y todo eso.

—¿El qué? —le preguntó Brian, que disfrutaba con toda la diversión que representaba un buen baño desinfectante de ovejas. Empezó a vaciarse los bolsillos de bolsitas de patatas y las fue tirando, una por una, en el agujero.

—Podemos ir a Tadfield esta tarde y no comer hamburguesas —propuso Pepper—. Sí ninguno de nosotros se come una hamburguesa, millones de acres de selva tropical se salvarán.

—Los talarán igual —repuso Wensleydale.

—Ya estás otra vez con el materialismo fragante —le incriminó Adán—. Igual que con las ballenas. Es increíble todo lo que está pasando —contempló a Perro.

Se sentía raro.

El chucho, al notar que estaba pendiente de él, se sentó expectante sobre las patas traseras.

—La gente como tú es la que se come las ballenas —le dijo Adán con severidad—. ¿Qué te apuestas a que te has cepillado una ballena entera por lo menos?

Perro, con una última chispita satánica de odio hacia sí mismo, ladeó la cabeza y gimió.

—Anda, que en menudo mundo vamos a crecer —se lamentó Adán—. Sin ballenas, sin aire, y todo el mundo chapoteando por ahí por el crecimiento de los mares.

—Entonces los únicos que estarían contentos serían los atlantisanos —señaló

Pepper alegremente.

—Jo —repuso Adán, que no estaba escuchando.

Algo le pasaba en la cabeza. Le dolía. Le venían pensamientos sin tener que pensarlos. Algo le decía: *Adán Young, puedes hacer algo. Algo mejor Puedes hacer lo que quieras*. Y quien decía aquello era... era él. Parte de él, muy al fondo. Una parte de él que había estado allí todos aquellos años, pero había pasado desapercibida, como una sombra. Decía: sí, es un asco de mundo. Podría haber sido genial. Pero ahora es un asco y ya va siendo hora de hacer algo. Y para eso estás tú aquí. Para hacerlo todo mejor.

—Porque podrían ir a donde quisieran —continuó Pepper, dirigiéndole una mirada preocupada—. Los atlantisanos, digo, porque...

—Estoy harto de los atlantisanos pesados y de los tibetanos —saltó Adán.

Todos fijaron en él la mirada. Nunca lo habían visto así.

—Claro, ¿a ellos qué les importa? —dijo Adán—. Todos acabando con las ballenas, con el carbón, con el petróleo y el ozono y las selvas tropicales y para nosotros ¿qué? No quedará nada. Tendríamos que estar yendo a Marte y cosas así en vez de estar sentados a la bartola mientras el aire se gasta.

Aquel no era el Adán de siempre. Los Ellos evitaban mirarse a la cara. Estando Adán con esos ánimos, el mundo parecía un lugar más inhóspito.

—Me parece a mí —le advirtió Brian, pragmático—, me parece a mí que lo mejor que puedes hacer es parar ya de leer esas cosas.

—Es lo que decías el otro día —dijo Adán—. Crecemos leyendo cosas de piratas, de vaqueros, de naves espaciales y cosas así, y cuando te crees que el mundo está lleno de todo eso, van y te dicen que en verdad son todo ballenas muertas, bosques talados y residuos *nucliares* por ahí sueltos durante un millón de años. Pues para eso no vale la pena crecer, mira tú por dónde.

Los Ellos intercambiaron miradas.

Una sombra se proyectaba sobre el mundo entero. Nubes de tormenta se iban formando al norte, bloqueando la amarilla luz del sol como si un pintor aficionado entusiasta hubiera pintado el cielo.

—Yo creo que debería acabarse todo y volver a empezar —afirmó Adán.

No parecía la voz de Adán.

Un viento amargo soplaba entre los bosques veraniegos.

Adán miró a Perro, que intentaba hacer el pino. Se oyó a lo lejos un murmullo de truenos. Se agachó y, distraído, le dio unas palmaditas al perro.

—Ya verían todos si estallaran todas las bombas nucleares y empezara todo de nuevo, sólo que organizado como Dios manda —continuó Adán—. A veces pienso que me gustaría que pasara eso. Así podríamos arreglar las cosas.

Volvieron a rugir los truenos. Pepper se estremeció. Aquello no era la discusión

típica en la que se enzarzaban los Ellos, que se daba frecuentemente en las horas tranquilas. Algo tenían los ojos de Adán que su amiga no lograba entender; y no era esa mirada de diablillo, porque eso lo tenía más o menos siempre, sino una especie de gris perplejo que era mucho peor.

—No sé si *podríamos* —replicó Pepper—, no sé si *nosotros*, porque si todas las bombas esas *esplotan*, esplotamos todos. Como madre de generaciones venideras, estoy en contra.

Los demás la miraron con curiosidad. Ella se encogió de hombros.

—Y luego las hormigas gigantes se apoderan del mundo —dijo Wensleydale, nervioso—. Como en la película esa. Y habría que ir con escopetas recortadas y con coches de esos que llevan, bueno, eso, cuchillos y pistolas en la...

—Yo no dejaría que hubiera hormigas gigantes ni nada —aseguró Adán, iluminándosele la cara terriblemente—. Y a vosotros no os pasaría nada. De eso ya me encargaría yo. Sería un *pasote*, ¿eh?, todo el mundo para nosotros solos. ¿A que sí? Nos lo podríamos partir. Y jugar a juegos, chulísimos. Podríamos jugar a guerras con ejércitos de verdad.

—Pero si no habría nadie —señaló Pepper.

—Podría dejar algunas personas —repuso Adán sin darle importancia—. Las que hicieran falta para los ejércitos, en todo caso. Nos podríamos quedar cada uno un cuarto del mundo. Mira, tú —señaló a Pepper, que retrocedió como si el dedo de Adán fuera un atizador al rojo vivo— te quedas con Rusia porque es roja y tú eres pelirroja, ¿vale? Y Wensley se queda con América, y Brian con... con África y Europa y... y...

Incluso en su estado de creciente terror, los Ellos estudiaron aquello con el interés que merecía.

—Joo —farfulló Pepper, con el fuerte viento barriéndole la camiseta—. ¿Y por qué Wensley América y... y yo Rusia? Rusia es un rollo.

—Pues te coges también China y Japón y la India —dijo Adán.

—O sea que yo sólo tengo África y un montón de países pequeños, qué rollo —se quejó Brian, negociando incluso al tomar la curva de la catástrofe—. ¿Por qué no Australia? —añadió.

Pepper le dio un codazo y meneó la cabeza, apremiante.

—Australia le toca a Perro —afirmó Adán, los ojos resplandecientes con el fuego de la creación—, porque necesita mucho espacio para correr. Y además, hay muchos conejos y canguros para que cace, y...

Las nubes se extendían hacia delante y hacia los lados como tinta que se vierte en un cuenco de agua clara, y avanzaban por el cielo más rápido que el viento.

—Pero que no habrá ningún conej... —chilló Wensleydale.

Adán no estaba escuchando, al menos no a ninguna voz externa a su cabeza.

—Es demasiado lío —dijo—. Deberíamos volver a empezar. Salvar lo que queramos y volver a empezar. Es lo mejor. Y si lo piensas, es que le haríamos un favor a la Tierra. Me da una rabia ver a todos los fanáticos esos destrozándolo todo...



—Es la memoria —explicó Anatema—. Trabaja tanto hacia atrás como hacia delante. La memoria racial, quiero decir.

Newton le dirigió una mirada amable pero perpleja.

—Lo que quiero decir —dijo pacientemente— es que Agnes no veía el futuro. Eso es una metáfora. Lo recordaba. Claro que no muy bien y para cuando su entendimiento lo asimilaba, estaba todo mezclado. Nosotros pensamos que lo que mejor se le daba era recordar cosas que iban a pasarle a sus descendientes.

—Pero si tú vas a los sitios y haces cosas en función de lo que escribió, y lo que escribió es su interpretación de los sitios a los que has ido y de las cosas que has hecho —repuso Newton—, entonces...

—Ya lo sé. Pero... bueno, está demostrado que funciona así —contestó ella.

Miraron el mapa desplegado entre ellos. Junto a ellos, la radio murmuraba. Newton estaba muy al tanto de que tenía una mujer sentada al lado. Sé profesional, se decía. Eres un soldado, ¿no? Bueno, casi. Pues pórtate como un soldado. Pensó con ahínco durante una fracción de segundo. Bueno, pues pórtate como un soldado respetable con muy buenos modales. Se forzó a atender a la cuestión.

—¿Y por qué el Bajo Tadfield? —preguntó Newton—. Yo sólo me interesé por el tiempo. Un microclima óptimo, que le llaman. O sea, que es un sitio pequeño con su propio buen tiempo.

Echó un vistazo a los cuadernos de ella. Aun ignorando a los tibetanos y a los extraterrestres, que parecían estar invadiendo el mundo entero últimamente, aquel lugar tenía algo raro. La zona de Tadfield no sólo gozaba del tiempo que se deduce de un calendario, sino que además se resistía bastante al cambio. Nadie construía casas nuevas, por lo visto. La población no se movía demasiado. Y parecía haber más bosques y setos de lo corriente para la época. La única granja de cría intensiva que abrieron por allí había quebrado hacía un año o dos, y la había reemplazado la cochiguera de un granjero chapado a la antigua que dejaba a los cerdos corretear entre los manzanos y que vendía la carne a precios exorbitantes. Las dos escuelas locales parecían prosperar en una extasiada inmunidad a las corrientes cambiantes de la educación. Una autopista que habría convertido la mayor parte del Bajo Tadfield en poco más que el Área de Servicio del Cerdo Feliz, salida 18, se desvió cinco millas, dio un rodeo con un enorme semicírculo y siguió adelante, ajena a la pequeña

isla de inalterabilidad que había esquivado. Nadie sabía muy bien por qué; uno de los topógrafos implicados sufrió una crisis nerviosa, otro se metió a monje y el tercero se marchó a Bali a pintar mujeres desnudas.

Fue como si una buena parte del siglo XX hubiera marcado unos cuantos kilómetros cuadrados con «Prohibido el Paso».

Anatema sacó otra ficha de su archivo y la deslizó al otro lado de la mesa.

—Tuve que buscar en un montón de archivos del condado —dijo Anatema.

—¿Y por qué es la 2315? Si va antes que las otras.

2315. Dizen algunos que en la Çiudad de Londres se mostrará, o en Nueva York, mas se equivocan, çà el lugar de nombre es Tades Fill, donde poderoso se erigirá commmo caballero en el su feudo, y en Quatro partes dividirá lo mundo, provocando assí la tormenta.

... 4 años de adelanto (Nueva Amsterdam hasta 1664)...

... Tadville, Norfolk...

... Tardesfield, Devon...

... Tadfield, Oxon...

... ! ... Ver Apocalipsis, 6-10.

—Agnes era un poco chapucera con las fechas. No sabía muy bien qué iba dónde. Ya te he dicho que nos hemos pasado siglos diseñando una especie de sistema para encadenarlas todas. Newton miró unas cuantas fichas. Por ejemplo:

1111. E vendrá el Gran Can, e los Dos Poderes en vano esperarán, çà irá a reunirse con el su Amo, el que no se esperan, e le dará nombre acorde con la su natural, e del Inferno resurxirá.

¿Alguna relación con Bismark?

(A F Device, 8 de Junio de 1888)

... ?

... ¿Shleswig-Holstein?

—Aquí se la ve más obtusa que de costumbre —constató Anatema.

3017. Veo Quatro que cabalgan y que traen el Fin, e los Ángeles del Inferno cavalgan con ellos, e despertarán Tres.

E Quatro forman Quatro e yuntos Quatro serán, e el Ángel Oscuro será vençido, mas el Hombre reclamará la su parte.

Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis.

el hombre = Pan, El Diablo (Juicios de las Brujas de Lancashire, Brewster, 1782)

??

Se me hace a mí que la buena de Agnes cogió una buena cogorza aquella noche.

(Quincy Device, 15 de octubre de 1789)

Estoy de acuerdo. Errar es humano, qué le vamos a hacer. (Srta. O J Device, 5 de enero de 1854)

—¿Por qué Buenas y Ajustadas? —preguntó Newton.

—Buenas en el sentido de exactas, de precisas —repuso Anatema con la cansada entonación de quien ha explicado lo mismo una y otra vez—. Antes significaba eso.

—Pero oye... —dijo Newton. Casi se había convencido a sí mismo de la inexistencia del OVNI, que era evidentemente una ilusión, y del tibetano, que pudo ser una, bueno, se lo estaba pensando, pero fuera lo que fuera no era un tibetano; pero de lo que sí que estaba cada vez más seguro era de estar en una habitación con una mujer muy atractiva, a la que parecía gustar o al menos no disgustar, lo cual era primicia absoluta para él. Y era muy posible que estuvieran pasando cosas extrañas, pero si lo intentaba en serio, si remontaba en la galera del sentido común los rápidos de la realidad, podía fingir que todo eran, bueno, globos sonda, o Venus, o alucinación en masa.

Es decir, fuera lo que fuera lo que estaba pensando, desde luego no era su cerebro.

—Pero oye —dijo—, el mundo no se va a acabar ahora, ¿no? O sea, mira a tu alrededor. No hay tensión internacional... bueno, al menos no más que de costumbre. ¿Por qué no dejamos esto un rato y, no sé, vamos a dar una vuelta, o algo?

—¿Pero no te das cuenta? ¡Aquí pasa algo! ¡Algo que afecta a esta zona! —exclamó ella—. Ha liado todos los campos de poder. ¡Está protegiendo la zona de cualquier cosa que pueda cambiar! Está... está... —allí estaba de nuevo: el pensamiento que no podía o no le permitían asimilar, como un sueño al despertar.

Las ventanas crujieron. Desde fuera, una ramita de jazmín, empujada por el viento, empezó a pegar insistentemente contra el cristal.

—Pero no consigo determinar la posición —se lamentó Anatema, entrelazando los dedos, Lo he intentado todo.

—¿La posición? —preguntó Newton.

—Lo he intentado con el péndulo. Con el teodolito. Soy adivina, ¿entiendes? Pero creo que se mueve.

Newton seguía en posesión de sus facultades mentales lo suficiente como para hacer la traducción. Cuando la gente decía «Soy adivina, ¿entiendes?» querían decir

«Tengo una imaginación hiperactiva pero poco original/llevo esmalte de uñas negro/hablo con mi periquito»; al decirlo Anatema, sonó como si estuviera admitiendo tener una enfermedad hereditaria que preferiría rotundamente no tener.

—¿El Harmagedón se mueve? —dijo Newton.

—Algunas profecías dicen que primero tiene que levantarse el Anticristo —repuso Anatema—. Agnes dice que es un hombre. No lo localizo...

—O una mujer —apuntó Newton—. Estamos en el siglo XX, ¿no? Igualdad de condiciones.

—Me parece que no te lo estás tomando muy en serio —le regañó ella—. De todas formas, es que aquí no hay mal. Es eso lo que no entiendo. Sólo amor.

—¿Cómo?

Ella le miró desesperada.

—Es difícil de explicar —dijo—. Algo o alguien ama este lugar. Adora cada pulgada con tanta fuerza que lo escuda y lo protege. Es un amor profundo, enorme y feroz. ¿Cómo puede pasar algo malo aquí? ¿Cómo puede ser que el fin del mundo empiece aquí? Es el tipo de pueblo en el que todo el mundo quisiera criar a sus hijos. Es un paraíso para los niños —sonrió sin ganas—. Tendrías que ver a los niños de por aquí. ¡Parecen de mentira! Como sacados de los libros de Guillermo. Con las rodillas arañadas, que no paran de decir «Genial», y con los dardos...

Casi lo tenía. Sentía la forma del pensamiento, le estaba ganando terreno.

—¿Qué es esto? —le preguntó Newton.

—¿Qué? —gritó Anatema al cortarle él el hilo de las ideas.

Newton golpeteaba el mapa con el dedo.

—Pone «Aeropuerto abandonado». Aquí, mira, al oeste de Tadfield.

Anatema resopló.

—¿Abandonado? No te lo creas. Antes era una base, cuando la guerra. Desde hace diez años es la Base Aérea del Alto Tadfield. Y antes de que lo digas, la respuesta es no. Odio esa mierda de lugar, pero el coronel es más sensato que tú de lejos. Que su mujer hace yoga, por Dios.

Bueno. ¿Qué estaba diciendo? Los niños de por aquí...

Sintió un resbalón mental y mentalmente se dio de bruces con un pensamiento más personal que la esperaba para recogerla. Newton no estaba mal, la verdad. Y eso de pasarse el resto de la vida con él, en fin, no iba a durar lo suficiente como para agobiar.

La radio hablaba de las selvas tropicales latinoamericanas.

Selvas vírgenes.

Empezó a granizar.



Las balas de hielo cortaban las hojas alrededor de los Ellos mientras Adán los conducía a la cantera.

Perro les seguía con el rabo entre las piernas, gimiendo.

No es justo, pensaba. Justo cuando estaba cogiendo el tranquilo a las ratas. Justo cuando empezaba a controlar al pastor alemán de enfrente. Ahora Él va a acabar con todo y yo ya me veo otra vez con los ojos rojos y cazando almas perdidas. ¿Qué sentido tiene eso? Si no se defienden, ni saben a nada...

Wensleydale, Brian y Pepper no estaban pensando con tanta coherencia en absoluto. Lo único que sabían es que tenían las mismas posibilidades de no seguir a Adán como de volar; resistirse a la fuerza que los guiaba sólo podía desembocar en una fractura múltiple de piernas, y aun así tendrían que marchar tras él.

Adán no estaba pensando siquiera. Algo acababa de abrirse en su mente, algo enardecido.

Los sentó en el cajón.

—Aquí estaremos bien —dijo.

—Ehm... —repuso Wensleydale—, ¿nuestros padres no...?

—No te preocupes por ellos —le contestó Adán, altanero—. Puedo conseguir otros. Además, otros que no nos manden a la cama a las nueve y media. No habrá que irse a la cama más que cuando queramos. O ordenar la habitación o lo que sea. Dejádmelo a mí y todo arreglado —les dirigió una sonrisa maniaca—. Van a venir unos amigos míos. Ya veréis como os caen genial.

—Pero... —empezó a decir Wensleydale.

—Tú piensa en todas las cosas chulas que tendremos —exclamó Adán entusiasmado—. Podrás llenar América de indios y vaqueros y polis y cacos y dibujos y naves espaciales y todo. ¿A que mola?

Wensleydale miró abatido a los otros dos. Compartían un pensamiento que ninguno de ellos hubiera podido articular con propiedad incluso en tiempos más normales. Grosso modo, pensaban que antes había vaqueros y cacos de verdad, y era estupendo. Y siempre habría juegos de vaqueros y cacos, y eso también era estupendo. Pero jugar a vaqueros y cacos de verdad, vivos y no vivos, que se pudieran guardar en su caja cuando uno se cansara, eso no parecía estupendo en absoluto. Los cacos, los vaqueros, los extraterrestres y los piratas eran chulos precisamente porque podía uno dejar de serlo y volver a casa.

—Pero antes que nada —anunció Adán misteriosamente—, vamos a enseñarles...





Había un árbol en la plaza. No era muy grande, tenía las hojas amarillas y la luz conmovedora que recibía a través del dramático cristal ahumado no era la luz adecuada. Llevaba dentro más química que un atleta olímpico, y en sus ramas anidaban unos altavoces. Pero era un árbol, y si se entornaban los ojos y se miraba desde el otro lado de la cascada artificial, casi parecía verse un árbol enfermo a través de una niebla de lágrimas.

A Jaime Hernez le gustaba comer debajo de él. El jefe de mantenimiento le cantarían las cuarenta si llegara a enterarse, pero Jaime había crecido en una granja, una de categoría, le gustaban los árboles y no quería marcharse a la ciudad, pero ¿qué iba a hacer? El trabajo no estaba mal, y el sueldo era la clase de sueldo que su padre no veía ni en sueños. Su abuelo jamás vio sueldo alguno en sueños. Ni siquiera supo lo que era un sueldo hasta que cumplió quince años. Pero había momentos en los que uno necesitaba árboles, y lo triste era, pensaba Jaime, que sus hijos estaban creciendo pensando que los árboles eran leña, y que sus nietos crecerían pensando que los árboles eran historia.

¿Pero qué iba a hacer? Allí donde había árboles hoy en día, había granjas; donde había granjas, había centros comerciales, y donde había centros comerciales, había más centros comerciales, y así funcionaba la cosa.

Metió su carrito detrás del quiosco de prensa, se sentó furtivamente y abrió su fiambra.

Fue entonces cuando reparó en el ruido de las hojas y en el movimiento de unas sombras por el suelo. Miró en derredor.

El árbol se movía. Lo observó interesado. Jaime nunca había visto crecer un árbol hasta entonces.

El suelo, que no era más que un pedregal de algún tipo de cascajo artificial, se iba deslizando al moverse las raíces bajo la superficie. Jaime vio un pequeño brote blanco reptar por el borde de la zona ajardinada, levantada, y tantear a ciegas el hormigón del pavimento.

Sin saber por qué, siempre sin saber por qué, lo empujó suavemente con el pie hasta que se acercó a la grieta entre las baldosas. La encontró, y se adentró en ella.

Las ramas estaban tomando diferentes formas.

Jaime oyó un frenazo en el exterior del edificio, pero no le prestó ninguna atención. Alguien estaba gritando algo, pero es que siempre había alguien gritando algo alrededor de Jaime, y normalmente le gritaban a él.

La raíz exploradora debía de haber encontrado la tierra enterrada. Cambió de color y creció, como las mangueras contra incendios cuando se abre la llave del agua.

La cascada artificial se paró; Jaime divisó tuberías fracturadas bloqueadas por fibras sedientas.

Ahora veía lo que pasaba afuera. La calzada se estaba levantando pesadamente como un mar. Árboles jóvenes se abrían paso empujando entre las grietas.

Claro, dedujo, les daba la luz del sol. A su árbol no. Sólo recibía la apagada luz grisácea que se filtraba a través de la cúpula, cuatro pisos más arriba. Luz muerta.

¿Pero qué iba a hacer?

Iba a hacer lo siguiente:

Los ascensores estaban parados porque la electricidad se había cortado, pero sólo eran cuatro tramos de escaleras. Jaime cerró cuidadosamente su fiambarrera, regresó pausadamente junto a su carrito, y eligió la escoba más larga.

La gente salía a raudales del edificio, chillando. Jaime se movía afable contra corriente, como un salmón remontando el río.

La cúpula de cristal ahumado descansaba en una estructura blanca de vigas, cuyo arquitecto debía de pensar expresaba con dinamismo alguna cosa u otra. Al ser de alguna variedad de plástico, a Jaime, encaramado en el trozo de viga adecuado, le costó toda su fuerza y toda la longitud de la escoba hacer palanca para quebrarla. Un esfuerzo más logró reducirlo todo a añicos letales.

La luz inundó el centro comercial, iluminando el polvo de manera que el aire parecía estar poblado de luciérnagas.

Mucho más abajo, el árbol echó abajo las paredes de su prisión de hormigón peinado y se elevó como un expreso. Jaime no pensaba que los árboles hicieran ruido al crecer, ni nadie lo pensaba porque el ruido se reparte en cientos de años y en ondas separadas entre sí por intervalos de veinticuatro horas de tiempo.

Pero acelerado, suena *vrooom*.

Jaime lo miró acercarse como un hongo atómico. Le salía humo de las raíces y de su alrededor.

Las vigas no tenían elección. Los vestigios de la cúpula salieron disparados hacia arriba como una pelota de ping pong en un aspersor.

Por toda la ciudad sucedía lo mismo, aunque la ciudad ya no se veía. Sólo se veía la cúpula de verdor. Se extendía de horizonte a horizonte.

Jaime se sentó en una rama, se agarró a una liana, y rió, rió y rió.

Pronto empezó a llover.



El *Kappamaki*, un barco de investigación ballenera, investigaba acerca de la pregunta: ¿Cuántas ballenas se pueden cazar en una semana?

Sólo que aquel día no había ballenas. La tripulación estudiaba los radares, que, mediante la aplicación de una ingeniosa tecnología, podían detectar cualquier elemento de mayor tamaño que una sardina y calcular su valor neto en el mercado de aceite internacional, y no hallaron nada en ellos. Algún pececillo presuroso se mostraba de tanto en tanto, con aire de querer irse a otro lugar inmediatamente.

El capitán tamborileaba con los dedos en la consola. Ya se veía a sí mismo dirigiendo su propia investigación sobre qué ocurrió a una muestra estadísticamente reducida de capitanes balleneros que regresaron sin buque factoría repleto de material de investigación. Se preguntaba qué le harían. Quizás le encerraban a uno en una habitación con un cañón lanza-arpones y esperaban que hiciera lo que correspondía.

Aquello parecía mentira. *Algo* tenía que haber.

El oficial de derrota agarró una carta de navegación y la miró detenidamente.

—Señor...

—¿Qué pasa? —dijo el capitán, irritado.

—Creo que hemos sufrido un desafortunado fallo técnico. El lecho marino en esta zona debería estar a doscientos metros.

—¿Y qué?

—El radar marca 15.000 metros, señor. Y sigue aumentando en profundidad.

—Eso es absurdo. Esa profundidad no existe.

El capitán lanzó una mirada fulminante a varios millones de yenes en tecnología punta, y le dio un puñetazo.

El oficial le dirigió una sonrisa nerviosa.

—Señor —dijo—, ya es más profundo.

*Bajo los truenos de la profundidad superior, como Azirafel y Crowley muy bien sabían, abajo, más abajo, en el mar abismal / El kraken duerme.*

Y se estaba despertando.

Y al levantarse, millones de toneladas de lodo marino se deslizaron en cascadas por sus flancos.

—Fíjese —dijo el oficial—, ya marca treinta mil metros.

El kraken no tiene ojos. Nunca tuvo nada que mirar. Pero al resurgir por entre las aguas heladas, capta las microondas sonoras del mar, los pitidos y silbidos pesarosos del canto de las ballenas.

—Vaya —constató el oficial—, ¿mil metros?

El kraken no está contento.

—¿Quinientos metros?

El buque factoría se mece en la repentina marejada.

—¿Cien metros?

Tiene encima un minúsculo objeto de metal. El kraken se mueve.

Y diez mil millones de platos de sushi piden a gritos venganza.



Las ventanas de la villa se abrieron hacia dentro de golpe. Aquello no era una tormenta, era una guerra. Por en medio de la habitación revoloteaban fragmentos de jazmín, mezclados con la lluvia de fichas. Newton y Anatema estaban agarrados el uno al otro en el espacio libre entre la mesa volcada y la pared.

—Venga —masculló Newton—, ahora dime que Agnes predijo esto.

—Predijo que traería la tormenta —repuso Anatema.

—Esto es un maldito huracán. ¿Dijo qué ocurriría después?

—La 2315 hace referencia a la 3477 —apuntó ella.

—¿Cómo puedes acordarte de esos detalles en estas circunstancias?

—Puedo, y ya está, ahora que lo dices —contestó.

Sacó una ficha.

3477. Que gire la roda del destino, que los coraçones se ayunten, fuegos arden otrossí que non el mío; quando el viento los pétalos se lleve, tendeos la mano un al d'otro, pues la calma vendrá quando Carmín, Blanco, Negro e Pálido se acerquen a La Paz. Es nuestra profesión.

? Cierta misticismo, me temo. (A F Device, 17 de Octubre, 1889)

¿La Paz/pétalos? (OFD, 4 sept. 1929)

Otra vez Apocalipsis 6, me parece a mí.

(Dr. Thos. Device, 1835)

Newton la volvió a leer. Fuera se oyó un ruido como de una lámina de chapa de zinc rodando por el jardín, que era exactamente lo que era.

—¿Significa eso que nos vamos a convertir en... en un artículo? Qué cachonda, la Agnes esta.

Cortejar es difícil cuando la persona cortejada tiene algún anciano pariente en casa; suelen murmurar, reírse con socarronería o gorronear cigarrillos, o en el peor de los casos, sacar el álbum de fotos familiar, un acto de agresión en la guerra de sexos que debería estar prohibido por una Convención de Ginebra. Y aún es peor cuando el pariente lleva muerto tres siglos. Newton había ido anclando en su mente ciertas ideas acerca de Anatema; no sólo anclándolas, sino también entrándolas en dique seco, reparándolas, dándoles una buena capa de pintura y quitándoles las lapas del casco. Pero pensar en la clarividencia de Agnes taladrándole la nuca le cortaba la libido como un cubo de agua fría.

Incluso se había sentido tentado de invitarla a cenar, pero no le entusiasmaba la idea de que alguna bruja cromwelliana estuviera sentada en su villa hacía tres siglos,

viéndolo comer.

Se sentía como los que quemaban brujas. Su vida ya era bastante complicada sin necesidad de que una vieja desquiciada la manipulara desde siglos atrás.

Se oyó un golpe en la chimenea, como si el cañón se estuviera derrumbando.

Y entonces pensó: mi vida no es complicada en absoluto. Lo veo tan claro como lo veía Agnes. Todo se reduce a la jubilación anticipada, una colecta de los compañeros de la oficina, un pisito ordenado en algún sitio y una muertecilla vacía y ordenada. Sólo que ahora voy a morir bajo las ruinas de un chalet durante lo que posiblemente sea el fin del mundo.

El Ángel de las Actas no tendrá problema conmigo, mi vida tiene que haber sido una sucesión de comillas en todas las páginas durante años. Quiero decir, ¿qué he hecho yo en realidad? Nunca he atracado un banco. Nunca me han dado tickets para el parking. Nunca he ido a un tailandés...

Alguna otra ventana cedió, con un alegre tintineo de cristales rotos. Anatema lo rodeó con los brazos y exhaló un suspiro que no parecía decepcionado en absoluto.

No he estado en América. Ni en Francia, porque Calais no cuenta. No he aprendido a tocar ningún instrumento.

La radio falleció al ceder los cables eléctricos.

Newton hundió el rostro en el pelo de Anatema.

Nunca he...



Se oyó un sonido metálico. Shadwell, que había estado poniendo al día los libros de pagos del ejército, levantó la vista mientras firmaba por el Cabo Cazabrujas Lanceta Smith.

Tardó algún tiempo en darse cuenta de que el brillo de la chincheta de Newton había desaparecido del mapa.

Bajó del taburete, farfullando algo entre dientes, y buscó por el suelo hasta que dio con ella. Le volvió a sacar brillo y la pinchó de nuevo en Tadfield.

Estaba firmando por el Soldado Cazabrujas Mesa, que recibía una asignación anual extraordinaria de dos peniques, cuando se escuchó otro tintineo.

Recuperó la chincheta, la miró desconfiadamente y la clavó tan a fondo en el mapa que la escayola de debajo cedió. Después volvió a los libros de contabilidad.

Se oyó un tintineo.

Esta vez la chincheta se hallaba a varios metros de la pared. Shadwell la recogió, examinó la punta, la clavó en el mapa, y la vigiló.

Al cabo de unos cinco segundos le pasó silbando a ras de la oreja.

La buscó a tientas por el suelo, la volvió a poner en el mapa y la sujetó. Apoyó todo su peso en ella.

Un minúsculo hilo de humo empezó a salir del mapa. Shadwell gimoteó y se lamió los dedos mientras la chincheta candente rebotaba en la pared opuesta y rompía estrepitosamente un cristal. No quería estar en Tadfield.

Diez segundos después, Shadwell hurgaba en la caja del dinero del EC, de donde sacó un montón de peniques, un billete de diez chelines y una pequeña moneda falsa del reinado de Jaime I. Sin tener en cuenta su propia seguridad, se hurgó los bolsillos. Los resultados de la pesca, contando con la tarjeta de pensionista para transporte, apenas le llegaban para bajar a la esquina, y mucho menos para ir a Tadfield.

Sus únicos conocidos con dinero eran el Sr. Rajit y Madame Tracy. Por lo que a los Rajit se refería, el tema de siete semanas de alquiler pendientes rescindiría cualquier discusión financiera que intentara entablar, y en cuanto a Madame Tracy, que estaría encantadísima de prestarle un fajo de billetes usados...

—Que me aspen si tengo que pedirle a la Jezabel pintada su sueldo pecaminoso —dijo.

De modo que no quedaba nadie más.

Excepto uno.

El marica del sur.

Los dos habían estado allí, sólo una vez, tratando de pasar en el piso el menor tiempo posible y, en el caso de Azirafel, de no tocar ninguna superficie lisa. El otro, el chulo cabrón del sur con las gafas de sol, era —sospechaba Shadwell—, la típica persona con quien más valía no meterse. En el sencillo mundo de Shadwell, cualquiera que llevara gafas de sol y no estuviera en la playa era un criminal. Sospechaba que Crowley era de la mafia, o de los bajos fondos; le hubiera sorprendido lo acertado que estaba. Pero el amanerado del abrigo de pelo de camello era otra cuestión. Se arriesgó a arrastrarlo a su base una vez, y se acordaba de cómo. Pensaba que Azirafel era un espía ruso. Podía pedirle dinero. Amenazarle un poco.

Era tremendamente arriesgado.

Shadwell recuperó la compostura. Era posible que a estas alturas el joven Newton estuviera sufriendo torturas inimaginables a manos de las hijas de la noche y él, Shadwell, le había enviado.

—A qué santo voy a dejarle ahí, rediez —dijo, y poniéndose su fino abrigo y su sombrero informe, salió a la calle.

El tiempo parecía estar algo tormentoso.

**A**zirafel estaba titubeando. Llevaba unas doce horas titubeando. Tenía los nervios, como él hubiera dicho, por todos lados. Se paseaba por la tienda, recogiendo trocitos de papel y tirándolos de nuevo, jugueteando con los bolígrafos.

Debería decírselo a Crowley.

No, no debería. Quería decírselo a Crowley. Debería decírselo al Cielo.

Era un ángel, al fin y al cabo. Había que hacer lo debido. Por naturaleza. Artimaña que viera, artimaña que frustraba. Crowley ya le había insistido bastante en ello. Tendría que habérselo dicho al Cielo desde el principio.

Pero se conocían desde hacía miles de años. Se llevaban bien. Casi se comprendían el uno al otro. A veces pensaba que tenían mucho más en común el uno con el otro que con sus respectivos superiores. A ambos les gustaba el mundo, para empezar, y no lo consideraban un mero tablero donde se jugaba una partida cósmica de ajedrez.

Pero ahí estaba la cuestión. Ahí tenía la respuesta, saltándole a la vista. Estaría respetando el espíritu del trato con Crowley si le hiciera un guiño al Cielo, y entonces podrían ocuparse discretamente del niño, aunque sin pasarse porque bien mirado, todos éramos criaturas de Dios, incluso la gente como Crowley y el Anticristo, y el mundo se salvaría y no habría follones de Apocalipsis, que de todas formas a nadie le aprovechaban, porque todo el mundo sabía que el Cielo iba a ganar, y Crowley tendría que entenderlo porque así estaba previsto.

Sí. Y todo se arreglaría.

Llamaron a la puerta de la tienda, a pesar del cartel de CERRADO. Lo ignoró.

Para Azirafel, ponerse en contacto con el Cielo para establecer una comunicación bilateral era mucho más difícil que para los humanos, que no esperan respuesta casi nunca y se extrañarían bastante si la recibiesen.

Apartó el escritorio cargado de papelorios y enrolló la alfombra raída de la librería. Debajo, en las tablas de madera, había un círculo dibujado a tiza, rodeado de fragmentos apropiados de la cábala. El ángel encendió siete velas, y las colocó solemnemente en determinados puntos de alrededor del círculo. Luego puso incienso a quemar, que no era necesario pero daba buen olor.

Se metió dentro del círculo y pronunció las Palabras.

No ocurrió nada.

Repitió las Palabras.

Al final un haz de luz azul brillante surgió del techo y llenó el círculo. Una instruida voz contestó:

—¿Y bien?

—Soy yo, Azirafel.

—Lo sabemos —repuso la voz.

—Tengo excelentes noticias. ¡He localizado al Anticristo! ¡Tengo hasta su

dirección!

Hubo un silencio. La luz azul titiló.

—¿Y bien? —dijo de nuevo.

—¡Es que así podéis mat... impedir que ocurra! ¡Justo a tiempo! ¡Se puede impedir, no habrá guerra y se salvará todo el mundo!

Sonreía como loco a la luz.

—¿Sí? —dijo la voz.

—Sí, se encuentra en un lugar llamado Bajo Tadfield, y la dirección...

—Bien hecho —afirmó la voz, monótona y opaca.

—Ya no tiene que tomarse un tercio de los mares en sangre, ni nada de eso — exclamó Azirafel alegremente.

Al contestar la voz, parecía ligeramente molesta.

—¿Por qué no? —preguntó.

Azirafel sintió que se abría un pozo helado bajo su entusiasmo, y trató de fingir que no estaba ocurriendo.

Continuó decidido:

—Bueno, simplemente hay que asegurarse de...

—Ganaremos, Azirafel.

—Sí, pero...

—Las fuerzas del mal serán vencidas. Nos da la impresión de que te hallas en un error. No se trata de evitar la guerra, sino de ganarla. Hemos esperado mucho tiempo, Azirafel.

Azirafel sintió el frío invadir su mente. Abrió la boca para decir «Quizás sería buena idea no llevar a cabo la guerra en la Tierra», y cambió de opinión.

—Entiendo —contestó con gravedad. Se oyó ruido junto a la puerta y si Azirafel hubiera estado mirando hacia allí, habría visto un sombrero de fieltro ajado tratando de fisgar por el tragaluz.

—Lo que no significa que no hayas realizado un buen trabajo —añadió la voz—. Te será concedido un ascenso. Bien hecho.

—Gracias —repuso Azirafel. La amargura de su voz habría cortado la leche—. Obviamente se me olvidaba la infabilidad.

—Eso pensábamos.

—Disculpad la pregunta —dijo el ángel—, pero, ¿con quién hablo?

La voz dijo:

—Somos el Metatrón<sup>[33]</sup>.

—Ah, ya. Claro. Bien, de acuerdo. Gracias mil. Gracias.

Detrás de él, el buzón se abrió, descubriendo así unos ojos.

—Una cosa más —continuó la voz—. Supongo que, naturalmente, te unirás a nosotros.



—Bueno, ehm, la verdad es que hace siglos que empuñé una espada flameante...  
—se explicó Azirafel.

—Sí, lo recordamos —dijo la voz—. Tendrás mucho tiempo para aprender de nuevo.

—Ah. Hmm. ¿Qué clase de acontecimiento inicial desencadenará la guerra? —preguntó Azirafel.

—Estábamos pensando en un intercambio nuclear multinacional, sería un buen comienzo.

—Sí, muy imaginativo —la voz de Azirafel sonaba monótona y pesimista.

—Bien. Entonces te esperaremos en persona —dijo la voz.

—Ah, bien. Antes zanjaré unos negocios pendientes, si puede ser —farfulló Azirafel a la desesperada.

—No parece haber necesidad alguna para ello —repuso el Metatrón.

Azirafel se irguió.

—Tengo que decir que la probidad, por no decir la moral, me empuja a mí, un empresario reputado, a...

—Sí, sí —dijo la voz con un asomo de irritación—. Entendido. Estaremos esperándote, entonces.

La luz perdió intensidad, pero sin llegar a desvanecerse. Están dejando la línea abierta, pensó Azirafel. De ésta no salgo.

—¿Hola? —dijo en voz baja—. ¿Estáis ahí?

No hubo contestación.

Con mucho cuidado, salió del círculo y se acercó sigilosamente al teléfono. Abrió su listín y marcó otro número.

Al cabo de cuatro timbres tosió brevemente, se quedó en silencio, y una voz que sonaba tan relajada que se dormía uno de oírla dijo: Hola. Soy Anthony Crowley. Eeh... ahora...

—¡Crowley! —Azirafel intentó susurrar y gritar al mismo tiempo—. ¡Escucha, no tengo mucho tiempo! El...

—... no estoy en casa probablemente, o estoy durmiendo, o trabajando o lo que sea, pero...

—¡Cállate! ¡Escucha! ¡Estaba en Tadfield, lo dice todo en el libro! Tienes que detener...

—... después de la señal y me pondré en contacto contigo. Chow.

—Quiero hablar contigo *ahora*.

*Piiiiiiiiiiii*

—¡Para de hacer ruidos! ¡Está en Tadfield! ¡Eso era lo que yo sentía! Tienes que ir allí y...

Se apartó el auricular de la boca.

—¡Cabrón! —dijo. Era la primera vez que decía una palabrota desde hacía cuatro mil años.

Un momento. El demonio tenía otra línea, ¿no? Era su estilo. Azirafel hojeó el listín, que casi se le cayó al suelo. No tardarían en impacientarse.

Dio con el otro número. Lo marcó. Lo cogieron casi enseguida, al mismo tiempo que sonaba el timbre de la tienda.

La voz de Crowley, más fuerte al acercarse al auricular, dijo:

—... y lo digo en serio. ¿Sí?

—¡Crowley, soy yo!

—Ngh —la voz sonaba terriblemente evasiva. Incluso en su estado actual, Azirafel sintió dificultades.

—¿Estás solo? —le preguntó con cautela.

—Nah. Estoy con un amigo.

—¡Oye... !

—¡A la hoguera contigo, criatura del infierno!

Muy despacio, Azirafel se volvió.



Shadwell temblaba de emoción. Lo había visto todo. Lo había oído todo. No había comprendido nada, pero sabía qué clase de gente era la que pintaba círculos y encendía velas e incienso. Lo sabía perfectamente.

Había visto *La novia del diablo* quince veces, sin contar con aquella en que le echaron del cine por gritar la opinión poco halagüeña que tenía de Christopher Lee, el aficionado a cazador de brujas.

Los muy cabrones le estaban utilizando. Le habían tomado el pelo a la gloriosa tradición del Ejército.

—¡Me las pagarás, maligno hijo de perra! —gritó, avanzando como un ángel vengador apolillado—. Sé muy bien a qué te dedicas; ¡traes aquí a las mujeres y las seduces para hacer tu voluntad diabólica!

—Me parece que se ha equivocado usted de tienda —repuso Azirafel—. Luego te llamo —dijo al auricular, y colgó.

—Lo he visto todo —gruñó Shadwell. Tenía espuma alrededor de la boca. No recordaba haber estado tan enfadado.

—Las cosas no son lo que parecen —empezó a decir Azirafel, sabiendo que como táctica para entablar una conversación, le faltaba estilo.

—¡Eso puedes apostar! —dijo Shadwell triunfante.

—No, quiero decir...

Sin quitarle ojo al ángel, Shadwell retrocedió unos pasos, agarró la puerta de la tienda y la cerró con semejante portazo que el timbre saltó.

—*Campana* —dijo.

Agarró *Las Buenas y Ajustadas Profecías* y las estampó en la mesa.

—*Libro* —gruñó.

Rebuscó en un bolsillo y sacó su fiel encendedor Ronson.

—¡*Vela, más o menos!* —gritó, y empezó a avanzar.

A su paso, el círculo empezó a brillar con tenue luz azul.

—Oiga —dijo Azirafel—, no creo que sea buena idea el...

Shadwell no escuchaba.

—Por el poder que se me ha concedido como Cazador de Brujas —recitó—, te condeno a abandonar este lugar..

—Mire, es que el círculo...

—... y a volver al lugar de donde viniste, sin detenerte...

—... de verdad que no sería muy inteligente para un humano tocarlo sin...

—... para librarnos del mal del demonio...

—¡Salga del círculo, imbécil!

—... y no volver jamás a molestar...

—Vale, vale, pero por favor salga del...

—¡Y a no volver JAMÁS! —concluyó Shadwell. Señalaba con un dedo vengativo con la uña negra.

Azirafel miró hacia abajo y dijo la segunda palabrota en cinco minutos. Se había metido en el círculo.

—No, joder —se quejó.

Se oyó un tañido melodioso, y la luz azul se desvaneció. Azirafel también.

Pasaron treinta segundos. Shadwell no se movió. Entonces, con una temblorosa mano izquierda alcanzó la derecha y la bajó cuidadosamente.

—¿Oiga? —dijo—. ¿Oiga?

Nadie contestó.

Shadwell sintió un escalofrío. Entonces, con la mano extendida como una pistola que no se atreviera a disparar ni supiera cómo descargar, salió a la calle, dejando que la puerta diera un portazo al cerrarse tras de él.

El suelo tembló. Una de las velas de Azirafel se cayó, derramando así cera ardiente por la vieja madera seca.

**E**l piso que Crowley tenía en Londres era el arquetipo de la elegancia. Tenía todo lo que un piso debía tener: espacio, luminosidad, muebles elegantes y ese aspecto inhabitado de revista de interiorismo que da el no vivir allí.

Eso era porque Crowley no vivía allí.

Era sólo el lugar a donde regresaba al final del día cuando estaba en Londres. Las camas siempre estaban hechas; la nevera estaba siempre repleta de comida para gourmets que no se acababa nunca (para eso tenía Crowley una nevera, al fin y al cabo), y por la misma razón no hacía falta descongelarla, ni siquiera enchufarla.

El salón tenía una televisión enorme, un sofá de cuero blanco, un vídeo y un laserdisc, un contestador, dos teléfonos —la línea del contestador y la privada (un número que aún no habían logrado descubrir las legiones de vendedores por teléfono que persistían en su intento de vender a Crowley doble acristalamiento, que ya tenía, o seguros de vida, que no le hacían falta)— y un equipo de música cuadrado, negro mate, de los que están diseñados con tanta exquisitez que sólo tienen el botón de encendido y el controlador de volumen. Lo único que se le había pasado a Crowley eran los altavoces; se había olvidado de ellos. No es que hubiera ninguna diferencia; de todos modos, la reproducción del sonido era bastante perfecta.

Había un fax desconectado con la inteligencia de un ordenador y un ordenador con la inteligencia de una hormiga retrasada. Aun así, Crowley lo actualizaba cada varios meses, porque pensaba que la clase de humano que intentaba ser tendría un ordenador con estilo. Éste era como un Porsche con pantalla. Los manuales aún estaban en las bolsitas de plástico transparente<sup>[34]</sup>.

De hecho, en todo el piso, Crowley sólo dedicaba atención personal a las plantas. Eran enormes, verdes y espléndidas, con hojas luminosas, sanas y brillantes.

Era porque una vez a la semana, Crowley se paseaba por la casa con un vaporizador verde para plantas, vaporizando las hojas y hablando a las plantas.

Había oído lo de hablar a las plantas a principios de los años setenta en la radio, y pensó que era una magnífica idea. Aunque hablar no es la palabra más adecuada para lo que Crowley hacía.

Lo que hacía era infundirles el temor de Dios.

Mejor dicho, el temor de Crowley.

Por si todo esto fuera poco, una vez cada dos meses, Crowley cogía una planta que estuviera creciendo demasiado despacio, marchitándose o poniéndose marrón, o que sencillamente no tuviera tan buen aspecto como las demás, y la paseaba por delante de todas las demás plantas. «Decidle adiós a vuestra amiga», les iba diciendo, «no ha sido lo bastante fuerte...»

Entonces salía del piso con la planta ofensora y volvía al cabo de una hora con un gran jarrón de flores vacío y lo ponía en algún sitio, bien visible.

Sus plantas eran las más lujosas, verdeantes y hermosas de Londres. Y las más

aterrorizadas.

El salón estaba iluminado con halógenos y tubos blancos de neón, de los que se suelen destinar a una silla o a un rincón.

Lo único que decoraba la pared era un dibujo enmarcado, el cartón de la Mona Lisa, el boceto original de Leonardo Da Vinci. Crowley se lo había comprado al artista en una calurosa tarde en Florencia, y lo encontraba superior al cuadro acabado<sup>[35]</sup>.

Crowley tenía un dormitorio, una cocina y un despacho, un salón y un baño, limpios e impecables por siempre.

Había pasado en cada una de aquellas estancias un mal rato durante la larga espera del Fin del Mundo.

Llamó por teléfono otra vez a sus agentes del Ejército Cazabrujas para ver si le daban más noticias, pero su contacto, el Sargento Shadwell, acababa de salir y aquella recepcionista idiota parecía incapaz de comprender que no le importaba hablar con cualquiera de los otros.

—El Señor Pulsifer también se ha marchado, encanto —le dijo—. Se ha ido a Tadfield esta mañana, para una misión.

—Hablaré con quien sea —explicó Crowley.

—Ya se lo diré yo al Señor Shadwell —repuso ella—, cuando vuelva. Ahora si no le importa, estoy trabajando y no puedo dejar al caballero así mucho rato o se morirá de frío. Y a las dos vienen la Señora Ormerod, el Señor Scroggie y Julia a una sesión, y tengo que limpiarlo todo antes. Pero le daré a Shadwell el recado.

Crowley se rindió. Intentó leer una novela, pero no pudo concentrarse. Intentó clasificar sus CDs por orden alfabético, pero abandonó al descubrir que ya estaban en orden alfabético, al igual que su biblioteca y su colección de soul<sup>[36]</sup>.

Al final se aposentó en el sofá de cuero blanco y le hizo un gesto a la televisión, que se encendió.

—Hemos recibido noticias de —explicaba un locutor preocupado—, ehm... de... bueno, nadie sabe lo que está ocurriendo, pero la información que nos ha llegado parece indicar, ehh... que las tensiones internacionales están aumentando, lo que se hubiera considerado imposible la semana pasada, ehm... que a todo el mundo parecía irle tan bien. Ehm.

«Podría deberse, al menos en parte, a la avalancha de acontecimientos poco corrientes que han tenido lugar estos días.»

«En las proximidades de la costa de Japón...»

¿CROWLEY?

—Sí —admitió Crowley.

¿QUÉ DEMONIOS ESTÁ PASANDO? ¿QUÉ HAS ESTADO HACIENDO EXACTAMENTE?

—¿Qué queréis decir? —preguntó Crowley, aunque ya lo sabía.

*EL NIÑO LLAMADO WARLOCK. LE HEMOS CONDUCIDO A LOS CAMPOS DE MEGUIDO. EL PERRO NO ESTÁ CON ÉL. NO SABE NADA DE LA GRAN GUERRA. NO ES EL HIJO DE NUESTRO AMO.*

—Ah —dijo Crowley.

*¿ESO ES TODO LO QUE TIENES QUE DECIR? NUESTRAS TROPAS ESTÁN REUNIDAS, LAS CUATRO BESTIAS ESTÁN CABALGANDO, PERO, ¿ADÓNDE? ALGO HA FALLADO, CROWLEY Y ES RESPONSABILIDAD TUYA. Y CON TODA SEGURIDAD, CULPA TUYA. CONFIAMOS EN QUE TENGAS UNA EXPLICACIÓN ACEPTABLE QUE DARNOS...*

—Sí, sí —asintió Crowley inmediatamente—. Totalmente aceptable.

*... PORQUE TENDRÁS OCASIÓN DE CONTÁRNOSLA A TODOS. TENDRÁS TODO EL TIEMPO DEL MUNDO. Y ESCUCHAREMOS CON INTERÉS TODO LO QUE TENGAS QUE DECIRNOS. Y TU RELATO, Y LAS CIRCUNSTANCIAS QUE LO ACOMPAÑEN, SERÁN FUENTE DE DIVERSIÓN Y REGOCIJO PARA TODOS LOS CONDENADOS DEL INFIERNO, CROWLEY PORQUE NO IMPORTA CUÁN ATORMENTADOS ESTÉN LOS MÁS INFAMES CONDENADOS, NO IMPORTA QUÉ AGONÍAS ESTÉN SUFRIENDO, CROWLEY; TÚ LO PASARÁS PEOR.*

Con un gesto, Crowley apagó el televisor.

La pantalla gris verdosa siguió enunciando; el silencio se tornaba en palabras.

*NO PIENSES NI POR UN SEGUNDO EN HUIR DE NOSOTROS. NO HAY SALIDA. QUÉDATE DONDE ESTÁS. IRÁN... A RECOGERTE.*

Crowley se acercó a la ventana y miró afuera. Algo negro y con forma de coche se movía lentamente por la calle hacia él. Tenía bastante forma de coche para engañar al observador ocasional. Crowley, que lo observaba atentamente, constató que no sólo las ruedas no giraban, sino que además ni siquiera estaban unidas al coche. Aminoraba al pasar por delante de los patios; Crowley dedujo que los pasajeros (ninguno de ellos conducía porque ninguno sabía hacerlo) estaban mirando los números.

Tenía algo de tiempo. Se dirigió a la cocina, y cogió un cubo de plástico de debajo de la pila. Después volvió al salón.

Las Autoridades Infernales habían cortado la comunicación. Crowley puso la televisión cara a la pared, por si acaso.

Se acercó a la *Mona Lisa*.

Quitó el cuadro de la pared, descubriendo una caja fuerte. No era una caja fuerte de pared; se la había comprado a una empresa especializada en servicios para la industria nuclear.

La abrió, revelando una puerta interior con combinación de rueda. Marcó la combinación (el código era 4-0-0-4, fácil de recordar, el año en que se había colado

en nuestro estúpido y maravilloso planeta, cuando aún estaba nuevo y reluciente).

Dentro de la caja había un termo, dos pesados guantes de PVC, de los que cubren los brazos por completo, y unas pinzas.

Crowley se detuvo. Miró el termo, nervioso.

(Se oyó un ruido procedente de abajo. Acababan de echar abajo la puerta de la calle...)

Se puso los guantes y cogió cautelosamente el termo y el cubo —se le ocurrió coger también el vaporizador de plantas que estaba junto a una exuberante planta de goma—, y se dirigió a su despacho, caminando como si llevara entre las manos un termo con algo que, con sólo pensar en derramarlo, podría causar la clase de explosión tras la cual los ancianos de las películas de ciencia ficción afirman cosas como «Y donde está este cráter estuvo una vez la Ciudad de Wah-Shing-Ton».

Llegó al despacho y abrió la puerta empujándola con el hombro. Entonces se agachó y fue poniendo las cosas en el suelo, despacio. Cubo... pinzas... vaporizador... y por último, con toda parsimonia, el termo.

Se le empezó a formar una gota de sudor en la frente, y se le metió en un ojo. Se la sacudió.

Después, cuidadosa y pausadamente, desenroscó el tapón del termo con las pinzas... con cuidado... con cuidado... eso es...

(Oyó golpes insistentes abajo, un grito ahogado. Debía de ser la anciana del piso de abajo.)

No podía permitirse ir más deprisa.

Cogió el termo con las pinzas, y con cuidado de no derramar la más mínima gota, vertió el contenido en el cubo de plástico. Un movimiento en falso y todo terminaría.

Así.

Abrió la puerta del despacho un palmo y puso el cubo encima.

Con las pinzas cerró el termo, luego (oyó un ruido en el rellano de la escalera) se quitó los guantes de PVC, cogió el vaporizador y se sentó a su escritorio.

—¿Crowly... ? —llamó una voz gutural. Hastur.

—Está ahí al fondo —siseó otra voz—. Siento la presencia de esa víbora asquerosa —Ligur.

Hastur y Ligur.

Pero bueno, tal y como diría Crowley sin dudarle un momento, la mayoría de los demonios no eran malos *en el fondo*. En el gran juego cósmico pensaban que su posición era equiparable a la de los inspectores de hacienda: un trabajo bastante odiado, tal vez, pero imprescindible para la administración general de la cuestión. Y si de eso se trataba, algunos ángeles no eran un dechado de virtudes; Crowley conocía a un par de ellos que, cuando tocaba remorder a los impíos, remordían mucho más de lo justo y necesario. En definitiva, que cada uno tenía un trabajo que hacer, lo hacía y

punto.

Por otra parte, existía gente como Ligur y Hastur, que disfrutaban tanto siendo desagradables que casi podían pasar por humanos.

Crowley se recostó en su sillón de ejecutivo. Se obligó a sí mismo a tranquilizarse y fracasó estrepitosamente.

—¡Estoy aquí, chicos! —gritó.

—Tenemos un recado para ti —anunció Ligur (con un tono de voz que denotaba que «recado» quería decir «eternidad horriblemente dolorosa»), y el demonio achaparrado abrió la puerta de un manotazo.

El cubo se tambaleó y le cayó de lleno en la cabeza a Ligur.

Era como echar una gota de sodio en el agua, ver cómo se prende y se quema, cómo da vueltas a lo loco, llameando y chisporroteando. Igual, sólo que más desagradable aún.

El demonio se peló, se prendió y titiló. Le salía humo marrón y grasiento, y gritaba, gritaba y gritaba. Luego se arrugó, se dobló sobre sí mismo, y lo que quedaba de él cayó, refulgiendo, al trozo de alfombra quemado y ennegrecido, con el mismo aspecto que un montón de babosas aplastadas.

—Hola —le dijo Crowley a Hastur, que venía detrás de Ligur, y no estaba ni siquiera salpicado.

Hay cosas impensables: ni los demonios pensarían que otros demonios pudieran ser capaces de rebajarse a ciertas profundidades.

—... Agua bendita. Cabrón —le espetó Hastur—. Será *cabrón*. No te había hecho nada.

—Aún —repuso Crowley, que se sentía algo mejor, ahora que tenía más posibilidades de salir ganando. Más posibilidades, sí, pero aún no iba ganando ni por asomo. Hastur era un Duque del Infierno. Crowley no era ni siquiera un consejero local.

—Las madres contarán tu destino en las tinieblas a sus pequeños para asustarlos —enunció Hastur, y cayó en que el lenguaje del Infierno no iba con la situación—. Se te va a caer el pelo, amigo —añadió.

Crowley levantó el vaporizador de plástico verde y lo disparó, amenazante.

—Largo —ordenó.

Oyó sonar el teléfono de abajo. Cuatro timbres, contestador. Se preguntó quién sería.

—No me das miedo —dijo Hastur. Vio un reguero de agua deslizarse desde la boquilla por el plástico, hacia la mano de Crowley.

—¿Sabes lo que es esto? —le preguntó Crowley—. Es un pulverizador para plantas de Sainsbury, el más barato y efectivo del mundo. Esparce el agua por el aire. ¿Quieres que te diga lo que tiene dentro? Puedo convertirte en eso —señaló la



carnicería de la alfombra—. Y ahora largo.

Entonces el reguero que corría por el pulverizador alcanzó los largos Crowley y se detuvo.

—Es un farol —dijo Hastur.

—Puede que sí —admitió Crowley, con un tono de voz que denotaba que marcarse un farol era lo último en que pensaba—, y puede que no. ¿Te crees afortunado?

Hastur hizo un gesto y el recipiente de plástico se disolvió como papel de arroz y el agua se derramó por el escritorio de Crowley y en su traje.

—Yo sí —replicó Hastur—. ¿Y tú?

Crowley no contestó. El Plan A había dado resultado. El Plan B había fracasado. Todo dependía del Plan C, que tenía un inconveniente: sólo había pensado hasta el B.

—Venga —apremió Hastur entre dientes— es hora de irse, Crowley.

—Hay algo que deberías saber —dijo Crowley, tratando de ganar tiempo

—¿El qué? —se sonrió Hastur.

Entonces sonó el teléfono que tenía Crowley en el escritorio.

Lo cogió, y advirtió a Hastur:

—No te muevas. Tengo algo importante que decirte, y lo digo en serio. ¿Sí?

—Ngh —dijo Crowley. Luego dijo—: Nah. Estoy con un amigo.

Azirafel le colgó. Crowley se preguntó que querría.

Y de pronto el Plan C se le ocurrió. No colgó el auricular. En cambio, dijo:

—Muy bien, Hastur. Has pasado la prueba. Estás preparado para pasar a mayores.

—¿Te has vuelto loco?

—No. ¿No lo entiendes? Todo ha sido una prueba. Los Señores del Infierno tenían que comprobar si se podía confiar en ti antes de ponerte al mando de las Legiones de los Condenados en la Guerra que se avecina.

—Crowley, estás mintiendo o estás mal de la cabeza, o puede que ambas cosas —afirmó Hastur, aunque su certeza se empezaba a tambalear.

Pensó en la posibilidad sólo un momento; y fue ahí donde Crowley lo cogió. Era posible que el Infierno lo estuviera poniendo a prueba. Que Crowley fuera más de lo que parecía. Hastur era un paranoico, lo cual era una reacción sensata y equilibrada cuando se vivía en el Infierno, donde todos iban a por todos.

Crowley empezó a marcar un número.

—De acuerdo, Duque Hastur, comprendo que no te lo creas de mí —admitió— Pero podríamos hablar con el Consejo Oscuro, seguro que ellos te convencen.

El teléfono le dio señal de espera.

—Adiós, capullo —dijo.

Y se esfumó.

Al cabo de una minúscula fracción de segundo, Hastur también se había

esfumado.



A lo largo de los años, gran número de horas teológicas se han destinado a debatir la célebre incógnita:

*¿Cuántos ángeles pueden bailar en la cabeza de un alfiler?*

Para responder a la pregunta, debemos tener en cuenta los siguientes hechos:

En primer lugar, los ángeles no bailan. Es una de las características que los distingue. Tal vez escuchen con interés la Música de las Esferas, pero no sienten la necesidad de levantarse y ponerse a bailar al son. De modo que ninguno.

O casi ninguno. Azirafel había aprendido a bailar la gavota en un discreto club de caballeros de Portland Place, a finales de 1880, y aunque al principio se le daba peor que cantar a los cuervos, al cabo de un tiempo se le acabó dando bastante bien, y se sintió considerablemente decepcionado cuando, unas décadas después, la gavota pasó de moda para siempre.

De modo que, mientras el baile sea la gavota y disponga de una pareja adecuada (que también sepa, por seguir con el razonamiento, bailar la gavota en la cabeza de un alfiler), la respuesta es claramente uno.

No obstante, también nos podemos preguntar cuántos demonios pueden bailar en la cabeza de un alfiler. Al fin y al cabo, son de la misma estirpe. Y por lo menos saben bailar<sup>[37]</sup>.

Y según este planteamiento, la respuesta es «bastantes», la verdad, siempre y cuando abandonen sus cuerpos físicos, lo cual es un picnic para los demonios. Ellos no están limitados por la física. Si adoptamos una perspectiva amplia, el universo no es más que un objeto pequeño y redondo, como una de esas bolas con agua dentro que muestran una tormenta de nieve en miniatura si se agitan<sup>[38]</sup>. Pero si se mira muy de cerca, el único problema de bailar en la cabeza de un alfiler son todos esos espacios entre electrones.

Para los de estirpe divina o demoníaca, el tamaño, la forma y la composición son sencillamente opciones.

Crowley está viajando increíblemente rápido por una línea telefónica.

RING.

Realizó dos intercambios telefónicos a una fracción muy respetable de velocidad luz. Hastur estaba muy por detrás de él: diez o doce centímetros, pero con aquel tamaño, Crowley tenía una cómoda ventaja. Que se esfumaría en cuanto saliera por el otro lado.

Eran demasiado pequeños para el sonido, pero para los demonios, el sonido no es

imprescindible a la hora de comunicarse. Oía a Hastur gritar a sus espaldas.

—¡Cabrón! Te cogeré. ¡No escaparás!

RING.

—¡Salgas donde salgas, yo saldré detrás de ti! ¡No escaparás!

Crowley había recorrido unos treinta kilómetros de cable en menos de un segundo.

Hastur le pisaba los talones. Crowley iba a tener que sincronizar todo aquello con sumo cuidado.

RING.

Era el tercer timbre. Bueno, pensó Crowley, allá voy.

Se paró en seco, y vio a Hastur pasar de largo como una bala. Se volvió y...

RING.

Crowley salió disparado de la línea telefónica, a través de la cubierta de plástico, y se materializó, a tamaño natural y jadeando, en su salón.

*click.*

La cinta de salida de mensajes empezó a girar en el contestador. Se oyó un pitido y, al girar la cinta de entrada de mensajes, una voz surgió del altavoz, después de la señal.

—Ahora verás. ¿Qué?... ¡Maldita víbora!

La lucecita roja de los mensajes se puso a parpadear.

Se encendía y se apagaba, como un ojo iracundo, rojo y diminuto.

Crowley habría deseado tener más agua bendita y tiempo para mantener la cinta dentro hasta que se disolviese. Pero llevar a cabo el baño terminal de Ligur ya había sido bastante arriesgado, y se exponía a que le cayeran años; incluso su presencia en la habitación le incomodaba. O... tal vez... sí, ¿qué ocurriría si metía la cinta en el coche? Podría poner a Hastur una y otra vez hasta que se convirtiera en Freddie Mercury. No. Puede que fuera un hijo de puta, pero tampoco había que pasarse.

Oyó el rugido de los truenos a lo lejos.

No tenía tiempo que perder.

No tenía adónde ir.

Aun así se fue. Se metió a toda prisa en el Bentley y condujo hacia el West End de Londres como alma que lleva el diablo. Como más o menos era el caso.

**M**adame Tracy oyó al Señor Shadwell subir lentamente las escaleras. Iba más despacio que de costumbre, y se detenía cada tres o cuatro escalones. Normalmente subía las escaleras como si odiara cada escalón con toda su alma.

Abrió la puerta. Él estaba apoyado en la pared.

—Pero Señor Shadwell —exclamó ella—, ¿qué se ha hecho en la mano?

—No te me acerques, mujer —gruñó Shadwell—, no sabía yo que tuviera poderes.

—¿Y por qué tiene el brazo estirado?

Shadwell trató de apoyar la espalda en la pared.

—¡Que te alejes, pardiez! ¡No me hago responsable!

—¿Pero qué demonios le ha pasado, Señor Shadwell? —le preguntó Madame Tracy, intentando cogerle la mano.

—¡Nada, nada, carajo!

Consiguió cogerle la mano. Él, Shadwell, azote del mal, no pudo oponer resistencia a ser arrastrado al piso de la mujer.

Nunca había estado allí, al menos no en sus momentos de vigilia. Sus sueños lo habían llenado de sedas, de adornos, de aquello en lo que pensaba como ungüentos perfumados. Tenía, todo hay que decirlo, una cortina de cuentas en la entrada de la cocina y una lámpara hecha, con bastante inexperiencia, a partir de una botella de Chianti; y es que la interpretación que hacía Madame Tracy de la decoración chic, al igual que la de Azirafel, se había quedado en el año 53. Y en el centro de la habitación, había una mesa con un mantel de terciopelo, y en el mantel, la bola de cristal con la que, cada vez más, se ganaba la vida Madame Tracy.

—Creo que le vendrá bien echarse un rato, Señor Shadwell —dijo, con una voz que no daba pie a protesta alguna, y se lo llevó al dormitorio. Estaba demasiado confuso para quejarse.

—Pero el joven Newton está allá afuera —farfulló—, sometido a pasiones paganas y a artimañas ocultas.

—Entonces seguro que sabrá arreglárselas —repuso Madame Tracy, cuya imagen mental de lo que Newton estaba pasando debía de estar mucho más cerca de la realidad que la de Shadwell—. Y seguro que no le haría ninguna gracia que a usted le diera un pasmo de los nervios. Usted tumbese, que yo voy a hacer té para los dos.

Desapareció tras el chasquido de las cortinas de cuentas.

De pronto Shadwell se vio solo en lo que aún era capaz de recordar, a través de los escombros de sus nervios destrozados, como un lecho de pecado, y en aquel preciso momento fue incapaz de decidir si aquello era mejor o peor que *no* estar solo en un lecho de pecado. Volvió la cabeza para ver qué le rodeaba.

Madame Tracy tenía una noción del erotismo procedente de la época en que los muchachos crecían pensando que las mujeres tenían pelotas de playa acopladas

firmemente en la parte delantera de su anatomía, cuando se podía llamar a Brigitte Bardot «gatita del sexo» sin que nadie se desternillase de risa y se vendían revistas con nombres como *Chicas*, *Risas* y *Ligas*. De algún lugar de su caldero de permisividad había sacado la idea de que poner muñecos de peluche en el dormitorio creaba un ambiente íntimo y coqueto.

Shadwell contempló durante largo rato un oso de peluche grande y raído con una oreja descosida al que faltaba un ojo. Seguramente se llamaba algo así como Señor Oso.

Volvió la cabeza al otro lado. Su mirada quedó bloqueada al topar con un armario para guardar pijamas que tenía forma de animal; tal vez era un perro, aunque bien mirado, podría ser que fuese una mofeta. Lucía una alegre sonrisa.

—Ugh —gimió.

Pero le seguía atormentando el recuerdo. Lo había hecho de verdad. Ningún miembro del Ejército había exorcizado nunca a un demonio, que él supiera. Ni Hopkins, ni Siftings, ni Diceman. Y probablemente tampoco el Comandante Narker<sup>[39]</sup>, que ostentaba el récord mundial en cuanto a brujas descubiertas. Tarde o temprano todos los Ejércitos dan con su más poderosa arma, y ahora se hallaba, pensó Shadwell, al final de su brazo.

Bueno, al carajo con las precauciones. Descansaría un rato, ya que estaba allí, y que las Fuerzas del Mal habían recibido por fin su merecido.

Cuando Madame Tracy volvió con el té, estaba roncando. Cerró la puerta discretamente y bastante agradecida, porque tenía una sesión al cabo de veinte minutos y no era cuestión de ir rechazando dinero con los tiempos que corrían.

Aunque Madame Tracy era claramente estúpida, tenía cierta intuición para determinadas cuestiones, y cuando se trataba de tener escarceos con el ocultismo, su lógica era impecable. Comprendió que eso era exactamente lo que querían sus clientes exactamente: escarceos. No querían meterse hasta el cuello. No querían saber nada de misterios multidimensionales de Tiempo y Espacio, sólo querían saber, para estar más tranquilos, si le iba bien a mamá ahora que estaba muerta. Querían el ocultismo justo para dar sabor a sus vidas, y preferiblemente en porciones no superiores a los cuarenta y cinco minutos, seguidas de té con pastas.

No querían nada de velas extrañas, de perfumes, cantos ni augurios místicos. Madame Tracy había quitado incluso los arcanos mayores de su juego de Tarot, porque cuando salían la gente solía disgustarse.

Y siempre se aseguraba de haber puesto coles a hervir antes de las sesiones. No hay nada más tranquilizante, nada más leal al espíritu acogedor del ocultismo inglés que el olor de las coles de Bruselas al fuego.



Empezaba a caer la tarde, y las densas nubes de tormenta habían tomado el color del plomo viejo. Pronto empezaría a llover, de firme, a cántaros. Los bomberos esperaban que se pusiera a llover enseguida. Cuanto antes mejor.

Habían llegado casi inmediatamente, y los bomberos más jóvenes corrían alborotados de un lado para otro, desenrollando la manguera y desplegando sus fuerzas; los más mayores comprendieron con sólo echar un vistazo que el edificio era una calamidad, y ni siquiera estaban seguros de que la lluvia pudiera impedir que se extendiese a los edificios cercanos, cuando un Bentley negro apareció derrapando por la esquina y conduciendo por la acera a una velocidad superior al límite de cuarenta por hora, y se detuvo con un frenazo a dos centímetros del muro de la librería. Un joven extremadamente agitado con gafas de sol salió y corrió hacia la puerta de la tienda en llamas.

Lo interceptó un bombero.

—¿Es usted el propietario de este establecimiento? —le preguntó el bombero.

—¡No sea imbécil! ¿Tengo yo cara de tener una librería?

—No lo sé, señor. Las apariencias engañan. Por ejemplo, yo soy bombero. Sin embargo, cuando me conocen en sociedad, aquellos que no conocen mi ocupación suelen suponer que soy un contable público o un empresario. Imagíneme sin uniforme, señor; ¿qué clase de hombre tiene ante usted? Sinceramente.

—Un imbécil —repuso Crowley, y entró a toda prisa en la tienda.

Lo cual parece más fácil de lo que fue en realidad, porque para conseguirlo, Crowley tuvo que esquivar a unos diez bomberos, a dos policías y a bastante gente interesante de la noche del Soho<sup>[40]</sup> que habían salido pronto y discutían animadamente sobre cuál era el sector de la sociedad que había animado la tarde y por qué.

Crowley se abrió paso entre ellos. Apenas le dirigieron un vistazo.

Abrió la puerta de un empujón y se adentró en un infierno de llamas.

La librería entera estaba ardiendo.

—¡Azirafel! —gritó—. ¡Azirafel!... será idiota... ¿Azirafel, estás ahí?

No hubo respuesta. Sólo el chisporroteo del papel en llamas, el ruido de cristales rotos al alcanzar el fuego las habitaciones de arriba, el crujido de las vigas derrumbándose.

Echó un vistazo rápido y desesperado por toda la tienda, en busca del ángel, en busca de ayuda.

En el rincón opuesto, una estantería se volcó, desperdigando libros en llamas por el suelo. El fuego lo tenía rodeado, pero Crowley lo ignoraba. El camal izquierdo se

le prendió; lo apagó con una mirada.

—¡Azirafel! Por el amor de D... de Sa... ¡de quien sea! ¡Azirafel!

La ventana de la tienda se abrió de golpe hacia adentro. Crowley se volvió, asustado, y un chorro de agua inesperado le dio de lleno en el pecho, tirándolo al suelo.

Sus gafas de sol salieron disparadas al otro lado de la habitación, y se convirtieron en un charco de plástico quemado. Quedaron al descubierto unos ojos amarillos con finas pupilas verticales. Mojado y humeante, con la cara tiznada de ceniza, tan lejos de mantener la sangre fría como le era posible, a cuatro patas en la librería en llamas, Crowley maldijo a Azirafel, al plan inefable, a los de Arriba y a los de Abajo.

Entonces miró hacia abajo y lo vio. El libro. El libro que la chica se dejó en el coche en Tadfield el miércoles por la noche. Tenía las tapas algo chamuscadas por el borde, pero milagrosamente había salido ileso. Lo cogió, se lo metió en el bolsillo de la chaqueta, se levantó inseguro y se marchó.

El suelo del piso de arriba se desplomó. Con un rugido y un derrumbamiento descomunal, el edificio cayó sobre sí mismo, provocando una lluvia de ladrillo, madera y escombros en llamas.

En el exterior, la policía contenía a los transeúntes, y un bombero explicaba a quien quisiera escuchar: «No pude detenerlo. Estaría loco. O borracho. Entró corriendo. No pude pararlo. Qué loco. Meterse ahí así sin más. Qué forma más horrible de morir. Horrible, horrible. Se metió corriendo...»

Entonces Crowley salió de entre las llamas.

La policía y los bomberos le miraron, vieron la expresión de su rostro y se quedaron exactamente donde estaban.

Se subió al Bentley y salió a la calzada marcha atrás, giró por detrás de un coche de bomberos para salir a Wardour Street y se adentró en la oscurecida tarde.

Los demás observaron el coche mientras se alejaba. Al final, un policía se decidió a hablar.

—Con este tiempo, tendría que llevar las luces —dijo, como atontado.

—Y más si conduce así. Puede ser peligroso —asintió otro con una entonación monótona y mortecina, y se quedaron todos allí a la luz y al calor de la librería en llamas, preguntándose qué le estaba pasando a aquel mundo que creían comprender.

Un rayo recorrió el negro cielo encapotado con su luz blanca azulada, se oyó un trueno tan fuerte que dolía, y empezó a llover con, fuerza.

Su moto era roja No de un amistoso rojo Honda, era un rojo fuerte, sangre, rico y oscuro y horrendo. Por lo demás, era una moto normal en apariencia, salvo por la espada envainada que descansaba en un lado.

Su casco era carmesí, y su chaqueta de cuero, color burdeos. En la parte de atrás, con tachuelas rojo rubí, estaban marcadas las palabras ÁNGELES DEL INFIERNO.

Era la una y diez de la tarde, y estaba oscuro, hacía humedad y todo estaba mojado. La autopista estaba casi desierta, y la mujer de rojo se alejaba haciendo un ruido infernal, esbozando una sonrisa perezosa.

El día había ido bien hasta el momento. El ver a una mujer hermosa en una moto potente con una espada detrás tenía algo que provocaba un efecto muy intenso en cierto tipo de hombres. Hasta entonces habían intentado echarle una carrera cuatro vendedores de viaje, y los Ford Sierra habían acabado a trozos, decorando las barreras y las columnas de los puentes en veinticinco kilómetros de autopista.

Se detuvo en un área de servicio y entró en el Café del Cerdo Feliz. Estaba casi vacío. Una camarera aburrída zurcía un calcetín detrás de la barra, y un hatajo de motoristas vestidos con cuero negro, duros, peludos, sucios y enormes, estaban apiñados alrededor de un individuo aún más alto con una cazadora negra. Estaba jugando resueltamente a algo que antaño debió ser una máquina tragaperras de frutas, pero que ahora tenía una pantalla, y se anunciaba a sí misma como TRIVIA SCRABBLE.

La audiencia decía cosas como:

—¡Es la D! ¡Dale a la D, que *El padrino* se llevó más Oscars que *Lo que el viento se llevó* seguro!

—¡*Marionetas en la cuerda*! ¡Sandie Shaw! En serio. Lo sé seguro.

—¡1666!

—Que no hombre, que no, ¡eso era el incendio! ¡La Plaga fue en 1665!

—Es la B: ¡la muralla china *no* es una de las Siete Maravillas!

Había cuatro opciones: música pop, deportes, actualidad, y cultura general. El motorista alto, que se había dejado el casco puesto, pulsaba los botones a efectos prácticos ajeno a sus hinchas. De todos modos, iba ganando con holgura.

La motorista de rojo se fue a la barra.

—Un té, por favor. Y un sándwich de queso —dijo.

—¿Viajas sola, reina? —le preguntó la camarera, poniendo el té y algo blanco, seco y duro en la barra.

—Espero a unos amigos.

—Ah —dijo, cortando lana con los dientes—. Pues aquí esperarás mejor. Allá fuera es un infierno.

—No —repuso la motorista—. Todavía no.

Se sentó en una mesa junto a la ventana, desde donde pudiera ver bien el



aparcamiento, y esperó.

Oía a los jugadores de Trivia Scrabble de fondo.

—Ésta es nueva: «¿Cuántas veces ha estado Inglaterra en guerra con Francia oficialmente desde el año 1066?»

—¿Veinte? No, cómo van a ser veinte... Ah, pues sí. Figúrate.

—¿La guerra entre América y México? Ésa me la sé. En junio de 1845. La D, ¿lo ves? Te lo dije.

El segundo motorista más bajito, Pigbog (1,90) susurró al más bajito, Greaser (1,85):

—¿Y qué ha pasado con «Deportes»? —tenía tatuado en los nudillos de una mano LOVE y en los de la otra, HATE.

—Es que va por... cómo era... selección al azar. Va con microchips. Seguro que tiene ahí dentro miles de temas más, en la RAM. —Llevaba tatuado en los nudillos izquierdos FISH, y CHIP<sup>[41]</sup> en los derechos.

—Música pop, actualidad, cultura general y guerra. Antes «guerra» no estaba. Por eso lo digo —Pigbog se hizo crujir los nudillos, bien fuerte, y abrió una lata de cerveza. Se chupó media de un trago, eructó sin inmutarse y suspiró—. Ojalá hubiera más preguntas de la Biblia.

—¿Por qué? —Greaser nunca pensó que Pigbog fuera un freakie del trivia bíblico.

—Porque... ¿te acuerdas del curro que me dieron en Brighton?

—Ah, sí. Saliste en el programa ese de los crímenes —recordó Greaser, con un asomo de envidia.

—Pues tuve que quedarme en el hotel donde curraba mi vieja, y así me salía gratis. No había una mierda que leer, pero el Gideon ese se había dejado la Biblia. De leerla se te queda.

Apareció otra moto en el aparcamiento; era de color negro azabache. Se abrió la puerta del café. Una ráfaga de viento frío barrió el establecimiento; un hombre con barba negra, todo vestido de negro, se dirigió a la mesa de la mujer de rojo y se sentó junto a ella, y los motoristas de la máquina recreativa de scrabble se dieron cuenta de repente del hambre que tenían, y mandaron a Skuzz a por algo de comer. Todos excepto el jugador, que no dijo nada; se limitaba a pulsar los botones de las respuestas correctas y a dejar que se acumularan sus premios en la bandeja de debajo de la máquina.

—No nos habíamos visto desde Mafeking —dijo Carmín—. ¿Cómo te ha ido?

—He estado muy ocupado —explicó Negro—. He estado mucho por América. Breves giras mundiales. Para matar el tiempo, a fin de cuentas.

—¿Cómo que no tiene pastel de riñones? —exclamó Skuzz, indignado.

(—Pensaba que sí, pero no nos queda —dijo la mujer.)

—Es extraño que nos reunamos por fin todos así —continuó Carmín.

—¿Extraño?

—Bueno, ya me entiendes. Tantos años esperando el gran día, y por fin ha llegado. Es como esperar las Navidades. O un cumpleaños.

—No tenemos cumpleaños.

—No digo que los tengamos, sólo digo que es la impresión que da.

—A decir verdad, no nos queda nada. Salvo ese trozo de pizza.

—¿Tiene anchoas? —preguntó Skuzz, pesimista. A nadie de la banda le gustaban las anchoas. Ni las olivas.

—Sí, rey, anchoas y olivas. ¿Te lo pongo?

(Skuzz meneó la cabeza tristemente. Con el estómago vacío, volvió al juego. Big Ted se ponía irritable cuando tenía hambre, y cuando Big Ted estaba irritable, cobraba todo el mundo.)

Una nueva categoría apareció en la pantalla. Ahora se podía elegir entre Música Pop, Actualidad, Hambre y Guerra. Los motoristas parecían estar menos informados acerca de la escasez de patatas en Irlanda en 1846, de la escasez de todo en Inglaterra en 1315 y de la escasez de costo en San Francisco en 1969 de lo que estaban acerca de la guerra, pero el jugador seguía con la máxima puntuación, interrumpido tan sólo por un zumbido, un ruido de trinquete y un tintineo esporádicos tras los cuales la máquina dejaba caer monedas de una libra en la bandeja.

—El tiempo parece querer jugárnosla allá al sur —comentó Carmín.

Negro echó un vistazo a las nubes oscuras.

—No. A mí no me lo parece. En cualquier momento estallará la tormenta.

Carmín se miró las uñas.

—Bien. No sería lo mismo si no hubiera una buena tormenta. ¿Sabes cuánto camino nos queda?

Negro se encogió de hombros.

—Algo más de cien kilómetros.

—Pensaba que tardaríamos más. Tanto esperar para unos cuantos kilómetros.

—Lo que cuenta no es el viaje —replicó Negro—. Es nuestra llegada.

Se oyó un gran estruendo afuera. Era el ruido de una moto con un tubo de escape defectuoso, un motor desafinado y un carburador que perdía. No hacía falta ver la moto para imaginarse las nubes de humo negro que liberaba, las manchas de aceite que iba dejando a su paso, la estela de piezas y accesorios de moto que ensuciaban las carreteras tras ella.

Negro se acercó a la barra.

—Cuatro té, por favor. Uno negro.

Se abrió la puerta del café. Un muchacho vestido de cuero blanco polvoriento entró, y el viento empujó bolsas de patatas vacías, periódicos y envoltorios de helados

hacia dentro. Bailaron alrededor de sus pies como niños alborotados, y luego cayeron al suelo inánimes.

—¿Cuatro, me has dicho, rey? —repitió la mujer. Estaba intentando encontrar tazas y cucharillas limpias; todo lo de la escurridera parecía haberse cubierto de pronto con una delgada película de aceite de motor y de huevo seco.

—Tiene que venir el que falta —dijo el hombre de negro, cogió los tés y volvió a la mesa, donde esperaban sus dos compañeros.

—¿Se sabe algo de él? —dijo el chico de blanco.

Los otros dos negaron con la cabeza.

Había estallado una discusión junto a la pantalla (las categorías disponibles en el juego habían pasado a ser Guerra, Hambre, Polución, y Pop Trivia 1962-1979).

—¿Elvis Presley? Tiene que ser la C. La espichó en el 77, ¿no?

—Qué va. Es la D, 1976. Seguro.

—Sí. El mismo año que Bing Crosby.

—Y que Marc Bolan. Vaya si la cascó. Dale a la D. Venga.

El personaje alto no se movió para pulsar ninguno de los botones.

—¿Qué pasa contigo, tío? —le preguntó Big Ted irritado—. Venga, dale a la D. Elvis Presley palmó en el 76.

ME DA IGUAL LO QUE PONGA, dijo el motorista alto del casco, YO NO LE HE PUESTO LA MANO ENCIMA JAMÁS.

Las tres personas de la mesa se volvieron al mismo tiempo. Carmín habló.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó.

El hombre alto se dirigió a la mesa, dejando atrás a los motoristas pasmados y sus ganancias.

NO ME HE IDO, contestó, y su voz era un eco oscuro procedente de lugares nocturnos, una fría losa de sonido, gris y muerta. Si aquella voz hubiera sido una piedra, habría tenido palabras grabadas desde hacía mucho tiempo: un nombre y dos fechas.

—Se os está enfriando el té, señor —señaló Hambre.

—Cuánto tiempo sin vernos —dijo Guerra.

Hubo un relámpago, seguido casi inmediatamente por el estruendo de los truenos.

—Bonito tiempo para acompañarnos —opinó Polución.

SÍ.

Los motoristas que estaban mirando el juego estaban cada vez más desconcertados por aquel intercambio. Encabezados por Big Ted, se acercaron a la mesa en desaliñado tropel, y se pusieron a observar a los cuatro desconocidos.

No se les había pasado el hecho de que los cuatro llevaran en la chaqueta ÁNGELES DEL INFIERNO. Y por lo que a los Ángeles respectaba, no eran de fiar: para empezar iban demasiado limpios; y ninguno de los cuatro tenía pinta de haberle

roto un brazo a nadie sencillamente porque era domingo por la tarde y no ponían nada bueno en la tele. Y además uno era una mujer, que no sólo no montaba de paquete en la moto de otro, sino que encima tenía la suya propia, como si tuviera derecho a ello.

—O sea que vosotros sois Ángeles del Infierno, ¿no? —les preguntó Big Ted con sarcasmo. Si hay algo que los auténticos Ángeles del Infierno no pueden soportar, son los motoristas de fin de semana<sup>[42]</sup>.

Los cuatro desconocidos asintieron con un gesto.

—¿Y de qué banda sois?

El Desconocido Alto miró a Big Ted. Luego se levantó. Fue un movimiento complicado; si en las orillas de los mares de la noche hubiera hamacas, se abrirían de aquel modo.

Daba la impresión de que seguiría desdoblándose eternamente.

Llevaba un casco con visera oscura, que le cubría el rostro por completo. Y Ted reparó en que era de un plástico muy raro. Al mirarse en él, uno sólo se veía el propio rostro.

DEL APOCALIPSIS, dijo, CAPÍTULO SEIS.

—Versículos dos a ocho —añadió el muchacho de blanco amablemente.

Big Ted miró a los cuatro de hito en hito. La mandíbula inferior le empezó a sobresalir y una pequeña vena azul a latir con fuerza.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó insistente.

Alguien le tiró de la manga. Era Pigbog. Se había puesto de un peculiar tono gris, bajo la mugre.

—Quiere decir que tenemos problemas —contestó Pigbog.

Y entonces el desconocido alto alzó una mano enfundada en un guante de motorista, se levantó la visera y Big Ted deseó, por primera vez en su vida, haber llevado mejor vida.

—¡Por los clavos de Cristo! —gimió.

—Sí, no creo que Él tarde mucho —le advirtió Pigbog atropelladamente—. Seguro que está aparcando la moto. Tío, cagando leches a apuntarnos a un club de jóvenes o algo así...

Pero la ignorancia invencible de Big Ted era su escudo y su armadura. No se movió.

—Joer —musitó—. Ángeles del Infierno.

Guerra le hizo un saludo desganado.

—Los mismos, Big Ted —dijo—. Los auténticos.

Hambre asintió.

—Los clásicos —añadió.

Polución se quitó el casco y sacudió la larga cabellera blanca. Él había reemplazado a Pestilencia que, protestando entre dientes contra la penicilina, se retiró

en 1936. Si hubiera sabido cuántas posibilidades tenía el futuro...

—Otros prometen —dijo—, nosotros cumplimos.

Big Ted miró al cuarto Jinete.

—Eh, yo a ti te he visto —dijo—. En las tapas del álbum de culto a la Ostra Azul. Y tengo un anillo con... con... con tu cabeza.

ESTOY EN TODAS PARTES.

—Joer —el rostro de Big Ted se retorció con el esfuerzo de tanto pensar.

—¿Qué moto llevas? —preguntó.



La tormenta azotaba la cantera. La cuerda con el neumático atado bailaba con el vendaval. De vez en cuando una placa de acero, reliquia de algún intento de caseta en un árbol, se soltaba de sus amarras insustanciales y se alejaba arrastrada por el temporal.

Los Ellos estaban acurrucados, mirando a Adán. Parecía haber crecido, de algún modo. Perro estaba sentado, gruñendo. Pensaba en todos los olores que se perdería. En el Infierno no había olores, aparte del azufre. Mientras que en la Tierra algunos... algunos... bueno, el caso es que tampoco había perras en el infierno.

Adán se paseaba de un lado a otro entusiasmado, gesticulando.

—Tendremos diversión para rato —exclamó—. Iremos a explorar y todo eso. Seguro que consigo que las junglas vuelvan a crecer enseguida.

—Pero... pero, ¿quién hará... bueno, todo... la comida, y lavar la ropa y eso? —preguntó Brian con voz temblorosa.

—No habrá que hacer nada de eso —contestó Adán—. Tendréis toda la comida que queráis, montones de patatas, de aros de cebolla y todo lo que os guste. Y no hará falta que os pongáis ropa nueva o que os bañéis si no queréis, ni nada. Ni ir al colegio tampoco. Ni nada que no queráis, nunca más. ¡Qué pasada!



Salió la luna sobre las Colinas de Kookamundi. La noche estaba muy clara.

Johnny Dos Huesos estaba sentado en la cuenca roja del desierto. Era un lugar sagrado, donde dos rocas ancestrales, formadas durante las horas de sueño, se mantenían idénticas a sí mismas desde el principio. El merodeo de Johnny Dos Huesos tocaba a su fin. Tenía las mejillas y el pecho embadurnados de almagre, y cantaba una vieja canción, una especie de mapa de las colinas cantado, mientras

trazaba dibujos en la arena con su lanza.

Llevaba dos días sin comer y sin dormir. Se aproximaba a un estado de trance en el que se fundiría con la maleza y entraría en comunión con sus antepasados.

Se acercaba...

Muy cerca...

Parpadeó. Miró alrededor sorprendido.

—*Perdona, querido* —se dijo a sí mismo, en voz alta, articulando cuidadosamente las palabras—. *¿Tienes idea de dónde estoy?*

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó Johnny dos Huesos.

Se le abrió la boca.

—Yo.

Johnny se rascó, pensativo.

—Tú serás uno de mis antepasados, ¿no?

—*Indudablemente, querido. Indudablemente. En cierto modo. Ahora, volviendo a mi pregunta inicial, ¿dónde estoy?*

—Si eres antepasado mío —continuó Johnny Dos Huesos—, ¿por qué hablas como un marica?

—*Ah, ya. Australia* —repuso la boca de Johnny Dos Huesos, pronunciando la palabra como si hubiera sido debidamente desinfectada antes de repetirla—. *Cielos. Bueno, gracias de todos modos.*

—¿Oye? ¿Oye? —dijo Johnny Dos Huesos.

Se sentó en la arena, y esperó y esperó, pero no obtuvo respuesta.

Azirafel había seguido su camino.



Citron Deux-Chevaux era un *tonton macoute*, un *houngan*<sup>[43]</sup> trotamundos: llevaba una mochila al hombro con plantas mágicas, plantas medicinales, trozos de gato montés, velas negras, un polvo derivado principalmente de la piel de determinado pescado seco, un ciempiés muerto, una botella a medias de Chivas Regal, diez cigarrillos Rothman y un ejemplar de *Qué hacer en Haití*.

Cogió la navaja y, con un movimiento de corte experto, le rebanó la cabeza a un gallito negro. La sangre se derramó por su mano derecha.

—Que *loa* cabalgue sobre mí —recitó—. *Gros Bon Ange*, ven a mí.

—¿*Dónde estoy?* —preguntó.

—¿Eres mi *Gros Bon Ange?* —se preguntó a sí mismo.

—*Me temo que esa pregunta es demasiado personal* —repuso—, *vamos, tal y como están las cosas. Pero se intenta, créeme. Hago lo que puedo.*

Citron descubrió que su mano trataba de alcanzar el gallito.

—*Este sitio no es muy higiénico para cocinar ¿no te parece? Aquí, en medio de la jungla. Preparando una barbacoa, ¿eh? ¿Qué sitio es éste?*

—Haití —contestó.

—*¡Maldita sea! La otra punta. Aunque podría ser peor. Tengo que ponerme en marcha. Sé bueno.*

Y Citron Deux-Chevaux se quedó solo en su mente.

—A la mierda los *loas* —masculló para sí. Se quedó unos instantes mirando a la nada, y luego sacó de la mochila la botella de Chivas Regal. Hay dos formas de convertir a alguien en un zombi. Él iba a emplear la más fácil.

El oleaje azotaba las playas con estruendo. Las palmeras se agitaban.

Se avecinaba tormenta.



Se encendieron las luces. El Coro Evangélico por Cable de Nebraska empezó con «Jesús es el reparador de teléfonos en la centralita de mi vida» y casi ahogaron el ruido del viento, cada vez más fuerte.

Marvin O. Bagman se ajustó la corbata, comprobó su sonrisa en el espejo, le dio unas palmaditas en el trasero a su ayudante personal (Cindy Kellerhals, chica *Penthouse* del mes de julio de hacía tres años; pero lo dejó todo por su carrera), y salió al plató.

*Jesús no cuelga hasta que acabes  
Con Jesús jamás tendrás interferencias,  
Y cuando te llegue la factura, verás que está detallada  
Es el reparador de teléfonos de la centralita de mi vida,*

cantaba el coro. A Marvin le encantaba aquella canción. La había escrito él.

Otros de los temas que él había compuesto eran: «Happy Mister Jesus», «Jesús, ¿me acoges en tu casa?», «Mi cruz, mi vieja Cruz», «Jesús es la pegatina del parachoques de mi alma» y «Cuando el Arrobamiento me llegue cogeré el volante de mi furgoneta». Todos estaban recogidos en *Jesús es Mi Colega* (disponible en LP, cinta y CD), y se anunciaban cada cuatro minutos en la cadena evangélica de Bagman<sup>[44]</sup>.

A pesar de que la letra no estaba en verso ni, por regla general, tenía sentido, y de que Marvin, que no era especialmente musical, había plagiado los melodías de viejas canciones country, *Jesús es Mi Colega* había vendido más de cuatro millones de

copias.

Marvin empezó como cantante de música country, cantando canciones de Conway Twitty y de Johnny Cash.

Solía dar conciertos desde la cárcel de San Quintín hasta que los de derecho civil consiguieron que se le aplicara el artículo de Condena Cruel e Inusual.

Fue entonces cuando Marvin descubrió la religión. No esa religión sosegada y personal que consiste en hacer buenas acciones y llevar una vida mejor; ni siquiera la que consiste en ponerse un traje y llamar a los timbres de las casas; sino la religión que consiste en formar una cadena de televisión propia y conseguir que la gente le envíe dinero a uno.

Había dado con la mezcla televisiva perfecta en *La Hora del Poder de Marvin* («El programa que devolvió la gracia al fundamentalismo»). Una canción de tres o cuatro minutos de su disco, veinte minutos de Fuego Eterno y cinco minutos curando a la gente. Los veintitrés minutos restantes solían dedicarse, por turnos, a camelar, suplicar, amenazar, rogar y, de tanto en tanto, a pedir dinero directamente. Al principio llevaba de verdad gente al estudio para curarla, pero aquello era demasiado complicado, de modo que lo que hacía en la actualidad era proclamar testimonios que le ofrecían espectadores de toda América que se habían curado viendo el programa. Era mucho más fácil; no necesitaba contratar actores, y no había forma de que nadie comprobara su índice de éxito<sup>[45]</sup>.

El mundo es mucho más complicado de lo que cree la mayoría de la gente. Muchos pensaban, por ejemplo, que Marvin no era un verdadero creyente por sacar tanto dinero de ello. Se equivocaban. Creía a pies juntillas, y gastaba buena parte del dinero que ganaba en lo que de verdad consideraba trabajo del Señor.

*La línea de nuestro salvador nunca tiene interferencias  
Está allí a cualquier hora  
Y si marcas J-E-S-Ú-S siempre es llamada gratuita  
Es el reparador de teléfonos de la centralita de mi vida.*

Terminó la primera canción, y Marvin se colocó ante las cámaras y levantó los brazos modestamente, pidiendo silencio. En la cabina de control, el técnico cerró la pista de Aplausos.

—Hermanos y hermanas, gracias, gracias, ha sido precioso. Y recordad, podéis escuchar esta canción y muchas más en *Jesús es Mi Colega* con sólo llamar al 1-800-CAJA y mandar vuestra donación ahora.

Se puso serio.

—Hermanos, hermanas, tengo un mensaje para vosotros, un mensaje urgente del Señor, para todos vosotros, hombres, mujeres y pequeñas criaturitas, amigos,



permitid que os hable del Apocalipsis. Lo tenéis ahí mismo en vuestras Biblias, en el libro del Apocalipsis, que narra la revelación que el Señor envió a San Juan de Patmos, y en el Libro de Daniel. El Señor siempre habla claro, amigos, del futuro. ¿Y qué va a pasar?

»Guerra. Plagas. Hambre. Muerte. Ríos de sangre. Terremotos fortísimos. Misiles nucleares. Se avecinan tiempos de terror, hermanos y hermanas. Y sólo hay una forma de evitarlos.

»Antes de que llegue la Destrucción, antes de que los Cuatro Jinetes del Apocalipsis cabalguen, antes de que los misiles nucleares caigan sobre las cabezas de los infieles, tendrá lugar el Arrobamiento.

»¿Y qué es el Arrobamiento?, os preguntaréis.

»Cuando llegue, hermanos y hermanas, todos los creyentes verdaderos se levantarán por los aires; no importa lo que estéis haciendo, que estéis en el baño, en el trabajo, en el coche o en casa leyendo la Biblia. De pronto una fuerza levantará por los aires vuestros cuerpos perfectos e incorruptibles. Y os encontraréis allá arriba, mirando el mundo mientras llegan los años de destrucción. Sólo los fieles se salvarán, sólo aquellos de vosotros que hayan renacido se evitarán el dolor, la muerte, el horror y las llamas. Entonces estallarà la gran guerra entre el Cielo y el Infierno, y el Cielo destruirá las fuerzas del Infierno, y Dios secará las lágrimas de sufrimiento, y ya no habrá más muerte, ni tristeza, ni llanto, ni dolor, y brillará en la gloria por los siglos de los siglos...

De pronto dejó de hablar.

—*Buen intento* —dijo, con un tono de voz completamente distinto—, *sólo que no será así como ocurrirá. No del todo.*

»*Es decir, lo del fuego y la guerra sí, todo eso bien. Pero esa historia del Arrobamiento... si los vieras a todos allá en el Cielo... todos en filas apretadas hasta donde la mente alcanza y más allá, leguas y leguas de ellos, espadas llameantes y demás, y bueno, lo que quiero decir es que nadie tiene tiempo para ir por ahí seleccionando a la gente y lanzándolos al aire para que se burlen de los que se mueren de radiotoxemia en la tierra agostada y en llamas debajo de ellos. Si es que es ésta tu idea de un tiempo moralmente aceptable, añadiré.*

»*Y respecto a lo que has dicho de que el Cielo ganará inevitablemente... Pues para ser te sincero, si estuviera así preconcebido, en primer lugar no habría Guerra Celestial, ¿no es así? Es todo propaganda, pura y dura. No tenemos más de un cincuenta por ciento de posibilidades de salir vencedores. También podrías llamar a una línea directa con el Infierno para hacer tu apuesta, aunque francamente, cuando el fuego caiga y se levanten los mares de sangre todos vosotros seréis víctimas civiles sea como sea. Entre nuestra guerra y la vuestra van a matar a todo el mundo y dejar que lo resuelva Dios, ¿me sigues?*

»Y oye, perdona todo el parloteo, sólo una pregunta rápida: ¿dónde estoy?

A Marvin O. Bagman se le iba congestionando el rostro progresivamente.

—¡Es el Diablo! ¡Que el Señor me proteja! ¡El Diablo habla a través de mí! —  
estalló, y se interrumpió a sí mismo—. *Qué va, todo lo contrario. Soy un ángel. Ah, veo que esto debe de ser América. Siento no poder quedarme...*

Se hizo el silencio. Marvin intentó abrir la boca, pero no ocurrió nada.

Lo que tenía en la mente, fuera lo que fuera, estaba mirando en derredor. Miraba al equipo del plató, los que no estaban llamando a la policía o sollozando en las esquinas. Miró a los cámaras de rostro grisáceo.

—Vaya —dijo—, ¿estoy saliendo por televisión?



Crowley iba a ciento ochenta por Oxford Street.

Metió la mano en la guantera buscando sus gafas de sol de repuesto, y sólo encontró cintas. Irritado, cogió una al azar y la insertó en la ranura.

Lo que quería era Bach, pero se conformaba con los Travelling Wilburys.

*All we need is, Radio Gaga*, cantaba Freddie Mercury.

Y lo que necesito yo, pensó Crowley a raíz de la canción, me ha fallado del todo.

Tomó la rotonda de Marble Arch en dirección contraria, a ciento cuarenta. Los relámpagos hacían titilar el cielo de Londres como un tubo de neón estropeado.

*Un cielo lívido en Londres*, pensó Crowley, *Y comprendí que se acercaba el fin*. ¿Quién escribió aquello? Chesterton, ¿no? El único poeta del siglo XX que se acercó a la Verdad.

El Bentley salió disparado de Londres en tanto que Crowley se recostaba en el sillón del conductor y hojeaba el ejemplar chamuscado de *Las Buenas y Ajustadas Profecías de Agnes la Chalada*.

Hacia el final del libro encontró una hoja de papel doblada con la elegante letra inglesa de Azirafel. La desdobló (mientras la palanca de cambio de marchas metía tercera y el coche aceleraba esquivando un camión de frutas que acababa de salir marcha atrás de una lateral por sorpresa), y la volvió a leer.

Luego la leyó una vez más, con una lenta sensación de hundimiento en el fondo del estómago.

El coche cambió de dirección de golpe. Ahora se dirigía al pueblo de Tadfield, en Oxfordshire. Podría llegar en una hora si se daba prisa.

De todas maneras, no había otro sitio adonde ir.

La cinta se terminó, y se activó la radio del coche.

—... *de Consejos para Jardineros desde el Club de Jardinería de Tadfield*.

*Estuvimos aquí en 1953, un verano estupendo, y como recordará el equipo, hay una rica llanura de Oxfordshire al este, que por el oeste se convierte en caliza. Es de esos lugares donde dices, da igual lo que plantes, que te saldrá bien hermoso. ¿No es así, Fred?*

*—Pues sí —dijo el Doctor Fred Windbright, de los Jardines Botánicos Reales—. Ni yo mismo lo hubiera dicho mejor.*

*—Bien, pasamos a la primera pregunta para el equipo; nos habla el señor R. P. Tyler, presidente de la Asociación de Vecinos local, si no me equivoco.*

*—Ejem. Sí. Eh, yo cultivo rosales, pero mi Molly McGuire, una ganadora de concursos, ha perdido unos cuantos capullos a causa de una tormenta de lo que parecen ser peces. ¿Qué recomienda el equipo para estos casos, aparte de cubrir el jardín con un toldo? Quiero decir, he escrito al ayuntamiento...*

*—No es un problema muy común. ¿Harry?*

*—Señor Tyler dígame, ¿son frescos los peces, o en conserva?*

*—Frescos, creo.*

*—Entonces no hay problema, amigo. Por allí también ha llovido sangre últimamente, y ojalá ocurriera lo mismo en Dales, donde tengo yo el jardín. Me ahorraría una fortuna en fertilizantes. Lo que tiene que hacer es enterrarlos en el... ¿CROWLEY?*

*Crowley no dijo nada.*

**CROWLEY, LA GUERRA HA EMPEZADO. CURIOSAMENTE, HEMOS REPARADO EN QUE HAS BURLADO A LAS FUERZAS QUE AUTORIZAMOS PARA RECOGERTE.**

*—Mm —asintió Crowley.*

**CROWLEY... VAMOS A GANAR ESTA GUERRA. PERO AUNQUE PERDIÉRAMOS, EN LO QUE A TI SE REFIERE, NO SE NOTARÁ LA DIFERENCIA. PORQUE MIENTRAS QUEDE UN DEMONIO VIVO EN EL INFIERNO, CROWLEY, DESEARÁS HABER SIDO CREADO MORTAL.**

*Crowley permanecía en silencio.*

**LOS MORTALES PUEDEN ESPERAR LA MUERTE, O LA REDENCIÓN. TÚ NO PUEDES ESPERAR NADA.**

**LO ÚNICO QUE PUEDES ESPERAR ES LA MISERICORDIA DEL INFIERNO.**

*—No me digas.*

**SÓLO SON BROMAS NUESTRAS.**

*—Ngk —repuso Crowley.*

*—... como saben los jardineros aplicados, no hace falta decir que el tibetano este es un pequeño diablillo. Mira que hacer un túnel por entre tus begonias, como quien no quiere la cosa... Una taza de té lo cambiará, con manteca de yak rancia preferiblemente; puedes encontrarla en cualquier establ...*

Whiii. Bzzzz. Las interferencias ahogaron el resto del programa.

Crowley apagó la radio y se mordió el labio inferior. Bajo la ceniza y el hollín que le cubrían el rostro, tenía un aspecto muy cansado y muy asustado.

Y, de repente, muy enfadado. Era por esa forma que tenían de dirigirse a los demás. Como si uno fuera una planta a la que se le empiezan a caer las hojas. Tomó una curva que en teoría debía conducirle a la vía de acceso a la M25, desde donde saldría a la M40 en dirección a Oxforshire.

Pero algo le había ocurrido a la M25. Algo que hacía daño a los ojos si se miraba fijamente.

De lo que había sido la autopista de circunvalación M25 surgía un barullo de salmodia formado por varias tendencias: ruidos de claxon y de motores, sirenas, pitidos de teléfonos móviles y el griterío de los niños pequeños atrapados para siempre en los cinturones de seguridad del sillón de atrás. El lema «Salve a la Bestia, Devoradora de Mundos» acompañaba el canto, una y otra vez, en el dialecto secreto del Sacerdocio Negro del antiguo Mu.

*El temido sello de Odegra, pensó Crowley, en tanto que desviaba el coche rumbo a la Circular Norte. Eso lo hice yo. Es culpa mía. Podría haber sido otra autopista. Un buen trabajo, sí, eso seguro, pero ¿ha valido la pena? Todo está fuera de control. El Cielo y el Infierno ya no llevan la voz cantante, es como si el planeta entero fuera un país tercermundista que por fin ha conseguido la Bomba...*

Entonces sonrió. Chasqueó los dedos. Unas gafas de sol se materializaron ante sus ojos. La ceniza desapareció de su traje y de su piel.

Qué diablos. Ya que tenía que ir, ¿por qué no hacerlo con estilo?

Silbando suavemente, siguió conduciendo.

**T**omaron la salida de la autopista como ángeles destructores, lo cual era bastante lógico.

No iban tan rápido, a fin de cuentas. Los cuatro mantenían una velocidad constante de ciento sesenta, como si estuvieran convencidos de que el espectáculo no podía empezar sin ellos. Y no podía. Tenían todo el tiempo del mundo; el poco que le quedaba, vamos.

Les seguían otros cuatro motoristas: Big Ted, Greaser, Pigbog y Skuzz.

Estaban eufóricos. Ahora eran Ángeles del Infierno auténticos, y cabalgaban sobre el silencio.

Sabían que los rodeaba el rugido de la tormenta eléctrica, el estruendo del tráfico, el silbido del viento y de la lluvia. Pero los Jinetes dejaban una estela de silencio, puro y muerto. Casi puro, al menos. Y del todo muerto.

Lo rompió Pigbog, gritando a Big Ted.

—¿Tú cuál te vas a pedir? —le preguntó con voz quebrada.

—¿Qué?

—Que qué te vas a...

—Eso ya lo he oído. No pregunto qué has dicho. Lo que has dicho lo ha oído todo el mundo. Lo que quiero saber es lo que *quieres* decir.

A Pigbog se le antojó que ojalá hubiera prestado más atención al Libro del Apocalipsis. Si hubiera sabido que iba a aparecer en él, lo habría leído con más interés.

—Pues quiero decir que, ellos son los Cuatro Jinetes del Apocalipsis, ¿o no?

—Moteros —corrigió Greaser.

—Vale. Los Cuatro Moteros del Apocalipsis. Guerra, Hambre, Muerte y... y el otro. Polución.

—Sí, ¿y qué?

—Y nos han dicho que vale, que vayamos con ellos, ¿o no?

—¿Y qué?

—Pues que somos *otros* Cuatro Jine..., ehm, Moteros del Apocalipsis.

Hubo un silencio. Se cruzaban con las luces de los coches que pasaban por el carril opuesto, dando a las nubes una luz irreal, y el silencio era casi total.

—¿Puedo ser Guerra yo también? —pregunto Big Ted.

—Pues no, ¿cómo quieres ser Guerra? Guerra es ella. Tienes que elegir otra cosa.

Big Ted retorció el rostro por el esfuerzo que le llevaba pensar.

—Pues LCG —dijo al cabo de un rato—. Soy Lesiones Corporales Graves. Ése soy yo. Toma ya. ¿Y tú qué?

—¿Yo puedo ser Basura? —preguntó Skuzz—. ¿O Problemas Personales Embarazosos?

—Basura no —repuso Lesiones Corporales Graves—. Eso lo tiene ése, Polución.

Pero puedes ser lo otro.

Siguieron conduciendo en silencio con las luces rojas de los Cuatro unos metros por delante.

Lesiones Corporales Graves, Problemas Personales Embarazosos, Pigbog y Greaser.

—Pues yo, Malos Tratos a los Animales —anunció Greaser. Pigbog se preguntó si estaba en contra de ellos o no. Aunque tampoco importaba demasiado.

Y le tocó el turno a Pigbog.

—Yo creo... que voy a ser los contestadores. Son una putada —dijo.

—¿Contestadores? ¿Te parece a ti que un Motero del Repocalipsis se pueda llamar Contestadores? Qué chorrada.

—¡No es una chorrada! —replicó Pigbog, molesto—, es igual que Guerra, Hambre y tal. Es un problema de la vida, ¿no? Contestadores. Odio los malditos contestadores.

—Pues anda que yo... —asintió Malos Tratos a los Animales.

—Tú cierra el pico —le espetó LCG.

—¿Yo me lo puedo cambiar? —preguntó Problemas Personales Embarazosos, que había estado cavilando con ahínco desde su última intervención—. Mejor voy a ser Cosas que No Funcionan Ni Aunque les Metas un Buen Viaje.

—Vale, pues cámbiatelo. Pero tú no puedes ser los contestadores, Pigbog. Elige otra cosa.

Pigbog reflexionaba. Ojalá no hubiera tocado el tema. Era como las entrevistas de orientación que tenía cuando iba al colegio. Estaba deliberando.

—La Gente Bien —dijo al final—. La odio.

—¿La Gente Bien? —exclamó Cosas que No Funcionan Ni Aunque les Metas un Buen Viaje.

—Sí. Sí, tío, los que salen por la tele, con esa mierda de pelos, pero que no parecen capullos porque son ellos. Se ponen trajes anchos y a ver quién dice que son un puñado de gilipollas. O sea, yo, si los veo por la calle les paso la cara lentamente por una alambrada. Y pienso una cosa —respiró hondo. Estaba seguro de que aquel era el discurso más largo que había pronunciado en toda su vida<sup>[46]</sup>—. Y pienso una cosa: si a mí me tocan las narices tanto, fijo que a los demás también.

—Supongo —dijo Malos Tratos a los Animales—. Y llevan gafas de sol cuando no es necesario.

—Y comen queso derretido, y esa mierda de Cerveza sin Alcohol— añadió Cosas que No Funcionan Ni Aunque les Metas un Buen Viaje—. Qué asco. ¿Qué gracia tiene bebérselo si no te hace potar? Y oye, se me ocurre otra cosa. ¿Por qué no me lo cambio otra vez y así soy Cerveza sin Alcohol?

—No, joder —contestó Lesiones Corporales Graves—. Ya te lo has cambiado una

vez.

—Bueno, pues —dijo Pigbog—, por eso quería ser Gente Bien.

—Vale —dijo el jefe.

—No sé por qué no me dejas ser Cerveza sin Alcohol de mierda si me da la gana.

—Calla la boca.

Muerte y Hambre y Guerra y Polución seguían adelante hacia Tadfield.

Y Lesiones Corporales Graves, Malos Tratos a los Animales, Cosas que No Funcionan Ni Aunque les Metas un Buen Viaje pero en secreto Cerveza sin Alcohol, y Gente Bien conducían tras ellos.



Era un sábado por la tarde húmedo y borrascoso, y Madame Tracy se sentía muy esotérica.

Llevaba puesto el traje largo y suelto y tenía una sartén llena de coles al fuego. La habitación estaba iluminada con velas, cada una de ellas situada cuidadosamente en una botella de vino recubierta de cera, dispuestas en los cuatro rincones de la sala de estar.

Había otras tres personas con ella. La Señora Ormerod de Belsize Park, con un sombrero verde oscuro que en otra vida pudo ser un florero; el Señor Scroggie, delgado y pálido, con sus ojos saltones e incoloros; y Julia Petley de *Peinados de Hoy*<sup>[47]</sup>, la peluquería de High Street, recién acabados los estudios y convencida de que ella misma había descubierto insondables misterios. Para destacar su lado esotérico, Julia empezó a llevar demasiada joyería en plata batida a mano y sombra de ojos verde. Pensaba que así tenía un aire embrujado, descamado y romántico, y lo habría tenido si hubiera perdido otros quince kilos. Estaba convencida de que era anoréxica, porque cada vez que se miraba al espejo, lo que veía era una persona gorda.

—Unan las manos, por favor —les pidió Madame Tracy—. Necesitamos un silencio total. El mundo de los espíritus es muy sensible a las vibraciones.

—Pregunte si mi Ron está por ahí —sugirió la Sra. Ormerod. Tenía la mandíbula como un ladrillo.

—Claro, querida, pero tiene que estar callada mientras me pongo en contacto.

Se hizo el silencio, que sólo fue interrumpido por los ruidos del estómago de Scroggie.

—Disculpen, señoras —masculló.

Madame Tracy había descubierto, tras años Retirando el Velo y Explorando los Misterios, que dos minutos era el tiempo de silencio adecuado para esperar que el

Mundo de los Espíritus contactara. Alargarlo más los impacientaba, y reducirlo les daba la impresión de que estaban tirando el dinero.

Estaba haciendo la lista de la compra de cabeza.

Huevos. Lechuga. Queso fundido. Cuatro tomates. Mantequilla. Un rollo de papel higiénico. Que no se me olvide, que no queda. Un buen filete de hígado para el Señor Shadwell, angelito mío, qué lástima...

Tiempo.

Madame Tracy echó atrás la cabeza, la dejó caer ladeada y lentamente la levantó. Tenía los ojos casi cerrados.

—Ya va, cielo —oyó que le decía la Sra. Ormerod a Julia Petley—. No hay por qué alarmarse. Sólo está abriendo una puerta hacia el otro lado. Su guía espiritual llegará enseguida.

A Madame Tracy le irritó sobremanera el ser desplazada y dejó escapar un gemido grave. «Ooooooooooh».

Entonces, con voz temblorosa y de falsete:

—¿Estás ahí, Guía Espiritual?

Esperó un poco para dar pie a la intriga. Lavavajillas. Dos latas de alubias en salsa de tomate.

—Jau —dijo con una voz marrón oscuro.

—¿Eres tú, Jerónimo? —se preguntó a sí misma.

—Ser yo, jau —se contestó.

—Tenemos un nuevo miembro aquí esta tarde —continuó.

—Jau, Srta. Petley —saludó como Jerónimo. Siempre pensó que el espíritu guía Piel Roja era un elemento imprescindible, y el nombre le encantaba. Se lo había contado a Newton. Él comprendió que no sabía nada de Jerónimo, pero no tuvo valor para decírselo.

—Oh —chilló Julia—. Encantada de conocerle.

—Jerónimo, ¿está mi Ron ahí? —preguntó la Sra. Ormerod.

—Jau, india Beryl —repuso Madame Tracy—. Haber tantas almas perdidas merodeando por aquí... Quizá Ron estar entre ellas. Jau.

Madame Tracy había aprendido la lección años atrás, y ahora nunca sacaba a Ron hasta que se acercara el final. De lo contrario, Beryl Ormerod ocupaba la sesión entera contándole a Ron Ormerod todo lo que le había ocurrido desde la última charla. (Ron, ¿te acuerdas de Sybilla? Sí, la pequeña de nuestro Eric; bueno, ahora no la reconocerías, le ha dado por el macramé, y nuestra Leticia, ya sabes, la mayor de Karen, se ha hecho lesbiana, pero eso hoy en día está bien, y está preparando una disertación sobre las películas de Sergio Leone vistas desde la perspectiva feminista, y nuestro Stan, ya sabes, el gemelo de Sandra, ya te hablé de él la última vez, bueno, ganó el torneo de dardos, y eso está muy bien porque todos pensábamos que sería un



niño de mamá, y la gotera del cobertizo se ha vuelto a abrir, pero hablé con el mayor de nuestra Cindi, que es albañil y se pasará a verlo el domingo, lo que me recuerda que...)

No. Beryl Ormerod podía esperar. Un relámpago iluminó la tarde, seguido del rugido de los truenos lejanos. Madame Tracy se sintió orgullosa, como si lo hubiera hecho ella. Era mejor aún que las velas para crear ambiente. El ambiente era la clave del mediumismo.

—Y ahora —dijo Madame Tracy con su voz normal—, el Sr. Jerónimo quiere saber si hay alguien aquí llamado Sr. Scroggie.

A Scroggie le brillaron los ojos acuosos.

—Ehm, pues sí, yo me llamo así —dijo esperanzado.

—Bien, aquí hay alguien que quiere verle —el Sr. Scroggie llevaba un mes asistiendo a las sesiones, y a ella aún no se le había ocurrido ningún mensaje que darle. Era el momento—. ¿Conoce a alguien llamado... John?

—No —contestó el Sr. Scroggie.

—Bien, tenemos interferencias celestiales. El nombre podría ser Tom. O Jim. O, hum, Dave.

—Conocía un Dave cuando estaba en Hemel Hempstead —explicó él, algo dubitativo.

—Sí, dice que sí, Hemel Hempstead, eso dice —añadió Madame Tracy.

—Pero me encontré con él la semana pasada cuando paseaba al perro y tenía un aspecto estupendo —replicó el Sr. Scroggie, ligeramente asombrado.

—Dice que no se preocupe, que es más feliz al otro lado del velo —insistió Madame Tracy, que opinaba que siempre era mejor dar buenas noticias a los clientes.

—Dígale a mi Ron que tenemos que hablar de la boda de nuestra Krystal —dijo la Sra. Ormerod.

—Lo haré, reina. Ahora espera un segundín, me está viniendo algo...

Y algo le vino. Se aposentó en la mente de Madame Tracy y echó un vistazo afuera.

—*Sprechen sie Deutsch?* —dijo, usando la boca de Madame Tracy—. *Parlez-vous Français? Wo bu hui zhongwen?*

—¿Eres tú, Ron? —preguntó la Sra. Ormerod. La respuesta, cuando llegó, sonaba exasperada.

—*No. En absoluto. Sin embargo una pregunta tan idiota sólo puede hacerse en un país perteneciente a este planeta sumido en la ignorancia, la mayor parte del cual, por cierto, he tenido ocasión de ver durante las últimas horas. Querida señora, no soy Ron.*

—Bueno, pues yo quiero hablar con Ron Ormerod —insistió la Sra. Ormerod algo irritada—. Es bajito y calvo. ¿Podría pasármelo, por favor?

Hubo un instante de silencio.

—*Parece ser que por aquí ronda un espíritu que responde a esa descripción. Muy bien. Se lo paso, pero dese prisa. Estoy tratando de impedir el Fin del Mundo.*

La Sra. Ormerod y el Sr. Scroggie intercambiaron miradas. Nunca había pasado nada igual en las sesiones anteriores. Julia Petley estaba embelesada. Esperaba que a continuación se manifestaran ectoplasmas.

—¿Ho-hola? —dijo Madame Tracy con otra voz. La Sra. Ormerod se levantó. Hablaba exactamente como Ron. Hasta entonces Ron hablaba como Madame Tracy.

—Ron, ¿eres tú?

—Sí, B-Beryl.

—Bien. Pues tengo muchísimas cosas que contarte. Para empezar fui a la boda de Krystal, que fue el sábado pasado, la mayor de Marilyn...

—B-Beryl. Nuhnu-nunca m-me de-dejaste a-abrir la buhboca c-cuando estaba vivo. A-a-ahora estoy muhmuerto y sólo qu-quiero decirte una c-c-cosa.

Beryl Ormerod estaba algo contrariada por todo aquel asunto. Siempre que Ron se había manifestado antes, le había dicho que era más feliz al otro lado del velo, viviendo en algún lugar que sonaba más que parecido a una casita celestial. Ahora sonaba exactamente igual que Ron, y no estaba segura de que fuera aquello lo que quería. Y le dijo lo que siempre le decía a su marido cuando se ponía a hablar con aquel tono de voz.

—Ron, recuerda que padeces del corazón.

—Ya n-no tengo co-corazón. ¿T-te a-acuerdas? Pero bueno, Beh-Beryl...

—Dime, Ron.

—Cállate —y el espíritu se marchó—. *Emocionante escena familiar, ¿verdad? Y ahora, muchas gracias, damas y caballeros, pero tengo que seguir adelante.*

Madame Tracy se levantó, se fue a la puerta, y encendió las luces.

—¡Fuera! —dijo.

Sus clientes se levantaron, anonadados e indignados, en el caso de la Sra. Ormerod, y salieron al rellano.

—Esto no terminará así, Marjorie Potts —gritó la Sra. Ormerod, llevándose el bolso al pecho con fuerza, y cerró con un portazo.

Y luego su voz amortiguada se oyó desde el pasillo.

—Y puede decirle a Ron que lo *suyo* tampoco terminará así.

Madame Tracy (y el nombre de su carnet de conducir de ciclomotores era de verdad Marjorie Potts) se fue a la cocina y apagó el fuego de las coles.

Puso agua a hervir. Se hizo un poco de té. Se sentó a la mesa de la cocina, sacó dos tazas, y las llenó. En una puso dos terrones de azúcar. Luego se detuvo.

—*Yo sin azúcar, gracias* —dijo Madame Tracy.

Dispuso las tazas en la mesa delante de ella, y tomó un sorbo de la que llevaba

azúcar.

—Bueno —dijo, con una voz que cualquiera habría considerado suya, aunque tal vez no hubiera reconocido el tono, que echaba humo de rabia—. ¿Y si me dice qué pasa aquí? Y más vale que tenga una buena explicación.



Un camión desparramó su carga entera por la M6, Según su manifiesto, el camión llevaba un cargamento de chapa de zinc, aunque a los dos policías patrulleros les estaba costando un poco aceptarlo.

—Lo que yo quiero saber es de dónde ha salido todo ese pescado —se explicó el sargento.

—Ya se lo he dicho. Cayó del cielo. Yo iba tan tranquilo a noventa y de repente ¡plas!, me cae un salmón de seis kilos en el parabrisas. Doy un volantazo y va y derrapo por culpa de *eso* —señaló los restos de un pez martillo de debajo del camión—. Y luego me doy con *eso de ahí* —*Eso de ahí* era un montón de peces de distintas formas y tamaños que alcanzaba los diez metros de altura.

—¿Ha bebido, señor? —preguntó el sargento, sin llegar a albergar esperanzas.

—Pues claro que no he bebido, pedazo de memo. ¿Está viendo el pescado o no?

En la cima del montón, un pulpo bastante grande parecía saludarles moviendo un tentáculo en dirección a ellos. El sargento resistió la tentación de devolverle el saludo.

El agente de policía estaba inclinado hacia el interior del coche, hablando por la radio «... chapa de zinc y de pescado está bloqueando la M6 en dirección sur en algo más de un kilómetro y medio. Vamos a tener que cerrar todo el carril sur. Sí.»

La lluvia aumentó. Una trucha pequeña, que había sobrevivido milagrosamente a la caída, se puso a nadar animosamente en dirección a Birmingham.



—Ha sido maravilloso —suspiró Newton.

—Me alegro —contestó Anatema—. La tierra se ha movido para todos. —Se levantó del suelo, dejando la ropa desperdigada por la alfombra, y entró en el cuarto de baño.

Newton levantó la voz.

—En serio, ha sido maravilloso. Increíblemente maravilloso. Siempre esperé que lo fuera, y lo ha sido.

Se oyó un ruido de grifos abiertos.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Ducharme.

—Ah —se preguntó distraído si todo el mundo se duchaba después o si sólo lo harían las mujeres. Sospechaba que los bidés entraban en juego en algún momento.

—Te propongo una cosa —dijo Newton, en tanto que Anatema salía del baño envuelta en una esponjosa toalla rosa—. ¿Por qué no lo hacemos otra vez?

—No —repuso ella—, ahora no. —Terminó de secarse y empezó a recoger la ropa del suelo y a ponérsela con toda naturalidad. Newton, un hombre que estaba preparado para esperar media hora a que quedara libre alguna cabina en las piscinas antes que afrontar la posibilidad de desnudarse delante de otro ser humano, se sintió un tanto trastornado y profundamente encantado.

Las partes de su cuerpo aparecían y desaparecían como las manos de un prestidigitador; Newton trataba una y otra vez de contarle los pezones y fracasaba, aunque no le importaba.

—¿Y por qué no? —le preguntó. Estaba a punto de decir que no tardarían mucho, pero una voz interna le aconsejó que se callara. Estaba creciendo muy deprisa en muy poco tiempo.

Anatema se encogió de hombros, un movimiento bastante difícil de realizar mientras se pone una cómoda camisa negra.

—Ella dijo que sólo lo hacíamos esta vez.

Newton abrió la boca dos o tres veces, y luego dijo:

—Y una mierda. Es imposible, no podía predecir esto. No me lo creo.

Anatema, completamente vestida, se acercó a su archivo de fichas, sacó una y se la pasó.

Newton la leyó, se puso colorado y se la devolvió, apretando los labios.

No era sólo el hecho de que Agnes lo supiera y lo hubiera expresado en el más transparente de los códigos. Era que, a través de los tiempos, distintos Devices habían garabateado pequeños comentarios alentadores en el margen.

Ella le dio la toalla húmeda.

—Toma —le dijo—. Date prisa. Tenemos que ponemos en marcha en cuanto tenga los bocadillos preparados.

Él miró la toalla.

—¿Para qué me das esto?

—Para que te duches.

Ah. O sea que lo hacían los hombres y las mujeres. Menos mal que ya lo había aclarado.

—Pero deprisa, ¿eh? —insistió.

—¿Por qué? ¿Tenemos que salir de aquí en diez minutos antes de que explote el

edificio?

—Qué va. Aún tenemos un par de horas. Lo que pasa es que he gastado casi toda el agua caliente. Tienes mucho yeso en el pelo.

La tormenta lanzó una ráfaga moribunda alrededor de Villa Jazmín; y Newton, tapándose estratégicamente con la toalla rosa húmeda que ya no estaba esponjosa, se apresuró a darse una ducha fría.



*En su sueño, Shadwell flota por encima del parque de un pueblo. En medio del parque hay un montón de leña y de ramas secas. En medio del montón hay una estaca de madera. Hombres, mujeres y niños se encuentran alrededor, en el césped, expectantes, alborotados.*

*Una conmoción repentina: diez hombres atraviesan el parque guiando a una mujer de mediana edad, hermosa; en su juventud debió de ser muy llamativa, y la palabra «vivaracha» se desliza al interior de la mente de Shadwell en sueños. Delante de ella camina el Soldado Cazabrujas Newton Pulsifer. No, no es él. Es más viejo, y va vestido con cuero negro. Shadwell reconoce con aprobación el antiguo uniforme de los Comandantes Cazabrujas.*

*Una mujer trepa a la pira, se echa las manos a la espalda y la atan a la estaca. La pira está encendida. Habla a la muchedumbre, dice algo, pero Shadwell está demasiado alto para oírlo. La multitud se acerca a ella.*

*Es una bruja, piensa Shadwell. Están quemando a una bruja. Le proporciona una cálida sensación. Así se hacía. Así era como las cosas tenían que ser.*

*Sólo que...*

*Ella lo está mirando a él, directamente, y dice «Y aplícate el cuento, viejo bobo necio».*

*Sólo que va a morir. La van a quemar viva. Y en el sueño, Shadwell se da cuenta de que es una forma horrible de morir.*

*Las llamas suben.*

*Y la mujer mira hacia arriba. Lo está mirando fijamente, aunque es invisible. Y sonrío.*

*Y de pronto todo estalla.*

*El crujido de un trueno.*

He oído un trueno, pensó Shadwell al despertar, con la sensación permanente de que alguien lo seguía observando.

Abrió los ojos, y trece ojos de cristal le observaban desde las estanterías del tocador de Madame Tracy, incrustados en diversas caras borrosas.

Desvió la mirada para encontrarse con los ojos de alguien que le miraba de hito en hito. Era él.

Cáspita, pensó aterrorizado, estoy sufriendo una experiencia fuera de mi cuerpo, me veo a mí mismo, ahora sí que la he espichado...

Se puso a hacer movimientos de nado frenéticamente para alcanzar su cuerpo y, como suele pasar, las perspectivas le encajaron.

Shadwell se tranquilizó y se preguntó para qué querría alguien tener un espejo en el techo del dormitorio. Meneó la cabeza, confundido. Se levantó de la cama y se puso las botas con cautela. Le faltaba algo. Un cigarrillo. Se metió las manos en el fondo de los bolsillos, sacó una lata y empezó a liar un cigarrillo.

Sabía que había tenido un sueño. No se acordaba de él, pero le incomodaba, fuera lo que fuese.

Encendió el cigarrillo. Y se vio la mano derecha: el arma definitiva. El artefacto más terrible. Apuntó con el dedo a un osito de peluche con un solo ojo que había en la repisa de la chimenea.

—Bang —dijo, y se rió entre dientes. No solía reírse y le entró la tos, lo que quería decir que estaba de nuevo en territorio conocido. Quería beber algo. Una dulce lata de leche condensada.

Madame Tracy tendría.

Salió del tocador de Madame Tracy pisando con fuerza, rumbo a la cocina.

Se detuvo fuera de la pequeña cocina. Estaba hablando con alguien. Con un hombre.

—¿De modo que qué quiere que haga, exactamente? —preguntaba.

—Esta mujer de mala vida —musitó Shadwell. Obviamente tenía allí un cliente.

—*Francoamente, mi querida damisela, mis planes acerca de esta cuestión están forzosamente algo dispersos.*

A Shadwell se le heló la sangre. Atravesó la cortina de cuentas, gritando:

—¡Los pecados de Sodoma y Gomorra! ¡Aprovecharse de una mujer indefensa! ¡Por encima de mi cadáver!

Madame Tracy levantó la vista, y le sonrió. No había nadie más en la cocina.

—¿Adónde está? —preguntó Shadwell.

—¿Quién? —preguntó a su vez Madame Tracy.

—Un bujarrón con acento del sur —repuso—. Le he oído. Estaba aquí con sus proposiciones. Que lo he oído.

La boca de Madame Tracy se abrió, y una voz contestó:

—*Un bujarrón del sur no, Sargento Shadwell. EL bujarrón del sur.*

A Shadwell se le cayó el cigarrillo al quedarse boquiabierto. Estiró el brazo, temblando levemente, y señaló a Madame Tracy.

—Demonio —gruñó.

—No —replicó Madame Tracy con la voz del demonio—. *Mire, ya sé lo que está pensando. Piensa que en cualquier momento esta cabeza empezará a girar y que yo me pondré a vomitar sopa de guisantes. Pues mire, no. No soy un demonio. Y quisiera que escuchara lo que tengo que decir.*

—Engendro del diablo, cállate —le ordenó Shadwell—. No escucharé tus mentiras diabólicas. ¿Sabes lo que es esto? Es una mano. Cuatro dedos. Un pulgar. Ya ha exorcizado a uno de vosotros esta mañana. Ahora sal de la cabeza de esta buena mujer o te mando al día del juicio final.

—Ése es el problema, Señor Shadwell —dijo Madame Tracy con su propia voz—. El día del juicio final. Es ya. Ése es el problema. El Señor Azirafel me lo ha estado contando todo. Ahora pare de portarse como un viejo tonto, siéntese y tome una taza de té; él se lo explicará también a usted.

—Que no me da la gana de escuchar lisonjas demoníacas, mujer —insistió Shadwell.

Madame Tracy le sonrió.

—Será posible que sea usted tan bobo... —dijo.

Cualquier otra cosa le habría dado igual.

Se sentó.

Pero no bajó el brazo.



Las señales elevadas indicaban que el desvío hacia el sur estaba cerrado, y había crecido un pequeño bosque de conos naranjas, desviando a los conductores por un carril de dos direcciones de la franja norte. Otras señales indicaban a los conductores que redujeran la velocidad a cincuenta. Los coches de policía iban guiando a los conductores como si se tratara de perros pastores con una franja roja.

Los cuatro motoristas ignoraron señales, conos y coches de policía y siguieron adelante por el carril sur vacío de la M6. Los otros cuatro, justo detrás de ellos, aminoraron un poco.

—¿No sería mejor... ehm... parar o algo? —preguntó Gente Bien.

—Sí. Podría ser un choque en cadena —repuso Pizar Mierdas de Perro (anteriormente Todos los Extranjeros y sobre todo los Franceses, antes Cosas que No Funcionan ni Aunque les Metas un Buen Viaje, que nunca llegó a ser Cerveza Sin Alcohol, brevemente Problemas Personales Embarazosos, conocido anteriormente como Skuzz).

—Somos los otros Cuatro Jinetes del Apocalipsis —señaló LCG—. Hacemos lo mismo que ellos. Vamos a seguirles.

Condujeron rumbo al sur.



—Un mundo que sólo sea para nosotros —exclamó Adán—. Todo lo han estropeado siempre los demás, pero podemos deshacernos de ellos y volver a empezar. ¿A que es genial?



—*Confío en que estará familiarizado con el Libro del Apocalipsis* —preguntó Madame Tracy con la voz de Azirafel.

—Sí —contestó Shadwell, que no lo estaba. Su pericia bíblica empezó y terminó con el Éxodo, capítulo veintidós, versículo dieciocho, que se refería a las brujas, al sufrimiento de vivir y a por qué no se debe hacer. Una vez echó un vistazo al versículo diecinueve, que trataba de dar muerte a aquellos que yacieran con bestias, pero le pareció que aquello escapaba bastante a su jurisdicción.

—*Entonces habrá oído hablar del Anticristo.*

—Me dirás —repuso Shadwell, que una vez vio una película que lo explicaba todo. Algo de placas de cristal que se caían de un camión y le cortaban la cabeza a la gente, por lo que recordaba. Pero no salía ninguna bruja de tomo y lomo. Se durmió a la mitad.

—*El Anticristo se halla en la Tierra en estos momentos, Sargento. Está provocando el Apocalipsis, el Día del Juicio Final, aunque él no lo sabe. El Cielo y el Infierno se están preparando para la guerra, y se va a armar la de Dios es Cristo.*

Shadwell se limitó a lanzar un gruñido.

—*No se me permite actuar directamente en esta operación, Sargento. Pero estoy seguro de que puede comprender que la inminente destrucción del mundo no es algo que un hombre en sus cabales permitiría. ¿Me equivoco?*

—Supongo que no —respondió Shadwell, dando un sorbo de leche condensada a una lata oxidada que Madame Tracy había descubierto debajo del fregadero.

—*De modo que sólo hay una cosa que hacer Y usted es el único hombre en el que puedo confiar. Hay que matar al Anticristo, Sargento Shadwell. Y usted tiene que hacerlo.*

Shadwell frunció el ceño.

—No sé yo si podré —dijo—. El Ejército Cazabrujas sólo mata brujas. Es una de las reglas. Y demonios y diablillos, claro está.



—Pero, pero el Anticristo es más que una bruja. Es... es LA Bruja. Es lo más brujo que se pueda echar a la cara.

—¿Cuesta más despacharlo que, pongamos, un demonio? —preguntó Shadwell, que empezaba a animarse.

—No mucho más —aseguró Azirafel, que lo único que había hecho en su vida para despachar demonios era insinuar enfáticamente que él, Azirafel, tenía mucho trabajo y que qué tarde se estaba haciendo. Y Crowley siempre cogía la indirecta.

Shadwell se miró la mano derecha, y sonrió. Entonces vaciló.

—Ese Anticristo... ¿cuántos pezones tiene?

El fin justifica los medios, pensó Azirafel. Y el camino al Infierno está lleno de buenas intenciones<sup>[48]</sup>. Y mintió alegre y convincentemente:

—Montones. *Cientos de ellos. Tiene el pecho cubierto de pezones; a su lado Diana de Éfeso parece totalmente apezónica.*

—No sé qué Diana dices —repuso Shadwell—, pero si es una bruja, y por lo que dices eso parece, entonces, como sargento del EC, soy el hombre que buscas.

—Bien —dijo Azirafel a través de Madame Tracy.

—Yo no sé qué pensar de este lío de matar gente —opinó la Madame Tracy auténtica—. Pero si se trata de elegir entre ese hombre, el Anticristo, o los demás, bueno, supongo que no hay más remedio.

—En efecto, querida dama —respondió—. *Bien, Sargento Shadwell; ¿tiene usted algún arma?*

Shadwell se frotó la mano derecha con la izquierda, abriendo y cerrando el puño.

—Ajá —dijo—. Esto de aquí. —Se llevó dos dedos a los labios y sopló suavemente.

Hubo un silencio.

—¿Su mano? —preguntó Azirafel.

—Ajá. Es un arma terrible. Contigo funcionó, ¿no, criatura del diablo?

—¿No tendría algo más... sustancial? Como la Daga de Meguido, o el Shiv de Khali...

Shadwell negó con la cabeza.

—Tengo alfileres —sugirió—. Y el rifle del Coronel Cazabrujas No Comerás Nada Vivo con Sangre ni Harás Hechizos ni Observarás el Tiempo Dalrymple... Podría cargarlo con balas de plata.

—Me temo que eso es para los hombres lobo —le indicó Azirafel.

—¿Pues ajo?

—Para los vampiros.

Shadwell se encogió de hombros.

—Ajá, bueno, tampoco tengo balas de esas. Pero el rifle disparará lo que sea. Voy por él.

Salió arrastrando los pies y pensando, ¿para qué quiero otro arma, si tengo una mano?

—*Y ahora, mi querida damisela* —continuó Azirafel—. *Supongo que tendrá algún medio de transporte fiable a su disposición.*

—Por supuesto —aseguró Madame Tracy. Se acercó al rincón de la cocina y cogió un casco de moto rosa, con un girasol amarillo pintado, se lo puso y se lo ajustó debajo de la barbilla. Después revolvió un armario, sacó dos o tres bolsas de la compra y un montón de periódicos locales amarillentos, y por fin un casco verde fluorescente con las palabras EASY RIDER dibujadas en la parte superior; era un regalo de hacía veinte años de su sobrina Petula.

Shadwell, de vuelta con el rifle al hombro, se la quedó mirando incrédulo.

—No sé qué está mirando usted, Señor Shadwell —le dijo—. Está aparcada abajo en la puerta —le tendió el casco—. Se lo tiene que poner. Lo dice la ley. No creo que esté permitido ir tres en un scooter, aunque dos estén... hum, compartidos. Pero es una emergencia. Y le aseguro que estará a salvo, si se coge a mí bien fuerte —sonrió—. ¿No le parece divertido?

Shadwell palideció, masculló algo inaudible y se puso el casco verde.

—¿Cómo dice, Señor Shadwell? —Madame Tracy lo miraba con acritud.

—Que digo que no me arrimo a ti ni harto de vino, mala pécora —contestó Shadwell.

—Ya está bien de emplear ese lenguaje, Señor Shadwell —le regañó Madame Tracy, y lo condujo afuera, escaleras abajo hasta Crouch End High Street, donde un antiguo scooter los esperaba a los dos, o más bien a los tres.



El camión bloqueaba la carretera. La chapa de zinc bloqueaba la carretera. Y un montón de diez metros de pescado fresco bloqueaba la carretera. Era una de las carreteras más eficazmente bloqueadas que el sargento había visto en toda su vida.

La lluvia no facilitaba las cosas.

—¿Sabe alguien cuándo llegan los bulldozers? —gritó por la radio.

—Estamos crrrrk haciendo todo lo que crrrrkmos —se oyó en respuesta.

Notó que algo le estiraba del pantalón, y miró hacia abajo.

—¿Langostas? —dio un respingo, luego un salto, y se subió al capó del coche de policía—. Langostas —repitió. Había unas treinta, algunas de más de medio metro. La mayoría estaba remontando la autopista; unas cuantas se habían detenido a investigar el coche de policía.

—¿Ocurre algo? —preguntó el agente desde el arcén, donde tomaba nota de los

datos del camionero.

—Sólo que no me gustan las langostas —dijo el sargento con gravedad, cerrando los ojos—. Me producen sarpullidos. Tienen demasiadas patas. Me quedaré aquí sentado y cuando se hayan ido me avisas.

Se sentó en el coche, bajo la lluvia y notó el agua calarle los bajos del pantalón.

Se oyó un estruendo lejano. ¿Truenos? No. Era continuo y se acercaba. Motos. El sargento abrió un ojo.

*¡Dios santo!*

Eran cuatro, e iban a más de ciento sesenta. Estaba a punto de bajarse para hacerles señales cuando pasaron de largo en dirección al camión volcado.

El sargento ya no podía hacer nada. Cerró los ojos y esperó la colisión. Les oía acercarse. Y luego:

Whoosh.

Whoosh.

Whoosh.

Y una voz en su mente dijo: YA OS ALCANZARÉ LUEGO.

—¿Pero tú te has quedao? —preguntó Gente Bien—. ¡Se lo han saltado volando! (—Hostia puta —exclamó LCG—. Si ellos pueden, nosotros también.)

El sargento abrió los ojos. Se volvió al agente y abrió la boca.

El agente farfulló:

—Han... Ellos han... Han pasado vol...

*Tomp. Tomp. Tomp.*

*Splat.*

Cayó otro aguacero de peces, aunque esta vez duró menos, y se le podía dar una explicación más fácilmente. Un brazo enfundado en cuero se agitó sin fuerzas desde el enorme montón de pescado. La rueda de una moto giraba incontrolable.

Era Skuzz, semiconsciente, decidiendo que si odiaba algo más que a los franceses era estar cubierto hasta el cuello de pescado, con lo que le parecía una pierna rota. Lo odiaba a muerte.

Quería decirle a LCG que tenía un nuevo papel; pero no podía moverse. Algo húmedo y viscoso se le deslizó por una manga.

Después, cuando lo sacaron del montón de pescado y vio a los otros tres motoristas cubiertos con sábanas comprendió que era demasiado tarde para decirles nada.

Por eso no salían en el libro ese de los Apocalipsis que decía Pigbog. Porque no habían llegado tan lejos por la autopista.

Skuzz farfulló algo. El sargento de policía se inclinó.

—No intentes hablar, hijo —le aconsejó—. Enseguida llegará la ambulancia.

—Escuche —graznó Skuzz—. Es muy importante. Los Cuatro Jinetes del

Apocalipsis... son unos cabrones de pura cepa, los cuatro.

—Está delirando —anunció el sargento.

—Y un carajo. Soy Gente Cubierta de Pescado —repuso con voz ronca, y se desmayó.



El sistema de tráfico de Londres es mil veces más complicado de lo que se pueda imaginar.

No tiene nada que ver con las influencias demoníacas o angelicales. Más bien está en relación con la geografía, la historia y la arquitectura.

Es más que nada una ventaja para la gente, aunque jamás lo creerían.

Londres no se diseñó para los coches. Ni tampoco, de hecho, para las personas. Simplemente ocurrió. Lo cual creó problemas, y las soluciones que se aportaron se convirtieron en más problemas durante los cinco, diez o cien años siguientes.

La última solución había sido la M25: una autopista que describía un círculo alrededor de la ciudad. Hasta entonces los problemas no pasaron de ser bastante básicos: elementos que se quedaban obsoletos antes de estar terminados de construir, colas einsteinianas que acababan extendiéndose por delante, por detrás y por todas partes y cosas de ese tipo.

El problema actual era que no existía; al menos no en términos espaciales normales para los humanos. La caravana de coches, no conscientes de ello o que buscaban rutas alternativas fuera de Londres, se extendía por todo el centro de la ciudad desde todas las direcciones. Por primera vez, Londres estaba totalmente paralizado. La ciudad entera era un embotellamiento gigantesco. Los coches, en teoría, son un medio de transporte increíblemente rápido de un sitio a otro. Los atascos, por otra parte, son una oportunidad increíble de estarse parado. Bajo la lluvia, en la oscuridad, mientras la sinfonía cacofónica de pitos iba creciendo y creciendo.

Crowley se estaba hartando.

Le había dado tiempo a releer las anotaciones de Azirafel, y de echar un vistazo a las profecías de Agnes la Chalada, y a pensar en serio.

Las conclusiones a las que llegó fueron las siguientes:

1. El Apocalipsis se acercaba.
2. Crowley no podía hacer nada al respecto.
3. Iba a ocurrir en Tadfield. O a empezar allí, por lo menos. Después ocurriría en todas partes.

4. Crowley estaba en la lista negra del Infierno<sup>[49]</sup>.
5. Azirafel estaba —en la medida en que se podía calcular— fuera de la ecuación.
6. Todo estaba negro, oscuro y horrible. No se veía luz al final del túnel, y si la había, era un tren que se acercaba.
7. También podría buscar un pequeño bar acogedor y ponerse completamente ciego mientras esperaba que se acabara el mundo.
8. Y sin embargo...

Y fue entonces cuando se derrumbó todo.

Porque, en el fondo, Crowley era un optimista. Siempre tuvo una certeza que le ayudó a seguir adelante en los malos tiempos —pensó brevemente en el siglo XIV—, la certeza absoluta de que todo se arreglaría; de que el universo cuidaría de él.

Vale, de modo que el Infierno pasaba de él. De modo que el mundo se acababa. De modo que la Guerra Fría había terminado y la Gran Guerra empezaba en serio. De modo que lo tenía más negro que la boca del lobo. Pues aún había esperanza.

Todo era cuestión de estar en el sitio adecuado en el momento oportuno.

El sitio adecuado era Tadfield. De esa estaba seguro; en parte por el libro y en parte por algún otro sentido: en el mapamundi mental de Crowley, Tadfield daba punzadas como una jaqueca.

El momento oportuno era antes del fin del mundo. Se miró el reloj. Tenía dos horas para llegar a Tadfield, aunque probablemente hasta el fluir normal del tiempo debía de estar algo inestable.

Crowley tiró el libro al asiento del pasajero. A grandes males, grandes remedios: no le había hecho un rasguño al Bentley en sesenta años.

Qué diablos.

Viró de repente, causando graves daños al morro del Renault 5 rojo que tenía detrás, y se metió en la acera.

Encendió las luces y tocó el claxon.

Así los peatones se podían dar por avisados de su presencia. Y si no podían quitarse de en medio... bueno, todo daría igual al cabo de un par de horas. Tal vez. Seguramente.

—Toma ya —dijo Anthony Crowley, y siguió conduciendo.



Había seis mujeres y cuatro hombres, cada uno de ellos con un teléfono y un tocho de papel de impresora con nombres y números de teléfono. Junto a cada nombre había una anotación a tinta que indicaba si la persona contactada estaba o no

estaba y, lo más importante, si quienes cogían el teléfono se morían por introducir el aislamiento por paredes con cámara de aire en sus vidas.

La mayoría no.

Los diez permanecían allí sentados, hora tras hora, engatusando, suplicando, prometiendo a través de sonrisas de plástico. Entre llamada y llamada apuntaban cosas, tomaban café, y se maravillaban de la lluvia que resbalaba por las ventanas. Se mantenían en sus puestos como la orquesta en el Titanic. Si no se vendía el doble acristalamiento con aquel tiempo, no se vendería en la vida.

Lisa Morrow decía:

—... Mire, si me deja terminar, sí, entiendo, pero si... —y al ver que le habían colgado, dijo—: Peor para ti, caraculo.

—He pillado a otro bañándose —comunicó al vendedor telefónico que tenía al lado.

Estaba a punto de batir el récord diario de la oficina de Sacar a la Gente del Baño, y le faltaban dos puntos para ganar el premio semanal Coitus Interruptus.

Marcó el siguiente número de la lista.

Lisa no pretendía ser vendedora telefónica. Ella lo que de verdad quería era ser un glamoroso miembro internacionalmente reconocido de la jet-set, pero no le llegaba el currículum.

Si se hubiera sacado algún título que le permitiera ser aceptada como un glamoroso miembro internacionalmente reconocido de la jet-set, o como auxiliar de dentista (su segunda opción profesional), o como cualquier otra cosa que no fuera vendedora telefónica, su vida habría sido más larga y seguramente más plena.

Quizás no mucho más larga, a fin de cuentas, dado que era el Día del Fin del Mundo, pero sí habría vivido más horas.

Por eso, lo que tenía que hacer para vivir más no era llamar al número que acababa de marcar, que según su lista de décima mano de venta por correo correspondía al hogar del Sr. A. J. Cowlley.

Pero lo había marcado. Y esperado a que sonara cuatro veces. Luego dijo:

—Jopé, otro contestador —e hizo ademán de colgar.

Pero entonces algo salió del auricular. Algo muy grande y muy enfadado.

Tenía cierto aspecto de gusano. De enorme gusano enfadado hecho de miles y miles de gusanitos diminutos, todos retorciéndose y gritando, millones de bocas de gusanito abriéndose y gritando furiosas, y cada una de ellas gritaba «Crowley».

Dejó de gritar. Se movía como un loco, como si tratara de averiguar dónde estaba. Y de pronto se hizo añicos.

Aquello se dividió en miles y miles de gusanos grises diminutos. Se subieron a la moqueta, a los escritorios, a Lisa Morrow y a sus nueve compañeros; se les metieron en la boca, en la nariz, en los pulmones; anidaron en la carne, en los ojos, en el

cerebro y en las neuronas, reproduciéndose como locos sobre la marcha, llenando así la sala de una mezcla de carne y porquería que se agitaba. Entonces aquella masa empezó a moverse al unísono, a coagularse en una entidad única y enorme, que llegaba al techo y emitía pulsaciones suaves.

Se abrió una boca en la masa de carne, con hilos de algo húmedo y pegajoso pegados a los labios por llamarlos de algún modo, y Hastur dijo:

—Lo necesitaba.

Media hora atrapado en un contestador con sólo un mensaje de Azirafel por compañía no le había calmado los humos.

Ni tampoco la idea de tener que informar al Infierno y de tener que explicar por qué no había regresado hacía una hora y, ante todo, por qué no le acompañaba Crowley.

Al Infierno no le hacían gracia los fracasos.

El lado positivo, no obstante, era que había oído el mensaje de Azirafel. Y aquello podría permitirle seguir con vida durante mucho tiempo.

Y de todos modos, pensó, si iba a tener que enfrentarse a la ira del Consejo Oscuro, al menos no sería con el estómago vacío.

La habitación se llenó de un humo de azufre, denso, y cuando se disipó, Hastur se había marchado. Allí no quedaban más que diez esqueletos, sin un gramo de carne, y algunos charcos de plástico derretido con algún fragmento desperdigado de metal que pudo haber sido parte de un teléfono. Más valdría haber sido auxiliar de clínica dentista.

Pero si miraba uno el lado bueno, lo único que demostraba todo aquello era que el mal contiene las semillas de su propia destrucción. En aquel instante, gente de todo el país que se habría puesto más tensa y furiosa al haberla sacado de un buen baño, o al oír su nombre mal pronunciado, se sentía en cambio tranquila y en paz con el mundo. Como resultado de la acción de Hastur, una ola de bondad en menor grado empezó a expandirse de manera exponencial a través de la población, y millones de personas que podrían haber sufrido leves contusiones en el alma, en realidad estaban bien. Por lo tanto no pasaba nada.



Nadie hubiera pensado que era el mismo coche. Apenas le quedaba un dedo sin rascar. Las luces delanteras estaban destrozadas. Los tapacubos se habían soltado hacía rato. Parecía el veterano de un sinfín de rallies en los que hay que dejar fuera de combate a los demás participantes.

Las aceras habían sido un desastre. Los pasos peatonales inferiores también. Y lo

peor, cruzar el Támesis. Al menos fue previsor y cerró todas las ventanillas.

Y a pesar de todo, allí estaba.

Le quedaba un tramo para alcanzar la M40; Oxfordshire quedaba bastante cerca. Sólo había una pega: una vez más, entre Crowley y la carretera abierta se hallaba la M25. Una franja quejumbrosa y brillante de luz oscura<sup>[50]</sup>. *Odegra*. Nada podía cruzarla y sobrevivir.

Nada mortal, al menos. Y no estaba seguro de qué podía pasarle a un demonio. No le mataría, pero tampoco sería agradable.

Había un control policial delante del paso elevado que cruzaba la carretera oscura. La policía no parecía muy contenta.

Crowley redujo la marcha, metió segunda y pisó el acelerador.

Pasó de largo el control a cien. Ésa era la parte fácil.

Por todo el mundo son famosos los casos de combustión humana espontánea. Uno sigue adelante con su vida tan tranquilo; y de pronto no es más que una triste foto de un montón de cenizas y un pie o una mano solitarios ilesos. Acerca de la combustión espontánea de vehículos existe menos bibliografía.

Dijeran lo que dijeran las estadísticas, habían aumentado en uno.

Los asientos de cuero empezaron a echar humo. Mirando al frente, Crowley tanteó con la mano izquierda el asiento de al lado en busca de *Las Buenas y Ajustadas Profecías de Agnes la Chalada* y las colocó a salvo en su regazo. Ojalá Agnes hubiera profetizado aquello<sup>[51]</sup>.

Entonces las llamas envolvieron el coche.

Tenía que seguir conduciendo.

Al otro lado del paso elevado se encontraba otro control, que impedía el paso de aquellos coches que intentaran entrar en Londres. Se reían de algo que acababan de oír por la radio, acerca de un policía en moto de la M6 que se había lanzado tras un coche patrulla robado para descubrir que el conductor era un enorme pulpo.

Algunas fuerzas policiales se lo creían todo. Pero no la metropolitana. La Metro era la policía más dura., la más cínicamente pragmática, la más cabezota y de pies en la tierra de toda Gran Bretaña.

Costaba un triunfo desconcertar a un poli de la Metro.

Costaba, por ejemplo, un enorme coche maltrecho convertido en ni más ni menos que una bola de fuego, un limón infernal llameante, estruendoso y retorcido, conducido por un loco sonriente con gafas de sol sentado entre las llamas, que despedía un humo denso y negro, acercándoseles bajo el azote de la lluvia y del viento a ciento veinte kilómetros por hora.

Aquello no fallaba nunca.





La cantera era el centro tranquilo de un mundo tormentoso.

Los truenos no sólo rugían a lo alto, sino que además partían el aire en dos.

—Van a venir unos amigos míos —repitió Adán—. Estarán al caer. Y cuando lleguen podemos empezar.

Perro se puso a aullar. Ya no era el aullido similar a las sirenas de un lobo solitario, sino las extrañas oscilaciones de un perrillo con problemas gordos.

Pepper llevaba todo el rato sentada mirándose las rodillas.

Parecía tener algo en mente.

Por fin levantó la vista hacia Adán, y le miró a los perdidos ojos grises.

—¿Y tú qué parte te quedas, Adán? —le preguntó.

De pronto un zumbido de silencio reemplazó la tormenta.

—¿Qué? —dijo Adán.

—Has repartido el mundo entre nosotros tres, pero... ¿y tú qué?

El silencio sonaba como un arpa, alto y fino.

—Eso —asintió Brian—, no nos has dicho qué parte te quedas tú.

—Pepper tiene razón —dijo Wensleydale—. Me parece que ya no queda nada si nosotros nos quedamos con esos países.

Adán abrió y cerró la boca.

—¿Qué? —repitió.

—¿Qué te coges tú, Adán? —insistió Pepper.

Adán la observaba. Perro había dejado de aullar y tenía los ojos fijos en su amo con una mirada interesada y pensativa de perrillo.

—¿Yo?

El silencio seguía reinando, con una única nota que ahogaba los ruidos del mundo entero.

—Pues Tadfield —respondió Adán.

Todos se lo quedaron mirando de hito en hito.

—Y, y el Bajo Tadfield, y Norton, y Norton Woods...

Seguían mirándole de hito en hito.

—Son lo único que quiero —añadió.

Los otros negaron con la cabeza.

—Pueden ser míos si quiero —afirmó Adán, y su voz tintineó con rebeldía resentida y la rebeldía acabó en duda repentina—. Puedo mejorarlos, además. Que haya árboles mejores para trepar, y estanques mejores, y mejores...

Su voz se fue apagando.

—Es imposible —dijo Wensleydale sin más—. No son como América y los otros

sitios. Son de verdad. Además, nos pertenecen a todos. Son nuestros.

—Y no podrías mejorarlos —señaló Brian.

—Y de todas maneras, si lo hicieras lo sabríamos todos —añadió Pepper.

—Si eso es lo que os preocupa, no os preocupéis —repuso Adán sin darle importancia—, porque podría haceros hacer lo que me diera la gana, o sea que...

Dejó de hablar, escuchando horrorizado las palabras que articulaba su boca. Los Ellos estaban retrocediendo.

Perro se llevó las patas a la cabeza.

El rostro de Adán parecía la personificación de la caída del imperio.

—No —dijo con voz quebrada—, ¡no! ¡Volved! ¡Os lo ordeno!

Se detuvieron en seco a media huida.

Adán los miraba.

—Ha sido sin querer —se explicó—. Sois mis amigos...

Su cuerpo sufrió una sacudida. La cabeza se le echó hacia atrás. Alzó los brazos y aporreó el cielo con los puños.

Su rostro se contrajo. El suelo de caliza se agrietó bajo sus zapatillas deportivas.

Adán abrió la boca y gritó. Fue un sonido que una garganta meramente mortal no habría sido capaz de emitir; escapó de la cantera, se mezcló con la tormenta, y las nubes se dividieron, formando así nuevas siluetas desagradables.

Se prolongó y se prolongó.

Resonaba por todo el universo, que es bastante más pequeño de lo que los físicos creerían. Hizo vibrar las esferas celestiales.

Transmitía un mensaje de pérdida, y no concluyó en mucho tiempo.

Y de pronto paró.

Algo se había esfumado.

La cabeza de Adán se inclinó hacia delante. Abrió los ojos.

Fuera lo que fuera lo que acababa de estar allí hacía un instante, volvía a ser Adán Young. Un Adán Young mejor informado, pero Adán Young al fin y al cabo. Posiblemente más Adán Young que nunca.

El espantoso silencio que invadía la cantera fue reemplazado por un silencio más familiar, más acogedor, por la simple y mera ausencia de ruido.

Los Ellos, liberados, estaban encogidos de miedo contra el acantilado de tiza, mirándole fijamente.

—No pasa nada —aseguró Adán con calma—. Pepper, Wensley, Brian. Venid aquí. No pasa nada, no pasa nada. Ahora lo sé todo. Y me tenéis que ayudar. Si no, va a ocurrir todo. Va a ocurrir de verdad. Va a pasar todo si no hacemos algo.



Las tuberías de Villa Jazmín vibraron, hicieron ruido y ducharon a Newton con un agua de tono vagamente kaki. Pero fría. Debía de ser la ducha más fría que se había dado Newton en toda su vida.

No le sentó nada bien.

—El cielo está rojo —dijo cuando salió. Se sentía ligeramente maniaco— y son las cuatro y media de la tarde. En agosto. ¿Qué significa? En términos de operativos náuticos complacidos, quiero decir. O sea, si lo que hace falta para complacer a un marinero es una noche de cielo rojo, ¿qué hace falta para complacer al tío que maneja los ordenadores en un superpetrolero? ¿O son sus pastores los que se sienten complacidos por la noche? Nunca me acuerdo.

Anatema miró la escayola que Newton tenía en el pelo. La ducha no se la había quitado; sólo la había humedecido y repartido, con lo cual parecía que llevara un sombrero blanco con pelo dentro.

—Vaya golpe te has dado, ¿eh?

—Es de cuando me he dado con la cabeza en la pared, cuando tú...

—Ya —Anatema miraba socarronamente por la ventana—. ¿A ti te parece que está de color sangre? —dijo—. Es muy importante.

—Pues no exactamente —dijo Newton, desviándose brevemente del hilo de sus ideas—. Más que sangre es un rosa. Seguramente la tormenta ha llenado el aire de polvo.

Anatema estaba hojeando *Las Buenas y Ajustadas Profecías*.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Pensar a qué remite. Es que no puede...

—Mira, no te molestes —sugirió Newton—. Ya sé lo que significa la 3477. Se me ha ocurrido cuando...

—¿Cómo que sabes lo que significa?

—Lo vi de camino hacia aquí. Y no pegues esos gritos. Me duele la cabeza. Que sí, que lo he visto. Está escrito en la base aérea esa que dices tú. No tiene nada que ver con La Paz de Bolivia. Y es «La Paz es Nuestra Profesión», todo seguido. Es de esas cosas que suelen poner en paneles en las bases aéreas. Como el SAC 8657745th Wing, Los Screaming Blue Demons, y la Paz es Nuestra Profesión. Esas cosas —Newton se agarró la cabeza. Decididamente, la euforia se apagaba—. Si Agnes estaba en lo cierto, lo más seguro es que haya algún loco en la base enchufando los misiles y abriendo las compuertas de lanzamiento. O como se llamen.

—No, no, ahí no hay ningún loco —repuso Anatema firmemente.

—No me digas. Oye, que voy al cine, ¿eh? Dime una sola razón por la que estés tan segura.

—Que no hay bombas ni misiles. Por aquí todo el mundo lo sabe.

—¡Es una base aérea! ¡Tiene pistas de aterrizaje!

—Es para aviones de carga y tal. Ahí solo tienen sistemas de telecomunicaciones.  
Radios y cosas de esas. Nada que explote.  
Newton la miró.

Ahí va Crowley, a 180 por la M40 en dirección a Oxfordshire. Incluso el observador más decididamente ocasional repararía en sus numerosas peculiaridades. Los dientes apretados, por ejemplo, o el brillo rojizo de detrás de las gafas de sol. Y el coche. Sobre todo el coche.

Crowley había empezado el viaje en el Bentley, y que lo partiera un rayo si no lo acababa en el Bentley. Aunque ni siquiera un aficionado de los que tienen hasta gafas protectoras hubiera podido asegurar que se trataba de un Bentley antiguo. Ya no. Ni siquiera que se trataba de un Bentley. Sólo habrían podido afirmar que había un cincuenta por ciento de posibilidades de que fuera un coche.

Para empezar, ya no le quedaba pintura. Podría haber seguido siendo negro donde no estaba de un marrón rojizo oxidado y sucio, pero hubiera sido un negro carbón apagado. Viajaba en una bola de fuego, como una cápsula espacial en una maniobra de reentrada particularmente difícil.

Había una fina capa de goma derretida alrededor de las llantas, pero teniendo en cuenta que éstas rodaban a dos dedos de la superficie del suelo, aquello no parecía influir demasiado en la suspensión.

Debería haberse venido abajo hacía kilómetros.

Era el esfuerzo de mantenerlo en funcionamiento lo que obligaba a Crowley a apretar los dientes, y la retroalimentación bioespacial lo que le daba ese brillo a sus ojos. Eso y el esfuerzo de tener que acordarse de no respirar.

No se había sentido así desde el siglo XIV.



El ambiente en la cantera era ya más amistoso, aunque todavía intenso.

—Tenéis que ayudarme a arreglarlo —insistió Adán—. Lo han intentado solucionar desde hace siglos, pero ahora nos toca a nosotros.

Asintieron muy dispuestos.

—Mirad, lo que pasa —explicó Adán—, lo que pasa es... como lo de Culogordo Johnson.

Los Ellos asintieron. Todos conocían a Culogordo Johnson y a los miembros de la otra pandilla del Bajo Tadfield. Eran más mayores y no muy simpáticos. Apenas pasaba una semana sin alguna escaramuza.

—Vale —continuó Adán—, siempre ganamos, ¿no?

—Casi siempre —respondió Wensleydale.

—Casi siempre —repitió Adán—, y...

—Más de la mitad de las veces por lo menos —señaló Pepper—. Porque, ¿te

acuerdas cuando lo de la fiesta de los mayores en el ayuntamiento, que nosotros... ?

—Ésa no cuenta —dijo Adán—. Les regañaron igual que a nosotros. Y además, se supone que los mayores tienen que estar contentos de oír a los niños jugar, lo he leído en algún sitio, y no sé por qué nos tienen que echar la bronca sólo porque nos tocan los mayores que no son —se quedó callado—. Además, somos los mejores.

—Hombre, pues claro —reiteró Pepper—. Que somos los mejores, eso seguro. Pero no ganamos siempre.

—Imaginaos —dijo Adán, despacio— que podemos ganarles para siempre. Echarlos, o algo. Estar seguros de que no hay más bandas en el Bajo Tadfield además de nosotros. ¿Qué os parece?

—¿O sea, que estén... muertos? —preguntó Brian.

—No, sólo que se hayan ido.

Pensaron en ello. Culogordo Johnson era un hecho de la vida desde el día en que fueron capaces de pegarse los unos a los otros con un tren de juguete. Trataron de encajar en sus mentes el concepto de un mundo con un agujero en forma de Culogordo.

Brian se rascó la nariz.

—Sería genial sin Culogordo Johnson —opinó—. ¿Os acordáis de lo que hizo en mi cumpleaños? Y encima me la cargué yo.

—No sé —dijo Pepper—. A lo mejor no sería tan interesante sin él y su banda. En el fondo, nos lo pasamos bien con Culogordo Johnson y los Johnsonitas. Seguramente tendríamos que encontrar otra banda o algo así.

—Yo creo —señaló Wensleydale— que si preguntas a la gente del Bajo Tadfield, dirían que lo mejor es que no haya ni Johnsonitas ni Ellos.

Aquello chocó incluso a Adán. Wensleydale siguió hablando estoicamente.

—El grupo de los mayores por lo menos. Y Pickito. Y...

—Pero si somos los buenos... —empezó a replicar Brian. Dudó—, Bueno, vale, pero seguro que no se lo pasarían ni la mitad de bien si no estuviéramos.

—Sí —asintió Wensleydale—, eso digo yo.

—La gente de aquí no quiere saber nada ni de nosotros ni de los Johnsonitas —continuó con aire, taciturno—. Si siempre se están quejando de que vamos en bici y en monopatín por la acera y de que hacemos demasiado ruido y todo eso. Es como dijo ese de los libros de historia. Una placa en ambas casas.

Aquello se encontró con el silencio.

—¿Una de esas azules —dijo Brian al cabo de un rato—, que ponga «Adán Young vivió aquí», o algo así?

Normalmente aquel tipo de apertura desembocaba en cinco minutos de intrincada discusión si los Ellos estaban de humor, pero Adán no pensaba que fuera el momento.

—¿Estáis diciendo —concluyó con su mejor tono de presidente— que daría

exactamente lo mismo si los Johnsonitas Culogordos ganaran o perdieran?

—Sí —repuso Pepper—. Porque si les ganáramos, tendríamos que ser nuestros propios enemigos letales. O sea, yo y Adán contra Brian y Wensley —se recostó—. Todo el mundo necesita un Culogordo Johnson —añadió.

—Ya —dijo Adán—. Eso es lo que pensaba. No vale la pena que gane nadie. Lo que yo pensaba. —Se quedó mirando a Perro, o a través de Perro.

—Pues entonces está chupado —dijo Wensleydale recostándose—, no sé por qué les habrá costado tantos siglos de resolver.

—Eso es porque los que intentaron resolverlo eran hombres —apuntó Pepper de manera significativa.

—No veo por qué tienes que tomar partido —dijo Wensleydale.

—Pues claro que tengo que tomar partido —protestó Pepper—. Todo el mundo tiene que tomar partido en algo.

Adán parecía haber llegado a una conclusión.

—Sí. Pero cada uno puede hacer su partido. Coged vuestras bicis —dijo con calma—. Tenemos que ir a un sitio y hablar con unos.



*Putputputputputput...* Era el scooter de Madame Tracy bajando por Crouch End High Street. Era el único vehículo que se movía en una calle de los alrededores de Londres atascada con coches inmóviles, taxis y autobuses de Londres.

—No había visto nunca un atasco así —dijo Madame Tracy—. Habrá habido un accidente.

—*Es muy posible* —asintió Azirafel. Y luego—. Señor Shadwell, como no me coja de la cintura se va a caer. Esto no está hecho para dos personas, ¿sabe?

—Tres —masculló Shadwell, agarrándose al asiento con una mano de blancos nudillos y con el rifle en la otra.

—No lo diré otra vez, Señor Shadwell.

—Pues para el trasto, que me ajuste el rifle —suspiró Shadwell.

Madame Tracy soltó una risita diligente, pero se acercó a la acera y paró la moto.

Shadwell consiguió aclararse y rodeó a Madame Tracy a regañadientes con los brazos, con el rifle aprisionado entre ambos, como de carabina.

Siguieron adelante bajo la lluvia sin decir palabra en diez minutos, *putputputputputput*, en tanto que Madame Tracy negociaba el paso por entre los coches y los autobuses.

Madame Tracy se dio cuenta de que su mirada se detenía en el indicador de velocidad. Vaya tontería, pensó, porque no funcionaba desde el 74 y antes no iba muy

bien.

—*Muy señora mía, ¿a qué velocidad diría usted que viajamos?* —preguntó Azirafel.

—¿Por qué?

—*Porque me da la impresión de que iríamos algo más rápido a pie.*

—No sé, conmigo encima, la velocidad máxima es de veinticinco por hora más o menos, pero con el Señor Shadwell, será... no sé...

—*Seis o siete kilómetros por hora* —se interrumpió.

—Supongo —asintió.

Detrás de ella se oyó una tos.

—¿Es que no se puede ir más despacio con este trasto del infierno, mujer? —preguntó una voz cenicienta. En el panteón infernal, que, no cabe decirlo, Shadwell odiaba uniformemente con toda su alma, Shadwell reservaba una aversión especial para los demonios de la velocidad.

—*En cuyo caso* —señaló Azirafel—, *llegaríamos a Tadfield en algo menos de diez horas.*

Madame Tracy se quedó callada un momento, y dijo:

—¿Pero a cuántos kilómetros está ese Tadfield?

—*A unos sesenta y cinco.*

—Hum —dijo Madame Tracy, que una vez había ido en el scooter a Finchley, a unos cuantos kilómetros, para visitar a su sobrina, pero que desde entonces iba en autobús porque la moto empezó a hacer ruidos raros a la vuelta.

—... *deberíamos ir a ciento diez si queremos llegar a tiempo* —explicó Azirafel—. *Hmm. Sargento Shadwell, cójase bien fuerte.*

*Putputputputputput*, y un nimbo azul empezó a contornear el scooter y sus ocupantes con una especie de brillo suave, como un aura, envolviéndolos.

*Putputputputputput*, y la moto se levantó torpemente del suelo sin ninguna ayuda visible, con una leve sacudida, hasta que alcanzó un metro y medio de altura, más o menos.

—*No mire hacia abajo, Sargento Shadwell* —le advirtió Azirafel.

—... —repuso Shadwell, con los ojos firmemente apretados, la frente gris cubierta de sudor, sin mirar abajo, sin mirar a ninguna parte.

—*Bueno, allá vamos.*

En toda película de ciencia ficción de alto presupuesto hay una escena en la que una nave espacial del tamaño de Nueva York pasa de repente a velocidad luz. Se oye un ruido como al hacer vibrar una regla de madera en el canto de un escritorio, se ve una deslumbrante refracción de la luz y de pronto las estrellas se estiran y la nave desaparece. Esto era exactamente lo mismo sólo que, en vez de ser una reluciente nave espacial del tamaño de una ciudad, era un scooter color hueso de veinte años de



antigüedad. Y no había efectos de arco iris. Ni tampoco pasaba de trescientos por hora. Y en vez de ese intenso silbido que remonta las octavas, se limitaba a hacer *putputputputputput...*

*VROOOOSH.*

Pero por lo demás, era exactamente igual.



En el punto en que la M25, que ahora era un círculo inmóvil, se cruza con la M40 en dirección a Oxfordshire, la policía se concentraba en números cada vez mayores. Desde que Crowley había atravesado la línea divisoria media hora antes, había el doble de personal. Al menos en el lado de la M40.

De Londres no salía nadie.

Además de la policía, había también unas doscientas personas más merodeando por allí, inspeccionando la M25 con prismáticos. Entre ellos se encontraban representantes del Ejército de Su Majestad La Reina, de la Patrulla de Desactivación de Bombas, del Departamento de Contraespionaje británico, del Departamento de Inteligencia británico, del Grupo Especial y de la CIA. También había un hombre vendiendo perritos calientes.

Todo el mundo tenía frío y estaba mojado, asombrado e irritable, a excepción de un agente de policía que tenía frío, estaba mojado, asombrado, irritable y exasperado.

—Mire. Me da igual que me crea o no —suspiró—. Yo sólo le digo lo que he visto. Era un coche antiguo, un Rolls o un Bentley, uno de éstos de los años veinte muy cantones, y le aseguro que pasó del puente.

Uno de los técnicos del ejército le interrumpió.

—Es imposible. Según nuestros instrumentos, la temperatura de la M25 sobrepasa los setecientos grados centígrados.

—O unos ciento cuarenta grados menos... —añadió su ayudante.

—O no llega a los ciento cuarenta bajo cero —asintió el técnico superior—. Parece ser que hay cierta confusión con estos datos, aunque podemos atribuirlo con toda seguridad a un error mecánico de algún tipo<sup>[52]</sup>, pero el caso es que si mandamos helicópteros directamente a sobrevolar la M25 acabarían siendo McNuggets de helicóptero. ¿Cómo diablos me dice usted que un coche viejo pasó por ahí y salió ileso?

—Yo no he dicho que saliera ileso —corrigió el policía, que estaba pensando seriamente en dejar la policía londinense y asociarse a su hermano, que iba a renunciar a su puesto en la compañía de electricidad para dedicarse a criar pollos—. Se incendió. Y siguió adelante.

—¿Espera de verdad que alguno de nosotros crea...? —empezó a decir alguien.

Un lamento agudo, evocador e inquietante, extraño. Como una orquesta de mil armónicas de cristal tocando al unísono, levemente desafinadas; como el sonido de las moléculas del aire mismo retorciéndose de dolor.

Y *Vroooosh*.

Volaba por encima de sus cabezas, a doce metros del suelo, envuelto en un nimbo azul intenso que por los bordes se difuminaba a rojo: una pequeña moto scooter blanca, y sobre ella, una mujer de mediana edad con un casco rosa y, bien agarrado a ella, un hombre bajito con un impermeable y un casco verde fluorescente (la moto estaba demasiado alta para que pudieran ver que tenía los ojos cerrados con fuerza, pero los tenía).

La mujer estaba gritando. Y lo que gritaba era:

«¡Jeróóónimoooooooo!»



Una de las ventajas del Wasabi, como solía destacar Newton tan complacido, era que cuando estaba gravemente dañado casi no se notaba. Newton tuvo que llevar a Dick Turpin por la cuneta para esquivar las ramas caídas.

—¡Se me han caído todas las fichas por tu culpa!

El coche salió a la carretera; una vocecilla procedente de algún lugar de debajo de la guantera anunció: «Alelta Plesión Aseite».

—¿Y ahora cómo voy a ordenarlas? —gimió.

—No las ordenes —le dijo Newton como un loco—. Coge una y ya está. Cualquiera. Da lo mismo.

—¿Qué dices?

—Pues que, si Agnes no se equivoca, y estamos haciendo esto porque ella lo predijo, entonces cualquier carta que cojas ahora mismo tiene que ser relevante. Es lógico.

—Es absurdo.

—No me digas. Pues estás aquí porque ella dijo que estarías. ¿Ya has pensado qué le vas a decir al coronel? Si es que lo vemos, que lo dudo mucho.

—Si somos razonables...

—Mira, conozco esa clase de sitio. Tienen guardias enormes hechos de teca en las puertas, Anatema, y llevan cascos blancos y armas de verdad, ¿sabes?, de ésas que disparan balas de verdad que se te meten dentro, dan cuatro tumbos y salen por el mismo agujero en menos que dices «Oiga, tenemos razones para creer que va a estallar la Tercera Guerra Mundial de un momento a otro y además aquí», y entonces

te mandan a unos tíos con trajes y chaquetas abultadas que se te llevan a una habitación sin ventanas y te preguntan cosas como que si eres o has sido miembro de alguna organización rojilla subversiva, como por ejemplo un partido político británico. Y...

—Ya estamos llegando.

—Pero mira, si tiene compuertas y alambradas y todo el rollo. ¡Y seguro que hay perros de esos que se comen a la gente!

—Me parece que te estás poniendo demasiado nervioso —sugirió Anatema con calma, recogiendo del suelo del coche la última ficha.

—¿Nervioso? ¡Qué va! Me preocupo tranquilamente porque alguien podría pegarme un tiro.

—Estoy segura de que Agnes lo habría mencionado si nos fueran a pegar un tiro. Esas cosas se le daban muy bien —se puso a buscar entre las fichas distraídamente.

—¿Sabes qué? —continuó, cortando cuidadosamente el fajo de fichas y barajándolas después—, he leído que hay una secta que cree que los ordenadores son instrumentos del Diablo. Dicen que el Apocalipsis llegará porque al Anticristo se le dan bien los ordenadores. Parece ser que dice algo así en el libro del Apocalipsis. Lo he debido de leer en algún periódico reciente...

—En el *Daily Mail*, «Carta desde América», del 3 de agosto —añadió Newton—. Justo después de la historia de esa mujer de Worms, Nebraska, que enseñó a su pato a tocar el acordeón.

—Eso —dijo Anatema, poniéndose las cartas boca abajo en el regazo.

¿Los ordenadores, instrumentos del Diablo?, pensaba Newton. No le costaba creerlo. Los ordenadores eran instrumentos de *alguien*, y lo único que sabía con certeza era que suyos no.

El coche se detuvo con una sacudida.

La base aérea tenía un aspecto deplorable. Numerosos árboles grandes se habían derrumbado frente a la entrada, y varios hombres trataban de apartarlos con una excavadora. El guardia de servicio los miraba sin interés, pero se volvió y miró fríamente al coche.

—Vale —dijo Newton—. Coge una.

3001. Tras el nido de l'águila gran fresno a caído.

—¿Ya?

—Sí. Siempre hemos pensado que tenía algo que ver con la revolución rusa. Sigue recto y gira a la izquierda.

Al girar se encontraron en una calle estrecha, con la valla del perímetro de la base a mano izquierda.

—Para aquí. Suele haber coches por aquí y nadie se fija —aseguró Anatema.

—¿Qué sitio es éste?

—Es el paseo de los enamorados local.

—¿Por eso el suelo parece estar cubierto de goma?

Caminaron por el paseo cubierto de setos un tramo, hasta que llegaron al fresno. Agnes tenía razón. Era grande. Y había caído justo encima de la valla.

Un guardia estaba sentado encima, fumando un cigarrillo. Era negro. Newton siempre se sentía culpable en presencia de los negros norteamericanos, por si tal vez le guardaran rencor por los doscientos años de esclavitud.

El hombre se levantó cuando se acercaron, y luego adoptó una postura más informal.

—Ah, hola, Anatema —saludó.

—Hola, George. Menuda tormenta, ¿eh?

—Y que lo digas.

Siguieron caminando. Los miró hasta que ya no le alcanzaba la vista.

—¿Le conoces? —preguntó Newton, con una despreocupación fingida.

—Claro. Suele acercarse con un grupo al pub. Son gente muy normal.

—¿Nos dispararía si entráramos? —preguntó Newton.

—Podría apuntarnos con una pistola de forma amenazadora —admitió Anatema.

—No me digas más. ¿Y qué propones que hagamos?

—Bueno, algo debía de saber Agnes. Así que supongo que lo mejor será esperar. No es para tanto ahora que ya no hace viento.

—Ya —Newton observó las nubes que se acumulaban al horizonte—. Hay que ver, esta Agnes —dijo.



Adán pedaleaba sin parar por la carretera, con Perro corriendo tras él y tratando de morder la rueda trasera de vez en cuando, presa de pura emoción.

Se oyó un chasquido y Pepper bajó de su bicicleta. Era fácil reconocer la bici de Pepper. Ella creía que quedaba mejor con un trozo de cartón sujeto a la rueda con una pinza de tender. Los gatos habían aprendido a emprender la retirada cuando se hallaba a dos calles.

—Creo que iremos más rápido por Drovers Lane y luego por Roundhead Woods —indicó Pepper.

—Está todo embarrado —replicó Adán.

—Ya —repuso ella nerviosa—. Se embarra todo. Mejor vamos por el foso de tiza. Siempre está seco por la tiza. Y luego por la planta de tratamiento de las aguas residuales.

Brian y Wensleydale se detuvieron detrás de ellos. La bicicleta de Wensley era negra, brillante y práctica. La de Brian pudo haber sido blanca en otro tiempo, pero el color se hallaba sepultado bajo una gruesa capa de barro.

—Qué tontería llamarlo base militar —dijo Pepper—. Yo fui un día que abrían a todo el mundo y no tenían ni misiles ni nada. Sólo botones y cuadrantes y bandas de música tocando.

—Ya —contestó Adán.

—Pues los botones y los cuadrantes no tienen nada de militar —insistió Pepper.

—No sé, la verdad —replicó él—. No os imagináis lo que se puede hacer con botones y cuadrantes.

—A mí me regalaron un kit para Navidad —apuntó Wensleydale. Todo cosas eléctricas. Y había botones y cuadrantes. Se podía hacer una radio o cosas que pitaran.

—No sé —dijo Adán, pensativo—. Yo me refiero más a esas personas que se meten en las redes de comunicación militares y les dicen a los ordenadores y eso que se pongan en guerra.

—Jo —exclamó Brian—. Qué *pasada*, ¿no?

—Algo así —repuso Adán.



Solitario y elevado destino, el de ser Presidente de la Asociación de Vecinos del Bajo Tadfield.

R. P. Tyler, bajito, entrado en carnes, satisfecho, caminaba con fuertes pasos por un sendero, acompañado de Shutzi, el caniche enano de su mujer. R. P. Tyler sabía lo que estaba bien y lo que estaba mal; en su vida no había matices morales. Sin embargo, no estaba satisfecho con saberlo simplemente. Pensaba que era su obligación moral ineludible decírselo al mundo entero.

No subiéndose a una tarima de oradores, ni en forma de poesía polémica, ni desde un periódico de formato grande. R. P. Tyler eligió como medio de difusión la sección de cartas al director del periódico local de Tadfield, el *Advertiser*. Si algún árbol del vecino era tan desconsiderado como para dejar caer hojas en el jardín de R. P. Tyler, R. P. Tyler las barría primero cuidadosamente, las metía después en cajas, y dejaba las cajas en la puerta principal del vecino, con una nota muy severa. Luego escribía una carta al *Advertiser*. Si veía adolescentes sentados en el parque, con los radiocassettes en marcha, pasándoselo bien, asumía la responsabilidad de señalarles lo equivocado de su actitud. Y después de huir de sus burlas, escribía al *Advertiser* de Tadfield acerca del declive de la moral y de la juventud de hoy en día.

Desde que se jubiló, sus cartas habían proliferado de tal manera que ni siquiera el *Advertiser* podía publicarlas todas. Y la carta que R. P. Tyler había concluido justo antes de salir a dar su paseo de la tarde empezaba así:

Señores,

constato afligido que los periódicos de hoy en día ya no se sienten en deuda con sus lectores, nosotros, la gente que paga impuestos...

Examinaba las ramas caídas que cubrían la estrecha calle. Supongo, pensaba, que no piensan en la factura de la limpieza cuando nos envían estas tormentas. La junta parroquial tiene que pagar la factura para que lo limpien todo. Y *nosotros*, los contribuyentes, les pagamos sus sueldos...

Las terceras personas a que se refería eran los meteorólogos de Radio Cuatro<sup>[53]</sup>, a quienes R. P. Tyler culpaba del tiempo.

Shutzi se detuvo junto a un haya del borde de la calle para levantar la pata.

R. P. Tyler desvió la mirada, nervioso. Tal vez el único propósito de su paseo vespertino fuera permitir que el perro se desahogara. Miró las nubes de tormenta. Estaban amontonadas a lo alto y formaban elevados conjuntos emborronados de gris y negro. Por entre ellas se abría paso el parpadeo de los rayos, como en la apertura de una película de Frankenstein; también resultaba singular el que se hubieran detenido al alcanzar las fronteras del Bajo Tadfield. Y que en medio de ellas hubiera un limpio círculo de luz del sol; una luz estirada, amarilla, como una sonrisa forzada.

Todo estaba en silencio.

Se oyó un estruendo sordo.

Se acercaban cuatro motos por la estrecha callejuela. Pasaron junto a él a toda velocidad, y doblaron la esquina, molestando a un faisán que cruzó la calle aleteando con un nervioso arco de rojo y verde.

—¡Vándalos! —les gritó R. P. Tyler.

El campo no era para gente como ellos. Era para gente como él.

Tiró de la correa de Shutzi, y siguieron paseando.

Cinco minutos después dobló la esquina y se encontró con tres motoristas agrupados en torno a una señal de tráfico caída, víctima de la tormenta. El cuarto, un hombre alto con visera de espejo, permanecía en su moto.

R. P. Tyler estudió la situación, y sacó conclusiones sin esfuerzo ninguno. Aquellos vándalos —naturalmente tenía razón— habían ido al campo para profanar el monumento a los caídos y arrancar las señales de tráfico.

Se disponía a avanzar severamente hacia ellos cuando cayó en la cuenta de que le superaban en número, cuatro a uno, de que eran más altos que él, y de que eran indudablemente psicópatas violentos. En el mundo de R. P. Tyler no llevaban motos

más que los psicópatas violentos.

De modo que alzó la barbilla e hizo ademán de pasar de largo tan ufano, sin dar muestras de haberlos visto siquiera<sup>[54]</sup>, en tanto que redactaba de cabeza una carta (Señores, esta tarde he constatado afligido que una numerosa banda de gamberros en motocicleta está invadiendo Nuestro Querido Pueblo. Por qué, pero por qué el gobierno no intercede ante esta plaga de...)

—Hola —saludó uno de los motoristas alzándose la visera y mostrando un rostro delgado y una elegante barba negra—. Creo que nos hemos perdido.

—Vaya —dijo R. P. Tyler con desaprobación.

—La señal debe de haberse caído —continuó el motorista.

—Sí, eso parece —asintió R. P. Tyler. Se dio cuenta asombrado de que empezaba a tener hambre.

—Vamos a Tadfield.

Una ceja oficiosa se levantó.

—Ah, son americanos. De la base aérea, supongo (Señores, cuando realicé el servicio militar fui un honor para mi país. Compruebo horrorizado y consternado que los militares de la base aérea de Tadfield se pasean por nuestro noble campo vestidos poco mejor que vulgares matones. Aunque aprecio su importancia a la hora de defender la libertad del mundo occidental...).

Entonces su amor por dar instrucciones se impuso.

—Remonten la carretera unos ochocientos metros y giren primero a la izquierda, me temo que estará todo en un estado deplorable; he escrito numerosas cartas al ayuntamiento acerca de ello, preguntándoles si eran funcionarios del Estado o amos del Estado, porque a fin de cuentas, ¿quién les paga el sueldo?, y luego a la derecha, aunque no es exactamente la derecha, está a la izquierda pero verán que gira hacia la derecha al final, hay una señal que dice Porrit's Lane, pero naturalmente no lo es, porque si miran el mapa territorial, verán que no es más que la parte este de Forest Hill Lane, y saldrán al pueblo, entonces pasan el Bull and Fiddle, que es un bar, y cuando lleguen a la iglesia (he señalado a las personas que recopilan los mapas que es una iglesia con un chapitel, no una torre, de hecho he escrito al *Advertiser* de Tadfield sugiriendo que organicen una campaña local para que corrijan el mapa, y confío plenamente en que una vez esas personas se den cuenta de con quién están tratando, veremos un giro en redondo en sus prácticas) verán una encrucijada, donde pueden seguir recto o tomar la salida a la izquierda, de las dos maneras llegarán a la base aérea (aunque por la salida a la izquierda hay unos cien kilómetros menos), no tiene pérdida.

Hambre le miraba perplejo.

—Ehm... no estoy seguro de poder... —empezó a decir.

YO SÍ. VÁMONOS.

Shutzi dio un gritito y salió disparado a esconderse detrás de R. P. Tyler, donde permaneció temblando.

Los forasteros volvieron a sus motos. Entonces uno de blanco (un hippie, por la pinta que tenía, pensó R. P. Tyler) tiró una bolsa de patatas vacía al arcén de hierba.

—Disculpe —ladró Tyler—. ¿Esa bolsa de patatas es suya?

—No es sólo mío —contestó el chico—. Es de todos.

R. P. Tyler se estiró todo lo alto que era<sup>[55]</sup>.

—Jovencito —continuó— ¿le gustaría que yo fuera a su casa y tirara basura por todas partes?

Polución sonrió con nostalgia.

—Me encantaría —suspiró—, sería maravilloso.

Por debajo de su moto, un escape de aceite dibujaba un arco iris en la carretera mojada.

Los motores aceleraron.

—Me he perdido algo —señaló Guerra—. ¿Por qué tenemos que girar en redondo al llegar a la iglesia?

LIMITAOS A SEGUIRME, dijo el alto que iba delante, y los cuatro se alejaron.

R. P. Tyler los siguió con la mirada hasta que algo que hacía *clacclacclac* distrajo su atención. Se volvió. Cuatro figuras en bicicleta pasaron junto a él a toda velocidad, seguidos de cerca por un perro pequeño que correteaba.

—¡Vosotros! ¡Parad! —gritó R. P. Tyler.

Los Ellos frenaron y se lo quedaron mirando.

—Sabía que eras tú, Adán Young, y tu pequeño, hmpf, conciliábulo. ¿Podéis explicarme qué hacéis aquí a estas horas de la noche? ¿Saben vuestros padres que estáis aquí?

El líder de los ciclistas se volvió.

—No sé por qué dice que es tarde —protestó—, porque, porque a mí me parece que si el sol no se ha puesto, pues entonces no es *tarde*.

—Deberíais estar en la cama —les informó R. P. Tyler—, y no me saques la lengua, jovencita —aquello iba por Pepper—, o le escribiré una carta a tu madre para decirle lo lamentables que son esos modales tuyos tan pueriles e impropios de una señorita.

—Pues perdone —replicó Adán ofendido—. Pepper sólo le estaba mirando. No sabía que hubiera ninguna ley contra mirar.

Se armó un alboroto en la hierba. Shutzi, que era un caniche francés casi de juguete especialmente refinado, de esos que sólo poseen aquellos que no han logrado incluir niños en su presupuesto, estaba sufriendo las amenazas de Perro.

—Jovencito Young —ordenó R. P. Tyler—, le ruego aparte su chucho de mi Shutzi —Tyler no confiaba en Perro. Cuando lo conoció, hacía tres días, le gruñó y le



puso los ojos rojos. Aquello empujó a Tyler a escribir una queja, indicando que Perro tenía indudablemente la rabia, lo cual representaba un peligro para la comunidad, y que debería ser sacrificado para beneficio de todos, hasta que su mujer le recordó que los ojos brillantes rojos no eran un síntoma de la rabia, ni tampoco, para el caso, nada que pudiera verse fuera de esas películas que ninguno de los Tyler irían a ver ni locos porque ya sabían todo lo que había que saber de ellas, muchas gracias.

Adán estaba atónito.

—Perro no es un chucho. Es un perro excepcional. Es inteligente. Perro, deja en paz al caniche asqueroso del Señor Tyler.

Perro le ignoró. Aún tenía muchos perros que perseguir.

—Perro —repitió Adán con tono amenazador. El perro se retiró hasta la bicicleta de su amo.

—No habéis contestado a mi pregunta. ¿Adónde vais?

—A la base —contestó Brian.

—Si a usted le parece bien —añadió Adán, con lo que esperaba fuera un sarcasmo ácido y mordaz—. O sea, es que no nos gustaría ir si a usted no le parece bien.

—Pequeño simio impertinente —le espetó R. P. Tyler—. En cuanto vea a tu padre, Adán Young, le pienso decir en términos nada imprecisos, que...

Pero los Ellos ya estaban pedaleando en dirección a la base aérea de Tadfield, por su camino propio, que era mucho más corto y pintoresco que el que Tyler aconsejaba.



R. P. Tyler había redactado una larga carta mental acerca de los defectos de la juventud de hoy en día. Abarcaba los principios educativos en decadencia, la falta de respeto hacia los mayores, la forma en que andaban alicaídos y arrastrando los pies en vez de caminar derechos como Dios mandaba, la delincuencia juvenil, la reinstauración del servicio militar obligatorio, de los azotes, de la flagelación y las licencias de perros.

Estaba muy satisfecho de ella. Tenía la leve sospecha de que sería demasiado buena para el *Advertiser*, y decidió mandarla al *Times*.

*Putputputputputput.*

—Disculpe, encanto —dijo una cálida voz femenina—. Me parece que nos hemos perdido.

Era un scooter bastante viejo, y lo montaba una mujer de mediana edad. Bien agarrado a ella y con los ojos cerrados, había un hombrecillo con un impermeable y un casco verde brillante. Entre ellos había algo así como un arma antigua con un

cañón en forma de embudo.

—Vaya. ¿Adónde van?

—Al Bajo Tadfield. No sé la dirección exacta, pero buscamos a una persona —añadió la mujer, y con una voz completamente diferente: —Se llama Adán Young.

R. P. Tyler se quedó pasmado.

—¿Están buscando a ese niño? —preguntó—. A saber qué habrá hecho ahora. No, no me lo digan. No quiero saberlo.

—¿Niño? —dijo la mujer—. No sabía que era un niño. ¿Cuántos años tiene? —Y entonces contestó—: *Once*. Bueno, me lo podría usted haber dicho antes. Esto le da un cariz completamente diferente a todo.

R. P. Tyler se limitaba a mirar. Entonces se dio cuenta de lo que pasaba. La mujer era ventrílocua. Lo que había tomado por un hombre con un casco verde era un muñeco. Se preguntaba cómo podía haber pensado que era humano. Se le antojó que todo aquello tenía cierto mal gusto.

—No hace ni cinco minutos que he visto a Adán Young —explicó a la mujer—. Se dirigía con sus compinches a la base aérea americana.

—Ay, Dios —exclamó la mujer, palideciendo ligeramente—. No me gustan los yanquis. *Son muy amables, ¿sabes?* Sí, pero no puedes confiar en la gente que no para de coger la pelota cuando juega al fútbol.

—Disculpe —interrumpió R. P. Tyler—, me parece estupendo. Impresionante. Soy el vicepresidente del Rotary Club municipal, y me preguntaba si hace usted funciones privadas.

—Sólo los jueves —repuso Madame Tracy con desaprobación—. Y cobro un extra. *Me pregunto si podría indicarnos cómo...*

El Señor Tyler ya había pasado por aquello. Alzó el brazo sin decir nada.

Y el pequeño scooter siguió calle abajo con su *putputputputput*.

Mientras se alejaba, el muñeco gris del casco verde se volvió y abrió un ojo.

—¡Viejo sureño imbécil! —gruñó.

R. P. Tyler se ofendió, pero se sentía decepcionado al mismo tiempo. Esperaba que fuera más real.



R. P. Tyler, a sólo diez minutos del pueblo, se detuvo mientras Shutzi ponía en funcionamiento otra de las funciones eliminatorias de su amplia gama. Se puso a mirar por encima de la verja.

Su conocimiento de la tradición rural era algo confuso, pero estaba bien seguro de que cuando las vacas se acostaban, significaba que iba a llover. Cuando estaban de

pie, era que iba a hacer buen tiempo. Aquellas vacas se estaban turnando para realizar lentos y solemnes saltos mortales; Tyler se preguntó qué presagiaba aquello en cuanto al tiempo.

Olisqueó. Algo se estaba quemando; se percibía un desagradable olor a metal, goma y cuero quemados.

—Perdone —dijo una voz procedente de detrás de él. R. P. Tyler se volvió.

En medio de la calle había un coche que fue negro, grande y en llamas, con un tipo que llevaba gafas de sol asomado a la ventana, hablando a través del humo.

—Perdone, no sé cómo me he podido perder. ¿Me sabría indicar cómo ir a la Base Aérea de Tadfield? Creo que no está muy lejos de aquí.

*Su coche está ardiendo.*

No. Tyler no conseguía articular aquellas palabras. Porque el hombre debería saberlo, ¿no es así? Estaba sentado en medio de las llamas. Sería alguna clase de broma práctica.

De modo que lo dejó estar y dijo:

—Se le debe de haber pasado un desvío. Un kilómetro y medio atrás hay una señal caída.

El forastero sonrió.

—Será eso —concluyó. Las llamas anaranjadas que titilaban tras él le daban una apariencia casi infernal.

El viento sopló hacia Tyler, desde el otro lado del coche, y sintió que se le achicharraban las cejas.

*Disculpe, joven, pero su coche está en llamas y usted está sentado ahí sin quemarse y por cierto, está al rojo vivo en algunas zonas.*

No.

¿Debería preguntarle a aquel hombre si quería llamar a la Asociación Automovilística?

En vez de hacerlo, le explicó el camino detalladamente, evitando mirar fijamente.

—Genial. Muchas gracias —dijo Crowley, mientras empezaba a subir la ventanilla.

R. P. Tyler tenía que decir algo.

—Disculpe, joven —insistió.

—¿Sí?

*Es decir, no es una de esas cosas que pasan desapercibidas, cuando el coche se le incendia a uno.*

Una lengua de fuego se extendió por el salpicadero chamuscado.

—Vaya tiempecito, ¿eh? —sugirió de manera poco convincente.

—¿Usted cree? —repuso Crowley—. A decir verdad, no me había fijado —y remontó la callejuela marcha atrás con su coche en llamas.

—Será porque su coche está ardiendo —añadió R. P. Tyler directamente. Tiró de la correa de Shutzi para que se le arrimara el perrito.

*Carta al director*

*Señor,*

*quisiera llamar su atención ante la reciente tendencia que tiene la gente joven de hoy a ignorar las medidas de seguridad en la conducción. Esta misma tarde me pidió indicaciones un caballero cuyo coche estaba...*

*No.*

*que conducía un coche que se hallaba...*

*No.*

*estaba en llamas...*

R. P. Tyler empezaba a ponerse de mal humor, y recorrió a paso firme el tramo restante hasta el pueblo.



—¡Eh! —gritó R. P. Tyler—. ¡Young!

El Señor Young se encontraba en el jardín principal, sentado en su mecedora, fumando en pipa.

Aquello se debía más al hecho de que Deirdre había descubierto la amenaza del fumador pasivo y le había dado por prohibir que se fumara en casa de lo que él estaba dispuesto a admitir de cara a sus vecinos. Y su estado de ánimo no mejoraba con ello. Y menos aún el hecho de que el Señor Tyler se dirigiese a él en aquel tono.

—¿Sí?

—Es su hijo, Adán.

El Señor Young suspiró.

—¿Qué ha hecho ahora?

—¿Sabe dónde está?

El Señor Young miró el reloj.

—Supongo que a punto de irse a la cama.

Tyler esbozó una sonrisa delgada y triunfal.

—Lo dudo mucho. Le he visto con esos diablillos y con ese chucho espantoso hace menos de media hora. Iban en bicicleta hacia la base.

El Señor Young dio una calada a la pipa.

—Ya sabe usted lo estrictos que son allá arriba —dijo el Señor Tyler, por si el Señor Young no hubiera captado el mensaje.

—Y ya sabe lo que a ese hijo suyo le gusta tocar botones —añadió.  
El Señor Young se quitó la pipa de la boca y examinó el cañón, pensativo.  
—Hmp —dijo.  
—Ya veo —dijo.  
—Bien —dijo.  
Y entró en la casa.



Exactamente en el mismo momento, cuatro motos se detuvieron a alguna distancia de la entrada principal. Los motoristas quitaron el contacto y se levantaron las viseras. Bueno, lo hicieron tres.

—Esperaba que tuviéramos la ocasión de atravesar las barreras por la fuerza —se lamentó Guerra con añoranza.

—Eso sólo crearía problemas —señaló Hambre.

—Bien.

—Quiero decir problemas para nosotros. Las líneas telefónicas y los cables eléctricos no estarán en funcionamiento, pero lo más seguro es que tengan generadores y alguna radio. Si alguien informa de que unos terroristas han invadido la base, la gente empezará a actuar de un modo lógico y el Plan se colapsará.

—Ah.

ENTRAMOS, HACEMOS LO QUE TENEMOS QUE HACER, SALIMOS Y DEJAMOS QUE LA NATURALEZA HUMANA SIGA SU CURSO, dijo Muerte.

—No es así como yo me lo imaginaba, tíos —explicó Guerra—. No he estado esperando miles de años sólo para jugar con trocitos de alambre. No es precisamente muy dramático. Albrecht Dürero no perdió el tiempo haciendo grabados de los cuatro Pulsateclas del Apocalipsis, ya me entendéis, eso está claro.

—Yo pensaba que se oirían trompetas —asintió Polución.

—Miradlo de este modo —sugirió Hambre—. Son sólo los preliminares. Ya cabalgaremos después. Y cabalgaremos bien. Lo de las alas de la tormenta, etcétera. Tenéis que ser flexibles.

—¿No se supone que tenemos que encontrarnos con alguien? —preguntó Guerra. No se oía nada excepto el ruido de los motores enfriándose.

Entonces Polución, lentamente, añadió:

—La verdad, yo no pensaba que iba a ser un sitio como éste. Esperaba que fuese, no sé, en una gran ciudad. O en un país grande. En Nueva York, por ejemplo, o Moscú. O en el Harmagedón mismo.

Se hizo el silencio de nuevo.

Entonces Guerra dijo:

—¿Y por cierto, el Harmagedón dónde está?

—Es curioso que lo preguntes —repuso Hambre—. Siempre quiero buscarlo y no lo hago nunca.

—Hay un Harmagedón en Pennsylvania —apuntó Polución—. O puede que en Massachussets, o en algún sitio de esos. Donde todos esos tipos con barbas largas y sombreros negros muy serios.

—Qué va —replicó Hambre—. Está en Israel, creo.

EN EL MONTE CARMELO.

—¿Eso no es donde cultivan aguacates?

Y EL FIN DEL MUNDO.

—¿Me equivoco? Es un enorme aguacate.

—Creo que he estado allí una vez —dijo Polución—. En la vieja ciudad de Meguido, justo antes de que cayera. No estaba mal. Había un portalón real muy interesante.

Guerra miró el verdor que los rodeaba.

—Oye —dijo—, a ver si nos hemos equivocado.

LA GEOGRAFÍA ES IRRELEVANTE.

—¿Perdón, mi señor?

SI EL HARMAGEDÓN ESTÁ EN ALGÚN SITIO, ESTÁ EN TODAS PARTES.

—Es verdad —asintió Hambre—. Ya no estamos hablando de unos cuantos kilómetros cuadrados de matorrales y cabras.

Una vez más se hizo el silencio.

VÁMONOS.

Guerra tosió.

—Pero... yo pensaba que él iba a venir con nosotros, ¿no?

Muerte se ajustó los guantes.

ESTO, afirmó, ES UN TRABAJO PARA PROFESIONALES.



Cuando todo hubo pasado, el Sgto. Thomas A. Deisenburger recordaba los acontecimientos ocurridos de la siguiente manera:

Un coche de personal grande se acercó a la puerta. Era elegante y parecía oficial, aunque después no estaba seguro de por qué había pensado aquello, o por qué sonaba como si lo movieran motores de moto.

Salieron de él cuatro generales. El sargento tampoco estaba seguro de por qué le parecieron generales. Tenían identificaciones válidas. No se acordaba de qué clase de

identificaciones eran, todo hay que decirlo, pero eran válidas. Saludó.

Uno de ellos dijo:

—Inspección sorpresa, soldado.

A lo que el Sgto. Thomas A. Deisenburger replicó:

—Señor, no se me ha informado de ninguna inspección sorpresa a esta hora, señor.

—Claro que no —repuso otro de los generales—. Por eso es una sorpresa.

El sargento volvió a saludar.

—Señor, permiso para confirmar esta información con el mando de la base, señor —enunció con más pena que gloria.

El más alto y delgado de los generales se separó un poco del grupo, se volvió de espaldas y se cruzó de brazos.

Uno de los otros le pasó amistosamente al sargento el brazo por los hombros, y se inclinó hacia delante con aire de complicidad.

—A ver si lo entiendes... —miró de reojo la placa del nombre del sargento—, Deisenburger, tómame un respiro. Es una inspección sorpresa, hasta ahí bien, ¿no? Sorpresa. Lo que significa que nada de dar la alarma cuando entremos, ¿de acuerdo? Y nada de abandonar tu puesto. Tú serás un soldado profesional, digo yo, ¿no? —añadió. Le guiñó un ojo. —De lo contrario te verás relegado a un puesto tan bajo que tendrás que decir «señor» a un diablillo.

El Sgto. Thomas A. Deisenburger lo miraba fijamente.

—*Soldado* —le sopló otro de los generales. Según su placa, que decía Guerra, debía ser latina. El Sgto. Deisenburger nunca había visto una mujer general como ella hasta entonces, pero era decididamente una mejora.

—¿Qué?

—*Soldado raso, no diablillo.*

—Bueno sí, eso. Soldado raso. ¿Eh, soldado?

El sargento consideró el limitado número de opciones que tenía.

—¿Señor, inspección sorpresa, señor? —dijo.

—Provisionariamente confidenciante por ahora —añadió Hambre, que se había pasado años aprendiendo cómo vender al gobierno federal y notaba que le volvía la jerga.

—Señor, afirmativo, señor —concluyó el sargento.

—Buen tipo —le felicitó Hambre, en tanto que se levantaba la barrera—. Llegarás lejos —miró el reloj—. Dentro de nada.



A veces los seres humanos son muy parecidos a las abejas. Las abejas protegen la colmena con uñas y dientes, mientras el intruso esté fuera. Una vez dentro, las obreras dan por sentado que la dirección ha dado el visto bueno y ni se fijan; muchos insectos gorriones han evolucionado y gozado de una meliflua existencia por este mero hecho. Y los humanos igual.

Nadie trató de detener a los cuatro cuando se abrieron paso con determinación por uno de los largos y bajos edificios bajo el bosque de postes de radio. Nadie les prestó atención, Quizás no vieron nada. Quizás vieron lo que habían ordenado ver a sus mentes, porque el cerebro humano no está equipado para ver a los cuatro, Guerra, Hambre, Polución y Muerte, donde no quieren ser vistos, y se ha hecho tan experto en no ver que normalmente se las apaña para no verlos cuando están por todas partes.

Las alarmas carecían de cerebro por completo y pensaron que estaban viendo a cuatro personas donde no deberían verlas, así que se pusieron a aullar como unas descosidas.



Newton no fumaba, porque no permitía que la nicotina consiguiera entrar en el templo de su cuerpo, o, mejor dicho, en el pequeño y metálico tabernáculo metodista galés que era su cuerpo. Si hubiera sido fumador, habría estado fumándose un cigarrillo para calmar los nervios y en aquel momento se lo hubiera tragado.

Anatema se levantó resueltamente y se alisó las arrugas de la falda.

—No te preocupes —le tranquilizó—. No son por nosotros. Algo habrá pasado dentro.

Dirigió una sonrisa al pálido rostro de Newton.

—Venga —dijo—. Que no es el O.K. Corral.

—No. Para empezar tienen mejores armas —señaló Newton.

Ella le ayudó a levantarse.

—No importa. Seguro que se te ocurre algo.



Era inevitable que no pudieran contribuir los cuatro por igual, pensaba Guerra. Le había sorprendido su afinidad natural por los sistemas de armas modernos, que eran con diferencia muy superiores a los trozos de metal, y por supuesto Polución se reía de las medidas de seguridad y de los dispositivos infalibles. Incluso Hambre sabía lo que eran los ordenadores. Aunque... bueno, no es que hiciera mucho aparte de



pasearse por ahí, pero al menos lo hacía con estilo. Se le había pasado por la cabeza a Guerra que quizás algún día la Guerra, el Hambre y posiblemente la Polución tocarían a su fin, y tal vez por esta razón el cuarto y más grande de los jinetes no era nunca lo que se dice un buen compinche. Era como tener un inspector de hacienda en el equipo de fútbol. Es estupendo que esté de parte del equipo, pero no es el tipo de persona con quien se tomaría uno una copa después del partido. No se podía estar cómodo al cien por cien.

Un par de soldados lo atravesaron mientras miraba por encima del hombro huesudo de Polución.

¿QUÉ SON ESAS COSAS QUE PARPADEAN?, preguntó con el tono de quien sabe que no entenderá la respuesta pero que quiere mostrar interés.

—Un visualizador LED de siete segmentos —contestó el muchacho. Tocó con manos amorosas un banco de repetidores, que se fundieron al tacto, e introdujo una ola de virus autorreproductores que se alejaron en masa por el éter electrónico.

—Me estoy hartando de esas malditas alarmas —masculló Hambre.

Muerte, distraído, chasqueó los dedos. Varias sirenas gorjearon y se extinguieron.

—No sé, a mí me gustaban —protestó Polución.

Guerra se acercó a otro mueble metálico. No esperaba que las cosas se desarrollasen de aquel modo, a decir verdad, pero cuando pasaba los dedos por la electrónica, o los metía en ella, notaba una sensación conocida. Era el eco de lo que se siente al empuñar una espada, y se estremeció con sólo pensar en que aquella espada encerraba el mundo entero y parte del cielo que tenía a lo alto. Aquella espada la amaba.

Una espada flameante.

La raza humana no había acabado de entender que las espadas pueden ser peligrosas si se dejan por ahí, aunque sí había empleado sus limitados esfuerzos para asegurarse de que las posibilidades de que se blandiera una del tamaño de ésta por casualidad fueran elevadas. Qué alegría saberlo. Era bonito pensar que la raza humana hacía la distinción entre volar el planeta por accidente o hacerlo deliberadamente.

Polución hundió las manos en otro montón de electrónica muy cara.



El guardia del agujero de la verja parecía extrañado. Se había dado cuenta de la agitación que había en la base, y su radio sólo captaba interferencias, y los ojos le volvían una y otra vez al carnet que tenía delante.

Había visto muchos carnets de identidad antes, militares, de la CIA, del FBI, de la

KGB incluso, y aun siendo un soldado más joven, comprendió que cuanto más insignificante es una organización, más impresionantes son los carnets.

Aquel era endemoniadamente impresionante. Movía los labios al leerlo una y otra vez, desde «El Protector del Bien Común de Gran Bretaña ordena y suplica», hasta la firma del primer Adjunto del Ejército Cazabrujas, Alabarás el Trabajo del Señor y Condenarás la Fornicación Smith, pasando por el fragmento que le conminaba a suministrar pastillas de encendido, cuerdas y aceites igníferos. Newton estaba tapando con el pulgar la parte de los nueve peniques por bruja y tratando de parecer James Bond.

Al final el perspicaz intelecto del guardia dio con una palabra que pensó reconocer.

—¿Qué es eso —preguntó desconfiado— de que tenemos que entregaros maderos?

—Los necesitamos —repuso Newton—. Para quemarlos.

—¿Mande?

—Que los queremos para quemarlos.

La cara del guardia se transfiguró en sonrisa. Y decían que los ingleses eran unos blandos.

—¡Adelante! —dijo.

Algo le apretó la espalda en la zona lumbar.

—Tira el arma —dijo Anatema, detrás de él—, o me obligarás a hacer algo que lamentaré.

Bueno, era verdad, pensó al ver al hombre ponerse tieso de terror. Si no suelta la pistola se dará cuenta de que esto es un palo y entonces sí que lamentaré que me pegue un tiro.



En la puerta principal, el Sgto. Thomas A. Deisenburger también tenía problemas. Un hombrecillo con un impermeable roñoso le apuntaba insistentemente con el dedo, hablando entre dientes, mientras una mujer que se parecía vagamente a su madre le hablaba con tono apremiante, interrumpiéndose a sí misma con otra voz.

—*Es en verdad de vital importancia que se nos permita hablar con quien esté al mando* —decía Azirafel—. *Debo pedirle que tiene razón, mire usted, porque yo lo sabría si él estuviera mintiendo, sí, gracias, creo que conseguiremos algo si es tan amable de dejarme acabar vale gracias sólo trataba de ayudar ¡Vale! Ehm.* Me había pedido usted que le dijera *sí, muy bien... veamos.*

—¿Ves este dedo? —gritó Shadwell, cuya cordura seguía atada a él pero sólo del

cabo de un largo hilo bastante ajado—. ¿Lo ves? ¿Eh? Con este dedo, amigo mío, puedo mandarte a conocer al Hacedor.

El Sgto. Deisenburger se quedó mirando la uña negra y morada que tenía a unos centímetros de su cara. Era un arma ofensiva en toda regla, sobre todo si se había empleado alguna vez en la preparación de alimentos.

El teléfono le daba interferencias. Le habían dicho que no abandonara su puesto. La herida de Vietnam<sup>[56]</sup> se le estaba abriendo. Se preguntaba cuántos problemas podía causarle pegar un tiro a civiles no americanos.



Las cuatro bicicletas se detuvieron a escasa distancia de la base. Unas marcas de neumáticos en el polvo y un reguero de aceite indicaba que otros viajeros se habían detenido momentáneamente allí.

—¿Para qué nos paramos? —preguntó Pepper.

—Lo estoy pensando —contestó Adán.

Era difícil. El pedazo de mente que conocía como él mismo seguía allí, pero se debatía por seguir a flote bajo una avalancha de oscuridad tumultuosa. De lo que sí era consciente, sin embargo, era de que sus tres compañeros eran cien por cien humanos. No era la primera vez que los metía en un lío; más de una vez habían vuelto a casa con la ropa desgarrada, les habían suspendido la paga, y cosas así, pero seguro que de ésta saldrían peor parados que cuando el castigo se limitaba a no salir y a ordenarse la habitación.

Aparte de ellos, no se veía a nadie más.

—Vale —continuó—. Creo que tenemos que buscar unas cosas. Una espada, una corona y una balanza.

Se lo quedaron mirando.

—¿Aquí? —exclamó Brian—. Pero si aquí no hay nada de eso.

—No sé —repuso Adán—, si pensáis en nuestros juegos...



Para arreglarle el día al Sgto. Deisenburger, un coche se detuvo junto a su puesto, y flotaba a un palmo del suelo porque no tenía neumáticos. Ni pintura. Lo que sí tenía era una nube de humo azul, y cuando se paró hacía ruiditos de metal enfriándose después de haber alcanzado temperaturas muy altas.

Parecía que las ventanas fueran de cristal ahumado, aunque sólo era el efecto que

causaba el habitáculo repleto de humo visto a través de cristales normales.

Se abrió la puerta del conductor, dejando escapar una nube de gases asfixiantes. Crowley la siguió.

Se apartó el humo de la cara, parpadeó y transformó el gesto en un amistoso saludo.

—Hola —dijo—. ¿Qué tal? ¿Ya se ha acabado el mundo?

—*No nos deja pasar, Crowley* —dijo Madame Tracy.

—¿Azirafel? ¿Eres tú? Bonito vestido —opinó Crowley distraído. No se encontraba muy bien. Durante los últimos cincuenta kilómetros se había estado imaginando que una tonelada de metal, de goma y de cuero en llamas era un automóvil en perfecto estado, y el Bentley se le había estado resistiendo con todas sus fuerzas. Lo más difícil había sido mantener el coche en marcha cuando los neumáticos radiales multiclimáticos se quemaron. Junto a él, los restos del Bentley cayeron de pronto sobre las llantas deformadas, al haber dejado de imaginar que tenían neumáticos.

Dio unas palmaditas a la superficie metálica, tan caliente que se podía freír un huevo en ella.

—Un coche moderno no habría aguantado lo que ha aguantado éste —dijo amorosamente.

Lo miraban de hito en hito.

Se oyó un clic electrónico.

La puerta se estaba abriendo. La caja protectora que contenía el motor eléctrico profirió un gemido mecánico, y se rindió frente a la fuerza imparable que actuaba sobre la barrera.

—¡Eh! —gritó el Sgto. Deisenburger—. ¿Quién de vuestra pandilla de memos ha hecho eso?

*Zip. Zip. Zip. Zip.* Y un perro pequeño, con un borrón por patas.

Observaron las siluetas que pedaleaban como fieras y que se colaron por la barrera, desapareciendo así en el recinto militar.

El sargento trató de recobrar la compostura.

—Oye —dijo, pero en tono mucho más débil—, ¿es mi imaginación, o uno de éstos tenía en la cesta un extraterrestre con cara de cerdo?

—Será tu imaginación —afirmó Crowley.

—Entonces —añadió el Sgto. Deisenburger—, se han metido en un buen lío.

Alzó el rifle. Ya está bien de gilipolles; seguía pensando en jabón.

—Y vosotros también.

—Te lo aviso... —empezó a decir Crowley.

—*Esto ha ido demasiado lejos* —protestó Azirafel—. *Crowley, soluciona esto, sé buen chico.*

—¿Hmm? —dijo Crowley.

—*Yo soy el bueno* —añadió Azirafel—, *no pretenderás... oh, al cuerno, ya. Intento hacer lo que toca, y mira dónde he acabado.* —Chasqueó los dedos.

Con un ruido como el de un flash antiguo, el Sgto. Thomas A. Deisenburger desapareció.

—*Ehm* —dijo Azirafel.

—¿Lo veis? —exclamó Shadwell, que no acababa de captar la doble personalidad de Madame Tracy—. Más fácil que mascar chicle. No os separéis de mí, que al que a buen árbol se arrima buena sombra le cobija.

—Bien hecho —dijo Crowley—. Nunca hubiera imaginado que lo llevabas dentro.

—*No* —replicó Azirafel—. *En realidad lo he hecho yo. Espero no haberlo mandado a ningún sitio atroz.*

—Más vale que te vayas acostumbrando —le aconsejó Crowley—. Tú los mandas y ya está. No te preguntes adónde van, es lo mejor. —Tenía un aspecto fascinado—. ¿No me vas a presentar a tu nuevo cuerpo?

—¿Qué? Ah. Sí, claro. *Madame Tracy, éste es Crowley. Crowley, Madame Tracy.* Encantada.

—Vamos adentro —sugirió Crowley. Miró tristemente los restos del Bentley, y entonces se le iluminó la cara. Se acercaba un jeep muy decidido a la puerta, y tenía aspecto de llevar un cargamento de personas a punto de gritar preguntas y pegar tiros, sin importarles en qué orden.

Se sacó las manos de los bolsillos, las alzó como Bruce Lee y sonrió como Lee van Cleef.

—Mira —dijo—, aquí llega un medio de transporte.



Aparcaron las bicis fuera, en uno de los edificios bajos. Wensleydale le puso la pitón a la suya cuidadosamente. Él era así.

—¿Cómo son esas personas? —preguntó Pepper.

—Pueden tener cualquier aspecto —contestó Adán algo inseguro.

—Pero son mayores, ¿no? —insistió Pepper.

—Sí —repuso Adán—. Más mayores de lo que hayáis visto en la vida, eso seguro.

—Pues pelear con los mayores es una tontería —afirmó Wensleydale con pesimismo—. Siempre acabas metiéndote en líos.

—No hay que pelear —puntualizó Adán—. Vosotros haced lo que yo os he dicho

y ya está.

Los Ellos miraron los objetos que llevaban. Como instrumentos para reparar el mundo, no parecían muy eficaces.

—¿Y cómo los vamos a encontrar? —preguntó Brian, dubitativo—. Porque me acuerdo que cuando abrieron al público, había un montón de salas y eso. Montones de salas y de lucecitas.

Adán miró pensativo los edificios. Las alarmas seguían con sus cantos tiroleses.

—Pues... a mí me parece...

—Eh, niños, ¿qué hacéis aquí?

No era una voz cien por cien amenazante, pero pendía de un hilo y pertenecía a un oficial que se había pasado diez minutos intentando comprender un mundo incomprensible donde las alarmas se apagaban y las puertas no se abrían. Tenía detrás a otros dos soldados, también agobiados, algo perdidos en cuanto a cómo tratar con cuatro jóvenes bajitos y evidentemente caucasianos, uno de ellos con aspecto de mujer.

—No se preocupen por nosotros —les contestó Adán con displicencia—. Sólo estamos echando un vistazo.

—Ahora mismo vais... —empezó a decir el lugarteniente.

—A dormir —ordenó Adán—. Os vais a dormir. Todos los soldados os vais a dormir. Así no os haréis daño. A dormir ya.

El lugarteniente lo miró intentando enfocar los ojos. Entonces se cayó hacia delante.

—¡Hala! —dijo Pepper— ¿Cómo lo has hecho?

—Pues —explicó Adán cautelosamente—, ¿os acordáis del libro para niños de *101 cosas que hacer*, de la parte de hipnotizar que no nos salía?

—Sí.

—Pues más o menos así, pero es que ahora ya sé cómo se hace —se volvió hacia el edificio de telecomunicaciones.

Adán se calmó y su cuerpo de hombros caídos se puso tan derecho que el Sr. Tyler habría estado orgulloso.

—Bien —dijo.

Pensó un instante.

Y luego dijo:

—Venid y veréis.



Si se eliminara el mundo y se dejara sólo la electricidad, quedaría la filigrana más

exquisita que se hubiera visto jamás: una esfera de líneas plateadas centelleantes con haces de antenas de satélite aquí y allá. Hasta las zonas más oscuras brillarían con las ondas radiofónicas de radar y comerciales. Podría ser el sistema nervioso de una bestia descomunal.

Las ciudades suelen hacer nódulos en su red, pero la electricidad es en gran parte mera musculatura, por así decirlo, ligada únicamente al trabajo rudimentario. Pero durante cincuenta años más o menos la gente se dedicó a darle cerebro a la electricidad.

Y ahora estaba viva, del mismo modo en que el fuego está vivo. Los interruptores se cerraban y se soldaban. Los repetidores se bloqueaban. En el corazón de los chips de silicón, cuya microscópica arquitectura parecía un plano de Los Ángeles, se abrían nuevos caminos, y a miles de kilómetros saltaban alarmas en salas subterráneas y los hombres miraban aterrados lo que determinadas pantallas les decían. Las puertas de acero pesado se cerraban firmemente en huecos secretos de las montañas, dejando que la gente del otro lado las aporreara y se debatiera con las cajas derretidas de fusibles. Los pedazos de desierto y tundra se separaban, dejando entrar aire fresco en las tumbas climatizadas, y unas formas redondeadas se ponían pesadamente en posición.

Y mientras fluía por donde no debía, se salía de su cauce normal. En las ciudades se apagaron los semáforos, las luces de las calles, y finalmente todas las luces. Los ventiladores empezaron a girar más despacio, oscilaron y se pararon. Las calefacciones se fundieron con la oscuridad. Los ascensores se pararon. Las estaciones de radio se colapsaron y se silenció su música relajante.

Se dice que la civilización está a veinticuatro horas y dos comidas de la barbarie.

La noche se extendía lentamente por la Tierra, que seguía girando. Debería haber estado plagada de puntitos de luz. No lo estaba.

Allá abajo había cinco mil millones de personas. La barbarie, comparada con lo que iba a pasar de un momento a otro, pasaría a considerarse una merienda campestre; caliente, repugnante y, al final, dejada a merced a las hormigas.

**M**uerte se enderezó. Parecía estar escuchando atentamente. Con qué, nadie lo sabía.

ESTÁ AQUÍ, dijo.

Los otros tres levantaron la vista. Hubo un cambio casi imperceptible en su manera de estar allí. Un instante antes de que Muerte hablara, ellos, la parte de ellos que no caminaba ni hablaba como un ser humano, había envuelto el mundo. Ahora estaban de vuelta.

Más o menos.

Había algo nuevo en ellos. Como si, en vez de trajes a los que no se adaptaban, tuvieran cuerpos a los que no se adaptaban. Daba la impresión de que Hambre estuviera ligeramente mal sintonizado, de modo que la señal dominante —la de un empresario simpático, ambicioso y de éxito empezaba a ahogarse tras la atroz y milenaria interferencia de su personalidad fundamental. A Guerra le refulgía la piel cubierta de gotas de sudor. A Polución simplemente le refulgía la piel.

—Ya está... todo listo —dijo Guerra, no sin esfuerzo—. Ahora... que las cosas sigan su curso.

—No es sólo lo nuclear —señaló Polución—. También es la química. Miles de galones de residuos... en pequeños tanques por todo el mundo. Líquidos hermosos... con nombres de ocho sílabas. Y los... viejos recursos. Decid lo que queráis. El plutonio proporciona dolor durante miles de años, pero el arsénico es para siempre.

—Y después... el invierno —añadió Hambre—. Me gusta el invierno. Es como... más limpio.

—Y pollos... para asar en casa —continuó Guerra.

—No habrá pollos —contestó Hambre rotundamente.

El único que no había cambiado era Muerte. Algunas cosas no cambian.

Los Cuatro salieron del edificio. Lo que llamaba la atención era que Polución, a pesar de ir caminando, parecía estar emanando.

Y Anatema y Newton Pulsifer se dieron cuenta.

Fue en el primer edificio al que habían llegado. Parecía mucho más seguro por dentro que por fuera, donde se veía tanta agitación. Anatema abrió una puerta cubierta de símbolos que sugerían que hacerlo era algo extremadamente peligroso. La puerta se abrió al tacto de ella. Una vez dentro, se cerró y se bloqueó sola.

No tuvieron mucho tiempo para discutir aquello después de que los Cuatro entraran.

—¿Qué eran? —preguntó Newton— ¿Algún tipo de terroristas?

—En cierto modo bueno y ajustado —respondió Anatema—, creo que sí.

—¿Y esas cosas raras que decían?

—Algo acerca del fin del mundo, seguramente —explicó Anatema—. ¿Te has fijado en sus auras?



—Pues me parece que no —repuso Newton.

—De buenas, nada.

—Ah... ya.

—Auras negativas, vamos.

—¿Ah, sí?

—Como agujeros negros.

—Mal asunto, ¿eh?

—Sí.

Anatema miró las filas de armarios de metal. Por una vez, por esta vez, porque no se trataba de un juego sino de la realidad, la maquinaria que iba a destruir el mundo, o al menos la parte de él que ocupaba desde las capas de dos metros más abajo hasta la capa de ozono, no estaba funcionando de acuerdo con el guión de siempre. No había grandes botes rojos con luces intermitentes. Ningún cable enrollado que pareciera estar diciendo «córtame». Ningún visualizador numérico sospechosamente grande indicaba la cuenta atrás hasta un cero que se pudiera evitar a segundos de la catástrofe. En cambio, los armarios metálicos parecían macizos, pesados y muy resistentes al heroísmo de última hora.

—¿Qué tiene que seguir su curso? —se preguntó Anatema—. Algo han hecho, ¿no?

—A lo mejor hay un botón para apagarlo todo —dijo Newton en vano—. Seguro que si miramos bien...

—No seas tonto. Estas cosas están conectadas con cables. Pensaba que sabías de esto.

Newton asintió, desesperado. Aquello quedaba muy lejos de las páginas de *Electrónica a su alcance*. Miró detrás de uno de los muebles para averiguar que era.

—Comunicaciones mundiales —definió sin precisión—. Con eso haces cualquier cosa. Modular la energía de la red, manejar los satélites... Lo que quieras. Puedes... —ziip— aau, puedes —zaap— ay, hacer que las cosas... —zipt— uf, hagan justo... —zzap— aah.

—¿Cómo vas por ahí dentro?

Newton se lamió los dedos. Aún no había encontrado nada parecido a un transistor. Se envolvió la mano con el pañuelo y sacó unas cuantas placas de su toma.

Una vez, una de las revistas de electrónica a la que estaba suscrito sacó un circuito de broma garantizando que no funcionaría. Por fin, decían con un tono muy gracioso, los manazas torpes tendrían algo que construir sabiendo con toda certeza que si no hacía nada, es que funcionaba. Tenía diodos mal puestos, transistores del revés, y una pila plana. Newton lo montó y cogía Radio Moscú. Escribió una queja a la revista, pero no le contestaron.

—No sé si estaré haciendo algo bueno —dijo.

—James Bond sólo destornilla cosas —señaló Anatema.

—No sólo las destornilla —corrigió Newton, que iba perdiendo la paciencia—. Y no soy —*ziip*— James Bond. Si lo fuera —*wizzll*— los malos me habrían enseñado todas las palancas y me habrían explicado cómo funcionaban, ¿no? —*Fwizzpt*—. ¡Pero no es así en la vida real, mira tú por dónde! No sé lo que está pasando y no puedo evitarlo.



Las nubes se arremolinaban al horizonte. A lo alto, el cielo seguía despejado, el aire desgarrado sólo por una suave brisa. Pero no era un aire normal. Parecía estar cristalizado, y daba la sensación de que si uno se volvía, podía ver otras facetas. Despedía destellos. Si hubiera que describirlo con una palabra, *abarrotado* sería la que se deslizase insidiosa hasta la mente. Abarrotado con seres incorpóreos a la espera del momento justo para volverse muy corpóreos.

Adán miró hacia arriba. En cierta forma, allá a lo alto sólo había aire puro. Pero en cierta otra forma, extendiéndose hasta el infinito, se hallaban los Ejércitos del Cielo y del Infierno, ala con ala. Mirando muy de cerca, si uno tenía una práctica especial, se les podía distinguir.

El silencio tenía aferrada la burbuja que era el mundo.

La puerta del edificio se abrió y salieron los Cuatro. Ya no les quedaba más que un toque humano a tres de ellos; parecían formas humanoides fabricadas con todo lo que eran o representaban. Junto a ellos, Muerte parecía muy hogareño. Su cazadora de cuero y su casco de visera oscura se habían convertido en una túnica con capucha, pero eso era sólo un detalle. Un esqueleto, por mucho que ande, al menos es humano; la Muerte, por así decirlo, acecha en el interior de toda criatura viviente.

—Lo que importa —dijo Adán con urgencia—, es que no son reales en realidad. En realidad son como pesadillas.

—P-pero si no estamos durmiendo —replicó Pepper.

Perro gimió e intentó esconderse detrás de Adán.

—Ése parece que se esté derritiendo —constató Brian, señalando la figura, si es que aún se la podía llamar así, de Polución, que avanzaba.

—Pues por eso precisamente —exclamó Adán animándolos—. No pueden ser reales, ¿no? Es lógico. Una cosa así no puede ser real en realidad.

Los Cuatro se detuvieron a unos metros.

YA ESTÁ HECHO, informó Muerte. Se inclinó un poco hacia delante y observó sin ojos a Adán. Era difícil saber si estaba sorprendido.

—Sí, vale —repuso Adán—, lo que pasa es que no quiero que se haga. Yo no se

lo he pedido a nadie.

Muerte miró a los otros tres, y de nuevo a Adán.

Tras ellos, un jeep frenó desviándose. Lo ignoraron.

NO LO ENTIENDO, continuó, TU MERA EXISTENCIA REQUIERE EL FIN DEL MUNDO. ESTÁ ESCRITO.

—Pues no sé por qué han tenido que escribir esas cosas —dijo Adán con calma—. En el mundo hay montones de cosas geniales que no he visto nunca, y no me apetece que nadie lo fastidie todo o haga que se acabe antes de que yo lo vea. O sea que ya os podéis ir todos.

—Ése es, Señor Shadwell —susurró Azirafel, con creciente incertidumbre a medida que hablaba—, *el de... la... camiseta...*)

Muerte miraba a Adán de hito en hito.

—Eres... parte... de nosotros —señaló Guerra, entre dientes que eran como balas hermosas.

—Está decidido. Reharemos... el... mundo —añadió Polución, con una voz tan insidiosa como algo que estuviera filtrándose en las aguas del nivel freático desde un tambor corroído.

—Eres... nuestro... guía... —dijo Hambre a su vez.

Y Adán vaciló. Dentro de él, unas voces seguían clamando que era cierto, que el mundo era suyo, y que bastaba con que diera media vuelta y los guiara a través de un planeta confuso. Eran de los suyos.

Mucho más arriba, los ejércitos celestiales aguardaban la Palabra.

—¿Cómo quieres que le pegue un tiro? ¡No es más que un mocoso!

—*Ehm* —repuso Azirafel—, *ehm, sí. Tal vez será mejor esperar un poco, ¿no cree?*

(—¿Hasta que crezca? —dijo Crowley.)

Perro se puso a aullar.

Adán miró a los Ellos. También eran de los suyos.

Sólo tenía que decidir quiénes eran sus amigos de verdad.

Se volvió hacia los Cuatro.

—A por ellos —ordenó Adán con voz queda.

Había dejado de vacilar y de atrancarse al hablar. Su voz era armoniosa y siniestra. Ningún humano podía desobedecer una voz como aquella.

Guerra rió y miró expectante a los niños.

—Pequeñajos que juegan con juguetes —les dijo—. Pensad en todos los que yo os puedo ofrecer... todos los *juegos*. Puedo hacer que os enamoréis de mí, pequeñajos. Pequeñajos con pistolitas.

Volvió a reír, pero el tableteo de metralla se apagó al dar un paso adelante Pepper y alzar un brazo tembloroso.

No era una maravilla de espada, pero con dos maderas y una cuerda poco más se podía hacer. Guerra la observó.

—Entiendo —dijo—. *Mano a mano*, ¿eh? —sacó su espada y la alzó de tal modo que emitió un ruido como el que surge del roce del dedo por el borde de una copa de cristal.

Al entrar en contacto hubo un destello.

Muerte miraba a Adán a los ojos, fijamente.

Se oyó un tintineo patético.

—¡No la toques! —saltó Adán, sin mover la cabeza.

Los Ellos se quedaron mirando la espada balancearse hasta quedar paralizada en el camino de cemento.

—«Pequeñajos» —masculló Pepper asqueada. Tarde o temprano todo el mundo tiene que decidir a qué banda pertenece.

—Pero, pero... —farfulló Brian—, se la ha tragado la espada...

El vacío entre Adán y Muerte empezó a vibrar, como una ola de calor.

Wensleydale levantó la cabeza y miró a Hambre a los ojos hundidos. Sostenía algo a lo alto, algo que con un poco de imaginación podía considerarse una balanza hecha de más cuerda y ramitas. Luego le dio vueltas alrededor de su cabeza.

Hambre levantó un brazo a modo de protección.

Hubo otro destello, y se oyó el tintineo de una balanza de plata cayendo al suelo.

—No... la... toquéis —dijo Adán.

Polución ya había echado a correr, o más bien a fluir deprisa, pero Brian se quitó rápidamente el círculo de hierbas de la cabeza y lo lanzó. No debería haber respondido como lo hizo, pero una fuerza se lo arrebató de las manos y salió volando como un disco.

Esta vez la explosión fue una llama roja en el interior de una nube de humo negro, que olía a aceite.

Con un sonido metálico y repetido, una corona de plata ennegrecida salió expulsada del humo y giró haciendo el ruido de una moneda al caer al suelo.

No era necesario decirles que no la tocaran. Relucía de un modo impropio del metal.

—¿Qué les ha pasado? —preguntó Wensley.

HAN REGRESADO AL LUGAR DE DONDE VINIERON, contestó Muerte, sin dejar de sostener la mirada a Adán. DONDE HAN ESTADO SIEMPRE. EN LA MENTE DE LOS HOMBRES.

Le dirigió una sonrisa a Adán.

Se oyó un ruido de desgarró. La túnica de Muerte se rasgó y se desplegaron sus alas. Alas de ángel. Pero no de plumas. Eran las alas de la noche, formas talladas en la oscuridad que yace bajo la materia de la creación, y que se abrían paso a través de

ella; alas en las que brillaban luces distantes, que podrían haber sido estrellas o algo completamente distinto.

PERO YO, continuó, NO SOY COMO ELLOS. SOY AZRAEL, CREADO PARA SER LA SOMBRA DE LA CREACIÓN. NO PUEDES DESTRUIRME. DESTRUIRÍAS EL MUNDO.

El calor de su mirada se aplacó. Adán se rascó la nariz.

—Pues no sé —dijo—, a lo mejor hay alguna forma. —Le devolvió la sonrisa.

—Pero ahora se va a detener todo —afirmó—. Lo de las máquinas y todo eso. En este momento tienes que hacer lo que yo diga, y ordeno que se detenga todo.

Muerte se encogió de hombros. YA SE ESTÁ PARANDO, explicó. SIN ELLOS, señaló los patéticos restos de los tres Jinetes, EL PROCESO NO PUEDE SEGUIR ADELANTE. LA ENTROPÍA NORMAL TRIUNFA. Muerte alzó una mano huesuda a modo de lo que pudo haber sido un saludo.

PERO VOLVERÁN, añadió. NUNCA SE ALEJAN DEMASIADO.

El ángel de la Muerte batió las alas una sola vez, como un trueno, y desapareció.

—Bueno, pues ya está —suspiró Adán al aire vacío—. Ya no pasa nada. Todo lo que empezaron se va a acabar *ahora*.

**N**ewton miraba desesperado el equipo distribuido en armarios.

—Tendría que haber un manual o algo —protestó.

—Podríamos ver qué tiene que decir Agnes al respecto —propuso Anatema.

—Eso estaba pensando —le contestó Newton amargamente—. Es lo más lógico. Sabotear componentes electrónicos del siglo XX con la ayuda de un manual de taller del siglo XVII. ¿Qué iba a saber Agnes la Chalada de transistores?

—Bueno, mi abuelo interpretó la predicción 3328 bastante bien en 1948 e hizo inversiones increíbles —señaló Anatema—. Agnes no sabía cómo se iba a llamar, claro, y no se le daba muy bien la electricidad en general, pero...

—Era una pregunta retórica.

—El caso es que no tienes que ponerlo en marcha. Justo lo contrario, tienes que pararlo. No hacen falta conocimientos para eso, sino ignorancia.

Newton gruñó.

—Vale —suspiró cansado—. Intentémoslo. A ver, una predicción.

Anatema sacó una ficha al azar.

—«Non es quien díze ser» —leyó—. Es la 1002. Es muy sencilla. ¿Se te ocurre algo?

—Mira, Anatema —dijo desconsoladamente—, no es el momento para decirlo —tragó—, pero no se me da muy bien la electrónica. Nada bien.

—Pero has dicho que eres ingeniero informático, si no recuerdo mal.

—Pues exageraré. Es decir, exageraré tanto como se puede exagerar, la verdad, y supongo que es más bien lo que se puede llamar una hipérbole. Y aún diría más —Newton cerró los ojos—. Fue una evasiva.

—¿O sea, una mentira? —preguntó ella dulcemente.

—Ni tanto ni tan calvo —protestó Newton—. Aunque en realidad no soy un ingeniero informático. Para nada. Más bien todo lo contrario.

—¿Cuál es el contrario?

—Si tanto te importa, cada vez que trato de hacer que algo funcione, se estropea.

Anatema le dirigió una sonrisilla radiante y tomó una postura teatral, como en las funciones de magia, cuando la chica de lentejuelas da un paso atrás y revela el truco.

—Tachán —dijo.

—Arréglalo —dijo.

—¿Qué?

—Haz que funcione mejor —explicó.

—No sé —repuso él—. No estoy seguro de poder hacerlo —apoyó la mano en el estante que tenía más cerca.

Se oyó un ruido de algo que se paraba de repente y que Newton no había oído, y el gemido descendente de un generador lejano. Las luces de los paneles parpadearon y la mayoría se apagaron.

Por todo el mundo, aquellos que habían estado luchando con los interruptores descubrieron que funcionaban. Los cortacircuitos se abrieron. Los ordenadores dejaron de planear la Tercera Guerra Mundial y se pusieron de nuevo a escanear la estratosfera despreocupadamente. En los búnker de debajo de Novyla Zemla, los hombres descubrieron que los fusibles que trataban de sacar frenéticamente les saltaban a las manos por fin; en los búnker de debajo de Wyoming y Nebraska, los hombres de uniforme dejaron de gritar y agitar las armas los unos hacia los otros, y se habrían tomado una cerveza si hubiera estado permitido en las bases de misiles. No lo estaba, pero se la tomaron de todos modos.

Volvió la luz. Se detuvo el descenso al caos que había emprendido la civilización, que empezó a escribir cartas a los periódicos acerca del pánico que abordaba a la gente últimamente por cualquier tontería.

En Tadfield, las máquinas dejaron de irradiar amenaza. Algo en ellas se había ido, además de la electricidad.

—Jo —suspiró Newton.

—¿Lo ves? —dijo Anatema—. Lo has arreglado estupendamente. En Agnes se puede confiar, te lo digo yo. Ahora vámonos de aquí.



—*¡No quería hacerlo!* —exclamó Azirafel—. *¿No te lo decía yo, Crowley? Si uno se toma la molestia de mirar bien adentro en las personas, verá que en el fondo son...*

—Esto no ha terminado —dijo Crowley sin más.

Adán se volvió y se dio cuenta entonces de que estaban ahí. Crowley no estaba acostumbrado a que la gente lo identificara tan deprisa, pero Adán lo miraba como si llevara la historia de su vida escrita en el cogote, y la estuviera leyendo. Por un instante sintió el terror verdadero. Siempre había pensado que el terror auténtico era el que solía sentir, pero ante la nueva sensación, aquello quedaba relegado a simple temor abyecto. Los de Abajo podían terminar con la existencia de uno mediante cantidades insoportables de dolor; pero aquel niño no sólo podía acabar con una vida sólo con pensar en ello, sino que seguramente también podía arreglar las cosas de tal modo que el individuo no hubiera existido siquiera.

La mirada de Adán se deslizó a Azirafel.

—Oiga, ¿por qué es usted dos personas? —le preguntó.

—*Pues* —contestó Azirafel—, *es una larga...*

—Está muy mal ser dos personas —continuó Adán—. Debería usted ser dos personas distintas otra vez.

No hubo efectos especiales llamativos. Sencillamente allí estaba Azirafel, sentado junto a Madame Tracy.

—Aay, qué cosquilleo... —dijo ella. Miró a Azirafel de arriba a abajo. —Vaya —añadió con voz algo decepcionada—. Pensaba que sería usted más joven.

Shadwell dirigió al ángel una celosa mirada fulminante y tocó el percutor del rifle algo así como deliberadamente.

Azirafel miró su nuevo cuerpo, que desgraciadamente era muy parecido al antiguo, aunque el abrigo estaba más limpio.

—Bueno, se acabó —dijo.

—No —replicó Crowley—. No se ha acabado, ¿entiendes? En absoluto.

Ahora sí que había nubes a lo alto, borboteando como una cazuela de tagliatelli en pleno hervor.

—Mira —le explicó Crowley con la voz cargada de penumbra fatalista—, no es tan fácil. Tú te crees que las guerras empiezan porque le pegan un tiro a algún duque, o porque uno le corta la oreja a otro, o porque alguien ha puesto sus misiles donde no toca. Pero no. Eso son sólo... razones, no tienen nada que ver con nada. Lo que provoca las guerras en realidad es que dos bandos no se pueden ni ver, y la tensión se acumula y se acumula hasta que cualquier cosa lo desencadenará. Cualquier cosa. ¿Cómo te llamas... ehm... chico?

—Es Adán Young —contestó Anatema, que se acercaba a zancadas con Newton a la zaga.

—Buen trabajo. Has salvado el mundo. Tómate medio día libre —le dijo Crowley a Adán—. Aunque eso no cambiará las cosas.

—Puede que tengas razón —asintió Azirafel—. Estoy convencido de que mi gente quiere el Apocalipsis. Es muy triste.

—¿A alguien le importaría decirnos qué pasa? —protestó Anatema con severidad, extendiendo los brazos.

Azirafel se encogió de hombros.

—Es una historia larguísima.

Anatema adelantó la barbilla.

—Pues venga, cuenta —dijo.

—Bien. Al principio...

Cayó un rayo, dio en el suelo a pocos metros de Adán y la luz del relámpago permaneció allí, una columna crepitante que se ensanchaba en la base, como electricidad salvaje que llena un molde invisible. Los humanos se apretujaron contra el jeep.

La luz se desvaneció, y apareció un muchacho de fuego dorado.

—Oh, cielos —se lamentó Azirafel—. Es él.

—¿Quién? —preguntó Crowley.



—La Voz de Dios —repuso el ángel—. El Metatrón.

Los Ellos observaban.

Y Pepper dijo:

—No lo es. El Metatrón es de plástico y tiene un cañón láser y se convierte en helicóptero.

—Eso es el Cosmic Megatron —corrigió Wensleydale débilmente—. Yo tenía uno, pero se le cayó la cabeza. Éste es otro, me parece.

La hermosa mirada perdida se detuvo en Adán Young, y se deslizó bruscamente al cemento que hervía junto a él.

Una figura surgió del suelo ardiente como un rey demonio de pantomima, pero que, de haber sido una pantomima, hubiera sido una de la que nadie salía vivo y en la que tenían que conseguir un sacerdote para quemar el lugar después. No era muy diferente de la otra figura, excepto por las llamas, que estaban ensangrentadas.

—Ehm... —dijo Crowley, tratando de encogerse en su asiento—. Hola... ehm...

La cosa roja le dirigió la más breve de las miradas, como si lo hubiera marcado para consumo futuro, y observó a Adán. Al hablar, su voz sonaba como millones de moscas despegando apresuradas.

Zumbó una palabra que provocó, en los humanos que la oyeron, escalofríos como limas arrastrándose por la espina dorsal.

Estaba hablando con Adán, que contestó:

—¿Eh? No. Lo acabo de decir. Me llamo Adán Young —miró la figura de arriba abajo—. ¿Y tú?

—Belcebú —apuntó Crowley—. Es el Señor de...

—Graciaz, Crowzzley —interrumpió Belcebú—. Dezzpuézz tenemozz que hablar muy zzeriamente. Zzeguro que tienezz mucho que contarme.

—Ehm... —repuso Crowley—, mira, la verdad es que...

—¡Zzilencio!

—Vale. Vale —dijo Crowley con urgencia.

—Bien, Adán Young —dijo el Metatrón—, naturalmente apreciamos tu asistencia en los acontecimientos presentes; no obstante debemos añadir que el Apocalipsis debería ocurrir ahora. Es posible que existan inconvenientes temporales, pero no supondrán ningún obstáculo para el bien en última instancia.

—Ah —susurró Crowley a Azirafel—, está diciendo que tenemos que destruir el mundo para salvarlo.

—Rezzpecto a qué zzerá un obzttáculo, aún ezttá por decidir —zumbó Belcebú—. Pero zze debe decidir ahora. Ezz tu dezztino. Ezttá ezzcrito.

Adán respiró hondo. Los espectadores humanos contuvieron la respiración. Crowley y Azirafel se habían olvidado de respirar hacía algún tiempo.

—Es que no veo por qué hay que quemarlo todo y a todos —dijo Adán—. Un

millón de peces y de ballenas y de ovejas y de cosas. Y encima para nada importante. Sólo para ver quién tiene la banda más guay. Igual que con los Johnsonitas. Porque aunque ganes, no has vencido a los otros, porque en verdad no quieres. O sea, no para siempre. Volverá a empezar todo. Y seguiréis mandando gente como esos dos — señaló a Crowley y a Azirafel—, a fastidiar. Ya es bastante difícil ser personas, sin que vengan otras personas a fastidiarlo todo.

Crowley se volvió hacia Azirafel.

—¿Los Johnsonitas? —susurró.

El ángel se encogió de hombros.

—Una antigua secta disidente, creo —explicó—. Como los Gnósticos. Como los Ofitas —se le marcaron dos arrugas en la frente—. ¿O eran los Setitas? No, me estoy confundiendo con los Coliridianos. Oh, cielos. Perdona, hay tantas que es muy difícil acordarse de cada una.

—Tanta gente fastidiando... —murmuró Crowley.

—¡No importa! —saltó el Metatrón—. Toda la idea de la creación de la Tierra, del Bien y del Mal...

—Pues no sé para qué tenéis que crear a las personas como personas para que luego os enfadéis porque actúan como personas —le espetó Adán con severidad—. Y además, si pararais de decirle a todo el mundo que todo se arreglará cuando se mueran, a lo mejor intentan arreglarlo todo mientras estén vivos. Si yo mandara, intentaría que las personas vivieran un montón más, como el bueno de Matusalén. Sería mucho más interesante y además podrían empezar a pensar en todo lo que le están haciendo al *mediambiente* y a la ecología porque aún estarían aquí cien años después.

—Ah —exclamó Belcebú, y se puso a sonreír—. Queréizz controlar el mundo. Ezzo ya ezztá mázz a la altura de vuezztro Pa...

—Ya lo he pensado y no quiero —prosiguió Adán, dando media vuelta y haciendo un alentador gesto afirmativo a los Ellos—. Porque vale, algunas cosas se tienen que cambiar, pero es que entonces me vendría la gente sin parar a que yo lo arregle todo y a que quite la basura y les haga más árboles y eso es un rollo. Es como tener que ordenar la habitación de los demás en vez de ellos.

—Pero si no ordenas ni tu habitación —señaló Pepper desde detrás de él.

—No estoy hablando de mi habitación —puntualizó Adán, refiriéndose a un dormitorio cuya alfombra se había perdido de vista hacía varios años—. Estoy hablando de las habitaciones en general. No de mi habitación personal. Es una *nalogía*. Eso es lo que estoy diciendo.

—De todas maneras —continuó Adán—, ya es bastante tener que pensar todo el rato en cosas que hacer para que Pepper y Wensley y Brian no se aburran, o sea que no quiero más mundo del que tengo. Gracias de todos modos.

El rostro del Metatrón tomó la expresión que ponían todos aquellos que estaban familiarizados con la idiosincrática lógica de Adán.

—No puedes negarte a ser quien eres —dijo al cabo de un rato. Escucha. Tu nacimiento y tu destino son parte del Gran Plan. Las cosas tienen que pasar así. Ya está todo decidido.

—La rebelión ezz muy pozzitiva —añadió Belcebú—. Pero ciertazz cozzazz ezztán mazz allá de la rebelión. ¡Comprendedlo!

—No me estoy rebelando contra nada —protestó Adán, con un tono de voz razonable—. Estoy *costatando* cosas. Y me parece que no se le puede echar la culpa a nadie por *costatar* cosas. Porque me parece que sería mucho mejor no ponerse a luchar y ver qué hace la gente. Si no les dierais tanto la lata, a lo mejor podrían pensar como Dios manda y dejar de fastidiar el mundo. No es seguro —añadió concienzudamente—, pero a lo mejor sí.

—Esto no tiene sentido —repuso el Metatrón—. No puedes oponerte al Gran Plan. Piénsalo. Lo llevas en los genes. Piensa.

Adán vaciló.

El trasfondo oscuro siempre estaba preparado para resurgir, con un susurro aflautado que decía sí, exacto, de eso se trata, tienes que someterte al Plan porque eres parte de él...

Había sido un día muy largo. Estaba cansado. Salvar el mundo dejaba para el arrastre a cualquier cuerpo de once años.

Crowley apoyó la cabeza en las manos.

—Por un momento, un solo instante, pensé que teníamos una posibilidad —se lamentó—. Los tenía preocupados. Fue bonito mientras...

Se había dado cuenta de que Azirafel se levantaba.

—Disculpad —dijo el ángel.

El trío lo miró.

—El Gran Plan del que habláis no será el Plan *inefable*, ¿verdad?

Transcurrió un instante de silencio.

—Es el Gran Plan —respondió el Metatrón sin más rodeos—. Lo sabes muy bien. Habrá un mundo que dure seis mil años y que concluya con...

—Sí, sí, ya sé lo que es el Gran Plan —prosiguió Azirafel. Hablaba con cortesía y respeto, pero con la actitud de alguien que hubiera hecho una pregunta inoportuna en un discurso político y no estuviera dispuesto a irse hasta obtener una respuesta—. Yo preguntaba si también era inefable. Quiero tener bien clara esta cuestión.

—¡No tiene importancia! —le espetó el Metatrón—. ¡Seguramente será lo mismo!

¿Seguramente? pensó Crowley. No lo saben en realidad. Se puso a sonreír como un idiota.

—¿De modo que no estáis totalmente seguros? —insistió Azirafel.

—No es cosa nuestra entender el Plan inefable —repuso el Metatrón—. Pero naturalmente, el Gran Plan...

—Pero el Gran Plan podría ser una minúscula parte de la inefabilidad global —constató Crowley—. No podéis estar seguros de que lo que está ocurriendo ahora mismo no sea lo correcto, desde un punto de vista inefable.

—¡Ezztá ezzcrito! —bramó Belcebú.

—Pero podría estar escrito de otra forma en otra parte —replicó Crowley—. Donde no podáis leerlo.

—En letras grandes —dijo Azirafel.

—Subrayado —añadió Crowley.

—Dos veces —sugirió Azirafel.

—Tal vez no sólo estén poniendo el mundo a prueba —continuó Crowley—. ¿Y si os están poniendo a prueba a vosotros también? ¿Hmm?

—Dios no juega con Sus leales servidores —afirmó el Metatrón, pero con un atisbo de preocupación.

—¿Holaaa? —exclamó Crowley—. ¿Has estado fuera o qué?

Todos vieron sus miradas puestas en Adán. Parecía estar cavilando muy concentrado. Y entonces dijo:

—No sé qué importa lo que esté escrito. No creo que importe si se trata de personas. Se tacha y ya está.

Una brisa barrió el aeródromo. A lo alto, los ejércitos se ondularon, como un espejismo.

Reinaba el mismo silencio que debió reinar el día antes de la Creación.

Adán sonreía a ambos, una pequeña silueta colocada justo y exactamente entre el Cielo y el Infierno.

Crowley agarra a Azirafel del brazo.

—¿Sabes lo que ha pasado?— siseo alborotado—. ¡Que lo dejaron solo! ¡Ha crecido humano! No es el Mal encarnado ni el Bien encarnado, es...un *humano* encarnado...

Y entonces:

—Creo —dijo el Metatrón—, que tendré que solicitar más instrucciones.

—Zzíz, yo también —asintió Belcebú. Su rostro furioso se volvió hacia Crowley—. Informaré de tu participación en ezzto, azzíz que mázz vale que te andezz con cuidado. —Le lanzo una mirada fulminante a Adán—. Y ya veremozz qué opina de ezzto vuestro Padre...

Se oyó el estruendo de una explosión. Shadwell, que había pasado unos minutos de entusiasmo horrorizado con los nervios de punta, había conseguido por fin controlar sus dedos temblorosos y apretar el gatillo.

Las balas atravesaron el espacio donde estaba antes Belcebú. Shadwell nunca supo lo afortunado que fue al fallar.

El cielo tembló, y se volvió cielo puro y simple. En el horizonte, las nubes comenzaron a dispersarse.



Madame Tracy rompió el silencio.

—Vaya unos tipos raros —opinó.

No quería decir «vaya unos tipos raros»; lo que quería decir no lo podría haber expresado ni en sueños, excepto gritando, pero el cerebro humano posee poderes de recuperación asombrosos, y decir «vaya unos tipos raros» era parte del proceso curativo. Al cabo de media hora, pensaría que simplemente había bebido demasiado.

—¿Crees que todo terminará aquí? —preguntó Azirafel.

Crowley se encogió de hombros.

—Me temo que para nosotros no.

—Yo de vosotros no me preocuparía —dijo Adán, gnómico—. Lo sé todo de los dos. Tranquilos.

Miró a sus tres compañeros, que trataron de no retroceder. Pareció pensar un instante y luego dijo:

—Vaya lío se ha montado. De todas formas, me parece que todos estarán más contentos si se olvidan de esto. Bueno, no si se olvidan, exactamente, pero sí si no lo recuerdan del todo bien. Y ya nos podemos ir a casa.

—¡Pero no puedes irte así!— exclamó Anatema avanzando—. ¡Piensa en todas las cosas que puedes hacer! Cosas buenas.

—¿Como qué? —preguntó Adán cautelosamente.

—Pues como devolver todas las ballenas al mundo, para empezar.

Adán ladeó la cabeza.

—¿Y tú crees que así la gente pararía de matarlas?

Ella dudó. Le habría encantado decir que sí.

—Y cuando la gente las empiece a matar, ¿qué me pedirías que hiciera? —continuó Adán—. No. Ahora creo que ya entiendo de qué va esto. En cuanto empiece con todo ese lío, ya no podré hacer nada. Y me parece que lo más lógico es que la gente entienda que si matan una ballena, pues obtendrán una ballena muerta.

—Eso demuestra una actitud muy responsable —apuntó Newton.

Adán levantó una ceja.

—Es lógico y ya está —señaló.

Azirafel le dio unas palmaditas en la espalda a Crowley.

—Parece que hemos sobrevivido —dijo—. Imagínate lo terrible que hubiera llegado a ser si hubiéramos sido competentes.

—Hum —repuso Crowley.

—¿Tu coche funciona?

—Me parece que le hará falta algún trabajito que otro —admitió Crowley. Podríamos llevar a esta gente a la ciudad —sugirió Azirafel—. Le debo una comida a Madame Tracy. Y a su joven marido, claro.

Shadwell miró hacia detrás y luego a Madame Tracy.

—¿De quién carajo habla? —le preguntó a la expresión triunfante de su rostro.

Adán regresó junto a los Ellos.

—Deberíamos irnos a casa —dijo.

—¿Pero qué es lo que ha pasado? —le preguntó Pepper—. O sea, todo lo de...

—Qué más da —le interrumpió Adán.

—Pero podrías ayudar tanto —empezó a decir Anatema, en tanto que los niños se dirigían hacia sus bicis. Newton la cogió suavemente del brazo.

—No es buena idea —le aseguró—. Mañana será otro día. El primer día del resto de nuestras vidas.

—¿Sabes que de todos los refranes trillados que odio —le dijo ella— ése es el peor?

—Asombroso, sí señor —repuso él alegremente.

—¿Por qué pone «Dick Turpin» en la puerta de tu coche?

—Es un chiste —explicó Newton.

—¿Hmm?

—Porque allá donde voy, paro el tráfico —murmuró entre dientes, desconsolado.

Crowley miró tristemente los controles del jeep.

—Siento lo del coche —decía Azirafel—. Sé lo mucho que te gustaba. Quizás si te concentraras al máximo...

—No sería lo mismo —se lamentó Crowley.

—Supongo que no.

—Lo tengo desde que era nuevo, sabes. No era un coche, era más un guante corporal.

Olfateó.

—Se está quemando algo —señaló.

Una brisa levantó el polvo y lo dejó caer de nuevo. El aire se hizo pesado y caluroso, aprisionando a los que estaban dentro como a moscas en el almíbar.

Volvió la cabeza y miró a los ojos horrorizados de Azirafel.

—Pero si se ha terminado —dijo—. ¡No puede ocurrir ahora! El...el eso, el momento correcto o lo que sea, ¡ha pasado! ¡Se terminó!

El suelo empezó a temblar. El ruido era como el de un metro, pero no pasando por

debajo. Más bien acercándose.

Crowley sacudió a lo loco la palanca de cambios.

—¡No es Belcebú! —gritó, por encima del ruido del viento—. Es *Él*. ¡Su Padre! No es el Apocalipsis, es algo personal. ¡Maldito trasto, arranca!

El suelo se movió bajo Anatema y Newton, lanzándolos al cemento, que bailaba. De entre las grietas salía humo amarillo.

—¡Es como estar en un volcán! —gritó Newton—. ¿Qué es?

—Sea lo que sea, está muy enfadado —respondió Anatema.

En el jeep, Crowley maldecía. Azirafel le puso una mano en el hombro.

—Aquí hay humanos —le advirtió.

—Y yo, ¿no te digo? —replicó Crowley.

—Quiero decir que no deberíamos permitir que les ocurriera esto.

—Bueno, y qué... —Crowley empezó a hablar y se calló.

—Es decir, que si lo piensas, ya les hemos acarreado bastantes problemas. Tú y yo. A lo largo de los años. Entre pitos y flautas...

—Nos limitamos a hacer nuestro trabajo —masculló Crowley.

—¿Y qué? En la historia muchos se limitaron a hacer su trabajo y mira los problemas que causaron.

—¿No dirás en serio que deberíamos intentar detenerlo? ¿A *Él*?

—¿Tienes algo que perder?

Crowley iba a ponerse a discutir, pero comprendió que no tenía nada. Nada que perder que no hubiera perdido ya. No le podían hacer nada peor de lo que ya tenían pensado. Se sentía libre al fin.

También sentía algo a sus pies, miró debajo del sillón y encontró una llanta. No serviría para nada, pero al fin y al cabo, ninguna otra cosa serviría. Es más, enfrentarse al Adversario con algo parecido a un arma decente sería aún más terrible. De aquel modo podían albergarse esperanzas, y ello lo empeoraba todo.

Azirafel cogió la espada que Guerra había dejado caer y la sopesó esmeradamente.

—Caramba, hace años que no uso esto —murmuró.

—Unos seis mil —apuntó Crowley.

—Ya lo creo —repuso el ángel—. Qué noche la de aquel día. Los buenos tiempos.

—No creas —le dijo Crowley.

Cada vez había más ruido.

—En aquellos tiempos la gente sí que sabía lo que era el bien y lo que era el mal —continuó Azirafel, soñador.

—Hombre, pues sí. Piénsalo.

—Ah. Claro. Cómo se han complicado las cosas, ¿eh?

—Demasiado.

Azirafel levantó la espada. Con un *whoomf*, la espada se prendió como una barra de magnesio.

—Una vez lo aprendes, ya no se te olvida nunca —aseguró.

Sonrió a Crowley.

—Sólo quiero decir —prosiguió—, por si no saliésemos de ésta, que siempre recordaré que en el fondo, había una chispa de bondad en ti.

—Eso —contestó Crowley con amargura—. Alégame el día, va.

Azirafel le tendió la mano.

—Ha sido un placer —añadió.

Crowley se la chocó.

—Ojalá haya una próxima vez —dijo—. Y... oye, Azirafel.

—Dime.

—Que sepas que yo siempre recordaré que en el fondo, fuiste lo bastante cabrón como para caerme bien.

Se oyó cierto alboroto, y los separó la pequeña pero dinámica silueta de Shadwell, amenazándolos muy resuelto con su arma.

—Dudo que seáis capaces de matar ni a una rata coja en un barril, pedazo de mariquitas sureños —les espetó—. ¿Con quién nos las vamos a ver ahora?

—Con el Diablo —dijo Azirafel sin más.

Shadwell asintió con la cabeza, como si aquello no le sorprendiera en absoluto, tiró el arma y se quitó el sombrero, mostrando así una frente célebre y temida allá donde se organizasen riñas callejeras.

—Ya decía yo —afirmó—. Entonces, he de usar la cabeza; mucha ciencia es locura si buen seso no la cura.

Newton y Anatema contemplaron a los tres alejarse del coche, vacilantes. Con Shadwell en el medio, parecían una W estilizada.

—¿Qué demonios van a hacer? —preguntó Newton—. Y ¿qué les está... *qué les pasa?*

Los abrigos de Azirafel y de Crowley se desgarraron por las costuras.

Ya que iban, más valía ir con su verdadera forma. Las plumas se desplegaron hacia el cielo.

Contrariamente a la opinión generalizada, las alas de los demonios son iguales que las de los ángeles, sólo que más arregladas, normalmente.

—¡Shadwell no debería ir con ellos! —exclamó Newton levantándose y tambaleándose

—¿Quién?

—Mi sarg... el hombrecillo ese tan raro, no te lo creerías, ¡tengo que ayudarlo!

—¿Ayudarlo? —dijo Anatema.



—Hice un juramento y toda la pesca —Newton vaciló—. Bueno, más o menos. ¡Y me pagó el mes por adelantado!

—¿Y esos dos quiénes son? ¿Amigos tuyos o...? —empezó a preguntar Anatema, pero se calló.

Azirafel se volvió y el perfil por fin encajó.

—¡Ya sé de qué me suena! —gritó, poniéndose en pie delante de Newton en tanto que el suelo daba sacudidas—. ¡Vamos!

—¡Pero va a ocurrir algo atroz!

—¡Si me ha estropeado el libro, seguro que sí!

Newton rebusco en su solapa y encontró su alfiler oficial. No sabía a qué iban a enfrentarse esta vez, pero lo único que tenía era un alfiler.

Corrieron...

Adán miró a su alrededor. Miró  
hacia abajo. Su rostro tomó una expresión  
de inocencia calculada.

Hubo un instante de conflicto.  
Pero Adán estaba en su terreno.  
Siempre y en última instancia en su terreno.

Con una mano  
describió un semicírculo  
borroso.

... Azirafel y Crowley sintieron el mundo *cambiar*.

No se oía un solo ruido. Ni un crujido. Sólo estaba el lugar que había dado origen a un volcán de poder satánico; sólo humo que se dispersaba, y un coche avanzando lentamente, hasta que se paró, con el fuerte ruido de su motor en el silencio nocturno.

Era un coche viejo, pero bien conservado. Obviamente no empleaba el método de Crowley, mediante el cual bastaba con desear que los rascones desaparecieran; se veía enseguida, aquel coche tenía el aspecto que tenía porque el dueño se había pasado todos los fines de semana de dos décadas haciendo lo que el manual decía que se hiciera los fines de semana. Antes de emprender un viaje, siempre daba la vuelta al coche, comprobaba las luces y contaba las ruedas. Unos hombres serios que fumaban en pipa y lucían bigote habían escrito instrucciones serias que decían que había que hacerlo, así que él lo hacía; porque era un hombre serio que fumaba en pipa y lucía bigote, y no se tomaba semejantes órdenes a la ligera, porque si lo hiciera, ¿adónde iría a parar? Tenía el seguro correcto. Conducía a cinco kilómetros por debajo del límite de velocidad, o a sesenta y cinco, fuera cual fuera lo más reducido. Llevaba

corbata, incluso el sábado.

Arquímedes dijo que con una palanca lo bastante larga y un lugar lo bastante sólido donde colocarse, podía mover el mundo.

Podría haberse colocado encima del Señor Young.

La puerta del coche se abrió y salió el Señor Young.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó—. ¿Adán? ¡Adán!

Pero los Ellos avanzaban como centellas hacia la puerta.

El Señor Young miró a la trastornada asamblea. Al menos Crowley y Azirafel habían sabido controlarse y habían escondido las alas.

—¿En qué lío se ha metido ahora? —suspiró, sin esperar demasiado una respuesta.

—¿Pero qué estará haciendo? ¡Adán! ¡Ven aquí inmediatamente!

Adán rara vez hacía lo que su padre quería.



El Sgto. Thomas A. Deisenburger abrió los ojos. Lo único que tenía de raro su entorno era lo familiar que le resultaba. Su foto del instituto estaba colgada de la pared, y la banderita de barras y estrellas en el vaso de lavarse los dientes, junto al cepillo de dientes, e incluso su oso de peluche, aún con el uniforme. Los rayos de sol del atardecer entraban por la ventana de su habitación.

Olía a tarta de manzana. Aquello era lo que más había echado de menos al pasar las noches del sábado tan lejos de casa.

Bajó las escaleras.

Su madre estaba en la cocina, sacando una enorme tarta de manzana del horno para dejarla a enfriar.

—Hola, Tommy —saludó—. Creía que estabas en Inglaterra.

—Sí, mamá, estoy prescriptivamente en Inglaterra, protegiendo el democratismo, mamá, señor —dijo el Sgto. Thomas A. Deisenburger.

—Estupendo, cielo —repuso su madre—. Tu padre ha ido al campo con Chester y con Ted. Se alegrarán de verte.

El Sgto. Thomas A. Deisenburger asintió.

Se quitó el casco militar y su chaqueta militar y se arremangó la camisa militar. Por un instante pareció más pensativo que en toda su vida. Parte de sus pensamientos los ocupaba la tarta de manzana.

—Mamá, si algún sujeto trata de establecer comunicados telefónicamente con el Sgto. Thomas A. Deisenburger, mamá, señor, dicho individuo...

—¿Cómo dices, Tommy?

Tom Deisenburger colgó su arma en la pared, encima del rifle maltrecho de su padre.

—Mamá, digo que si alguien llama, estaré en el campo con papá, con Chester y con Ted.



La furgoneta se acercó lentamente a las puertas de la base aérea. Frenó. El guardia del turno de medianoche miró por la ventanilla, comprobó los papeles del conductor y le indicó con un gesto que pasara.

La furgoneta serpenteó por el cemento.

Aparcó en el asfalto de la pista de aterrizaje vacía, cerca de unos hombres sentados que compartían una botella de vino. Uno de ellos llevaba gafas de sol. Sorprendentemente, nadie parecía prestarles la menor atención.

—¿Estás diciendo —preguntó Crowley— que Él lo tenía todo planeado así? ¿Desde el principio?

Azirafel limpió a conciencia la boca de la botella y se la pasó.

—Tal vez —contestó—. Podría ser. Siempre podríamos preguntárselo a Él, ¿no?

—Tal y como yo lo recuerdo —repuso Crowley pensativo—, no era muy dado a las respuestas directas. Más bien, más bien no contestaba. Se limitaba a sonreír, como si supiera algo que tú no sabías.

—Lo cual es cierto, naturalmente —constató el ángel—. Si no, no tendría gracia, ¿no crees?

Se quedaron en silencio, mirando meditabundos al infinito, como si estuvieran recordando cosas en las que no pensaban desde hacía mucho tiempo.

El conductor de la furgoneta salió del vehículo con una caja de cartón y unas tenacillas.

En el asfalto había una corona de metal deslustrado y una balanza. El hombre las recogió con las tenacillas y las metió en la caja.

Entonces se acercó a los dos de la botella.

—Disculpen, caballeros —dijo—. Busco una espada que debería estar por aquí, o al menos eso pone aquí, y me preguntaba...

Azirafel se puso nervioso. Miró a su alrededor, algo desconcertado, se levantó y descubrió que llevaba la última hora entera sentado encima de la espada. Se agachó y la cogió.

—Lo siento —se disculpó, y metió la espada en la caja.

El conductor de la furgoneta, que llevaba una gorra de International Express, dijo que no tenía importancia, y que era una bendición de Dios que ellos dos estuvieran

allí porque alguien tenía que firmar para certificar que le había sido entregado lo que tenía que recoger, y vaya día más ajetreado, como para olvidarlo, ja.

Azirafel y Crowley contestaron que vaya que sí, y Azirafel firmó la carpeta que le tendió el conductor, corroborando así que el repartidor había recibido una corona, una balanza y una espada y tenía que entregarlas en una dirección emborronada y cargar el envío a una cuenta borrosa.

El hombre hizo ademán de regresar a la furgoneta, se detuvo y se volvió.

—Si le contara a mi mujer lo que me ha ocurrido hoy —les explicó con un atisbo de tristeza—, no me creería. Y no la culpo, porque yo tampoco me lo acabo de creer. —Subió a la furgoneta y se puso en marcha.

Crowley se levantó, algo inseguro. Le tendió la mano a Azirafel para ayudarle.

—Venga —le dijo—, vámonos a Londres.

Cogió un jeep. Nadie trató de detenerlos.

Tenía un radiocassette. Lo cual no era la norma, ni en un vehículo militar americano, pero Crowley daba por sentado que todos los vehículos que conducía tenían radiocassette y por lo tanto éste también lo incorporaba casi desde el instante en que entró.

En el cassette que puso para el viaje se leía *Música acuática* de Handel y siguió siendo *Música acuática* de Handel durante todo el viaje.

# Domingo

*(El primer día  
del resto  
de sus vidas)*

**A** eso de las diez y media, el repartidor de periódicos dejó los dominicales en la puerta de Villa Jazmín. Tuvo que hacer tres viajes.

La sucesión de golpes al dar contra el suelo despertó a Newton Pulsifer.

Dejó a Anatema durmiendo. Estaba hecha polvo, pobre criatura. Cuando la metió en la cama estaba casi desquiciada. Había vivido de acuerdo a las Profecías, pero éstas ya no existían. Debía de sentirse como un tren que ha llegado al final de una vía pero tiene que seguir como sea.

De ahora en adelante, podría vivir una vida en la que todo la cogiera por sorpresa como a todos los demás. Qué suerte.

Sonó el teléfono.

Newton salió disparado a la cocina y contestó al segundo timbre.

—¿Diga?

Una voz forzosamente amistosa, teñida de desesperación, le empezó a parlotear.

—No —contestó—. No soy yo. Y no es Dabissi, es Device. A la inglesa. Y está durmiendo.

—Mire —continuó—, estoy seguro de que no quiere aislamientos. Ni doble acristalamiento. La casa no es suya, ¿sabe? Está alquilada.

—No, no voy a despertarla para preguntárselo —dijo—. Y una cosa, Señorita... vale, Morrow, ¿por qué no tienen ustedes el domingo libre, como todo el mundo?

—Domingo —repitió—. Pues claro que no es sábado. ¿Por qué iba a ser sábado? El sábado fue ayer. De verdad que es domingo, en serio. ¿Cómo que ha perdido un día? Pues yo no lo tengo. Me da la impresión de que se ha dejado llevar por eso de vend... ¿Oiga?

Gruñó y colgó el auricular.

¡Vendedores telefónicos! Se merecen todo lo que les pase.

Le inundó una súbita ola de incertidumbre. Era domingo, ¿verdad? Se tranquilizó al dar una ojeada a los periódicos dominicales. Si el *Sunday Times* decía que era domingo, lo decía con conocimiento de causa, eso seguro. Y ayer había sido sábado. Pues claro. Ayer había sido sábado y no olvidaría el sábado mientras viviera, si se acordara de qué se suponía que no debía olvidar.

Ya que estaba en la cocina, Newton decidió hacer el desayuno.

Se desplazaba por la cocina lo más silenciosamente posible, para evitar despertar a toda la casa, y todos los ruidos parecían resonar mucho más de lo normal. El frigorífico ancestral tenía una puerta que chirriaba como una condenada. El grifo de la pila goteaba como un jerbo diurético pero hacía más ruido que un géiser. Y no encontraba nada. Al final, como todo ser humano que haya desayunado solo en la cocina de otra persona desde los albores de la civilización, se conformó con café solo instantáneo y sin azúcar<sup>[57]</sup>.

En la mesa de la cocina había un carboncillo vagamente rectangular,

encuadernado en cuero. Sólo pudo reconocer las palabras «Bue as y Ajus...» en la cubierta chamuscada. Lo que puede cambiar las cosas un día, pensó. Puede convertir una obra de consulta fundamental en una briqueta de barbacoa.

Bueno. ¿Cómo lo habían recuperado, exactamente? Recordaba un hombre que olía a humo y llevaba gafas de sol aunque estuviera oscuro. Y todo aquello, tanto correr todos juntos... los niños de las bicis... aquel zumbido desagradable... un rostro pequeño y repugnante que miraba fijamente... Todo aquello le daba vueltas en la cabeza, no exactamente olvidado, pero sí eternamente pendido de la cúspide del recuerdo, una memoria de las cosas que no habían ocurrido<sup>[58]</sup>. ¿Cómo podía ser?

Se quedó mirando la pared hasta que el timbre de la puerta lo bajó de las nubes.

Era un atildado hombre menudo con un impermeable negro. Llevaba una caja de cartón y le sonreía radiante a Newton.

—Señor... —consultó un trozo de papel que llevaba en la mano— ¿Pulzifer?

—Pulsifer —corrigió Newton—. Con ese.

—Lo siento —se disculpó el hombre—. Sólo lo había visto escrito. Ehm... bien. Al parecer esto es para usted y la Sra. Pulsifer.

Newton lo miró desconcertado.

—No existe la Sra. Pulsifer —contestó fríamente.

El hombre se quitó el bombín.

—No sabe cuánto lo siento —se disculpó otra vez.

—Bueno... aparte de mi madre —añadió Newton—. Pero no está muerta, es que vive en Dorking. No estoy casado.

—Qué extraño. La carta es bastante... específica.

—¿Quién es usted? —inquirió Newton. Sólo llevaba pantalones, y hacía mucho frío en el umbral.

El hombre sujetó torpemente la caja y pescó una tarjeta de algún bolsillo interior. Se la tendió a Newton.

Ponía:

Giles Baddicombe  
Robey, Robey, Redfearn y Bychance  
Abogados  
13 Demdyke Chambers,  
PRESTON

—¿Sí? —dijo amablemente—. ¿Y qué puedo hacer por usted, Señor Baddicombe?

—Podría dejarme pasar —sugirió el Sr. Baddicombe.

—No es para notificar una orden ni nada de eso, ¿no? —le preguntó Newton. Los

acontecimientos de la noche anterior le emborronaban la mente como una nube, cambiando cada vez que pensaba que ya tenía una imagen clara, pero más o menos sabía que había dañado algo, y esperaba represalias.

—No —dijo el Sr. Baddicombe, algo dolido—. Tenemos empleados que se ocupan de eso.

Dejó a Newton atrás y puso la caja en la mesa.

—Para serle sincero —prosiguió—, estamos muy interesados en esto. El Sr. Bychance estuvo a punto de venir él mismo, pero no le sienta bien viajar últimamente.

—Mire —le interrumpió Newton—. Le aseguro que no tengo la más mínima idea de qué está usted diciendo.

—Esto —dijo el Sr. Baddicombe, mostrándole la caja y sonriendo como Azirafel a punto de hacer un truco de magia— es suyo. Alguien quería que lo tuviese. Y ese alguien fue muy específico.

—¿Un regalo? —preguntó Newton. Desconfiado, echó un vistazo al cartón pegado y revolvió el cajón de la cocina en busca de un cuchillo afilado.

—Es más bien un legado —opinó el Sr. Baddicombe—. Sabe usted, lo tenemos desde hace trescientos años. Disculpe. ¿He dicho algo raro? Debería poner el dedo debajo del grifo.

—¿Qué diablos es todo esto? —preguntó Newton, aunque una helada sospecha se apoderaba de él. Se lamió el corte.

—Es una historia muy curiosa. ¿Le importa que me sienta? No conozco los detalles al completo porque entré en la empresa hace sólo quince años, pero...

... era un gabinete jurídico muy pequeño cuando entregaron cautelosamente la caja; Redfearn, Bychance y los Robeys, y no digamos el Sr. Baddicombe, se hallaban muy lejos en el futuro. El letrado que aceptó la entrega tras mucho forcejear se sorprendió al encontrar una carta dirigida a él, atada a la caja con un cordel. Llevaba una lista de instrucciones y de acontecimientos interesantes de la historia que ocurrirían en los siguientes diez años y que, sabiamente empleados por un joven emprendedor, asegurarían suficientes recursos como para emprender una carrera profesional jurídica muy exitosa. Sólo tenía que encargarse de que la caja estuviera a buen recaudo durante más de trescientos años, y luego de que se entregara a una dirección...

—... aunque la empresa había cambiado de propietario varias veces a lo largo de los siglos —le explicaba el Sr. Baddicombe—. Pero la caja siempre formó parte de los bienes muebles, por así decirlo.

—No sabía que existieran los alimentos para bebés de Heinz en el siglo XVII —dijo Newton.

—Eso era para que no se estropeará en el coche —señaló el Sr. Baddicombe.



—¿Y no la ha abierto nadie en todo ese tiempo?

—Sí, creo que la abrieron dos veces. En 1757, el Sr. George Cranby en 1928 el Sr. Arthur Bychance, padre del actual Bychance —Tosió—. Al parecer, el Sr. Cranby encontró una carta...

—... dirigida a él —acabó Newton por él.

El Sr. Baddicombe se incorporó apresuradamente.

—Cielos, ¿cómo lo sabía?

—Me parece que reconozco el estilo —repuso Newton en tono grave—. ¿Qué les ocurrió?

—¿Se lo han contado ya? —le preguntó el Sr. Baddicombe desconfiado.

—No con tantas palabras. No murieron en una explosión, ¿no?

—Bueno... el Sr. Cranby tuvo un ataque al corazón, según se cree. Y el Sr. Bychance se puso muy pálido, devolvió la carta al sobre, por lo que yo sé, y dio órdenes muy estrictas para que la caja no volviera a abrirse mientras viviera. Dijo que el primero que la abriera sería despedido sin más.

—Una amenaza espantosa —dijo Newton con sarcasmo.

—Lo era. Por lo menos en 1928. En fin, las cartas están en la caja.

Newton quitó el cartón.

Dentro había un pequeño arcón. No tenía cierre.

—Adelante, levante la tapadera —le animó el Sr. Baddicombe, entusiasmado—. Me encantaría saber lo que tiene dentro. En la oficina hemos hecho apuestas y todo...

—Vamos a hacer una cosa— propuso Newton, generoso—. Yo voy a hacer café y usted abre la caja.

—¿Yo? No sé si es lo más adecuado...

—No veo por qué no —Newton echó un vistazo a las sartenes que colgaban encima de la cocina. Una de ellas era bastante grande para lo que tenía en mente.

—Vamos —insistió—, déjese tentar. A mí no me importa. Podría usted tener un... un poder notarial o algo así.

El Sr. Baddicombe se quitó el abrigo.

—Bueno —dijo frotándose las manos—, ya que insiste... sería algo que contar a mis nietos.

Newton cogió la sartén y apoyó la mano suavemente en el pomo de la puerta.

—Eso espero —dijo.

—Allá voy.

Newton oyó un crujido tenue.

—¿Ve algo? —preguntó.

—Hay dos cartas abiertas... vaya, y una tercera... para...

Newton oyó el chasquido del lacre y el tintineo de algo que caía en la mesa. Luego un grito ahogado, el traqueteo de una silla, pasos apresurados por el pasillo, un

portazo y un motor devuelto a la vida y conducido a toda velocidad calle abajo.

Newton se quitó la sartén de la cabeza y salió de detrás de la puerta.

Cogió la carta y no se sorprendió del todo al ver que era para el Sr. G. Baddicombe. La desdobló.

Decía: «He aquí un florín, letrado; ahora mismo, correde de prisa, non sea que por doquier salga a luç la verdad sobre ti e la Señora Spiddon, donçella de la máquina de escribir.»

Newton miró las otras dos cartas. El papel crujiente de la que iba dirigida a George Cranby decía: «Aparta las tus manos mangantes, Señor Cranby. Sé bien comino estafades a la Viuda Plashkin por San Miquel, viejo peyejo pollopera.»

Newton se preguntó qué sería un pollopera. Estaría dispuesto a apostar que no tenía nada que ver con cosas de comer.

La carta que esperaba al inquisitivo Sr. Bychance decía: «Abandonado los as, cobarde. Devolvedes aquesta carta a la caja, non sea que por doquier a la luç salgan los aconteçimentos del siet de Xunio de Mil Nueve Cientos Dyeç e Seis».

Debajo de las cartas había un manuscrito. Newton lo observó.

—¿Qué es eso? —le preguntó Anatema.

Se volvió. Estaba apoyada en el marco de la puerta, como un atractivo bostezo con piernas.

Newton se apoyó de espaldas en la mesa.

—Nada. Se han equivocado. No es nada. Una vieja caja. Correo para tirar. Ya sabes lo que...

—¿El domingo? —dijo ella, apartándolo de un empujón.

Newton se encogió de hombros en tanto que ella tomaba en sus manos el manuscrito amarillento y lo levantaba.

—«Más Buenas e Ajustadas Profecías de Agnes La Chalada» —leyó despacio—. ¡«Acerca de Aquello que Ocurrerá; la saga contynúa»! Ay, Dios...

Lo dejó en la mesa con reverencia y se preparó para girar la página.

La mano de Newton se posó suavemente en la de ella.

—Míralo de este modo: —le dijo con voz queda—. ¿Quieres ser una descendiente durante toda tu vida?

Levantó la vista. Sus ojos se encontraron.



Era domingo, el primer día del resto de la vida, hacia las once y media.

El Parque de Saint James estaba relativamente tranquilo. Los patos, expertos en *realpolitik* desde un punto de vista panadero, lo atribuyeron a un descenso en la

tensión internacional. Sí que había disminuido la tensión internacional, en realidad, pero mucha gente estaba en su despacho tratando de entender por qué, de descubrir adónde había ido a parar Atlantis con tres delegaciones internacionales de investigación, y tratando de comprender qué les había pasado a los ordenadores ayer.

El parque estaba desierto salvo por un miembro del Departamento de Inteligencia Superior británico que trataba de reclutar a alguien que, para bochorno de ambos, resultó ser también miembro del Departamento de Inteligencia Superior británico, y un hombre que daba de comer a los patos.

Y también estaban Crowley y Azirafel.

Se paseaban juntos por el parque.

—Yo igual —dijo Azirafel—. La tienda está como antes. Ni una pizca de hollín.

—Pero es que no se puede hacer un Bentley usado —insistió Crowley—. La pátina es imposible de conseguir. Pero ahí estaba, vivito y coleando. Allí mismo en la calle. Son exactos.

—Hombre, exacto exacto, lo mío no —replicó Azirafel—. Estoy seguro de que no almacené libros con títulos como *Biggles se va a Marte* o *Jack Cade, héroe de la frontera* o *101 cosas que hacer* o *Sabuesos del Mar de las Calaveras*.

—Jo, qué lástima —dijo Crowley, que sabía lo mucho que el ángel adoraba su colección de libros.

—Tampoco es para tanto —repuso Azirafel alegremente, Son todo primeras ediciones carísimas, miré el precio en la Guía de precios de Skindie. ¿Cómo es la expresión que empleas tú? *Uuuuah*.

—Yo creía que iba a dejar el mundo tal y como estaba —se lamentó Crowley.

—Sí. Más o menos. Lo mejor que puede. Pero tiene su sentido del humor.

Crowley le miró de reojo.

—¿Sabes algo de tus jefes?

—No. ¿Y tú?

—No.

—Creo que están haciendo como si no hubiera pasado nada.

—Supongo que los míos también. Así es la burocracia.

—Los míos estarán esperando a ver qué pasa ahora —añadió Azirafel.

Crowley asintió.

—Tomándose un respiro —dijo—. Un momento para rearmarse moralmente. Para aumentar las defensas. Y prepararse para lo gordo.

Se pararon junto al estanque, mirando a los patos escarbar en busca del pan.

—¿Perdón? —exclamó Azirafel—. Creía que lo gordo había sido esto.

—No estoy seguro —se explicó Crowley—. Piénsalo. Para mí que lo gordo será cuando todos Nosotros nos enfrentemos a todos Ellos.

—¿Qué? ¿El Cielo y el Infierno contra la humanidad?

Crowley se encogió de hombros.

—Naturalmente, si lo ha cambiado todo, quizás también se haya cambiado a sí mismo. Tal vez se haya deshecho de sus poderes; puede que haya decidido seguir siendo humano.

—Eso espero —repuso Azirafel—. De todas maneras no creo que permitieran otra alternativa. Ehm... ¿no?

—No lo sé. Nunca puedes estar seguro de qué pretenden en realidad. Planes dentro de planes.

—¿Cómo dices? —preguntó Azirafel.

—Pues —respondió Crowley, que había estado pensando en ello hasta que la cabeza le empezó a doler—, ¿no lo has pensando nunca? O sea, en tu gente y la mía, en el Cielo y el Infierno, en el bien y el mal. Ya sabes. Quiero decir, ¿por qué?

—Por lo que yo recuerdo —explicó el ángel fríamente—, estalló la rebelión y...

—Sí, claro. Y por qué la rebelión, ¿eh? O sea, no tenía por qué, ¿no? —insistió Crowley con una chispa de maníaco en la mirada—. Cualquiera que pueda construir un universo en seis días no va a dejar que ocurra semejante historia. A menos que quiera, claro está.

—Venga ya, piensa con la cabeza —le regañó Azirafel dubitativo.

—Mal consejo —le recriminó Crowley—. Muy malo. Si te sientas a pensarlo con la cabeza, a ser racional, acabas dando con ideas muy raras. Como: por qué crear a las personas inquisitivas y luego plantar una fruta prohibida donde se vea perfectamente, con un dedo enorme de neón que parpadea y dice «¡AQUÍ ESTÁ!».

—No recuerdo ningún neón.

—Es una metáfora. O sea, por qué hacerlo si de verdad no quieres que se la coman, ¿eh? No sé, tal vez sea para ver qué pasa. Tal vez es todo parte de un intrincado plan inefable. Todo. Tú, yo, él, todo. Una prueba a lo grande para ver si todo lo que has construido funciona como debe. Y piensas, no puede ser una enorme partida cósmica de ajedrez, tiene que ser un simple solitario muy complicado. Y no te molestes en contestar. Si pudiéramos entenderlo, no seríamos nosotros. Porque es todo, es todo...

INEFABLE, dijo el sujeto que daba de comer a los patos.

—Sí, eso es. Gracias.

Contemplaron al alto desconocido tirar la bolsa vacía a la papelería, y marcharse por la hierba. Crowley meneó la cabeza.

—¿Qué estaba diciendo? —preguntó.

—No sé —contestó Azirafel—, nada importante, creo.

Crowley asintió tristemente.

—Deja que te tiente a una comida —siseó.

Volvieron al Ritz, donde, misteriosamente, había una mesa libre. Y tal vez los

últimos esfuerzos habían causado secuelas en la naturaleza de la realidad, porque mientras comían, por primera vez, un ruiseñor cantaba en Berkeley Square.

Nadie lo oía a causa del ruido del tráfico, pero allí estaba, tan campante.



Era la una de la tarde del domingo.

Durante la última década, la comida del domingo en el mundo del Sargento Shadwell había seguido una rutina invariable. Se sentaba a la mesa desvencijada y con quemaduras de cigarrillo de su apartamento, hojeando un ejemplar antiguo de los libros de la biblioteca<sup>[59]</sup> del Ejército Cazabrujas sobre magia y demonología: el *Necrotelecomnicon* o el *Liber Fulvarum Paginarum*, o su favorito de siempre, el *Malleus Maleficarum*<sup>[60]</sup>.

Entonces llamaban a la puerta, y Madame Tracy decía alzando la voz: «La comida, Señor Shadwell», y Shadwell mascullaba «Fresca desvergonzada» y esperaba sesenta segundos, para que la fresca desvergonzada regresara a su piso; entonces abría la puerta y recogía el plato de hígado, que siempre estaba esmeradamente tapado con otro plato para que no se enfriara. Lo cogía y se lo comía con mucho cuidado de no manchar de salsa las páginas que estaba leyendo<sup>[61]</sup>.

Eso era lo que ocurría siempre.

Pero aquel domingo no.

Para empezar, no estaba leyendo. Sólo estaba sentado.

Y cuando llamaron a la puerta se levantó inmediatamente y abrió. No tenía por qué apresurarse.

No había plato. Sólo Madame Tracy, con un camafeo y un toque de carmín poco familiar. Además, se hallaba en el centro de una zona de perfume.

—¿Qué quieres, Jezabel?

Madame Tracy habló con voz alegre, rápida y crispada por la duda.

—Hola, Señor S. Es que estaba pensando, que después de lo que hemos pasado estos dos días, me parece tonto dejarle el plato ahí fuera, así que le he puesto un cubierto en la mesa. ¿Vamos?...

¿Señor S? Shadwell la siguió, arrastrando los pies.

Había tenido otro sueño la noche anterior. No lo recordaba muy bien, excepto un fragmento que aún le rondaba la cabeza y le molestaba. El sueño se había desvanecido, como los acontecimientos de la noche.

El fragmento era el siguiente. «*No hay nada malo en cazar brujas. A mí me gustaría ser cazador de brujas. Sólo que hay que alternar. Hoy cazamos brujas, y mañana nos escondemos, y serán las brujas las que nos tengan que buscar...*»

Por segunda vez en veinticuatro horas —y por segunda vez en su vida—, entró en los aposentos de Madame Tracy.

—Siéntese ahí —le indicó, señalando un sillón. Tenía un antimacasar en el reposacabezas, un cojín ahuecado en el asiento y un escabel.

Se sentó.

Ella le puso una bandeja en el regazo, lo miró mientras comía y retiró el plato cuando hubo terminado. Entonces abrió un botellín de Guinness, le sirvió un vaso y se tomó un té mientras él saboreaba su cerveza. Al dejar la taza en el plato, provocó un tintineo nervioso.

—Tengo algo de dinero ahorrado —comentó, sin venir a cuento—. Y sabe usted, a veces pienso que estaría bien comprar una casita apartada, en el campo. Irse de Londres. Se llamaría Los Laureles o El Rancho, o, o...

—Shangri-La —sugirió Shadwell, sin tener la más remota idea de por qué.

—Eso es, Señor S. Justo. Shangri-La. —Le sonrió—. ¿Está cómodo, cielo?

Shadwell comprendió horrorizado que sí lo estaba. Horrible y terroríficamente cómodo.

—Ajá —gruñó con cautela. Jamás había estado tan cómodo.

Madame Tracy abrió otro botellín de Guinness y se lo puso delante.

—Pero el problema de tener una casita llamada... ¿cuál era ese nombre suyo tan original, Señor S?

—Uh. Shangri-La.

—Shangri-La, eso; es que para uno solo es demasiado, ¿no cree? Quiero decir, que para dos, mejor; dicen que donde come uno comen dos.

(O quinientos dieciocho, pensó Shadwell, acordándose de la filas en masa del Ejército Cazabrujas.)

Madame Tracy soltó una risita.

—Me pregunto dónde podría yo encontrar alguien con quien instalarme...

Shadwell comprendió que estaba hablando de él.

No estaba seguro de aquello. Tenía la clara sensación de que dejar al Soldado Pulsifer con la jovencita de Tadfield había sido un paso en falso, de acuerdo con el *Libro de Reglas y Normativas*. Y esto aún parecía más peligroso.

Sin embargo, a su edad, cuando uno se hacía viejo para arrastrarse por entre los hierbajos, cuando el frío húmedo de la mañana le calaba a uno los huesos...

*(Y mañana nos escondemos, y serán las brujas las que nos tengan que buscar...)*

Madame Tracy abrió otra botella de Guinness, y se rió por lo bajo.

—Ay, Señor S —dijo—, cualquiera diría que lo quiero poner contentillo.

Él gruñó. Había cierto formalismo que respetar en todo aquello.

El Sargento Cazabrujas Shadwell dio un trago largo y profundo a la cerveza y le hizo la pregunta.

Madame Tracy rió.

—Pero bueno, bobalicón —protestó poniéndose de un colorado intenso—. ¿Cuántos cree usted que tengo?

Él repitió la pregunta.

—Dos —contestó Madame Tracy.

—Ah, bueno. Eso ya es otro cantar —dijo el Sargento Cazabrujas Shadwell (retirado).



Era domingo por la tarde.

A lo alto, un 747 sobrevolaba Inglaterra. En la zona de primera clase, un niño llamado Warlock dejó su cómic y miró por la ventana.

Qué dos días tan raros habían sido. Aún no estaba seguro de por qué a su padre lo habían destinado a Oriente Medio. Y sabía muy bien que su padre tampoco lo estaba. Sería por algo cultural. Lo único que habían hecho era ir con un montón de tíos raros con toallas en la cabeza y los dientes fatal, a que les enseñaran unas ruinas viejas. Y para ruinas, Warlock había visto mucho mejores. Y luego uno de los tíos raros le preguntó si no quería hacer algo. Y Warlock dijo que quería irse de allí.

Aquello no pareció hacerles mucha gracia.

Y ahora regresaba a Estados Unidos. Había pasado algo con los billetes o los vuelos o los destinos o algo así. Fue muy raro; él sabía muy bien que su padre quería volver a Inglaterra. A Warlock le gustaba Inglaterra. Era un país muy agradable para los americanos.

El avión se encontraba justo encima del Bajo Tadfield, concretamente encima de la habitación de Culogordo Johnson, que hojeaba sin ton ni son una revista de fotografía que compró sólo porque en la portada tenía una foto muy buena de un pez tropical.

Unas páginas por delante del dedo apático de Culogordo había un artículo acerca del fútbol americano y de lo fuerte que estaba pegando en Europa. Lo cual resultaba muy extraño, porque cuando imprimieron la revista, aquellas páginas trataban de la fotografía en condiciones desérticas.

Estaba a punto de cambiarle la vida.

Y Warlock seguía volando hacia América. Se merecía algo (al fin y al cabo, nunca se olvidan los primeros amigos, aunque sean bebés de unas cuantas horas), y el poder que estaba controlando el destino de toda la humanidad en aquel preciso instante pensaba: «Bueno, se va a América, ¿no? Pues no sé de qué se queja, no hay nada mejor que irse a América.»

Allí tienen treinta y nueve sabores de helado. O a lo mejor más.



Había un millón de cosas divertidas que podían hacer un niño y su perro un domingo por la tarde. A Adán se le ocurrían cuatrocientas o quinientas casi sin pensar. Cosas emocionantes, cosas conmovedoras, planetas que conquistar, leones que domar, mundos latinoamericanos perdidos y abarrotados de dinosaurios que descubrir y conocer.

Estaba sentado en el jardín, rascando la tierra con un guijarro, con aspecto abatido.

Su padre lo encontró dormido al volver de la base, dormido a base de bien, como si llevara en la cama toda la noche. Hasta roncaba de vez en cuando para darle realismo.

Al día siguiente mientras desayunaban, sin embargo, quedó bien claro que no fue suficiente. Al Sr. Young no le hacía ninguna gracia andar callejeando un sábado por la noche y perdiendo el tiempo. Y si, por alguna inimaginable casualidad, Adán no fuera el causante del alboroto nocturno —fuera lo que fuera, porque nadie tenía los detalles muy claros, aunque estaban seguros de que hubo algún alboroto—, de algo tenía la culpa indudablemente. Ésa era la actitud del Sr. Young, y le había dado resultado los últimos once años.

Desalentado, Adán se encontraba en el jardín. El sol de agosto se elevaba en el cielo azul y despejado, y un tordo cantaba al otro lado del seto, pero a Adán le parecía que aquello aún lo empeoraba todo mucho más.

Perro estaba sentado a los pies de Adán. Había intentado ayudar, principalmente exhumando un hueso enterrado cuatro días antes y llevándoselo a Adán, que se limitó a mirarlo tristemente, y al final Perro se lo llevó y lo volvió a inhumar. Había hecho todo lo que podía.

—¡Adán!

Adán se volvió. Tres rostros lo miraban por encima de la valla del jardín.

—Hola —saludó Adán desconsoladamente.

—Ha llegado un circo a Norton —dijo Pepper—. Wensley estaba allí y lo ha visto. Lo están montando.

—¡Hay carpas y elefantes y domadores y casi todos los animales salvajes y, y un montón de cosas! —exclamó Wensleydale.

—Podríamos ir y ver cómo lo ponen todo —sugirió Brian.

Durante unos segundos, imágenes de circos desfilaron por la mente de Adán. Los circos eran aburridos una vez estaban montados. En la tele salían cosas mejores todo



el tiempo. Pero mientras lo montaban... Irían todos allí, les ayudarían a montar las carpas, a lavar los elefantes, y los del circo se quedaría tan *facinados* con lo bien que se llevaba Adán con los animales que, esa misma noche, Adán (y Perro, el mestizo amaestrado más famoso del mundo) conduciría los elefantes a la pista central y...

Fue inútil.

Adán negó tristemente con la cabeza.

—No puedo ir a ningún sitio —se lamentó—. No me dejan.

Se hizo el silencio.

—Adán —dijo Pepper, un tanto inquieta—. En serio, ¿qué pasó anoche?

Adán se encogió de hombros.

—Nada. No importa —contestó—. Siempre igual. Uno intenta ayudar, y la gente se cree que has matado a alguien o algo así.

Se quedaron en silencio de nuevo, mientras los Ellos contemplaban a su líder caído.

—¿Y hasta cuándo estás castigado? —le preguntó Pepper.

—Hasta dentro de un montón. Mil años. Infinito. Me habré hecho viejo cuando me dejen salir —repuso Adán.

—¿Mañana podrás salir? —le preguntó Wensleydale.

A Adán se le iluminó la cara.

—Ah, bueno, mañana sí —aseguró—. Para entonces ya se les habrá pasado. Seguro. Siempre pasa lo mismo...

Levantó la mirada hacia ellos, un Napoleón desaliñado con los cordones desatados, exiliado en una Elba poblada de rosales.

—Vosotros iros —les dijo, con una carcajada breve y apagada—. No os preocupéis por mí. Estoy bien. Mañana nos veremos.

Los Ellos vacilaron. La lealtad era muy importante, pero no se debería obligar a ningún lugarteniente a elegir entre su líder y un circo con elefantes. Se marcharon.

El sol seguía brillando. El tordo seguía cantando. Perro dejó a su amo por imposible y se puso a perseguir a una mariposa por la hierba del seto. Era un seto serio, sólido, infranqueable, de ligustro espeso y bien podado, y Adán lo conocía muy bien. Al otro lado de él se extendían el campo abierto, las maravillosas zanjas embarradas, la fruta fresca, los propietarios de los árboles frutales, furiosos pero lentos, los circos, los arroyos para represar y los muros y los árboles hechos expresamente para trepar...

Pero no se podía pasar por el seto.

Adán pareció pensativo.

—Perro —dijo Adán severamente—, apártate del seto, porque si te cuelas por algún hueco, entonces tendré que ir a por ti, y tendría que salir del jardín, y no me dejan hacer eso. Pero tendría que hacerlo... si tú te escaparas.

Perro saltaba impaciente, de arriba abajo del seto, y se quedó donde estaba.

Adán miró alrededor, cautelosamente. Luego, con más cautela aún, miró Arriba, miró Abajo. Y miró Dentro.

Entonces...

Y ahora había un enorme agujero en el seto, lo bastante grande como para que un perro pasara, y para que un niño se colara detrás de él. Y era un agujero que siempre había estado allí.

Adán le guiñó el ojo a Perro.

Perro atravesó el seto por el agujero. Y, gritando con claridad, bien alto y vocalizando «¡Perro, eso no, malo! ¡Quieto! ¡Ven aquí!», Adán se metió por el agujero detrás de él.

Algo le decía que se acercaba el fin de algo. No exactamente del mundo. Sólo del verano. Habría otros veranos, pero no volvería a haber ninguno como aquel. Nunca.

Entonces más valía aprovecharlo al máximo.

Se detuvo a medio camino a campo través. Algo se estaba quemando. Miró la columna de humo que salía de la chimenea de Villa Jazmín, y se quedó quieto. Aguzó el oído.

Adán oía cosas que al resto de la gente le pasaban desapercibidas.

Oía risas.

No eran carcajadas de bruja; eran las risotadas graves y desenfadadas de alguien que sabía muchísimo más de lo que posiblemente le convenía.

El humo blanco se retorció y se enroscó por encima de la chimenea. Durante una fracción de segundo, Adán vio, dibujado en el humo, un hermoso rostro de mujer. Un rostro que no se había visto en la Tierra desde hacía más de trescientos años.

Agnes la Chalada le guiñó el ojo.

La suave brisa veraniega dispersó el humo; y el rostro y la risa se desvanecieron.

Adán sonrió y echó a correr de nuevo.

Un poco más allá, en una pradera por donde pasaba un arroyo, el chico alcanzó al perro mojado y embarrado.

—Perro malo —le regañó Adán, rascándole detrás de las orejas. Perro ladraba entusiasmado.

Adán miró hacia arriba. Estaba debajo de un viejo manzano, retorcido y pesado. Debía de estar allí desde los albores de la civilización. Tenía las ramas curvadas bajo el peso de las manzanas, pequeñas, verdes y jugosas.

Tan rápido como una cobra al atacar, el niño subió al árbol. Bajó unos segundos después con los bolsillos rebosantes, dando un mordisco ruidoso a una manzana ácida y perfecta.

—¡Eh, tú! ¡Muchacho! —gritó una voz surgida de detrás de él—. ¡Eres Adán Young! ¡Que te veo! ¡Se lo diré a tu padre, ya lo creo que sí!

El castigo paterno era ya inevitable, pensó Adán mientras comía, con su perro junto a él y los bolsillos repletos de la fruta robada.

Siempre lo era. Pero no hasta la noche.

Y la noche quedaba muy, muy lejos.

Tiró el corazón de la manzana en la dirección aproximada de su perseguidor, y se sacó otra del bolsillo.

No entendía por qué la gente armaba tanto follón porque los demás se comieran su birria de fruta, de todas maneras, pero la vida sería mucho menos divertida si no fuera así. Y además no había manzana, desde el punto de vista de Adán, por la que no valiera la pena meterse en líos.

**I**magínese, si es que quiere imaginar el futuro, a un niño con su perro y sus amigos. Y un verano que no acaba nunca.

Y si quiere imaginar el futuro, imagínese una bota... no, mejor una zapatilla deportiva, con los cordones desatados, dando una patada a un guijarro; imagínese un palo con el que tocar cosas interesantes, un palo que tirar a un perro para que vaya a buscarlo, si así lo decide; imagínese un silbido poco melodioso que hace irreconocible alguna desafortunada canción popular; imagínese un perfil, medio ángel, medio demonio, todo humano...

Arrastrando los pies, esperanzado, hacia Tadfield...

... para siempre.

**NEIL GAIMAN** (Portchester, Inglaterra, 1960) es uno de los guionistas de cómics más importantes de todos los tiempos gracias, sobre todo, a *The Sandman*, considerada la serie de historietas más influyente de los noventa. Otros de sus éxitos en el terreno de los cómics son *Casos violentos*, *Muerte*, *Los libros de la magia* y *Mr. Punch*.

Aunque no ha abandonado por completo el cómic, en los últimos años ha centrado su producción en el terreno literario, en el que destaca el best-seller *Buenos presagios*, escrito junto a **TERRY PRATCHETT**, la recopilación *Humo y espejos* y las novelas *Neverwhere*, *Stardust*, esta última también publicada en versión ilustrada, y la más reciente, *American Gods*.

Entre los galardones que ha recibido, destacan cuatro premios Eisner de historieta, el premio International Critics Horror a la Mejor Antología de Terror y el premio World Fantasy a la Mejor Historia Corta.

Colecciona libros, chaquetas de cuero negro y camisetas del mismo color. Le encantan los gatos y los ordenadores, y vive en una inmensa y oscura mansión rodeada de bosques, en algún sitio perdido de los Estados Unidos.

En la actualidad está escribiendo el guión de *Endless Nights*, un volumen de lujo en el que retoma a los personajes de los Eternos.

Las Buenas y Ajustadas Profecías de Agnes la Chalada  
Anuncian que el mundo se acabará un sábado.  
El próximo sábado, de hecho.  
Justo después de la hora del té...

«Perversamente divertido».

**Time Out**

«Sería una película celestial. O infernal, tú mismo».

**Washington Post**

«El Apocalipsis nunca había sido tan divertido».

**Clive Barker**

«Un libro soberbiamente divertido. Pratchett y Gaiman son  
el tándem más hilarante y siniestro desde Jekyll y Hyde.  
Si esto es el fin del mundo, contad conmigo».

**James Herbert**

«Buenos presagios es hilarante, está plagada de divertidas  
notas a pie y de excéntricos personajes. También es humano,  
inteligente e intrigante. Si el fin se acerca,  
Pratchett y Gaiman nos llevarán hasta él con estilo».

**Locus**

«Imagina La Profecía según la harían Monty Python...  
una obra maestra de la comedia».

**Democrat and Chronicle**

«Hilarante y pícaro... encantará a los seguidores  
de Douglas Adams».

**Kirkus Reviews**

# Notas



[1] Es decir, todo el mundo. <<

[2] Se lo hicieron a medida a Crowley. Los chips de encargo son increíblemente caros pero él podía permitírselo. Aquel reloj daba la hora de veinte capitales del mundo y una del Otro Mundo, donde siempre era la misma hora: Demasiado Tarde. <<

[3] Santa Berilia Articulata de Cracovia, conocida mártir del siglo V. Según cuenta la leyenda, Berilia era la prometida (en contra de su voluntad) de un pagano, el Príncipe Casimiro. En la noche de bodas rezó al Señor para que intercediese, esperando sin mucha fe que le saliera barba milagrosamente. De hecho, tenía ya preparada una cuchilla de afeitar para mujer, por si acaso; pero el Señor le concedió la milagrosa capacidad de decir continuamente lo que se le ocurría, por intrascendente que fuera, sin cesar ni siquiera para comer o respirar.

Según una versión de la leyenda, el Príncipe Casimiro estranguló a Berilia tres semanas después de casarse y sin haber consumado el matrimonio. Murió virgen y mártir, hablando hasta el final.

Según otra versión de la leyenda, Casimiro se compró tapones de cera y ella murió en el lecho, con él, a los sesenta y dos años.

La Orden de Parlanchinas de Santa Berilia hace voto de emular a su santa patrona en todo momento, con un descanso de media hora los martes por la tarde, momento en que se les permite a las monjas callar y, opcionalmente, jugar al ping-pong. <<

[4] Con una encantadora abuelita de detective y nada de persecuciones de coches, a menos que vayan muy despacio. <<

[5] Llegados a este punto, posiblemente valga la pena mencionar el hecho de que el Sr. Young creía que un paparazzi era un tipo de linóleo italiano. <<

[6] Aunque, todo hay que decirlo, tuvo que levantarse en 1832 para ir al baño. <<

[7] Nota para los americanos y otros alienígenas: Milton Keynes es una ciudad nueva a medio camino entre Londres y Birmingham, aproximadamente. La construyeron como ciudad moderna, eficiente, saludable; en resumidas cuentas, un lugar agradable para vivir. Cosa que muchos británicos encuentran graciosa. <<

[8] La Biblia del Carajo también es célebre por contar con veintisiete versos en el tercer capítulo del Génesis, en lugar de los habituales veinticuatro.

Los versos seguían al vigésimo cuarto, que en la versión del rey Jaime reza:

«Expulsó al hombre, y puso delante del jardín de Edén a los querubines y una espada flameante para guardar el camino al árbol de la vida.»

25 Y el Señor se dirigió al Ángel que guardaba la puerta oriental, diciéndole: «¿Dónde se halla la espada flameante que te fue otorgada?»

26 Y el Ángel dijo: «La tenía aquí mismo hace tan sólo un instante, me la habré dejado en alguna parte, algún día me dejaré la cabeza».

27 Y el Señor no volvió a preguntarle.

Al parecer, estos versos se insertaron durante la etapa de pruebas. En aquellos días era una costumbre muy común entre los tipógrafos colgar hojas de prueba en los postes de fuera de las tiendas para instruir al populacho y para que les corrigieran las pruebas gratis, y dado que la tirada entera fue echada al fuego, nadie se molestó en plantearle la cuestión al encantador Señor A. Zirafel, que tenía una librería dos puertas más abajo, que tanto ayudaba con las traducciones y cuya escritura se entendía a la primera. <<



[9] Las otras dos fueron *La ratonera* y *Buscadores de oro en 1589*. <<

[10] A quien ya se le había pasado por la cabeza alguna que otra idea en aquella dinámica, y se pasó los últimos años de su vida en la cárcel, desde que por fin decidió ponerlas en práctica. <<

[11] Otro arranque de ingenio editorial, porque el Parlamento Puritano de Olive Cromwell había declarado ilegal la Navidad en 1654. <<

[12] Ciudad sólo de nombre. Tenía las dimensiones de una capital de condado de Inglaterra o, traducido a términos americanos, de un centro comercial. <<

[13] Una escuela nocturna al final de Tottenham Court Road, dirigida por un actor de edad que lleva desde los años 20 haciendo papeles de mayordomo y de ayuda de cámara en películas y en series de televisión. <<

[14] Omitía el dato de que Atila se portaba bien con su madre, o de que Vlad Drakul era muy puntilloso en cuanto a rezar sus oraciones todos los días. <<

[15] Excepto de los detalles sobre la sífilis. <<

[16] Belcebú tiene reservado un demonio para mí. (*N. de la T.*) <<



[17] Un imbécil del siglo XVI sin relación con ningún presidente de los Estados Unidos. <<

[18] Sorprendentemente, una de estas historias es cierta. <<

[19] La entrevista fue concedida en 1981 y consistió en lo siguiente:

P: ¿Entonces, es usted el Secretario de las Naciones Unidas?

R: *Jawohl.*

P: ¿Llegó a ver a Elvis? <<

[20] El Sr. y la Sra. Thomas Threllfall, Calle de Los Olmos, 9, Paignton. Siempre decían que lo mejor de las vacaciones era no tener que leer el periódico ni escuchar las noticias; dejarlo todo de lado. Y debido a una alteración del estómago que tuvo el Señor Threllfall, y a que la Sra. Threllfall abusó del sol el primer día, aquella era la primera vez que salían de la habitación del hotel en una semana y media. <<

[21] No importaba que el nombre de la banda hubiera cambiado a lo largo de los años, de acuerdo, normalmente, con lo que Adán había visto o leído el día anterior (La Patrulla Adán, Adán y Cía., La Banda del Agujero en la Tiza, Los Cuatro Súper Famosos, La Legión de los Auténticos Superhéroes, La Banda de la Cantera, Los Cuatro Secretos, La Sociedad de la Justicia de Tadfield, Los Galaxatrons, Las Cuatro Personas Simplemente, Los Rebeldes). Todos los demás se referían misteriosamente a ellos como Ellos, y al final ellos también. <<

[22] Culogordo Johnson era un niño triste y más grande de lo normal. Hay uno en todos los colegios; no es exactamente gordo, sino más bien gigantesco, y normalmente usa la misma talla de ropa que su padre. El papel se rompía entre sus tremendos dedos, los bolis se hacían añicos cuando él los cogía. Los niños con los que intentaba jugar a juegos tranquilos y amistosos solían acabar debajo de sus descomunales pies, y así Culogordo Johnson se convirtió en un matón casi en defensa propia. Al fin y al cabo, más valía que le llamaran matón, que al menos implicaba cierto control y voluntad, que bruto patoso. Era la cruz del profesor de gimnasia, porque si Culogordo Johnson se hubiera tomado el mínimo interés, el colegio habría sido campeón. Pero nunca dio con el deporte que le fuera bien. En vez de ello, estaba consagrado en secreto a su colección de peces tropicales, que ganaba concursos. Culogordo Johnson tenía la misma edad que Adán Young, con unas horas de diferencia, y sus padres no le habían dicho que lo adoptaron. ¿Lo ven? No se equivocaron en lo de los bebés. <<

[23] Si en aquel tiempo, Adán hubiera dispuesto de todos sus poderes, la Navidad de los Young se habría estropeado al descubrir un hombre gordo muerto boca abajo en el conducto de la calefacción central. <<

[24] Sería interesante mencionar que la mayoría de los seres humanos no pueden levantar, normalmente, más de 0,3 alpes (30 centialpes). Adán se creía las cosas en una escala que iba de 2 a 15.640 everests. <<



[25] Y pelo. Y color de piel. Y, si se comía durante el tiempo suficiente, señales de vida. <<

[26] Pero no como los demás Burger Lords del resto del mundo. Los Burger Lords alemanes, por ejemplo, vendían cerveza en vez del típico refresco de raíces, mientras que los Burger Lords ingleses se las ingeniaban para localizar las virtudes de los fast-foods americanos (la rapidez con la que sirven la comida, por ejemplo) y eliminarlas meticulosamente; traían la comida al cabo de media hora, a temperatura ambiente, y sólo se podía distinguir la hamburguesa del pan por la fina hoja de lechuga tibia que los separaba. A los representantes de Burger Lord les pegaron un tiro veinticinco minutos después de que pusieran los pies en Francia. <<

[27] Los cómics a los que se refiere Wensleydale eran una obra en 94 fascículos semanales, llamada «Maravillas de la Ciencia y la Naturaleza». Tenía todos los que habían salido, y para su cumpleaños quería encuadernarlos. La lectura semanal de Brian consistía en cualquier cosa cuyo título incluyera un montón de exclamaciones, como «WhiZZ!» o «Clang!!». También lo era para Pepper, aunque ni sometiéndola a la más refinada tortura admitiría que también se compraba una revista para adolescentes con tapas lisas. Adán no leía comics. Nunca estaban a la altura de lo que él se inventaba. <<

[28] Shadwell odiaba a todos los del sur, y por consiguiente se hallaba en el Polo Norte. <<

[29] Nota para los americanos y otras formas de vida habitantes de ciudades: habiéndose abstenido de la calefacción central por ser demasiado complicada, o por lo menos porque debilita la fibra moral, los británicos rurales prefieren un sistema que consiste en disponer pequeños trozos de madera y de carbón con grandes troncos húmedos, posiblemente de amianto, encima, en montoncitos humeantes conocidos como «No hay nada como un crepitante fuego abierto, ¿eh?». Dado que ninguno de los ingredientes está por naturaleza predispuesto a arder, debajo de todo esto introducen una pastilla pequeña, rectangular y de un color blanco ceroso, que arde alegremente hasta que el peso del fuego la consume. Estos pequeños bloques blancos se llaman pastillas de encendido. Nadie sabe por qué. <<

[30] NOTA PARA LOS JÓVENES Y LOS AMERICANOS: Un chelín = Cinco peniques. Es más fácil comprenderlo conociendo el antiguo sistema monetario británico:

Las unidades más pequeñas eran cuartos de penique, medios peniques, monedas de tres peniques y monedas de seis peniques. Dos monedas de seis peniques = un chelín. Dos chelines = un florín. Un florín y seis peniques = media corona. Cuatro medias coronas = un billete de diez chelines. Dos billetes de diez chelines = una libra (o 240 peniques): Una libra y un chelín = una guinea.

Los británicos rechazaron el sistema decimal durante mucho tiempo porque lo veían demasiado complicado. <<

[31] Durante el día. Por las noches echaba las cartas a ejecutivos nerviosos, porque el hombre es animal de costumbres. <<

[32] Menos aún cuando se las quitaba, de hecho, porque entonces tropezaba con las cosas y se ponía bastantes tiritas. <<



[33] La Voz del Señor. Pero no la voz del Señor, sino una entidad a título propio. Más bien como un portavoz del gobierno. <<

[34] Y también el contrato de mantenimiento del ordenador que decía que si la máquina 1) no funcionaba, 2) no hacía lo que decían los anuncios caros, 3) electrocutaba al vecindario más próximo, 4) o no se hallaba directamente en la onerosa caja al abrirla, aquello era expresa, absoluta y tácitamente responsabilidad ajena al fabricante, y que cualquier intento de tratar lo que se acababa de pagar como propiedad del comprador desembocaría en los servicios de unos hombres muy serios con maletines amenazadores y relojes muy finos. Crowley se había quedado impresionado con las garantías que ofrecía la industria informática, y de hecho había enviado Abajo unas cuantas, a la atención del departamento que redactaba los contratos de las Almas Inmortales, con una nota amarilla pegada que decía: «A ver si aprendéis». <<

[35] Y también Leonardo. «Le cogí bien esa condenada sonrisa en los borradores», le dijo a Crowley mientras bebía vino frío bajo el sol de mediodía, «pero se me escampó cuando la pinté. Su marido me cantó las cuarenta cuando lo entregué, pero como le dije, Signor del Giocondo, aparte de usted, ¿quién va a verlo? En fin... cuéntame eso del helicóptero otra vez, ¿quieres?» <<

[36] Estaba muy orgulloso de su colección. Le había costado siglos reunirlos. Era soul *de verdad*. No tenía nada de James Brown. <<

[37] Aunque no es lo que nosotros llamaríamos, hoy por hoy, bailar. Al menos no bailar bien. Los demonios se mueven como una orquesta blanca tocando «Soul Train». <<

[38] Aunque, a menos que el plan infame sea mucho más infame de lo que se piensa, no lleva un muñeco de nieve gigante al fondo. <<

[39] El EC vivió un período de resurgimiento durante la época del Imperialismo. Las eternas escaramuzas del ejército británico solían centrarse en los hechiceros, los curanderos, los chamanes y otros adversarios ocultistas. Era el momento ideal para desplegar las preferencias del Sargento Primero Narker, que, con sus dos metros de estatura, su figura de ciento quince kilos, su Libro de cubiertas de acero, su Campana de cincuenta kilos y su Vela con refuerzo especial, podía limpiar el terreno de adversarios más rápido que un revólver Gatling. Cecil Rhodes escribió acerca de él lo siguiente: «Algunas tribus lejanas le creen una divinidad, y hay que ser un hechicero muy valiente para plantar cara al Sargento Primero Narker. Antes preferiría tenerle de mi lado a él que a dos batallones de Gurkas». <<

[40] En cualquier otro lugar que no fuera el Soho, es muy posible que los espectadores de un incendio hubieran estado *interesados*. <<



[41] «Fish and chips», pescado rebozado con patatas fritas, una comida típica británica. (*N. de la T.*) <<

[42] Además de muchas otras cosas. Como la policía, el jabón, los Ford Cortina y en el caso de Big Ted, las anchoas y las olivas. <<

[43] Mago o hechicero. El Vudú es una religión muy interesante para toda la familia, incluso para aquellos miembros que estén muertos. <<

[<sup>44</sup>] \$12.95 en LP y cinta, \$24.95 en CD, y el LP de regalo por cada 500 dólares de donación a la misión de Bagman. <<

[45] Marvin se habría sorprendido al saber que sí que había un índice de éxito. Algunos se curaban a cualquier precio. <<

[46] Excepto uno que hizo diez años antes, en el que pidió clemencia a un tribunal. <<

[47] Antes *Un Corte Más Original*, antes *Melena Ardiente*, antes *Riza y Tiñe*, antes *Tijeretazos y Lazos*, antes *Mister Brian Art de Coiffeur*, antes *Robinson el Barbero*, antes *Taxis por teléfono*. <<

[48] Esto no es verdad. El camino hacia el Infierno está pavimentado con vendedores a domicilio congelados. Los fines de semana, muchos de los demonios más jóvenes van allí a patinar. <<



[49] No es que el Infierno tuviera otro tipo de listas. <<

[50] En realidad no es un oxímoron. Es el color que viene después del ultravioleta. El término adecuado sería infranegro. Es fácilmente visible en condiciones experimentales. Para llevar a cabo el experimento, seleccione un buen muro de ladrillo, coja carrerilla y, bajando la cabeza, ataque.

El destello de color que sienta detrás de los ojos, detrás del dolor, justo antes de morir, es el infranegro. <<

[51] Lo hizo. Decía:

Un camino de luz gritará, e las llamas devorarán el carro de la Syerpe, e una Reyna ya jamás non cantará.

Casi toda la familia estaba de acuerdo con Gelatly Device, que escribió un breve monográfico hacia 1830 en el que interpretaba la profecía como una metáfora del destierro de los Iluminados de Weishaupt de Bavaria en 1795. <<

[52] Era cierto. En el mundo entero no había termómetro al que se pudiera persuadir para que registrara 700 grados y - 140 grados al mismo tiempo; que de hecho era la temperatura correcta. <<

[53] No tenía televisión. O como decía su mujer, «Ronald no metería en casa una cosa de esas por nada del mundo, ¿verdad, Ronald?», y él siempre asentía, aunque en secreto le hubiera gustado ver toda esa indecencia, porquería y violencia de la que se quejaba la Asociación Nacional de Telespectadores y Radioyentes. No porque quisiera verla, naturalmente; sólo porque quería saber de qué se tenían que proteger los demás. <<

[54] Aunque como miembro (léase fundador) del plan de vigilancia del barrio, trató de memorizar las matrículas de las motos. <<

[55] Un metro sesenta y siete. <<

[56] Se cayó en la ducha de un hotel cuando fue allí de vacaciones en 1983. Ahora con sólo ver una pastilla de jabón amarilla se desencadenaba en su mente una sucesión de flashbacks casi mortales. <<



[57] Excepto Giovanni Jacopo Casanova (1725-1798), célebre amante y literato, que reveló en el volumen 12 de su *Memorias* que, en circunstancias normales, llevaba encima *siempre* una maletita con «una rebanada de pan, un tarro de mermelada de Sevilla al gusto, un cuchillo, un tenedor, una cucharita para remover, dos huevos frescos bien envueltos en lana virgen, un tomate o tomatillo, una pequeña sartén, un quemador, un hornillo para mantener la comida caliente una vez servida, una lata de mantequilla salada italiana y dos platos de porcelana fina. También una porción de panal de abejas, como endulzante, para mi aliento y mi café. Que mis lectores lo entiendan cuando a todos les digo: Un verdadero caballero siempre debería poder almorzar como un caballero, se encuentre donde se encuentre». <<

[58] Y también lo de Dick Turpin. Parecía el mismo coche, pero desde aquel momento podía recorrer 500 kilómetros con cuatro litros de gasolina, era tan silencioso que había que meterse el tubo de escape en la boca para saber si el motor estaba en marcha, y recitaba sus avisos en una serie de haikus de exquisita expresión, todos originales y a cuál más acertado.

*La escarcha en la flor  
¿Aprisiona el cinturón  
El cuerpo de él?*

... por ejemplo. Y:

*Flor del cerezo  
Cae del gran árbol.  
Sin gasolina. <<*

[59] Cabo Cazabrujas Alfombra, bibliotecario, bonificación de 11 peniques al año. <<

[60] «Un exitaço incontestable; non vos lo perdades» - Papa Inocencio VIII. <<

[61] Para el coleccionista ideal, la biblioteca del Ejército Cazabrujas valdría millones. Claro que el coleccionista ideal debería ser muy rico y no debería darle importancia a las manchas de salsa, quemaduras de cigarrillo, acotaciones al margen, y tampoco a la pasión del difunto Cabo Lancero Wotling por dibujarles bigotes y gafas a todas las ilustraciones de demonios y brujas. <<